

---

# Pasión Puma

desde la cancha

The image features a minimalist design with a mustard yellow background. A large, dark blue abstract shape, resembling a stylized 'P' or a puma's head profile, is positioned on the right side. The shape has a curved top and a pointed bottom. The overall composition is clean and modern.



---

# Pasión Puma

desde la cancha

## Universidad Nacional Autónoma de México

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Patricia Dolores Dávila Aranda  
*Secretaria de Desarrollo Institucional*

Rosa Beltrán Álvarez  
*Coordinadora de Difusión Cultural*

Anel Pérez Martínez  
*Directora de Literatura y Fomento a la Lectura*

## Club Universidad Nacional A.C.

Leopoldo Silva Gutiérrez  
*Presidente*

Miguel Robles Bárcena  
*Vicepresidente Ejecutivo*

Miguel Francisco Mejía Barón  
*Vicepresidente Deportivo*

Roberto Castañón Romo  
*Coordinador de Vinculación, Desarrollo Humano y Capacitación*

Luis Eduardo de Buen Rodríguez  
*Director de Desarrollo Humano*



**SDI** Secretaría  
de Desarrollo  
Institucional



  
DIRECCIÓN DE  
LITERATURA UNAM

**Catalogación en la publicación UNAM.**

Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: García González, Julieta, editor. | Tarifeño, Leonardo, editor, entrevistador.

Título: Pasión Puma: desde la cancha / coordinación del proyecto, Julieta García González; compilación, entrevistas y redacción, Leonardo Tarifeño.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, 2023.

Identificadores: LIBRUNAM 2216520 | ISBN: 978-607-30-8095-8

Temas: Pumas (Equipo de fútbol). | Equipos de fútbol -- México. | Jugadores de fútbol -- Entrevistas. | Aficionados al fútbol -- Entrevistas.

Clasificación: LCC GV943.6.P76.P37 2023 | DDC 796.334—dc23

Primera edición: octubre de 2023

D.R. © UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México, Avenida Universidad 3000, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México  
Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura

D.R. © De los textos, sus autores

D.R. © De las fotografías, Club Universidad Nacional A.C.

D.R. © Cara del Puma Estilizado y la palabra "PUMAS", de conformidad con lo que se establece en la Cláusula Tercera, numeral 1 (uno).

Coordinación del proyecto: Julieta García González

Edición: Carmina Estrada

Compilación, entrevistas y redacción: Leonardo Tarifeño

Diseño y formación: Primate / Alexis Yasky e Iván Krassoievitch

Lectura y corrección: Xitlalitl Rodríguez Mendoza y Aranzazú Blázquez

Edición de imagen: Fernanda Carrasco Espino

Retoque digital: Paintbox / Federico Ruiz

Gestión Club Universidad Nacional: Roberto Castañón Romo,  
Luis Eduardo de Buen Rodríguez, Diana Ilze López Prieto y Raúl Salas Adame

Difusión: Gabriela Rasso

ISBN 978-607-30-8095-8

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en offset.

Impreso y hecho en México.

# Pasión Puma

desde la cancha

Un motivo de orgullo · Enrique Graue Wiechers	11
Un libro, un puente · Anel Pérez Martínez	15
60 años de grandeza · Leopoldo Silva	17
60 años de vivencias azul y oro · Miguel Mejía Barón	19
Gol de la memoria · Leonardo Tarifeño	31

## Primer Tiempo

El camino del sacrificio · Claudio Suárez, <i>El Emperador</i>	35
Un motor de cambio · Leo Cuéllar	37
Mi historia en un papel · Efraín Chispa Velarde	39
Más que un equipo, una familia · Gustavo Vargas	41
Puma de hueso colorado · Kikin Fonseca	43
El orgullo de ser parte de la historia · Deneva Cagigas Gabilondo	45
Una novela muy bien escrita · Luis García Postigo	57
No dejar de soñar · Santiago Trigos	59
Los Pumas, más que un equipo de fútbol · Enrique Borja	61
Sí, somos distintos · Raúl Alpizar	65
El lugar donde me dejaron ser · Jorge Campos	67
Animarse a hacer historia · Manuel Negrete Arias	69
Ver a un Puma es ver a un hermano · Dirce	71
Enseñar a competir · Sergio Bernal	73
La gloria entre la lluvia · Memo Vázquez y Mejía	75
Historia de un sueño cumplido · David Patiño	79

Esfuerzo y juventud · Luis Regueiro	83
Mi historia en dos historias · Tuca Ferretti	85
La lucha por un legado · Dinora Garza	87
El cariño vivo · Sobuca García	89
De sangre azul y piel dorada · Miguel España Garcés	91
Los valores, la clave · Pata Bendita	95
Pumas, un sentimiento · Bruno Marioni	97
Jirones de recuerdos futboleros · Alfredo Echávarri Olvera	99
Un sueño cumplido · Memo Vázquez Herrera	103
El encanto de los Pumas · J. I. Dinunno	113
El valor de la sabiduría · Bora Milutinovic	117
La lucha y el éxito · Gerardo Jerry Galindo	119
Cómo no te voy a querer · Diana Gómez, Palito	121
Corazón y entrega · Darío Verón	123
Pumas, modelo a seguir · Luis Flores	125
Una escuela de vida · Alberto García Aspe	127
Carta abierta al club de mis amores · Lucía Rodríguez	129
La valentía de soñar · Jaime A. Lozano Espín	133
Rumbo a la Cancha 2 · Joaquín Beltrán	135
Solamente, gracias · Leandro Augusto	137
La lección aprendida · Juan de Dios Ramírez Perales	139
Desde la cancha · López Zarza	141
Enseñar a ganar · Hugo Sánchez Márquez	143

## Medio Tiempo

El club de fútbol de los Pumas de la UNAM · José Sarukhán Kermez	147
Visión, voluntad e inspiración · Gloria y Adolfo Soberón Chávez	149
La voz de la emoción · Carla Medina Cuevas	153
24 años de pasión (y contando) · Paulette Dieterlen	157
Hecho en Pumas · Ariel González	169
Entre tantos recuerdos, elijo éste · Goyo	171
La historia detrás de un campeonato · Alejandra G. Campillo	173
Los Pumas del doctor Octavio Rivero Serrano · Paulina Rivero Weber	175

Cantera Puma · Ramón Neme Sastré	179
28 años con el equipo · Guadalupe Galindo Torices	181
Tucazo, recuerdo inolvidable · Carlos Guzmán	183
La administración, pilar silencioso del Club · Raúl Salas Adame	187
La mariposa que trajo a un nuevo familiar a nuestra mesa · Héctor Pérez Peraza y Alejandro Pérez Corzo	189

## Segundo Tiempo

Elogio de Jorge Campos · Isabel Zapata	193
En C.U. nadie muere de sed · Bernardo Esquinca	195
P.D. "Happy Married" en el estadio de C.U. · Ana Clavel	199
Pumas vs. Leones Negros · Xitlalitl Rodríguez Mendoza	203
Pumas rutilantes (con algo de cabras) · Julia Santibáñez	205
Cabinho, goleador de sonrisa eterna · Aníbal Santiago	209
Pumas y progreso · Guillermo Fadanelli	213
La Universidad, la familia y tanto hielo derretido · Abril Castillo Cabrera	225
Cuando cierra el círculo todo cuadra · L.M. Oliveira	229
Los Pumas y mi Edipo futbolero · Eduardo Rabasa	233
Apocalipsis zombi en el estadio Puma · Naief Yehya	237
Puma con P · Anel Pérez Martínez	241
Esta locura de amarte me impide ser normal · Luis Reséndiz	245
De almas Puma · Daniela Tarazona	249
Portera · Karen Villeda	251
El grito, el no grito y el pensar · Mónica Maristain	255
¡Pichichi! · Emiliano Ruiz Parra	257
Lo que dicta el corazón · Ana García Bergua	261
A qué equipo le iba · Ana Negri	263

## Tiempo Extra

Un símbolo, una pasión · Manuel Pajarito Andrade	269
--	-----







# Un motivo de orgullo

Enrique Graue Wiechers

Era el 9 de enero de 1962, fecha en la que yo cumplía 11 años. Mis padres me habían obsequiado un radio de transistores con el que escuché la narración radiofónica de cómo los Pumas vencían por goleada y obtenían su pase a la Primera División del fútbol mexicano.

Desde entonces sigo puntualmente los acontecimientos del club, disfruto intensamente sus victorias y me duelen mucho sus derrotas. Tengo claro que la vida de un aficionado es necesariamente así. Se quiere sin límites y con fidelidad ciega.

En esta ocasión, llegó la hora de celebrar un nuevo cumpleaños de nuestros queridos Pumas. No un cumpleaños como cualquier otro: ni más ni menos que el que marca los 60 años en Primera División de un club que, durante ese tiempo, supo transformarse en un referente insoslayable dentro del fútbol nacional y, como si eso fuera poco, también en una señal de identidad de la Universidad Nacional Autónoma de México, cuna de los valores que el equipo defiende y reivindica en el terreno de juego. ¿Qué significan esos 60 años? A su manera, este libro histórico responde esa pregunta.

A todos los que tenemos que ver con los Pumas nos gusta decir que nuestro equipo es singular, distinto, único. Y más aún, nos gusta que lo digan quienes han sido y son los grandes protagonistas de su historia, justamente aquellos que participan en estas páginas con un cariño que parece contagioso. Pumas es distinto, sí, porque es una escuela de vida, del mismo modo que la Universidad también lo es. Su espíritu en la cancha siempre será el de una institución formativa, que busca competir y ganar, convencida de que la mayor victoria consiste en dejar huella. Una huella cultural y educativa, pero también, por qué no, emotiva, sentimental y hasta épica. Como la de los grandes goles que recordamos, con la misma emoción que nos embarga cuando evocamos el impacto que ha tenido la UNAM en nuestras vidas.

Como los Pumas son distintos y singulares, su cumpleaños número 60 también lo tenía que ser. Por eso celebramos su trayectoria de sacrificios, sueños y milagros con este libro que crea y mezcla varias alineaciones posibles: la de los campeones del pasado con las figuras del presente, todos unidos por el amor a una institución que es la

páginas anteriores.

Equipo que consiguió el ascenso a Primera División el 9 de enero de 1962.

*Atrás:* Alfredo Tito Zenteno, José Antonio Espátula Rodríguez, Alfredo Echávarri, Raúl Chanes, Carlos Gutiérrez, José Luis Chango Ledesma.

*Al frente:* Guillermo Vázquez Mejía, Lorenzo García, Carlos Calderón de la Barca, Manolo Rodríguez y Jorge Gaitán.

extensión deportiva de lo que se vive en las aulas de la UNAM. Entre el equipo y la Universidad hay una relación indivisible, una fusión que propios y extraños reconocemos en la cancha y, muy particularmente, en las gradas.

Porque, ¿hay algo más característico de los Pumas que su afición? Muchos de quienes en este libro ponen su firma y su corazón con textos fantásticos admiten que la fanaticada universitaria es tan noble como el alma del equipo. Alientan cuando se gana, apoyan cuando se pierde, disfrutan de ver que los suyos defienden los colores con esa garra que nos impulsa a ser cada vez mejores, día a día. Alguien en estas páginas dice que, en cada lugar del país que va el equipo, hay fanáticos de Pumas dispuestos a dejar todo por ver a nuestros jugadores. Y después de gestas como aquel legendario triunfo contra el Real Madrid en el madrileño estadio Santiago Bernabéu, ¿quién podría decir que no hay fanáticos de Pumas desperdigados por todo el mundo? Yo puedo decir, con orgullo, que donde hay alguien que alguna vez haya pasado por la UNAM, hay un fanático de los Pumas.

En esta breve presentación no quiero hablar de los triunfos, merecidos y recordados, de los que todos tenemos recuerdos. Quiero, sí, invitar a todos a reflexionar sobre el valor de la gran gesta que han llevado adelante los Pumas durante estos 60 años, que ciertamente este libro plasma con acierto. Una aventura deportiva que ha confiado de forma irrestricta en el talento y la capacidad de nuestros jóvenes mexicanos, formados o no en nuestra cantera. Una iniciativa de años que jamás dejó de subrayar la importancia equivalente de la victoria en la cancha y el desarrollo educativo. Una escuela de conducta con enseñanzas para adentro y afuera del campo de juego, con el objetivo de convertirse en un modelo ético capaz de inspirar al resto del país. Eso es lo que representan los Pumas. Y eso es lo que queremos celebrar, con el deseo de impulsar esa fuerza a triunfos cada vez más grandes, siempre inolvidables.

Cumplir 60 años se suele decir fácil, pero quienes hemos llegado a esa edad sabemos que en ese lapso hay de todo. Sinsabores, desengaños, alegrías, avances y retrocesos. Cada uno de esos momentos forman parte de la vida y la madurez nos enseña que la alegría no se disfruta tanto si no hubiera habido tristezas, así como los reencuentros no se festejan igual si en algún instante no hubiera habido desencuentros. Este cumpleaños celebra a un equipo que creció en paralelo a la Universidad, que se nutrió de las convicciones que surgieron de las aulas, y del que hoy podemos decir que es un fiel representante de todas las grandes ilusiones que despierta la UNAM. Los Pumas han marcado a fuego la historia del fútbol nacional, pero también al corazón de quienes sentimos que saltamos a la cancha cuando lo hacen nuestros jugadores.

Tuve el gusto durante mi gestión de ver surgir al equipo femenino del club: nuestras Pumas que tantas satisfacciones nos han brindado y a las que decididamente hay que

seguir apoyando. Hemos visto cómo su afición crece y el entusiasmo que despiertan. Hacia ellas y con ellas, ni un paso atrás.

Al cabo de estos últimos ocho años hemos llegado a liguillas y obtenido subcampeonatos. Lamento mucho no haber tenido la satisfacción de ponerle una estrella adicional al primer equipo, pero estoy convencido de que pronto la obtendrán. El trabajo de todo el club con los jugadores y jugadoras profesionales, y aquél realizado con la juvenil cantera, estoy seguro de que rendirá los frutos esperados.

A todos y todas ellas, un profundo Goya desde lo más hondo de mi corazón.



---

# Un libro, un puente

Anel Pérez Martínez

Siempre se puede dudar. Pero parecería claro que poco o nada tienen que ver los balones con los lápices, las señales de un árbitro con los signos de puntuación, las canchas con las imprentas, el juego de la escritura con el juego de fútbol. Podríamos pensar que el ruidoso ambiente de un estadio es todo lo contrario al silencioso mundo de una biblioteca. Creeríamos que sentarse a ver un partido es muy distinto a prepararse para leer un libro.

Pero se puede dudar del supuesto abismo que separaría de manera tan radical estos dos universos y, al mismo tiempo, construir un puente que permita cruzar de un lado al otro con absoluta seguridad. Podemos llevar papel y lápiz al campo para repartirlos entre jugadoras, jugadores y entrenadores, o bien pedirle a escritoras y escritores que se chuten unos párrafos con los tacos y la camiseta bien puesta.

Estos entrenamientos, de hecho, han tenido lugar en el marco de una historia de aproximaciones que se hicieron realidad gracias a la interdisciplina universitaria. En 2016, como un primer ejercicio, lanzamos la iniciativa “Cómo no te voy a leer”, que buscó fomentar en los futbolistas del primer equipo de Pumas el hábito de la lectura. En aquella ocasión, presentamos una charla sobre la lectura y se hizo una donación de un Círculo de Lectura para el Club.

Un par de años después, lanzamos un concurso de escritura con el mismo nombre, en el que se invitó a la comunidad universitaria a participar con una crónica que contara su afición Puma. Recibimos muchísimos textos, pero sólo las y los ganadores tuvieron la oportunidad de conocer la Cantera en una visita organizada especialmente para la ocasión. Además, pudieron ver entrenar a los jugadores y más tarde publicaron sus crónicas en un blog, para que todo mundo pudiera leerlas. Más recientemente, el escenario de estos acercamientos y ejercicios fue *Punto de partida*, nuestra revista universitaria, que con el título “¡A la cancha!” dedicó su número 237 a pensar cuestiones de género en el deporte, con el consiguiente espacio para escribir y reflexionar sobre las futbolistas en general y las Pumas en particular.

En paralelo, la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura ha sostenido su impulso a la escritura creativa en todas las diversidades, terrenos y disciplinas posibles. Fuera de los ámbitos académicos o literarios, hemos abierto los campos de la palabra escrita en todas las áreas donde se crea comunidad. En las redes de lectura y en cada lugar donde se teje la memoria colectiva, allí donde se comparte, se construye y se convive a través de textos. El fútbol, por supuesto, no está al margen de esta mirada; ahora, en realidad, está en el centro. Porque ya no hay duda de que podemos recorrer los túneles del estadio desde la poesía, la crónica y el ensayo, entre muchas otras posibilidades que da la cultura escrita. El deporte se practica pero también se escribe, se narra y se lee de múltiples formas. Habita en la crónica deportiva, pero también en la ficción, el pensamiento y la historia. Puede ser documento de la memoria personal y colectiva o, incluso, un espacio de resistencia.

La idea de escribir este libro nace entre la Cantera y las oficinas de la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura. Entre estos caminos recorridos y el deseo de cruzar los puentes que hemos descrito. Tenemos claro que el fútbol es fundamental en la identidad universitaria, tanto como la lectura y los libros. Y nos ha reunido, en esta ocasión, el 60 aniversario del ascenso a Primera División del Club Pumas, que desde el año pasado ha tenido muchos festejos, y ahora, también, un libro.

Finalmente, hemos despejado las dudas. Entramos al campo con lápiz y papel, con letras e historias, para jugar un partido entre la escritura y el fútbol. Un juego de resistencia, de memoria y de palabras que lo dan todo en la cancha.

Así que, desde la grada al escritorio, desde la cancha al libro y desde la portería a las páginas, ¡que suene el silbato! Que inicie este juego inolvidable de vivir, leer y escribir el fútbol.



## 60 años de grandeza

Leopoldo Silva

El fútbol mexicano ha sido testigo de innumerables historias de pasión y grandeza a lo largo de su rica trayectoria. Entre los equipos más destacados se encuentran, sin ninguna duda, los Pumas de la Universidad Nacional Autónoma de México, un club con una tradición de excelencia y un legado ininterrumpido de 60 años en la Primera División.

Desde su ascenso a la máxima categoría, en 1962, los Pumas han dejado una huella imborrable en el fútbol mexicano. Sus distintivos colores azul y oro han sido sinónimo de espíritu universitario. El club es un verdadero bastión del fútbol de México, siempre competitivo y capaz de enfrentarse a cualquier otro equipo nacional o internacional.

Uno de los momentos más emblemáticos en la historia de los Pumas ocurrió en 1977, cuando nuestro equipo conquistó su primer campeonato de Liga mediante un desempeño impecable, con un juego ofensivo y atractivo. Esa fecha marcó el inicio de una era dorada, que se tradujo en varios títulos más en los años siguientes.

El compromiso con el desarrollo de jugadores jóvenes ha sido una constante en la filosofía de los Pumas. A lo largo de su historia, el club forjó una sólida cantera que ha producido talentos de renombre no sólo para el equipo, sino también para la Selección Nacional. Varias de sus figuras son prueba de la calidad y el compromiso con la formación de jugadores jóvenes.

Además de su éxito en la cancha, los Pumas han demostrado ser un club comprometido con su comunidad y con su entorno. Como parte de la Universidad Nacional Autónoma de México, el equipo ha utilizado su plataforma para promover valores como la educación, la cultura y la responsabilidad social. A través de diversas iniciativas, los Pumas han dejado claro que su importancia no se limita al terreno de juego, sino que también buscan ser agentes de cambio en la sociedad.

La presencia de los Pumas en la Primera División del fútbol mexicano durante 60 años es un testimonio de grandeza y relevancia en la historia del deporte en México. El club ha sido un ejemplo de pasión, orgullo y compromiso con el desarrollo del fútbol nacional. A lo largo de seis décadas, los Pumas han dejado un legado de títulos,



jugadores icónicos y directores técnicos con espíritu universitario que trasciende las fronteras del deporte.

Más allá de los triunfos en el terreno de juego, los Pumas han sido un símbolo de identidad para cientos de miles de aficionados que se sienten representados por el equipo. Su compromiso con la educación y la responsabilidad social ha trascendido el ámbito deportivo y ha dejado una huella profunda en la sociedad mexicana.

A medida que los Pumas ingresan en una nueva era, es necesario recordar y celebrar su rica historia y todo lo que el club ha logrado en la Primera División del deporte más popular en el mundo. Su contribución al fútbol mexicano es invaluable, y su presencia continuará inspirando a las generaciones venideras a perseguir sus sueños y luchar por la grandeza en todos los aspectos de la vida. Los Pumas y su Goya permanecerán en el camino de las responsabilidades que han adquirido durante su historia.

¡México, Pumas, Universidad!



## 60 años de vivencias azul y oro

Miguel Mejía Barón

Contador público titulado en la UNAM y, probablemente, sin ninguna posibilidad de llegar a ser un jugador profesional de fútbol en el equipo Necaxa. Ése era mi destino, pero es seguro que “alguien” o “algo” movió una varita y me cambió la jugada: resulté un cirujano dentista egresado de la UNAM y jugador profesional de PUMAS de 1962 a 1976.

Soy el segundo de cinco hijos de un matrimonio humilde. Mi madre, la “India Bonita”; mi padre, un niño huérfano que llegó a la capital del país proveniente de Juchitepec, un pueblo en el Estado de México. Él supo lo que era vender chicles en la calle. Ninguno de los dos pudo avanzar más allá de la escuela primaria y tampoco conocí algún otro adulto de mi familia que hubiera podido superar esas instancias.

Pedro, mi padre, dejó los chicles y se convirtió en aprendiz de mecánico de autos en las calles de la colonia Obrera. A los 27 años se casó con Estela, que vivía en la colonia contigua. Ella me animaba a estudiar o, más bien, me amenazaba y decía que si no me “ponía las pilas”, terminaría de mecánico automotriz como Pedro, que entraba a la casa con la ropa engrasada y el overol que “se paraba solo”.

Terminé la primaria y la secundaria, y me inscribí en la Prepa 5 de Coapa porque, aunque estaba retirada de la colonia Viaducto, era la única que tenía una cancha de fútbol; me ilusionaban más las cascaritas de “perros” vs. “fósiles” que cualquier otra materia. Apartaba mi horario de 10 a 12 y regresaba a clases sudado y oliendo a león modorro.

Al terminar la preparatoria, debía decidir qué carrera estudiar para no terminar todo cochambroso como mi padre, el mecánico. Me decían que si entraba a la facultad de Contaduría y Administración, en poco tiempo podría obtener un empleo como ayudante en algún despacho y conseguir un sueldo. Además no era una carrera costosa, comparada con algunas otras.

En ese tiempo, acudí al dentista por necesidad. Me llevó Estela y quedé impresionado por la pulcritud, las batas blancas y el control de los tiempos. Pero era una carrera

costosa, no era para mí. Yo todos los días veía los esfuerzos de Pedro al entrar a la casa que fue construyendo alrededor del rudimentario taller.

Un día estaba formado a las puertas de uno de los edificios del Centro Histórico de la Ciudad de México, donde debía entregar mi solicitud para ingresar a estudiar en la UNAM. En ella, yo había escrito, convencido, “Facultad de Contaduría y Administración”.

Tenía frente a mí a cinco o seis compañeros en la fila y, en ese momento, tomé una de las decisiones más importantes de mi vida: taché y puse “Escuela de Odontología”. Al acercarme a la ventanilla, mi preocupación era que no aceptaran mi documento por fodongo, pero creo que la señora que recibió mi solicitud era un ángel que vio mi angustia y me preguntó si estaba seguro de lo que hacía. A lo que yo respondí, entusiasta:

—¡Sí, señora!

Tiempo después, checando las listas de admisión vi mi nombre: ¡qué alegría! Sólo una pequeña sombra apareció en mi mente: ¿cómo le haría para solventar las necesidades derivadas de ese cambio? No llegó ninguna respuesta.

Tenía 18 años, jugaba los domingos en la Reserva Especial del Necaxa y había sido seleccionado Sub-20 para representar a México en el primer Campeonato Juvenil de Norte, Centroamérica y el Caribe, en la ciudad de Panamá. No podía perderme esa oportunidad increíble, así que me arriesgué y falté unos 12 o 15 días al inicio de los cursos en la Facultad de Odontología.

Mi regreso fue un reto angustiante. Me sentía totalmente ajeno, desencanchado, no conocía a nadie, no sabía nada. ¿Qué es un hisopo?, ¿una caja de Petri?, ¿un alvéolo? Me sentía inhibido y con complejos, ¡terrible!

Además, en Necaxa me habían promovido de Reserva Especial a Reserva. Me presenté a entrenar unas cuatro veces en el Deportivo Israelita, faltando a mis últimas clases para poder llegar de C.U. al Toreo de Cuatro Caminos; tomaba dos autobuses.

Era un momento especial, no lo había comentado con nadie, menos con mis padres. ¡Estaba faltando a clases!

Pero, parecía que un ángel dirigía mi camino y me acompañó a recoger un vale de zapatos de fútbol que me había dado la FMF por la mencionada Selección Juvenil Mexicana. Debía obtenerlos en Deportes Vial, en la calle de Uruguay, en el Centro de la Ciudad de México.

Fui saliendo de clases y le presenté el documento al tipo que me atendió.

—¿Qué número calzas? ¿Eres del equipo juvenil que fue a Panamá?

—Del ocho y medio y sí, soy de ese grupo.

—¿En qué equipo juegas?

—En el Necaxa, acaban de ascenderme a la Reserva.

Poniendo los zapatos en su caja, me dijo:

—¿No te gustaría probarte en el equipo de los Pumas? Como sabes, acaba de ascender a Primera División.

—¿Dónde entrenan?

—En las canchas de prácticas de C.U. a las 11 de la mañana.

—¿Y por quién pregunto?

—Por mí, soy Octavio Vial, el director técnico.

—Sí, mañana estaré ahí.

Al otro día llegué a tiempo y él me dijo: “Vístete”. Pero no había vestidor, sólo una banca al lado de la cancha. Me pusieron a competir del lado de las Reservas vs. el equipo de Primera División, a los que no conocía.

Lo primero que hice fue preguntarle el nombre, sólo el de pila, a mis compañeros ocasionales más cercanos: mi arquero, los laterales, el otro central y un medio. Me los grabé y los traté como si fuéramos cuates de toda la vida.

Pasado un tiempo, el lateral izquierdo del rival, el *Gato* Cuenca, hermano del *Perro*, que jugaba en el América, le grita a su compañero, el centro delantero:

—¡Carlos!, ¡Carlos!, ¡pártele la madre a ese pinche chamaco!

Afortunadamente, Carlos Calderón de la Barca no le hizo caso, supongo que entendió que yo era un defensa central arrojado, pero no malintencionado.

Al final de la práctica, el gerente, Manuel Mangas, me preguntó si quería ser parte del equipo de los Pumas. Sorprendido, yo le dije que sí. Quiso saber cómo estaba mi situación con el Necaxa, si tenía contrato firmado y si ganaba algún dinero. Yo le dije que había firmado un registro y que no ganaba ni un peso. Entonces, me recomendó que recogiera ese registro y me dijo:

—¿Cuánto necesitas para integrarte al equipo?

En ese momento, hice cuentas. Mi padre me daba 50 pesos a la semana para mis pasajes y una torta en la estación de autobuses, me dije a mí mismo: “5 x 4 = 20; 200 pesos al mes, me avivo y pido un poco más”. “Con 300 estaré bien”, le dije con firmeza, según recuerdo. Él me respondió: “Ok, intégrate al entrenamiento a partir de mañana y trae tu registro, pídelo a Necaxa”.

Pero eso fue imposible. El entrenador de Reservas, Miguel Marín —homónimo del *Superman*— me dijo que no perdiera el tiempo porque no me lo iban a dar. “Tendrás que dejar pasar un año”, repitió. ¿Cómo? ¡Si no jugué en Reservas ni recibí un peso!

Pensé: “Ya se me negó el chingocio”. Pero Manuel Mangas me dijo:

—Ok, no te preocupes. Entrenarás con el primer equipo y los domingos te enviaré con uno amateur hasta que recuperemos tu “libertad” y puedas jugar con Pumas.

Mis compañeros de esa época fueron los meseros y cocineros de la cantina La Noste, en la colonia Guerrero. Jugué en canchas empedradas, con un cabrito muy bien

condimentado después de los partidos y con otros 50 pesos que me daba don Ovidio, el dueño de la cantina. Fue una época maravillosa, que me ayudó a colaborar con mi padre y a valorar y apreciar mi destino.

Terminando este episodio, recuerdo que pude debutar con Pumas en el Torneo de Reservas junto a mi gran amigo Enrique Borja en el Estadio Jalisco.

Cuando don Renato Cesarini llegó en 1962 al fútbol mexicano, lo que detectó inmediatamente fue un atraso terrible. Encontró un campo donde casi cualquier cosa que él sembrara iba a florecer. Nos hacía entrenar descalzos cuando llovía, siendo él el primero en quitarse los tacos, para que aprendiéramos a pegarle a la pelota —si no ponías atención, te lastimabas—. Hacía que los de piel delicada la expusieran al sol para “domar” las alergias, a pesar de las lagrimitas. O te decía que comer medio kilo de tacos de barbacoa con el sabroso chile pasilla no era lo mejor antes de ir a la cancha, y te daba el que nosotros identificábamos como “pollo muerto” (cocido, sin grasa, así como va). Con 60 años, te demostraba directamente cómo se remataba de volea con la izquierda y con la derecha, indistintamente, o cómo hacer el salto del tigre sin lastimarte. O qué combinación de traje y corbata era la mejor, coordinados siempre con el cinturón y los zapatos de la misma piel. Y te dabas cuenta de que, si te apurabas, si no te distraías y seguías sus pasos, podrías, algún día, tener —comprado o regalado— un auto importado, de esos que nunca podías ver ni en revistas de la época, como un Ford Thunderbird del 64 color verde botella, pero de esos metálicos que brillaban, no como los de aquí, no, de esos que tenían la pintura como si se hubiera mezclado con millones de lentejuelas que brillaban al sol y bailaban con la luna.

También con él empezamos a conocer la dialéctica, el rollo, el verbo. A saber lo importante que resulta encontrar la manera más adecuada e interesante de decir lo que piensas, porque al escucharlo aprendías que podía abordar cualquier tema por simple que fuera, casi siempre relacionado con la pelota o con el juego, y lograbas quedarte horas y horas como encantado, escuchando, aunque ahora entiendo perfectamente que la herramienta más importante en el idioma universal de este sencillo deporte que es el fútbol se llama PELOTA, BALÓN, y que conviene más hacer... que hablar. Y que el sólo balbucear un idioma no es de ninguna manera un gran obstáculo para hacerte entender. También conocimos la nostalgia cuando decidió regresar a la Argentina, su tierra querida, porque sabíamos que sería difícil encontrar quien nos orientara y nos exigiera con tanto profesionalismo, entrega y amor.

Renato Cesarini fue un tipo ejemplar que, en el corto tiempo que estuvo con nosotros, dejó una huella imborrable, heredando los fundamentos que siempre se intenta

mantener vigentes. Trabajo constante, tentando los límites máximos, para presentar un conjunto dinámico; y atendiendo los detalles técnicos, puliéndolos día con día. Nunca permitió acomodados ni dio concesiones que no fueran justificadas; a mí me permitía llegar unos minutos empezado el entrenamiento, porque corriendo “aterrizaba” de la escuela de Odontología y me vestía al margen de la cancha. Sin su comprensión, yo no hubiera podido iniciar mi carrera como futbolista ni terminar mi carrera de cirujano dentista. Respetaba a todos sin importar edad o categoría; teníamos las mismas posibilidades. Fue un gran maestro y educador.

En 1963, mientras dirigía un partido del Torneo Nacional de Reservas, mi compañero de juego, Héctor Sanabria, cometió una falta que el árbitro no sancionó con la severidad que merecía la fuerza excesiva que utilizó mi compadre; don Renato comentó: “Si el juez no te expulsó, yo sí lo hago”, y ante el asombro de todos nosotros, del juez y sus auxiliares, sacó a su propio jugador de la cancha y no lo sustituyó por ningún suplente.

Don Árpád. Así le decíamos al señor Fékete, nuestro entrenador en los Pumas. Yo lo tuve en dos épocas. La primera, sustituyendo al peruano Walter Ormeño, que en la temporada 67-68, acompañado del profesor Víctor Manuel Acevedo, hizo un gran papel quedando subcampeón, atrás del campeón Toluca. Esta campaña le sirvió a Ormeño para catapultarse y ser enamorado por los millonetas del América. En ese momento apareció el entrenador húngaro, el llamado *Bombero*. Aunque no llegaba al rescate, el equipo no estaba en problemas, él heredó un buen grupo.

En esa época, el equipo pensó en reforzar su defensa; la directiva quiso llevar a un gran jugador, el *Campeón* Guillermo Hernández, que provenía de la cantera del Atlas, pero al solicitar la opinión del nuevo técnico, el señor Fékete no lo recomendó, prefirió quedarse con un defensor más corriente y menos técnico, como yo. Esa historia la conocí muchos años después. Él prefería que se invirtiera en jugadores de ataque porque decía que era importante encontrar una manera eficaz de defenderse, sin correr riesgos en la salida, sin florituras en nuestra propia cancha. Nos recomendaba: “Ustedes defensores ¡Lánchano! Sáltano la línea”.

Para el tipo de juego que buscaba don Árpád, y que le resultaba muy rentable, mi compadre Héctor Sanabria y un servidor éramos casi ideales, por eso el *Campeón* terminó en el América. Creo que ni Franz Beckenbauer le hubiera atraído; se le paraban los pelos de punta si uno intentaba quedarse con la pelota un segundo más del que se necesita para pegarle lo más lejos posible, buscando la velocidad y la picardía de un buen delantero, como *Cabinho* o Muñante. Podría gustar o no su manera de resolver los retos, pero sus equipos eran equilibrados, recibían menos goles de los que metían y

siempre tuvo en sus filas campeones goleadores; lo vistoso, lo agradable para el espectador corría exclusivamente de la calidad de los jugadores que componían sus plantillas. También era puntilloso en la táctica fija, sobre todo en los tiros de esquina, donde explotaba perfectamente las cualidades de los jugadores con quienes contaba.

Seis años más tarde, en 1975, Árpád Fékete regresaría a los Pumas, sustituyendo al exjugador Carlito Peters. Mi retiro como jugador activo fue precisamente cuando Fékete terminó su compromiso con el club y llegó su paisano Jorge Marik, que seguro tenía otras preferencias y buscaba defensores más jóvenes y técnicos. Ahí, en agosto del 76, se inició mi destino como directivo, al tiempo que el de jugador terminó. Con don Árpád conseguimos el Campeonato de Copa y el trofeo de Campeón de Campeones. Tuvimos un estrofarario arquero argentino que llegó a fortalecer el puesto, Rubén Montoya, lleno de leyendas urbanas. Dentro de las más sencillas aparece una que nos dice que era capaz de conquistar a una mujer diferente cada día. Le sacaba algunas canas verdes al *Bombero* y al señor Arnoldo Levinson, nuestro director deportivo, cuando no aparecía en el entrenamiento porque se le olvidaba abrir las cortinas de su departamento y no se enteraba de que ya había amanecido... ¡Cómo lo envidiábamos! Algunos nos la pasábamos escondiéndonos para que no nos pidiera prestado a media quincena, porque ya se había gastado su sueldo al invitar a todas las bellas bailarinas del Can Can, cuando después de un juego ganado, casi siempre por algún gol de *Cabinho*, le daba rienda suelta a su espíritu de galán y se quedaba en la miseria, pero eso sí... muy, muy contento. Rubén era tan buen arquero como cara dura... ¡Lo extraño! Un día me enseñó una foto donde aparecía dando un sermón en el púlpito de una iglesia, porque ¡la hacía de pastor!... Ese estimado argentino sí me superó: ni hablar.

De mi parte, un agradecimiento para Árpád Fékete, uno de mis entrenadores más admirados. Espero que cuando lo alcance, en el cielo o en el infierno, siga teniendo la misma idea táctica y me convoque dándome una de sus indicaciones predilectas en su español nunca bien aprendido: "Miguel, *no hacer casino y mándano porta adelante*". Con su muerte, me enteré de que cuando llegó a Chivas en 1957 fue el entrenador que modificó radicalmente las costumbres de entrenamiento de un equipo profesional en nuestro país, porque los obligó a entrenar diariamente, no sólo dos días a la semana como se acostumbraba en esa época. Al principio causó inconformidad, después beneplácito al ver el fruto del trabajo: consiguió dos campeonatos. Ahora sé que estaba equivocado pensando que fue don Renato Cesarini en 1962, con los Pumas de la UNAM, el que impuso esta moda. Fue Fékete, cinco años antes. ¡Qué atrasados estábamos!

1976. En este año termina mi carrera como jugador profesional activo, y coincide con la llegada de quien sería llamado a ser personaje central en la historia del Club Pumas de la UNAM. En una sencilla ceremonia en el centro de la cancha del Estadio Olímpico Universitario, antes de reiniciar los entrenamientos para una nueva temporada en el campeonato nacional, me presentaron como nuevo directivo: gerente de operación.

Mis compañeros de batallas quedaron sorprendidos. Yo, nervioso y desadaptado, me encaré con mi amigo y gran jugador Evanivaldo Castro *Cabinho* al mostrar él una sonrisa incrédula que a mí me pareció burlona, terrible error de mi parte. Por fortuna, el hecho no pasó a mayores; este episodio llegó acompañado de la presentación de un chavo que se convertiría en ídolo de la afición Puma y del fútbol mexicano: Hugo Sánchez Márquez, que llegó de la Selección Juvenil Mexicana junto con otro joven, Antonio Hernández, quien no tuvo oportunidad de debutar en Primera División: ruptura de ligamentos.

El destino permitió que ese día compartiéramos un episodio totalmente opuesto, yo terminando mi carrera como futbolista profesional y él, Hugo, iniciando una de gran brillantez.

En 1978, en un juego de exhibición por la despedida de Johan Cruyff del Club Barcelona en el Camp Nou, con estadio a tope vs. una selección Resto del Mundo, aprovechando las relaciones del entrenador Velivor *Bora* Milutinovic con el promotor de esta justa, se consiguió que por primera ocasión un jugador mexicano formara parte de este conjunto de "estrellas" internacionales. Nuestro presidente decidió que yo acompañara al joven Hugo como representante de la directiva universitaria. El juego fue nocturno, yo estaba en la zona de fotógrafos y desde ahí pude ver cómo un chavo mexicano y capaz se hizo un hueco entre varios "estrellas" de prestigio mundial y madrugó con un tiro libre que marcó el árbitro. El estadio enmudeció, sorprendido, pero cuando el juez certificó el gol con ese ademán señalando el centro del campo, un rumor de admiración invadió el ambiente. Ahí, el mundo, sobre todo el español, empezó a conocer el espíritu indomable de este jugador ejemplar que enalteció nuestro escudo Puma.

Les cuento que después de que Pumas salió campeón en 1976-1977, con Jorge Marik como entrenador, al año siguiente asumió la dirección técnica *Bora*, a quien le tocó dirigir un grupo de jugadores de gran categoría. Lo hizo en medio de una crisis de resultados y ante la inconformidad de algunos de los nombrados "estrellas", a los cuales se les hizo fácil convocar al ingeniero Guillermo Aguilar Álvarez y al señor Arnoldo Levinson para pedirles que cambiaran al entrenador. Grande fue su sorpresa cuando escucharon a su presidente expresar sin titubeos: "Primero se van todos ustedes, antes de que salga su director técnico". La historia dice que se disputó la final contra los Tigres, perdiendo con un equipo diezmado por la ausencia de varios jugadores que asistieron al Campeonato Mundial de Argentina 78. Después, años más tarde, los Pumas se

coronaron venciendo al Cruz Azul y culminando una campaña ejemplar en la temporada 80-81 con *Cabinho* y Hugo empatados en el título de goleador. El timonel: Velibor, el mismo a quien pretendieron correr.

A Manuel Negrete lo conocí a principios del 78, cuando cargaba 19 años y una maletita descolorida y medio "catarrina", de tanto deambular por los llanos. Venía bajando por la puerta de maratón del Estadio Olímpico, con la intención de someterse a una prueba con *Bora* y Mario Velarde. Llegó, lo recibí, le pedí que fuera con el utilero, el gran Librado Pineda, y que se vistiera; así lo hizo. Cuando entró a la cancha, nos miramos de reojo, y los tres, *Bora*, Mario y yo, creo que pensamos lo mismo: "¿Y este moquito que me escurre?". No parecía jugador de Primera División, flaquito, con 55 kilos, y dice, cuando le preguntas, que tiene 1.70 de estatura. Yo creo que los alcanza cuando adopta esa casi permanente postura de puntitas, como si fuera bailarín de ballet, pero, en fin, dejémoslo así: 1.70... *flat*.

La historia dice que debutó en los Pumas en septiembre del 79, regresando de ganar a Uruguay por 5-3 en la Universiada, donde aparecieron jugadores que después fueron baluartes en sus equipos: Olaf Heredia, Gustavo Vargas, Javier Aguirre, Mauricio Peña y Carlos de los Cobos. Manuel Negrete pasó 13 años en este equipo. Dejó una herencia de 101 goles, un campeonato (80-81), una Copa Interamericana, y se retiró en el 96 con el Atlante, donde también fue Campeón en la 91-92. Me tocó asignarle el número que lo identificó para siempre, en los Pumas y en la Selección: el 22. Memorable el gol de bandera que hizo en el Azteca en el Mundial México 86; improvisando una media chilena, buscando resolver el problemón en forma de "sandía" que le regresó el Vasco Aguirre, quien hoy presume que fue una perfecta pared y que dejó frío al portero búlgaro y embelesados a los que pudimos presenciar esa obra de arte.

Me llegaron algunas imágenes:

El Beto Aspe, como a los 16 años, entrenando en la Cancha 2 de C.U. En la tarde me presenté como secretario técnico y les dije a él y a su compadre Memo Vázquez Jr., extécnico campeón de Pumas: "Arreglen los horarios de su escuela para el próximo semestre porque el siguiente, van a entrenar con el primer equipo", sus ojos de sorpresa y gusto no son fáciles de olvidar.

Más adelante, en mi primer año como entrenador, nos sentamos cada uno en un balón a un costado de la cancha y le dije algo así: "Beto, si tú no entiendes que hay que cooperar en la recuperación del balón cuando el equipo lo pierde, por infinidad de razones, no vas a jugar... pondré a cualquier otro, aunque no tenga tus alcances, pero que sea más solidario con sus compañeros aunque disminuyan nuestras posibilidades de gol".

Él, incrédulo, porque siempre ha sido pretencioso, abrió un poco más los ojos, como buscando la verdad en los míos, para seguro encontrarse con que yo no estaba blofeando. A partir de ese día se convirtió en un jugador ejemplar... Bueno, con él hay más, cuando se fue enojado de la banca porque salió de cambio. ¡Seguro le dolió el bolsillo! Porque todavía no sé quién es más codo, él o Miguel España, con quien también tengo algunos detalles inolvidables:

Miguel ya no quería seguir, me dijo que sería piloto aviador y que no le gustaba el ambiente del equipo Reservas y se fue. Al poco tiempo, Mario Velarde lo rescató para una Selección Juvenil (Paul Moreno, Marcelino Bernal, entre otros). Después, recuerdo cómo se impuso en la Selección de *Bora*, en el México 86, y cómo terminamos nuestra relación en mi gestión después de haber conseguido la eliminatoria para el Mundial del 94. Con mucho respeto, sin rencores, como gente civilizada...

Una historia Puma es la de Ricardo Ferretti, este brasileño que es parte de una familia donde el balón es tan esencial y amado como el pan de cada día, siendo su padre el impulsor de esa fábrica de tres buenos futbolistas que emigraron con rumbos diferentes. El *Tuca* aterrizó en 1977 en nuestro México, a los 23 años, en el Atlas. Ésa fue su primera mala experiencia, pues el equipo de los Curtidores lo mandó a la Segunda División. Eso permitió su transformación de "margarita" a "felino" por sólo 30 mil dólares. Después de una temporada, en el 79, me tocó darlo de baja del primer equipo, siendo yo gerente deportivo y *Bora* el técnico, pues nos habíamos "embriscado" con la llegada de dos alemanes: Wildrich y Wichicosky. Al tiempo creo que eso le ayudó a reflexionar, porque se bajó de la hamaca y nunca más lo he visto tomar un momento de respiro.

En la temporada 80-81, *Tuca* fue un brillante campeón de Concacaf y de la Copa Interamericana, al ganarle 2-1 al Nacional de Uruguay, además de en el torneo mexicano, cuando se impuso al Cruz Azul por 4-1, siempre haciéndose presente en el marcador. Pasaron cuatro años, y en el 85 inició su metamorfosis de "coyote" a "rayado", convirtiéndose en "choricero", donde al final sus entrenadores lo etiquetaron como jugador suplente, como viejo, y por lo tanto disminuido para aguantar los 90 minutos. Así, *hagto* (así dice él) y desilusionado, con la promesa de la carta de retiro regalada, aceptó mi invitación para unirse al cuerpo técnico, porque nuestro presidente, el querido ingeniero Guillermo Aguilar Álvarez no consentía, de ninguna manera, que regresara como jugador activo, que era mi primera y urgente recomendación, porque decía que se traicionaría una política que siempre nos distinguía, que era la de darles oportunidad a los jóvenes de las fuerzas básicas, y que un veterano, a pesar de su galardonada piel dorada, no debería ocupar el lugar de un novato.

Como en esta institución nos enseñaron que donde manda capitán no gobierna marino, no me quedó de otra que activarlo como entrenador. Hay que recordar que los



torneos constaban de 38 fechas y después de mis dos temporadas como técnico, nuestro joven equipo progresaba rápidamente, pues en el primero calificamos de lágrima a la Liguilla en octavos; y en el segundo terminamos sublíderes. Así que para la 90-91, la inercia nos susurraba que podríamos ser campeones y yo estaba seguro de que el “viejecito” *Tuca* podría ser el guía de unos chavos de gran calidad como Claudio, Campos, Luis García, Beto Aspe, Memo Vázquez Jr., Ramírez Perales, Patiño, España, Salgado, Nava, Torres Servín, Medina, el *Tato*, etc. Apuntalados por el chileno Vera.

Esta maravillosa institución nos enseñó también a ser auténticos y comprometidos con nuestros ideales, así que a miles de kilómetros y desobedeciendo (con todo respeto) al ingeniero, durante una gira de pretemporada en Inglaterra, le pedí a Ricardo que apagara su cigarrillo y que se enfundara el número 7, que le cedió con gran humildad Miguel España. Así empezó esta aventura, que culminó con este “macaco experimentado” enarbolando la bandera de los Pumas y dando la vuelta olímpica en su estadio, con el uniforme que mi Dios manda: azul marino completo, con el escudo y el número en oro viejo (no mostacita ni cremita). Haciendo el gol del triunfo a un gran rival, el América, con su tarjeta de presentación preferida: tiro libre a la velocidad del rayo y donde se unen el poste y el larguero, dándole una cachetada con guante blanco a esos personajes que lo habían desahuciado anticipadamente pues sólo dejó de jugar un partido en la temporada, a causa de un golpe en el empeine recibido en el encuentro previo a esa ausencia obligada. Además, es importante que sepan que *Tuca* siempre fue ejemplar, al ser el primero en la fila y el último en abandonar la cancha del entrenamiento.

La historia dice que cuando yo pertenecía a ese universo con el apoyo y la visión de una directiva inteligente, comandada por los ingenieros Guillermo Aguilar Álvarez y Gilberto Borja, se intentó y se logró hacer de Pumas un CAMPEÓN INTACHABLE en la temporada de los torneos largos 1990-91; tuvimos la inigualable satisfacción de ser parte del mejor equipo de la Liga en todos sentidos: superlíder, el que más goles anotó, el que menos recibió, sobre todo, el “más disciplinado”, y con el plus de haber levantado la copa como Dios manda: de azul y oro.

Si nos ponemos a pensar, el destino nos permitió rescatar el trabajo de un club que tuvo confianza y paciencia durante tres temporadas largas de 38 juegos. En la primera calificó a la Liguilla de lágrima, en octavo o décimo —no recuerdo y no quiero ir a Google—; el siguiente torneo lo terminamos en segundo y no llegamos a jugar la final; en el tercero, acabamos como superlíderes y corroboramos la supremacía venciendo a un gran rival, el América, con ese histórico gol de Ferretti. El trabajo de este grupo se basó en conceptos muy sencillos, donde los fundamentos en la técnica individual siempre

estaban presentes, donde tácticamente, al margen de la formación inicial que era un 4-3-3 y de los ajustes hechos por mí o por la decisión propia de alguno de los jugadores dentro de la cancha, había el convencimiento y la obligación adquirida de todos (sin importar la edad ni el puesto ni la cuenta bancaria) de buscar recuperar la pelota inmediatamente, sin lamentos y, menos, reclamos, ¡AHÍ! en ese mismo lugar y momento, no tres segundos más tarde... cuando ésta se perdía, por cualquier cosa, ya fuera por capacidad del adversario o por “boludez” de alguno de nosotros.

*Toco y me muevo*, cuando la teníamos, la pelota; no tirar pelotazos; procurábamos llegar a 50 metros, media cancha, para buscar la meta rival, casi casi igual que el equipo de barrio de La Calera, donde el *Chory* Frías llegó a reforzar cuando se retiró porque, me cuenta, tenían una regla sagrada: pagaba las cervezas quien tirara la pelota larga desde atrás.

Así, con el mencionado ¡AHÍ!... casi siempre podíamos corregir y no abandonábamos... casi nunca, ese estilo. En secreto nos decíamos: “Más vale perder que pelotear”. Hagan memoria: Jorge Campos era el primero que ponía los pelos de punta con sus extravagantes y calculados riesgos, ¿lo recuerdan? Aquí nadie se ponía nervioso, ni yo, porque sabía que el *Capi* o el *Emperador*, el *Negro* Nava o J.L. Salgado estaban ahí para respaldarlo.

Creo que el tiempo no le ha hecho justicia a Jorge, aunque fue un jugador muy completo; jugaba de centro delantero y llegó a ser titular en los Pumas cuando tenía que escoger a dos de tres jóvenes brillantes: David Patiño, Luis García y él. Fue una competencia leal y productiva que benefició al club, porque cuando maduraron los tres, decidí regresar al arco a Jorge a pesar de algunas recomendaciones de mis directivos para que no lo hiciera, bajo el argumento de que la cotización de un delantero que había anotado 14 goles y ocho asistencias en su primera temporada no podría compararse con la que se conseguiría con un buen portero. Creo que, afortunadamente, hice caso omiso de esa sugerencia porque permitió que Campos se desarrollara como un arquero extraordinario, sí, ése es el término exacto: extraordinario, de reconocimiento mundial. Recuerdo la época donde los niños se vestían como arlequines intentando *ser* Jorge Campos...

Y la historia dice que Pumas fue mi único equipo como jugador profesional hasta mi retiro y que obtuve mi título como odontólogo. Durante 16 años pude jugar en Primera División y atender mi consultorio. Hoy sería imposible.

“¡O estudias o juegas!”, me advirtió algún académico. No le hice caso.

Hoy, con 78 años, el equipo de los Pumas todavía me arropa. Trabajo como vicepresidente deportivo, por lo que bien podría yo entonar: “¡Cómo no te voy a querer!”.



---

# Gol de la memoria

Leonardo Tarifeño

Dos personas no recuerdan un gol de la misma manera. Lo que para uno fue un medido zapatazo al ángulo, para otro no es más que un milagro irreplicable que al jugador le salió de pura casualidad. Los consensos son raros en el fútbol. Si un delantero avanza por el centro del campo, se quita a dos defensas y cae a las puertas del área, la mitad del planeta dirá que ensayó un piscinazo y la otra mitad, que le hicieron falta. Cuando se trata de observar lo que ocurre en una cancha, casi nadie está de acuerdo en nada con el resto de la humanidad. Por razones mezquinas que sólo el corazón entiende, hasta la grandeza del rival se suele poner en cuestión. El fútbol es un mundo de realidades alternativas, donde todo es según le parece al que lo cuenta. El único lugar de cierta objetividad futbolera es la historia. Los hechos. Los milagros irrepitibles con día y hora que, producto o no de la casualidad, podrían llenar una enciclopedia. Los goles de la memoria.

Este libro es uno de esos golazos, marcado de manera colectiva por todos los que participan. En estas páginas, los 60 años de los Pumas son una canción interpretada por una orquesta de jugadores, entrenadores, personajes vinculados a la institución, directivos y escritores que, fanáticos o no de estos colores, se suman a la grada para vivir el espectáculo. Aquí hay héroes públicos, celebridades anónimas, figuras clave, seres humanos que se descubrieron a sí mismos a través del amor al equipo y adultos emocionados como niños al recordar lo que ocurrió hace décadas y que sólo ellos pueden rememorar como si hubiera sucedido ayer. *Pasión Puma* es un libro histórico escrito y protagonizado por aquellos que, cada uno a su manera, forman parte de la historia. Y que invitan al lector a entrar a una cancha única, poblada de anécdotas y sensaciones que una y otra vez evocan todo lo que ha hecho grande al club.

Para que un libro de esta dimensión fuera posible, hubo que trazar distintos caminos de acceso a esa cancha. Unos se reunieron en un taller literario que tuve la increíble oportunidad de dictar, donde aquellos poco familiarizados con la escritura adoptaron las herramientas narrativas necesarias para contar sus historias de la mejor manera. Otros prefirieron soltarse a través de entrevistas que luego se moldearon en un formato

de testimonio personal. En todo ese proceso estuve involucrado como un insólito asistente literario que de a poco se transformó en un espectador privilegiado del teatro de la memoria. Las entrevistas se convirtieron en confesiones emocionadas o encuentros amistosos donde salían a relucir recortes de periódicos, recuerdos que no afloraban desde hacía años o momentos mágicos en los que al protagonista se le entrecortaba la voz y apenas si lograba mostrar cómo se le erizaba la piel. *Pasión Puma* reúne todas esas voces y canta la misma canción: la que homenajea a un club insoslayable en la historia del fútbol mexicano, que como aquí se dice en más de una ocasión, tiene un corazón especial y singularísimo, que nadie podría imitar o igualar.

El libro que el lector ahora tiene en sus manos incluye más de 70 textos que contagian emoción y recuperan la historia íntima de un club construido gracias al amor de aquellos que se sintieron parte de una vida en común. Es el día a día de una identidad forjada en la cancha, en las gradas, en las victorias, en el aliento y el desaliento, en el rugido del estadio y el silencio de las ilusiones. En estas páginas hay escritores que identifican al equipo con lo mejor de su existencia, jugadores que revelan el lado secreto de sus proezas y directivos que tratan de explicar las razones y circunstancias por las que un sueño se hizo realidad. Los consensos son raros en el fútbol, pero a veces los equipos que son especiales pueden hacer que muchos estén de acuerdo en unas cuantas cosas. Pumas es uno de esos equipos y el consenso alrededor de su importancia, significado y valor está concentrado en estas páginas escritas con el alma. Nadie que entre a este libro saldrá sin haber sentido la calidez y el amor que transmite. Con *Pasión Puma*, el club marca un incomparable gol de la memoria. Leerlo es, quizás, la forma más entrañable de celebrar a cada uno de estos protagonistas con un abrazo capaz de abarcar 60 años.



---

# Primer Tiempo



---

# El camino del sacrificio

Claudio Suárez, *El Emperador*

Pumas es el club que me formó, y esto que digo tiene valor doble porque yo llegué al club ya más o menos grande de edad. Yo soy de Texcoco, en el Estado de México, y prácticamente me formé en el barrio, jugando cascaritas y luego en ligas amateurs. Nada muy organizado. Pero cuando a los 18 años llegué a Pumas, todo cambió para mí.

A esa edad fui a probarme y me quedé en el tercer equipo, la Reserva Central, que por entonces dirigía Juan Armenta. Y esa experiencia fue una verdadera escuela para mí. Todo lo que veía, lo absorbía. Si el técnico me pedía que me tirara al suelo de cabeza, yo lo hacía. Y es que yo realmente tenía esa hambre de querer salir adelante, porque vengo de una familia humilde y en casa había carencias. Entonces, el fútbol era sí o sí para mí, porque además en la escuela no me iba nada bien.

Encontrarme en la vida a los Pumas fue algo maravilloso porque fui aprendiendo en el fútbol y también como persona, gracias a los valores que transmite la institución. En mi caso, puedo decir que los Pumas reemplazaron a la escuela.

En lo deportivo, me tuvieron que corregir mucho. Yo tenía muchos defectos: no me sabía perfilar, no sabía controlar el balón del lado izquierdo, estaba obligado a progresar. Y como yo hacía todo lo que el técnico me pedía, terminé por jugar en casi todas las posiciones. Me debutaron como delantero, pero me afiancé como lateral derecho. Y para no dejar de aprender, me quedaba después del entrenamiento todos los días.

Desde Texcoco, yo tenía que salir como a las cinco de la mañana de la casa para llegar a tiempo al entrenamiento. Tardaba tres horas en llegar y tomaba tres o cuatro transportes de ida y otros tres o cuatro de regreso. Fue un gran sacrificio, pero valió la pena porque estar en Pumas me cambió la vida.

Como tenía que hacer tantos esfuerzos, la gente que me rodeaba me decía que me dedicara a otra cosa o que me pusiera a estudiar. Y cuando estuve a punto de darme por vencido, llegó una invitación para jugar en el torneo Esperanzas, en Toulon, Francia. Yo no estaba tan considerado, pero cuando me vi en la lista casi me caigo de la alegría. Fue mi primer viaje en la vida; mis compañeros bromeaban conmigo, me decían que

tenía que pagar la comida en el avión y yo me lo creía. En ese torneo jugué muy poco, pero toda la experiencia fue como un despertar para mí, porque a partir de ese momento di el levantón y me convencí de que podía jugar.

Digo que Pumas me cambió la vida porque cuando llegué al club era un chavo muy tímido, callado. Hablar con la gente me costaba mucho. Pero la institución me fue apoyando y la gente del equipo también, como Mejía Barón y el *Tuca*. ¡Terminé por cambiar tanto que luego hasta fui capitán del equipo!

En mi carrera el título se me dio tan rápido que yo pensé que ganar era fácil. Con el tiempo entendí lo difícil que era. Tan difícil, que en el fútbol mexicano sólo fui campeón dos veces.

De todas maneras, siento que Pumas me enseñó a entender que, más allá de los títulos, lo importante es mantener una mentalidad positiva siempre. A la fecha yo llevo eso conmigo. Eso y la exigencia de no dejar de crecer. Es la mejor manera de respetarse a uno mismo y a la profesión, y el único camino que conozco para poder disfrutar de algo tan bonito como tener el balón en los pies.



---

# Un motor de cambio

Leo Cuéllar

La UNAM siempre ha estado muy cerca de mí. Nací en San Ángel, así que la tenía a la vuelta de la esquina. Durante mi infancia, mi papá era fan de los deportes y me llevaba a los juegos en C.U. Gracias a él tuve la oportunidad de asistir a los grandes torneos pentagonales o hexagonales, donde vi a *Pelé*, *Garrincha* y *Didí*. Y ahí, por esos momentos, nació un cariño natural por la institución.

Luego entré a la Prepa 8 y fui parte del representativo. La rivalidad con la Prepa 5 era seria y creaba un mayor arraigo. Recuerdo que, antes de empezar uno de esos partidos, el entrenador de la 5 (el profesor Saldívar) y el nuestro (el profesor Gálvez) ya se habían peleado y habían sido expulsados. ¡Y el juego ni había empezado!

Ya cuando llegué a ser parte de los representativos, esa piel Puma fue creciendo. Y en una ocasión en la que nos invitaron a jugar contra el equipo de Reserva de la UNAM y el equipo titular, don Ángel Papadópulos me vio y me invitó a ser parte de lo que en aquel entonces eran las Reservas.

Ya en Reservas de la UNAM pude ir a los Panamericanos de Cali en 1971. Regresé a mis actividades con Pumas y empecé a destacar, pero en una ocasión el entrenador Alfonso Portugal anunció que, de los ocho reservas que éramos, sólo se iban a quedar dos: Manolo Borja, hermano de Enrique Borja, y Marco Antonio Padilla, hermano de Aarón Padilla. Los seis restantes podíamos pasar por nuestra carta. Yo me quedé muy triste y decepcionado, y mis padres me insistieron en que retomara los estudios. Y en eso estaba cuando en un telegrama me llegó la convocatoria de las pruebas para el equipo que iba a representar a México en los Juegos Olímpicos de Múnich 72. Terminé como capitán del equipo y fuimos a Alemania. Y como por la decepción y la tristeza que tenía nunca había ido a buscar mi carta, resulta que a mi regreso me doy cuenta de que sigo siendo Puma. La gente del club vio mi progreso y enseguida se comunicaron conmigo para que me presentara en el club. Por eso digo que Pumas, el equipo de mis sueños y la institución que me fortaleció, ha estado siempre en mi destino.

Fui parte de una generación maravillosa y de una transición en la que se pasó de ser un equipo mediano a lo grande que es hoy. Voy a contar una anécdota que revela el espíritu de la institución. Como seguramente muchos saben, el ingeniero Aguilar Álvarez siempre buscaba que el equipo fuera agresivo y nos retaba a que en los primeros 15 o 20 minutos del juego fuéramos ganando por dos o tres goles de diferencia. Al final de cada primer tiempo nos esperaba en las escaleras rumbo al vestidor y nos decía "¿Cómo? ¿Vamos 2-0 apenas? ¡Deberíamos llevar más goles!". Entonces, como siempre salíamos muy determinados a tener muy buen inicio, el equipo tenía un bajón en el segundo tiempo como consecuencia de ese esfuerzo. En esa época había una canción de Dionne Warwick, "La huella del gato", y quizás por eso a mí se me ocurrió que durante ese bajón se pusiera el rugido del puma, para que supiéramos que cuando sonara teníamos que redoblar esfuerzos, aumentar la concentración y no bajar los brazos. Con esto quiero decir que todos estábamos comprometidos, éramos un grupo que funcionaba como una familia. Y por eso se consiguieron los resultados y un crecimiento general para la institución y el equipo.

Hoy no estoy dentro de la cancha, pero el espíritu de los Pumas sigue presente en mi nuevo rol. Soy director de Desarrollo del Fútbol Femenil y este proyecto busca convertirse en un motor de cambio. Como todo en Pumas, se trata de fortalecer nuestro material humano para que sea un buen ejemplo para la juventud. Ése es el mensaje que llevo ahora, el mismo que vi desde mis comienzos en la UNAM.



## Mi historia en un papel

**Efraín Chispa Velarde**

Pumas es mi casa.

Siempre dije que es una institución diferente a cualquier otra del fútbol mexicano. Me abrió las puertas en 1998 y estuve hasta 2014, después salí a conocer otras instituciones y luego cerré en el equipo de mis amores, pero Pumas es un equipo que representa a la máxima casa de estudios y eso hace que tenga un valor diferente y un compromiso particular. Pumas tiene una identidad basada en la garra y ese espíritu caracteriza al jugador universitario.

Cuando llegué a fuerzas básicas, eso fue lo primero que me inculcaron. En Pumas no se trata nada más de ganar y de que haya buenos futbolistas, no; es un equipo que se caracteriza por tener valores particulares. Se lo atribuyo a la historia del club, una filosofía que viene de que muchos de los que lo integraban eran estudiantes y realmente se ponían la camiseta de la UNAM. El hecho de representar a la Universidad te da un valor agregado y la historia del equipo así lo demuestra. Las generaciones que han pasado por el club siempre se caracterizaron por tener una identidad de garra, de lucha, de espíritu, de respeto, de disciplina. Querer salir adelante a pesar de no ser un equipo económicamente poderoso te lleva a que, con base en tu fortaleza, que es el amor al arte, al fútbol, al deporte y a la UNAM, quieras sobresalir y crecer con el corazón y la pasión, no a partir de un tema económico.

Mencionar un solo momento de mi trayectoria en Pumas es muy complicado porque me tocó una época dorada y hubo muchísimos. En diez años ganamos cuatro campeonatos y perdimos dos finales. ¡Cuatro campeonatos en diez años! Hay futbolistas que juegan durante 20 años y nunca llegan a ser campeones. Pumas fue especial para mí hasta en el debut. En el banquillo estaba Hugo Sánchez, en la cancha teníamos dos hombres menos y tras ingresar metí el gol de la victoria de palomita, al más puro estilo del maestro. Un día antes, yo visualicé lo que iba a pasar, lo soñé y lo apunté. En un papelito apunté lo que iba a pasar ese día y pasó. Ese papel lo tengo guardado. "Visualicen lo máximo, lo mejor", nos pedía Hugo, y así lo hice. Ese día fue un parteaguas en mi carrera.

Voy a contar algo que les ha pasado a muy pocos futbolistas. Cada vez que yo he ido a C.U. a jugar con otro equipo, como Rayados, León, Toluca, Morelia o Mazatlán, la afición coreaba mi nombre y me invitaba a cantar el Goya al final del partido. A veces perdían los Pumas, y a pesar de la derrota seguían cantando mi nombre. Eso es algo maravilloso que no cualquier futbolista vive. ¿Se puede pedir más a un club y a una afición?



---

## Más que un equipo, una familia

Gustavo Vargas

Para mí los Pumas es mi segunda casa. Desde 1974 estudié en la Facultad de Ingeniería y empecé a participar en torneos universitarios. En el Mundial Universitario ganamos la medalla de oro y ahí me sumé al fútbol profesional. También participé en la fundación de la escuela de Pumitas como monitor y fui directivo y técnico. Si saco cuentas, más de la mitad de mi vida la pasé en el club.

Con esa experiencia, puedo decir que, efectivamente, Pumas es distinto. Tuve la suerte de jugar en varias instituciones y por eso me consta que Pumas, respecto a los demás, no tiene nada que ver. Es otra filosofía, otra política y otra mística. La filosofía es muy clara: trabajar en sus bases, buscar el talento mexicano, tener dos o tres extranjeros de gran calidad y crear una política que sería como si uno llegara al club a hacer una carrera universitaria de cuatro o cinco años para luego salir al mundo laboral —como lo hace cualquier profesionalista— a incrementar su economía personal.

Esa filosofía se creó para que siempre hubiera jugadores de fuerzas básicas en el equipo, pero el asunto no terminaba ahí: estábamos obligados a estar en una final cada cuatro años como mínimo, objetivo que en realidad se logró cada dos años. Entonces iban saliendo jugadores que desde muy jóvenes ya tenían experiencia en hacer buenos campeonatos, durante años encontrabas Pumas en la Selección Nacional. Por esa filosofía, el equipo estaba siempre en los primeros lugares. Nuestras bases son esas. Porque la Universidad nunca va a competir a base de carterazos, lo que además tampoco es garantía de campeón. Y lo que sí se garantiza con esa idea del club es que si trabajamos con nuestras bases, vamos a crear los recursos suficientes para que la Universidad no inyecte dinero y, además, aportaremos jugadores a la Selección.

En lo personal, a mí la Universidad me ayudó a ser más abierto y extrovertido, a ser un jugador preparado y con buena formación. Me dio esa mística de ser gente de aula, de la que se involucra en la Universidad y en el equipo. Esa mística difícilmente la encontrabas en otro lado. Yo tengo un nieto en Pumitas y ves que incluso la escuela para niños es distinta. En otros equipos se estimula la competencia férrea y se busca el

lucro, mientras que en Punitas se va detrás de la formación y se incentiva el disfrute. La idea no es tanto crear futuros campeones como que se diviertan; ya llegará, si llega, la hora de la capacitación más competitiva. Miro a mi nieto y pienso que me hubiera encantado tener una escuela como la que ahora tiene él, con ese nivel de entrenadores y de canchas. Yo vengo de Michoacán y tuve una infancia muy distinta. Pero como monitor disfruté mucho esa etapa.

Durante mi trayectoria en el club fuimos campeones de Liga en la temporada 80-81, ganamos un torneo de Concacaf y le ganamos la Copa Interamericana al Nacional de Montevideo, que era campeón Intercontinental. Además, teníamos seis jugadores en la Selección Nacional y otros en la Sub-23. Luego fui gerente deportivo y estuve en el cuerpo técnico de Miguel España, con el que obtuvimos el subcampeonato de la Sudamericana contra el Boca Juniors. En definitiva fui parte de la institución en diferentes etapas y en puestos muy distintos.

Acerca de aquella Copa Interamericana, quiero compartir un recuerdo. Teníamos un equipo que en realidad era una familia integrada por el presidente, el vice, los utileros y todos los que de una u otra manera estaban vinculados con los que salíamos a la cancha. Fuimos campeones de Concacaf y el Nacional lo era de la Conmebol. Para jugar la Intercontinental con el campeón europeo tenían que jugar antes con nosotros, pero nos saltaron. Ellos la jugaron, ganaron, y luego jugaron con nosotros la Interamericana. En el partido en C.U. ganamos 3-1, con dos goles de Hugo y uno de *Tuca*. Después fuimos a la visita al Centenario y allá nos apedrearon el rancho, perdimos 3-1 pero durante un buen tiempo íbamos perdiendo 3-0. Con ese global ya estábamos fuera, pero faltando pocos minutos hice una jugada y marqué el 3-1 que nos llevaba al desempate. Ahí es donde digo que la directiva, encabezada por el ingeniero Aguilar Álvarez, fue importantísima, porque ellos querían que jugáramos el tercer partido ahí a los pocos días. Nos iban a pagar todo y a lo mejor el club ganaba algún dinero por jugar allá, pero los directivos de Pumas privilegiaron lo deportivo y dijeron que no, que el juego se realizaría en cancha neutral, como tenía que ser. Entonces jugamos en Los Ángeles y ganamos 2-1, con un gol de *Tuca* y otro mío, que hice a falta de dos minutos para que terminara el partido. Por ese resultado quedamos campeones interamericanos y de una manera muy merecida. Nos consagramos el 13 de mayo de 1981 y todo lo que pasó ese día lo recuerdo como si fuera hoy.



## Puma de hueso colorado

*Kikín Fonseca*

Pumas va mucho más allá de lo deportivo para mí, tiene que ver con las cosas más profundas de mi vida. Lo voy a explicar. A mi padre, José Francisco, le decían *Kiko*. Entonces, el primogénito de mi familia, Héctor Francisco, era *Kikín*. Y él, mi hermano, murió a los 15 años y era un fanático absoluto de Pumas. Yo era muy chiquito cuando él falleció, pero siempre me han contado de su amor por el equipo. De hecho, cuando murió traía puesto un pants de Pumas. Entonces, antes de mudarme a Ciudad Universitaria, ya tenía este vínculo sentimental con la institución.

Yo jugaba en La Piedad, y cuando el dueño vendió el equipo, me llamó y me dijo:

—Te puedo mandar a dos equipos. Uno es Chivas, pero ahí quieren a Rafa Medina, a ti no. Igual, si gustas, te puedo mandar en paquete. El otro equipo al que te puedo mandar es Pumas.

—¿Y ahí también me manda en paquete?

—No. Ahí el que te quiere es Hugo Sánchez. Pero irías a préstamo.

No lo dudé mucho, por supuesto. Primero, por el club y por Hugo Sánchez, mi ídolo. Y luego, porque pensé que mi hermano estaba moviendo los hilos desde el Cielo. Así que, cuando poco después llegué al club, le puse *Kikín* a mi camiseta en homenaje a mi hermano, pero no para que me dijeran de esa forma a mí. Claro que el *Perro* Bermúdez vio ese nombre en la playera, me empezó a llamar *Kikín* y el sobrenombre me quedó. Todo, por los Pumas.

Por ese tipo de cosas es que Pumas para mí es mucho más que los logros. Yo podría hablar del bicampeonato, del Campeón de Campeones y del partido contra el Real Madrid, pero mi historia con el equipo no son solamente los triunfos. Es un camino que es muy sentimental por lo que tiene que ver con mi hermano, y de mucho aprendizaje en lo relacionado con mi trayectoria.

Yo era muy chico cuando llegué, tenía menos de 20 años. En el club no conocía a nadie y nadie me conocía a mí. Así que cuando entré a la utilería, el célebre Quintín ni siquiera me dio ropa para cambiarme. "¿Usted qué, chamaco?", me preguntó, y cuando le

expliqué por qué estaba ahí me respondió que sólo me iba a dar ropa si se lo ordenaba Hugo. ¡Quintín me negó la ropa! El *Sobuca*, que era auxiliar de Hugo, tuvo que intermediar para que finalmente yo pudiera entrenar. Luego con Quintín nos hicimos muy amigos, pero lo que quiero decir es que mis primeros pasos no fueron nada fáciles.

Y cuando digo que no fueron fáciles, lo digo en serio. Tuve que empezar a jugar en la Sub-20, no iba ni a la banca. Dudaba mucho de mis condiciones y se lo decía a mi papá, hasta que un día él me mandó a hablar con Hugo. Pero yo me moría de pena hasta de pensarlo; Hugo me intimidaba, ni me quería acercar por donde estuviera él. Un día, eso sí, junté fuerzas y le toqué la espaldita. Cuando se dio la vuelta, le pregunté por qué yo no jugaba. Me miró y me dijo:

—No te desesperes, chamaco, ya te va a llegar la oportunidad.

Y ahí se acabó la conversación.

La oportunidad me llegó en un partido de visitante contra el Veracruz. Iba a la banca y le avisé a mi familia: de León fueron a Veracruz, llamaron a amigos, hicieron un asado y asistieron al estadio. En un momento, Hugo me mandó a calentar y me dijo que iba a saltar al campo. Entré promediando el segundo tiempo. Y al minuto de haber entrado, me expulsaron. En el vestidor yo estuve llorando, devastado. Ahí mismo le hablé a mi papá, le dije que iba a dejar el fútbol, que estaba claro que eso no era para mí. Y él, con toda su sabiduría, me dijo: "No te preocupes, ¡no era roja!". Hugo y los compañeros también me alentaron. Hasta que me llegó una nueva oportunidad. Esta vez fue contra el Atlas, en C.U. De nuevo, ahí va la familia, llaman a los amigos, hacen el asado. Por la mitad del segundo tiempo íbamos empatados 1-1. Hugo me hace entrar alrededor del minuto 75 y me toca marcar el 2-1. Mi familia estaba feliz, ¡había hecho el gol del gane! Y en esa temporada me convertí en el jugador que hizo más goles entrando de cambio.

A partir de ahí todo se encarriló. Pumas compró mi carta y me sentí libre de amar al club. Me gané el puesto de titular, hice amigos en el vestidor y la afición empezó a apoyarme. Y, de mi parte, empecé a descubrir todo lo que significan los Pumas: un club sensacional, lleno de jóvenes, que apuesta como nadie por los canteranos, donde todos están involucrados para apoyarse en pos del mismo objetivo; un lugar que me hizo mejor futbolista y una persona capaz de crecer y desarrollarse. Yo no sé si mi hermano efectivamente movió los hilos para que pasara todo lo que ocurrió conmigo en el club, pero lo que sí sé es que por todo lo que vi, viví y aprendí en el equipo soy un verdadero Puma de hueso colorado.



## El orgullo de ser parte de la historia

Deneva Cagigas Gabilondo

Son pocas las cosas que se pueden contar y sentir como si las estuviera viviendo otra vez. Llegué a hacer visorías a Pumas como una niña pequeña con ilusiones inciertas, pues no había certeza de lo que viviría en los siguientes seis años. Es algo que, cada vez que lo pienso, llega como un recuerdo con una sonrisa y una alegría inigualable.

Ninguna niña que empezara de pequeña a jugar fútbol podía aspirar a convertirse en profesional. Ni siquiera había escenario para hacerlo y, por eso, la noticia de la creación de la Liga fue algo inesperado pero muy oportuno, porque una cantidad incontable de niñas y mujeres merecíamos esa oportunidad, ese escenario.

La noticia llegó cuando yo estaba cursando la carrera y había miedos y dudas sobre lo que podía suceder. Toda mi vida crecí con un balón en el pie. Pocas personas saben lo que implica ser una atleta de alto rendimiento; por mi parte, yo siempre he dicho que el verdadero trabajo de un futbolista se encuentra en todos los sacrificios que se deben hacer. Claro que nunca opacan los minutos en cancha, ni el sentimiento de festejar un gol o el de defender una playera con el corazón en la mano... pero sí, los sacrificios son bastantes.

Yo acababa de empezar la universidad y estaba en un lugar nuevo porque venía de vivir en Cancún. En mi mente siempre estuvo la idea de acompañar los estudios con el fútbol, pero me surgieron ciertas dudas acerca de cómo combinaría la vida universitaria con el hecho de ser una profesional del fútbol, algo que era nuevo y emocionante porque no sabíamos que seríamos las pioneras de un proyecto que empezaron generaciones anteriores, y que nos tocaría ser las primeras de algo inmenso.

Me atreví a ir a las visorías de Pumas. Recuerdo ese trayecto con mi mamá en el coche como si fuera ayer. Tomamos el camino por C.U. y llegamos a la Cantera. Uno no dimensiona lo que ve cuando sale de ese túnel, un lugar que se convertiría en mi segunda casa durante seis años, con unas instalaciones increíbles y una vista inigualable. Para no alargar mi relato, diré que fueron tres meses de incertidumbre, sin saber si nos íbamos a quedar. Había recortes y pocos entrenamientos durante semanas, pero en el proceso conocí gente que me acompañaría a lo largo de un trayecto que marcaría un antes y un después en mi vida.

Poco a poco se fue conformando el equipo. Participamos en la Liga Mayor, como fogueo para la Copa MX, que sería el primer torneo oficial y serviría de preámbulo para empezar a escribir una historia destinada a trascender. Recuerdo muy bien el orgullo y el honor de portar el gafete de capitán, en ese momento no dimensionaba que pasaría a la historia como la primera capitana de una institución tan grande. Para mí la capitania siempre fue un honor que conlleva una responsabilidad muy grande, como la de ser el ejemplo y hablar por tus compañeras dentro y fuera del campo.

Más adelante, se anunció el calendario del primer torneo. Tuvimos la suerte de jugar el partido inaugural, el primer partido, pero sobre todo tuvimos la fortuna de empezar nuestros sueños, el ansiado debut, que es lo que quiero compartir porque es algo que jamás olvidaré y dio pie a cosas inimaginables.

Llegamos al partido en el Estadio Hidalgo, casa del Pachuca. Recuerdo muy bien que tenía los nervios a flor de piel, el día anterior había estado insoportable, un sube y baja constante de emociones, todo me hacía llorar. Poco y nada logré dormir esa noche, pero la ilusión estaba intacta. Al llegar al estadio y salir por el túnel hacia la cancha, el campo se veía inmenso, el estadio parecía gigante.

Entramos al vestidor siendo unas niñas que pronto se convertirían en parte de la historia. Nos vestimos y ahora recuerdo muy bien el sentimiento de ponerme la camisa como si fuera un escudo. Me dije a mí misma que no importaba lo que pudiera pasar, yo iba a defenderla con todo lo que tenía. Y que cuando las piernas se cansaran, correría con el corazón. Me puse el gafete y pensé en cómo íbamos a jugar, cómo iba a representar a ese escudo tan importante que me había dado la oportunidad de vivir un sueño que parecía inalcanzable. Salimos del vestidor al túnel, me tocaba estar al frente por ser la capitana. Los nervios estaban ahí, pero yo siempre los usé como una manera de mantenerme concentrada. Salimos a la cancha con ese himno de la Liga que en aquel momento me llenó los ojos de lágrimas; yo quería buscar a mi mamá y a mis seres queridos entre las gradas para sentirlos cerca. Para mi fortuna nunca los encontré porque lo que vi fue una afición que desde ese día no nos dejaría caminar solas, un escenario que nunca nos imaginamos. Me tocó ser parte del sorteo del inicio de partido, elegir cancha o el saque, y en ese momento todo seguía pareciendo un sueño. Fue hasta el silbato inicial que se volvió realidad. El partido empezó y con eso comenzó el capítulo femenino de una institución enorme. Escribíamos historia en una institución que apostó por su equipo femenino desde el día uno, que nos apoyó y nos ayudó a convertirnos en profesionales.

El partido transcurrió y desafortunadamente el resultado no fue a nuestro favor, pero demostramos que las mujeres podíamos jugar y dar espectáculo; lo demás es historia. Cada segundo que me tocó representar a ese escudo dejé el corazón en la cancha, porque una institución tan grande no amerita menos. Salir del campo y dimensionar

aquello que acabábamos de vivir es algo difícil de plasmar en palabras. Los sentimientos siguen a flor de piel y sólo podría decir que la oportunidad de representar a Pumas no tiene precio.

Tener la posibilidad de ser un pedazo de la historia no se compara con nada. Me tocó estar allí desde el primer día y estoy segura de que, aunque nuestros caminos se separen, esta institución logrará cosas increíbles.

Las ilusiones de esa niña que llegó a hacer visorías se convirtieron en horas de entrenamiento invisible, disciplina y responsabilidad. Hoy puedo decir que una institución tan grande me dio la oportunidad de convertirme en profesional y sembró valores que agradeceré toda mi vida. Me voy tranquila porque sé que soy una persona diferente y que aporté un granito de arena a la historia de esta institución.

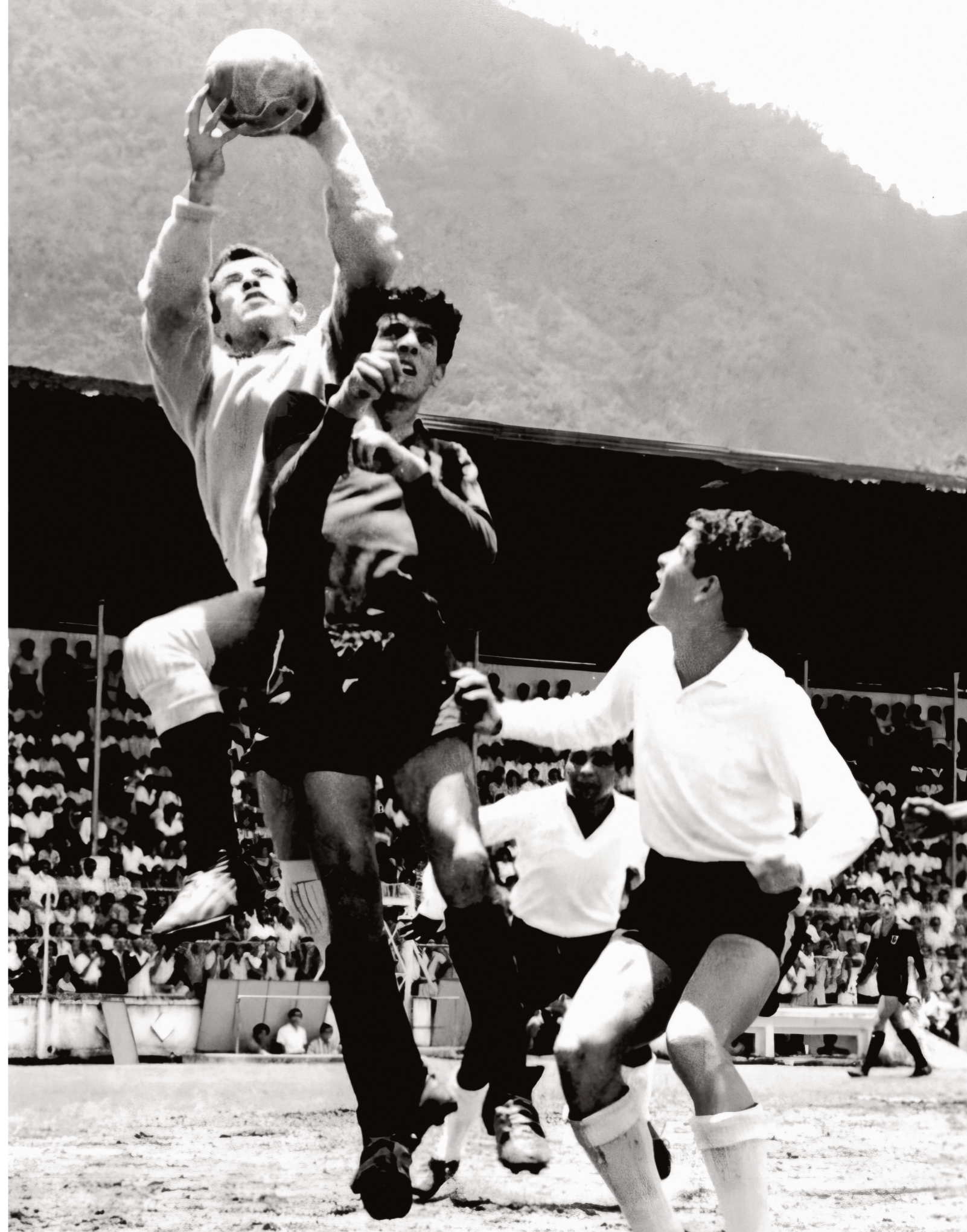
Sólo me queda decir: Gracias, Pumas. Nos volveremos a ver y siempre será un orgullo formar parte de tu historia.







arriba.  
Carlos Calderón de la Barca hace un remate de cabeza en 1961. En la temporada 1961-62 obtuvo el título de campeón de goleo de Segunda División.



derecha.  
El portero José Luis *Chango* Ledesma y el defensa José Antonio *Espátula* Rodríguez en un partido de Segunda División disputado en Orizaba. ca. 1959-60





arriba.  
*Atrás:* Carlito Peters, Javier Ortiz Tirado (presidente), Renato Cesarini (DT), Carlos Gutiérrez, Raúl Chanes, Isidro Valenzuela, Víctor Pérez y Raúl *Rulo* Vázquez.  
*Al frente:* Rubén Muñoz, Alberto Etcheverry, José Antonio *Espátula* Rodríguez, Luis Regueiro y Mario Braga *Babá*.  
 Temporada 1964-65

izquierda.  
 Renato Cesarini platica con el equipo dentro del vestidor. Entre otros, se observa a los jugadores Raúl Chanes, Carlos Bregante, Rubén Muñoz, Aarón Padilla y Luis Regueiro.  
 Temporada 1964-65



arriba.  
 Partido de Segunda División en la temporada 1954-55.

izquierda.  
 Integrantes de los Pumas con el trofeo de campeones de Segunda División. 1962



páginas siguientes.  
 Festejos del pase a Primera División. Aparecen cargados en hombros Raúl Chanes, Manolo Rodríguez, José Antonio *Espátula* Rodríguez y Carlos Gutiérrez. 9 de enero de 1962







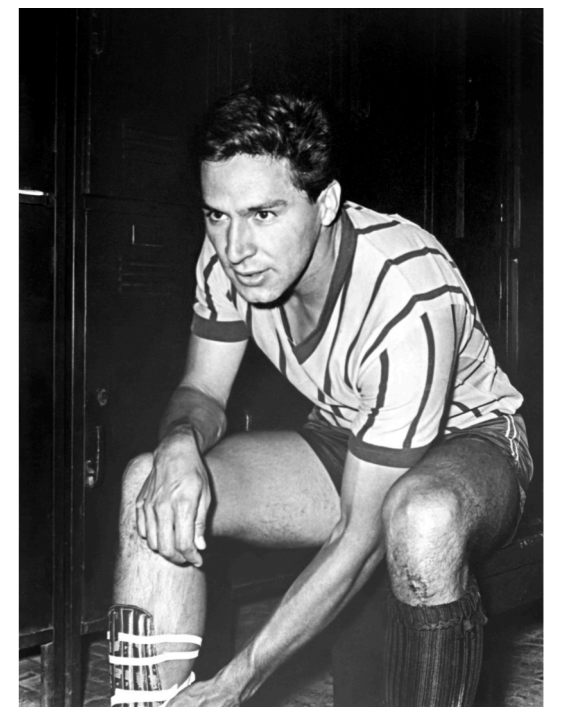




arriba.  
Evanivaldo Castro, *Cabinho*,  
sosteniendo el trofeo de campeón  
de goleo de la temporada 1976-77.

izquierda.  
Final de la temporada 1976-77 disputada  
en el Estadio Azteca. Los Pumas ganaron  
a los Leones Negros de la UdeG y se  
coronaron por primera vez en Primera  
División. En la foto se observa a Jesús  
*Camarón Iturralde*.

derecha.  
Héctor *Capi* Sanabria, defensa central  
de los Pumas de 1965 a 1978.







izquierda.  
Bora controla el balón en un juego por el título de Campeón de Campeones ganado por los Pumas en contra del Toluca. Temporada 1974 -75

abajo.  
Los Pumas se coronaron campeones al vencer 1-0 a la Universidad de Guadalajara en el Estadio Azteca. Temporada 1976-77



## Una novela muy bien escrita

Luis García Postigo

Los Pumas me abrieron la puerta a lo que hoy es mi modo de vida, tan vinculado a la pelota. El club me formó, me educó, me orientó, me regañó y luego me aventó al mundo cruel con unas bases muy sólidas. Fue mi mentor de vida, como mis padres.

¿Y qué me enseñó ese mentor? Sobre todo, a competir de manera honorable. A ser terriblemente respetuosos con nuestros compañeros, autoridades y entrenadores, así como con el rival de turno. Nos enseñaron que para ganar había maneras de hacerlo, y que nunca era a costa de lo que fuera ni como fuera. Había un camino, que es el de la rectitud. No podías fingir una sola falta y si el árbitro se equivocaba tenías que dirigirte a él con respeto. Esto era algo de todos los días, todo el tiempo se nos recordaba cómo debía competir la Universidad Nacional. Más allá de ganar o perder, se inculcaba la importancia de ser honorable. Se nos dejaba claro que en el fútbol se gana y se pierde, y que si no sabes convivir con el perder tampoco vas a saber convivir con el ganar.

Pumas siempre se caracterizó por ser competidores sumamente bravos y limpios; éramos difíciles de contender en todos los sentidos. Además, había una comunión de valores con la afición. Hubo equipos históricos, como el de principios de los noventa, un equipo mítico y ejemplar que se convirtió en la base de la Selección Nacional. Así que de la representatividad local pasamos a la representatividad nacional gracias al enorme trabajo que hicieron Miguel Mejía Barón y su cuerpo técnico.

Definitivamente, al pensar en Pumas se me viene a la memoria aquella final de la temporada 90-91. En el partido de ida metí un gol pero al rato el América nos lo dio vuelta para ponerse 3-1. En el entretiempo llegamos bastante sacudidos al vestuario y Miguel, con esa calma fantástica que tiene, nos dijo: "Éste es un partido de un gol; si lo metemos nosotros, vamos a ser campeones; si nos lo hacen ellos, se acabó la fiesta". Regresamos al campo y en la siguiente jugada *Zague* se va solo ante Campos, intenta definir y el *Negro* hace una atajada monumental, una de las mejores que le he visto. Luego David Patiño la tiró a la escuadra e hizo un golazo. Seguíamos con vida, Miguel tenía razón.

En el juego de vuelta, antes de salir al partido, Miguel nos regaló un puma dorado a cada uno con su nombre y empezó a tirar un discurso que no olvidaré nunca. Dijo que habíamos sido el mejor equipo de la temporada, que todo lo habíamos hecho perfecto y que, aunque no sabía lo que fuera a pasar en el campo, para él ya éramos los campeones. Repartió los pumas y algunos lloramos. Era un vestidor bastante pinche y no había manera de que los demás no escucharan el llanto, pero cuento esta anécdota porque siento que ahí está el secreto de los Pumas. No importaba cuál iba a ser el resultado final porque en realidad, si lo pensábamos bien, ya habíamos ganado. En la lucha del humanismo y los valores contra la fuerza del poder económico, la última piedra la pusimos nosotros con esa doble victoria: la que marcamos frente a nosotros mismos y la que le impusimos al rival que desde entonces sería el rival histórico.

Fui una parte ínfima de una novela que la vida se encargó de escribir muy bien.



# No dejar de soñar

Santiago Trigos

Llevo la mitad de mi vida en Pumas y desde que soñé jugar al fútbol, mi equipo favorito siempre fue Pumas.

Con mi familia iba al estadio desde muy chiquito. Ahí surgió el cariño, que relaciono con el sol en las gradas, los cantos de las porras y la alegría general. No es algo que tuviera que ver con los triunfos, sino con un entorno de energía buena, positiva, que siempre identifiqué con la playera del equipo. Por eso, cuando se dio la oportunidad de probarme, no lo dudé. Y en todos estos años, el club me ha formado como persona y futbolista.

En Pumas te enseñan a ganar de la mano de valores como la lealtad, la pasión, la responsabilidad, el respeto a los demás, a uno mismo y a los compañeros. He estado diez años en el club y el aprendizaje es constante.

La historia del club la marcan los jugadores que han pasado, pero también lo que yo estoy viviendo. La importancia de la cantera, el proceso de apoyo a los que van llegando y la pasión compartida entre la afición, el equipo, los directivos y todos los que forman parte del club. Lo único que se pide siempre es lealtad y corazón. Por eso, no todo el mundo puede portar esta camiseta, es una playera que exige dar el máximo como futbolista y como persona. En definitiva, la garra es eso.

Pasé de ser parte de la afición a parte del equipo, pero nunca he dejado de ser de la afición. El hecho de que en el club haya jugadores con esa experiencia es algo que habla mucho de lo que importa en la institución.

Ser Puma es dar todo por lo que haces. Es la intensidad, la pasión y el amor que le pones a todas las cosas. Es lo que aprendí en el club y puedo decir que soy así en la cancha y fuera de ella. En Pumas me enseñaron que debes aferrarte a las cosas para conseguirlas y que, aunque haya días malos, debes tener la constancia y el valor para seguir creyendo en ti.

Se trata de no dejar de soñar. En el club dejan claro que nunca hay ni habrá mayor motivación que ésa.





---

# Los Pumas, más que un equipo de fútbol

Enrique Borja

Yo quisiera platicarles de un niño que, como muchos, soñaba con jugar en un gran equipo de fútbol.

A quien lea esto, espero transmitirle la fe, la confianza en sí mismo, el deseo, la ilusión y la determinación que me hicieron tener esa gran oportunidad, precisamente con los Pumas de la Universidad.

La plazoleta que estaba fuera de donde vivía fue testigo fiel —junto a mi familia, amigos y compañeros— de que esa flama de sentimientos y actitudes nunca se apagará.

Terminando la Secundaria 28 entré a mi querida Prepa 6, en Mascarones, en la Ciudad de México. Esa Prepa 6 que me dio la oportunidad de integrar, con jugadores de otras preparatorias, una selección que compitió y ganó un torneo juvenil en San Luis Potosí y donde tuve la oportunidad de ser campeón goleador. Y con esos logros vendrían más sorpresas.

A la siguiente semana, mi papá me llevó a Toluca para que su amigo y director técnico del equipo, el *Gavilán* García, me probara. Le debe haber gustado lo que vio, porque al final me dijo que en la semana me iban a contratar. Regresé feliz, porque sentía que se empezaba a realizar mi sueño.

Pero Dios me tenía una gran sorpresa, ya que en mi casa me estaba esperando un cazatalentos de los Pumas, el *Tapatío* Meza. Él me dijo que me habían estado siguiendo en el torneo y que tanto el presidente como el vice, licenciado Javier Ortiz Tirado y Manuel Mangas respectivamente, querían platicar conmigo.

Esa misma tarde entré a la oficina de los Pumas, en el Edificio Rioma, sobre Insurgentes Sur. No sé cuánto tiempo estuve allí; lo importante es que, en un abrir y cerrar de ojos, terminé firmando mi primer contrato con el equipo profesional de los Pumas de la Universidad por 400 pesos mensuales.

Todo lo que pasó después fue increíble. Porque ¿qué podía soñar un joven que sólo había visto a los profesionales en un estadio y en la televisión? Al día siguiente de la firma del contrato tomé mi camión y llegué al entrenamiento. Frente a mí estaba el

majestuoso estadio de C.U. y la entrada a los vestidores. Yo estaba al tanto de la hermandad que había en el equipo y sabía que tenía que aprender sus valores: el espíritu, la garra, el compañerismo y el esfuerzo, todo esto apoyado por una mentalidad ganadora.

Entré al vestidor sin saber cómo me iban a recibir; entre mis compañeros había grandes figuras y muchos habían ascendido con el equipo. Además, eran estudiantes de carreras universitarias y había refuerzos mexicanos y extranjeros que se estaban adaptando al equipo. A todos y cada uno de ellos siempre los tendré en mi memoria porque el recibimiento fue increíble y superó mis sueños. Me hicieron sentir como una figura, siempre con el consejo del que sabe y apoya.

Permítanme mencionarlos: Aarón Padilla, mi querido compañero, amigo y hermano tanto en Pumas como en la Selección Nacional; Miguel Mejía Barón, Luis Regueiro, José Luis González, el *Espátula* Rodríguez, Memo y Rulo Vázquez, Manolo Rodríguez, Carlos Gutiérrez, Tomás Pérez, Rubén Muñoz, Raúl Chanes, René Trujillo y varios más, así como los extranjeros: Alberto Etcheverry —gran amigo y campeón goleador—, Nicola, *Babá*, Juaracy y algunos más.

Para mí, capítulo aparte en mis inicios en Pumas fue mi querido, recordado y admirado don Renato Cesarini, figura mundial como jugador y técnico. Su capacidad era reconocida entre las estrellas y también con los jóvenes que anhelaban ser futbolistas. Desde que me saludó, don Renato me hizo sentir una gran confianza y, a la vez, sentí que la exigencia iba a ser muy grande. Justamente ése era el reto que yo quería.

Cesarini era técnico, maestro y psicólogo; trabajaba en lo físico y en la mentalidad. Lo comento para los jóvenes que lean esto y que creen que llegar es fácil. No, debes saber que es muy difícil, pero si tienes lo que aquí has leído y lo que escuchas de las grandes figuras, claro que lo vas a lograr. Te vas a doblar a veces, pero nunca a quebrar. Tienes que estar preparado siempre para poder aprovechar las oportunidades. Nadie te regala nada. Nunca debes pensar cuánto tiempo vas a jugar, sino qué vas a hacer cuando estés jugando.

Además de lo que hacía con el equipo, don Renato me tenía horas en el frontón que inventó, pegándole a la pelota con la derecha y con la izquierda contra la pared, disparando a gol, saltando a rematar de cabeza, driblando, rematando con los pies y todo lo que se pudiera hacer para poder competir y ganar.

Quiero decirles que, después de enseñarme eso, yo solito me metía en el frontón y trataba de aprender todo lo mejor posible para anotar goles, que era lo que me gustaba.

Mucho de este trabajo y esfuerzo al final obtendría resultados. El domingo 1 de marzo de 1964, en un partido de Copa contra Zacatepec, mi querido amigo y goleador Alberto Etcheverry no podía jugar. Don Renato me dijo que había llegado la hora de mi

debut en Primera División, ya que había jugado el Torneo Nacional de Reservas en la mayoría de los estadios y con mis compañeros.

Era el inicio, sólo el inicio de lo que había soñado.

Calentar en los vestidores con mis compañeros, oír las instrucciones de don Renato, recibir los masajes de Pepe Becerra y mi ropa y zapatos arreglados por Librado, sentir el apoyo de mis compañeros y, sobre todo, tener a mano el escapulario de la Virgen y la foto del Sagrado Corazón que hasta la fecha me acompañan.

Por supuesto, la noche anterior no dormí. Pero no importaba, iba a debutar y tenía que aprovechar esa primera gran oportunidad.

Enfrente estaba el Zacatepec, con un defensa central de gran experiencia y quien ya para entonces era seleccionado nacional, Raúl Cárdenas, que posteriormente fue mi técnico en la Selección Nacional y en el América.

Durante el partido hicimos muchas jugadas que la afición coreaba y a veces el “Borja, Borja” surgía de ese público que se identificó conmigo desde ese primer momento y a lo largo de toda mi carrera con Pumas y la Selección Mexicana.

No anoté un gol, pero creo que causé gran impresión. Las felicitaciones de don Renato y mis compañeros fueron emocionantes. Al día siguiente, la prensa hablaba del “mexicano indomable”, “el chamaco Borja”, “Borjita”, “el Cyrano de Bergerac”, etcétera.

Gracias, don Renato; gracias, compañeros; gracias, directivos, y a todos los que me apoyaron en mi debut, pero siempre y hasta siempre: gracias a la afición Puma.

Con Pumas fui subcampeón de equipo, subcampeón goleador, reforcé junto a Elías Muñoz al equipo Atlas en un hexagonal que ganamos y fui seleccionado nacional y jugué en la Copa del Mundo de Inglaterra 1966, en la que anoté un gol a Francia a pase de mi hermano Aarón Padilla.

Pero así como hay situaciones positivas, también hay adversas. Una de ellas tuvo lugar el día que fui a ver al presidente del equipo, el doctor Andrade Pradillo, para solicitarle un aumento de sueldo. Él me dijo que revisarían el tema y hablarían conmigo. Salí de esa junta pensando que no habría problema; sin embargo, al abrir unos periódicos vi que el doctor declaraba que no habría ningún aumento para mí y que si llegaban a aumentarme el sueldo, él firmaría su renuncia. Realmente fue algo que me sorprendió y me sentí muy mal. Primero, porque se lo dijo a los medios y no a mí; segundo, porque el pretexto que daba nada tenía que ver con el fútbol.

Molesto, llegué a su oficina y me dejaron entrar gracias a Gilberto Borja, directivo de Pumas y un gran amigo de aquellos tiempos. El doctor me dijo que no habría aumento y me fui muy molesto por su actitud. Entonces, la afición se enteró de la situación y empezó a ejercer una presión muy fuerte hacia él y los directivos para que me firmaran. Tan fuerte, que los directivos me llamaron para platicar lo que habían decidido.

Tanto el doctor como ellos me dijeron que habría un pequeño aumento. Me pidieron que no me preocupara y me aseguraron que en la semana firmaríamos. La cantidad no importaba mucho, ya que en ese tiempo no eran cifras tan grandes. Al final, me dijo que don Guillermo Cañedo me invitaba a comer ese mismo día a Hoyo 19, un restaurante en Insurgentes, y no me sorprendió porque yo tenía buena amistad con don Guillermo por la Selección Nacional. Comí con él y cuando pedimos un café sacó un papel de la bolsa y me lo mostró para que pudiera leerlo. No tengo palabras para explicar lo que sentí cuando vi que era el contrato de mi venta, firmado por el propio doctor Andrade Pradillo. Lo primero que le dije a don Guillermo era que acababa de hablar con el doctor y que él me había dicho que iba a firmar con Pumas; luego dejé claro que conocía la grandeza del América y le agradecía al club que me quisieran, pero que yo estaba contento con Pumas. Y terminando, le dije una frase que se quedó como corolario de esa situación:

—No soy un costal de papas para que me vendan sin mi autorización.

Hablé con el doctor y me confirmó mi venta. Me molesté mucho y todos los medios hablaron de lo que había pasado, lo menciono porque lo hice en esos momentos.

A los medios les dije la verdad: que no me quería ir de Pumas y que me había vendido el presidente del equipo, no el Club Universidad.

Hablé con el rector Barros Sierra y con toda la gente que conocía. Ninguno podía hacer nada con ese contrato firmado por el doctor Andrade Pradillo.

Hasta fui a ver al presidente de la República, don Gustavo Díaz Ordaz, quien me había recibido y felicitado por mi actuación en la Copa del Mundo de Inglaterra 66. Le conté mi situación y me dijo que no podía ayudarme, pero que iba a sacar una iniciativa de ley para que les tocara un porcentaje de su venta a los jugadores. Además me sugirió que fuera a ver a Emilio Azcárraga Milmo, por entonces dueño del América.

Gracias a esa entrevista, desde aquel momento el señor Azcárraga me demostró que, después de mi padre, él iba a ser la persona más determinante en mi vida dentro y fuera del fútbol.

Pero para mí los Pumas de la Universidad fueron, son y serán más que un equipo de fútbol. Es la institución que me dio la oportunidad de poner en marcha mi sueño y fortalecerlo con sus principios, sus valores y sus raíces.

Gracias, Pumas de la Universidad. Por mi raza hablara el espíritu.



## Sí, somos distintos

Raúl Alpizar

Pumas es la institución que me ha dado todo desde hace más de 30 años.

Del representativo universitario de media superior de la UNAM pasé al Club Universidad Nacional y ese salto cambió mi vida. Pumas me formó como persona, me dio las bases para llegar adonde llegué y además tuve la suerte de debutar con el equipo y luego regresar en el rol de entrenador. El club es mi casa.

Llegué a los 16 años y desde ese momento me hicieron ver que la cultura del esfuerzo es lo que nos hace distintos. Nunca me dijeron que debía ser muy fuerte, talentoso o diferente en algo a los demás, lo importante era el trabajo, la disciplina y el compromiso; por cierto, es lo mismo que fomenta la Universidad. Y lo que fomentaban en la cancha se trasladaba a mi vida personal.

Mi recuerdo inolvidable es el debut, porque lo soñé y sufrí mucho tiempo. En esa época, los jugadores debutaban muy jóvenes, a los 19 o 20 años, y a mí me empezaban a brincar otros que debutaban antes que yo. Eso me angustiaba y me estresaba, sentía que no lo iba a lograr. Al final debuté a los 21 como algo que marcó mi vida. Ese 18 de abril de 1999 lo tengo grabado porque debuté como titular, cuando la mayoría lo hace como relevo. Lo hice en Torreón, en la cancha de Santos, y recuerdo que algunos compañeros me apoyaban con frases de miedo, como "si no haces lo que tienes que hacer allá afuera ya luego nos arreglamos contigo". Era su manera de apoyar, pero obviamente me presionaba. Jorge Campos, en cambio, era de otro estilo; me decía que disfrutara y que simplemente hiciera lo que ya venía haciendo bien. Lo cierto es que las dos formas de apoyarme me sirvieron porque a partir de ese día jugué 23 partidos seguidos. Y el número 24 no lo jugué porque sufrí una expulsión.

El ADN del club son los jóvenes. Pumas es un club de jóvenes donde a todos se nos dice que la solución viene de adentro de la institución, por eso nos sentimos importantes desde el principio. Sabemos que somos los responsables de las respuestas que necesita el club, y para cumplir con esa responsabilidad se nos dan las bases para ser el cambio en la sociedad. No podemos dejar de decir que somos distintos porque sí lo somos. No digo que seamos mejores, pero sí distintos, porque estamos convencidos de que la respuesta la tienen los jóvenes.







## El lugar donde me dejaron ser

Jorge Campos

Los Pumas son todo para mí. Significan amor, absolutamente todo. Y, de mi parte, quiero expresarles un gran agradecimiento por haberme abierto las puertas al fútbol.

¿Cómo llegué? En camión. Fue un viaje lleno de sentimientos, de emoción, de sueños por cumplirse, de un gran deseo de quedarme y ser parte del club. Todo era muy emocionante, porque yo siempre había soñado con ser futbolista profesional. Mejía Barón me vio contra la Tercera División de Acapulco y el *Chino* Estrada, que me conocía muy bien, fue quien me recomendó.

A veces no nos damos cuenta de que la UNAM es una de las instituciones más importantes del mundo. Por la cantidad de chicos que asisten, por su calidad, por el nivel de sus instalaciones, por muchísimas razones. Y los Pumas se hacen eco de eso. En el club siempre insisten en que el estudio es lo primordial y tienen toda la razón. Yo no tuve la oportunidad de estudiar en la UNAM cuando fui jugador de Pumas y estoy muy arrepentido, creo que el estudio y la cultura te abren la mente. Jugar no es todo; lo bueno es estar cerca de la Universidad, no hay que dejar el estudio a un lado porque la cultura te ayuda a crecer como persona.

Siempre que me piden un consejo, digo lo mismo: disfruten. El fútbol es un juego, por si a alguien se le olvidó. Y si no nos cansábamos de jugarlo cuando éramos niños, ¿por qué nos vamos a cansar —o estresar o amargar— ahora que somos adultos? Yo nunca me olvidé de eso y Miguel Mejía Barón lo entendió. Te puedes equivocar, como cualquier persona, y no pasa nada. Sólo tienes que estar más atento para que no vuelva a pasar. La pelota más importante para un portero no es la que atajaste o la que fue gol, sino la que viene.

Y hablando de Mejía Barón, que fue quien me vio y quien mejor me entendió, tengo que decir que fue muy importante en mi vida. Los compañeros se daban cuenta y, para molestarme, muchas veces me decían que él era mi papá. Así que un día le empecé a gritar “papá, papá” y él me pidió que me callara y lo respetara. Pero no era una falta de respeto. Era un reconocimiento en broma a quien considero mi padre futbolísticamente



hablando. Me daba muchos consejos y me ayudó a crecer. Además, cuando él llegó yo no era titular. Siempre estuvo cerca de mí en todos los aspectos, en cómo me tenía que comportar, en todo pues. Sabía que mi padre era muy estricto y habló con él para que me permitiera cumplir mi sueño. Confió mucho en mí, que es lo que todo futbolista necesita. Primero me puso como delantero, y cuando yo saltaba a la cancha me gritaba “¡acuérdate que eres portero!”. A mí me gustaba jugar un tiempo de portero y otro de delantero, muchas veces le pedí eso, y a cambio él me pedía que nunca dejara a un lado lo que llamaba mi “espíritu amateur”. Lo que quería decir, supongo, que no importa en qué puesto juegues mientras te diviertas.

De Pumas valoro mucho dos cosas. Una, que fomentaban la humildad. Eso es algo fundamental, en aquella época y ahora. Y la otra, que me dejaban ser. Por ejemplo, está el tema de mis uniformes. Yo sé que están bien feos, pero me dejaban usar lo que yo quería ponerme. Podía ser libre, como yo quisiera ser. Por eso siempre quise regresar. No sólo por los colores y los diseños de mis uniformes, por supuesto, sino porque era un lugar donde yo podía ser tal cual soy.

Y estoy seguro de que cualquier chavo, mientras se mantenga humilde, puede vivir en Pumas lo mismo que viví yo.

Eso incluye anécdota como esta que viví con *Tuca*. Resulta que un día me fue a regañar al vestidor, un día muy importante para el equipo. Él siempre regañaba a todo mundo, todavía sigue regañando a cualquiera, pero ese día se pasó. Me dijo:

—¡Portero! Si hoy te meten gol, te voy a dar un batazo. ¿Me entendiste?

Y como yo nunca me pude enojar con él, le dije, tratando de sonar enojado:

—¡Está bien! Si me meten gol, dame un batazo, pero si tú no haces gol, me voy a quitar de todas las veces que me regañaste y el batazo te lo voy a dar yo. ¿Está claro?

Era el juego de vuelta de la final 90-91. A mí no me hicieron gol y no me pudo pegar. Y *Tuca* hizo aquel gol inolvidable, el *Tucazo*, y yo me quedé con ganas de pegarle a él.

Al final quedamos campeones, levantamos la Copa y le pudimos devolver a Pumas un poquito de todo lo que nos dio.



## Animarse a hacer historia

Manuel Negrete Arias

Haber llegado a Pumas es un gran orgullo. Recuerdo perfectamente el día en que pasé la puerta de maratón, el recibimiento de Mejía Barón, el entrenamiento... Todo fue muy emocionante.

Viví ocho años en la casa club y pasé por muchas etapas bonitas. Tuve más alegrías que tristezas, historias que me dejaron huella, fui líder desde muy joven. Vi el resurgimiento de la cantera y presencié la aparición de jugadores que harían historia, como García Aspe, Luis García, Claudio Suárez, Rafael Amador, Luis Flores y Raúl Servín, entre muchos otros. Todos tenían mucho carácter y yo era el veterano, de alguna manera era el encargado de transmitirles que en Pumas se enseñaba que el trabajo era lo único que podía sacarnos adelante y hacernos mejores.

Yo podría condensar en una sola historia lo que es Pumas para mí. Recuerdo que en 1984 o 1985 jugamos una semifinal contra Chivas y nos fuimos a penaltis. Yo pedí ser el último en tirar; fui el único que falló y ese error nos eliminó. Luego vino el Mundial de 1986 y otra vez hay definición por penaltis. *Bora* pregunta quién quiere tirar y a mí se me vino a la cabeza aquella experiencia con Pumas. Yo dije de patear, pero pedí ser el primero. Y esta vez fue al revés: yo fui el único que anotó. Luego volví con Pumas y en un partido con Puebla perdimos 2-0. Nos vamos a penaltis y me toca el mismo portero de aquel partido con Chivas: Celestino Morales. Por el mal recuerdo que tenía, pedí no ser el último en tirar. Y esa vez, el que falló fue el mejor tirador que tenían ellos. Entonces, ahí veo yo una de las grandes enseñanzas que me ha dejado Pumas: la importancia de mantener tu mentalidad, siempre estar dispuesto a mejorar y a tener más y más confianza. Tengo que decir que de ahí en adelante no volví a fallar un solo penalti.

Si algo distingue a Pumas es eso. Y, por supuesto, la apuesta por la juventud, el trabajo con fuerzas básicas. Yo vi de cerca la propuesta del ingeniero Aguilar Álvarez y Mejía Barón, que consistía en darle lugar a la cantera, luego vender bien a esos jugadores y siempre estar sacando nuevos. Era una filosofía que buscaba capacitar a la gente y darles espacio a los jóvenes. Porque, además, esos jóvenes nacidos y criados en la UNAM

son los que van a identificarse con el club, a quererlo y dar todo por él. Es un ADN deportivo donde lo que importa es el cariño que le tienes a la institución.

Hoy yo veo que el fútbol mexicano son puros centros y rebotes, cada vez hay menos jugadores que se animen a hacer algo especial. En mi época, jugábamos cortito, yo realmente me proponía hacer goles bonitos y siempre intentaba hacer algo diferente. Por eso, con Hugo Sánchez, me quedaba después de los entrenamientos a practicar de todo: las chilenas, los tiros de castigo, los pases cortos, los largos y los remates. Una cultura del esfuerzo que me inculcaron los Pumas.

Porque en el fútbol no se trata sólo de jugar: hay que animarse a hacer historia.



---

## Ver a un Puma es ver a un hermano

Imagínate entrar a un lugar enorme donde se escucha la voz de más de diez mil personas que repiten las mismas palabras para apoyarte. Comenzaré esta anécdota describiendo el "detrás de cámaras" durante la oportunidad de jugar en el Estadio Olímpico Universitario.

Acceder a las instalaciones de entrenamiento de la Cantera pareciera que es como entrar a cualquier lugar, pero no lo es. Descender un par de metros y cruzar un túnel para llegar a una zona privilegiada en medio de la selva de concreto rompe con el esquema color gris y abre paso a un verde frondoso: canchas, árboles y pequeños lagos le dan vida a este mágico lugar que te motiva y te hace sentir privilegiada por entrenar allí todos los días; y agradecida con todo el personal del club, que también hace mejor tu estadía porque está pendiente de todo para que llegues a tu mejor versión como jugadora. Es como si el tiempo se detuviera mientras estás dentro de la Cantera, pues algunas de las instalaciones guardan diseños y estructuras del pasado y vaya que representan un orgullo quienes han escrito la historia de este club. Cada día, ponerme la playera de entrenamiento me hace sentir la garra y entrega que se representa en lo grupal. Me motiva a competir, mejorar y entregar lo mejor de mí en cada acción con o sin balón y, de la misma manera, me hace defender a mis compañeras y motivarlas cuando sienten que ya no pueden. En pocas palabras, ver a un Puma es ver a un hermano.

Ahora bien, ¿qué hay después de prepararme todos los días en el paraíso de la Cantera? Uff, como muchos diríamos, es la cereza del pastel: jugar en el Estadio Olímpico Universitario. Cuando llegó el día en el que el equipo femenino jugaría en el estadio, yo no cabía de la emoción, pues para mí es un monumento histórico que ha sido testigo de eventos deportivos muy representativos, nacionales e internacionales. En mi memoria tengo dos fechas muy presentes: octubre de 1968, con los Juegos Olímpicos, y marzo de 2020, con el primer partido oficial de la Liga MX Femenil.

Vayamos a ese sábado, 14 de marzo de 2020. Me desperté y sin batallar me levanté de inmediato, pues tenía una cita muy importante ese día. Me cambié, desayuné y preparé mis cosas para ir al juego. Llegar al estadio y verlo por fuera me hizo sentir la piel chinita, pues su majestuosidad e historia impone a cualquiera. Caminé por el túnel de



acceso y comenzaba a sentir unos nervios que iban en aumento conforme me aproximaba al vestidor. Y... "wow". Ésa fue mi expresión interna al pasar la puerta y ver el vestidor preparado para nosotras. Era nuestro, es nuestro. No fue difícil encontrar mi lugar, pues mi nombre y número de playera estaban enormes en el casillero junto con mi ropa de calentamiento. Las emociones crecían más y más, y cómo no iban a hacerlo si después de dejar mis cosas iba al reconocimiento de cancha. Con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos me sentí bendecida por lo que para mí era un 2x1: pisar la pista y la zona de saltos, donde atletas internacionales pisaron e impusieron récords, y mejor aún cuando al voltear hacia el pebetero intenté imaginar cómo fue el encendido aquel día protagonizado por la primera mujer en hacerlo: Enriqueta Basilio.

No quería dejar de pisar la pista, trataba de imaginarla llena de corredores y jueces en acción. Tomé una ráfaga de fotos con mis ojos y quise guardarlas para siempre. Como dato, quiero contar aquí que mi pasado deportivo fue en el atletismo: nueve años como velocista, razón suficiente para ser conquistada por la pista de C.U.

Saber pisar el pasto y otro "wow" por estar en un lugar donde se ha hecho historia futbolística, y saber que ese día me tocaba seguir defendiéndola. Caminé de portería a portería y sentí lo cómoda que estaba, regresé al centro de la cancha y giré 360 grados para admirar el recinto por completo. Volví al vestidor para cambiarme, alistarme y recibir la charla previa al partido, con los últimos detalles. Todas estábamos nerviosas, pero con ansiedad de que empezara el partido. Durante el calentamiento, al momento de salir a la cancha, escuché claramente voces alegres al vernos, la gente comenzaba a llegar. Ya no sólo era pisar la cancha, era correr sobre ella, pasar el balón, hacer recorridos, jugar. Físicamente listas para comenzar, tuvimos una última reunión en equipo dentro del vestidor e hicimos sonar de propia voz el Goya. No tengo palabras exactas que puedan describir esa sensación de gritarlo y sentirlo a todo pulmón, así como la de darnos el abrazo una a una deseándonos éxito. El siguiente momento fue entonar nuestro himno universitario, que me hizo temblar frente a toda esa gente que seguía llegando. Señores y señoras, el árbitro central hace sonar su silbato como inicio de partido y oh, Dios, qué momento, la gente comenzó a entonar porras y gritos de aliento, así como el Goya que me deja paralizada pero sin perder la concentración. Esas voces nunca dejaron de alentar, ni siquiera al finalizar el encuentro, cuando tras el empate agradecemos al público asistente gritando en conjunto varios Goyas mientras le dábamos la vuelta al estadio.

No tenía más palabras que un gran agradecimiento a quienes hemos hecho posible la existencia del fútbol femenino, la oportunidad de ser integrante de un equipo profesional, tener una fiel afición y, por supuesto, un excelente escenario mejor conocido como C.U. para defender nuestros colores ante cualquier oponente.



# Enseñar a competir

Sergio Bernal

En la portería se tiene una visión y una perspectiva muy amplia. Y desde ese lugar quisiera decir que a muchos deportistas nunca nos enseñaron a competir, pero la competencia existe. Cuando un niño pierde en algún juego, se enoja, no le gusta y se frustra. Pero para que no se enoje hay que enseñarle a competir.

Para que una competencia sea sana y justa, tiene que incluir valores. Como los que yo aprendí en Pumas. Muchas veces se dice que ya no hay valores, pero eso no es cierto. Los valores ahí están, permanecen; que muchos no los quieran seguir es otro asunto. Pero siguen siendo tan importantes como siempre. Para ilustrar eso, voy a contar una historia.

Los valores que debe tener un futbolista son principalmente el orden, la disciplina y la puntualidad. Se sabe que, en el fútbol mundial, el 95 % o más de los jugadores puede tener o no talento, pero lo que es seguro es que tiene orden, disciplina y puntualidad. La grandísima mayoría de quienes jugamos y estamos muchos años en el deporte, lo logramos gracias a esta situación.

A los nueve años empecé a jugar en Punitas, en esta institución a la que considero mi segunda casa porque pasé más de la mitad de mi vida en el club. A los 11 años llegué a la categoría de 13 y fui avanzando hasta llegar a Reserva Profesional y Reserva Central.

Cuando tenía 17 años, el entrenador me pidió que fuera de portero suplente a Reserva Central, donde sólo había un portero. Yo fui muy contento y feliz, por supuesto, y enseguida me dijeron que al día siguiente, para el partido de Reserva Profesional, el portero estaba suspendido. Y que como tuvieron que subir al portero de la Central para suplirlo, fuera a la banca de Reserva Profesional. ¡Yo estaba más feliz aún! Era un partido de la Profesional contra el Necaxa, se jugaba a la una de la tarde y la cita era a las 11 de la mañana. Yo era de los que se enojaban mucho si llegaba uno o dos minutos tarde, siempre fui así, exageradamente puntual. Y por esa costumbre, llegué a la hora en que me habían citado. El portero que estaba suspendido era un tal Jorge Campos, y resulta que cuando el entrenador da la alineación, dice mi nombre. Yo pensaba que era un error, pero no: el portero que iba a jugar llegó diez minutos tarde y por eso el entrenador, Rubén

Medina, decidió sacarlo. Me puso a mí. Ganamos 2-0, yo me destacué y el técnico de la Primera, Héctor Sanabria, me vio condiciones. A partir de entonces me quedé de suplente de Jorge Campos en Reserva Profesional y a los 19 años debuté en el primer equipo. Era el inicio de 21 años de carrera.

Orden, disciplina, puntualidad, respeto por lo que haces. Si esos valores se cumplen, generan consecuencias positivas. Son valores de Pumas, desde luego, y que vale la pena tener en cuenta porque el club se caracteriza por apoyar a los jóvenes. Y a los jóvenes hay que enseñarles a competir. Para que no se frustren, por supuesto, pero también para que sean buenos deportistas y mejores personas.



---

# La gloria entre la lluvia

Memo Vázquez y Mejía

Uno de mis tantos momentos memorables en Pumas fue mi llegada al club.

Yo estudiaba en la Facultad de Arquitectura de la UNAM y formaba parte del equipo que representaba a la escuela en el Torneo Interuniversitario en los campos deportivos de Ciudad Universitaria. Buscadores de talentos del equipo de la UNAM, que militaba en la Segunda División, acudían constantemente a los encuentros de esta liga y fue en uno de ellos donde me invitaron a probarme.

Muchos son los recuerdos y anécdotas de aquellos años: los viajes en camión a provincia para los encuentros de visitante; la convivencia con el grupo, que más que compañeros de equipo éramos como una hermandad; las bromas, los silencios en los vestidores cuando las derrotas nos marcaban y, también, las alegrías por las victorias; las vivencias en los vestidores previas a los encuentros; los sacrificios, las broncas en los juegos y así tantas y tantas historias vividas, donde ninguna de ellas está por encima de otra.

Sí, pero el momento memorable por excelencia tuvo lugar la noche de invierno del martes 9 de enero de 1962. Desde un par de temporadas anteriores, el equipo ya jugaba sus encuentros los martes por la tarde en el Estadio Olímpico, donde acudían algunos aficionados, la mayoría de ellos estudiantes que se "pintaban" de sus clases para asistir.

Estábamos acostumbrados a jugar con poca asistencia, no más de dos mil o tres mil espectadores por partido, incluidos los familiares, los amigos y las novias. El equipo no era favorito cuando se inició la temporada 1961-62, competíamos de media tabla para arriba, pero sin llegar a inquietar a los equipos importantes del circuito como el Poza Rica, de Veracruz, y el Ciudad Madero, de Tampico. Ciertamente, en nuestra "cueva", el equipo se imponía, pero cuando nos tocaba jugar de visitantes sufríamos los estragos de aquellos largos viajes en camión. El presupuesto no daba entonces para hacer concentraciones antes de los juegos de local en un hotel, así que en esas ocasiones cada uno partía de su domicilio para llegar al estadio un par de horas antes de comenzar los encuentros.

Pero entonces, a diferencia de las anteriores, en esa temporada el equipo emergió como un serio aspirante al título y, en consecuencia, también para el ascenso a Primera



División. Competíamos ya en la tabla general de posiciones con el Poza Rica y el Ciudad Madero, con quienes jornada tras jornada alternábamos el liderato de la competencia. Poza Rica era el eterno aspirante al ascenso, que nunca logró, y más tarde el Ciudad Madero tuvo un paso efímero por el máximo circuito. Así llegamos a la última jornada del campeonato, nosotros con 43 puntos, contra 42 del Poza Rica y 41 del Ciudad Madero.

Nos tocaba jugar contra el Cataluña de Torreón, que ocupaba el último lugar en la tabla general. El empate nos daba el campeonato, independientemente del resultado del Poza Rica (que también se enfrentaba a un rival que ocupaba lugares bajos en la tabla). Sin embargo, como en el fútbol no hay nada escrito y los partidos se tienen que jugar, una derrota nuestra combinada con una victoria del equipo veracruzano nos eliminaba, pues en la contabilidad final podíamos llegar a tener 45 puntos ambos, pero la diferencia de goles le daba al rival el triunfo y el anhelado ascenso.

Esa tarde del 9 de enero, salí de mi casa en Coyoacán con el tiempo suficiente para llegar puntualmente al estadio de C.U. Iba yo tranquilo, pues siempre tomaba el fútbol como una oportunidad para disfrutar los encuentros. Jugar al fútbol era lo que más me gustaba en la vida y esa noche tenía un encanto especial: la disputa del título de campeón del fútbol mexicano de la Segunda División y ascender a la Primera, el sueño de todos los que formábamos el equipo: jugadores, cuerpo técnico y directivos.

Llegué al estadio dos horas antes del encuentro, como a las 18:30 de una tarde lluviosa y fría. Comenzaron entonces a llegar los demás jugadores, que componíamos una nómina de 19 compañeros, de los cuales 15 éramos universitarios (13 estudiantes y dos titulados). Además, había un "colado", Edmundo el *Polí* Pérez, un extremo izquierdo pasante de Ingeniería del IPN, que supo integrarse al grupo como uno más. Los vestidores de los equipos son como la sacristía de las iglesias, donde se respira el ambiente íntimo de los equipos. Es ahí donde surge el equipo, donde sus integrantes se transforman y dejan de ser individualidades para convertirse en la fuerza colegiada de un grupo. Poco a poco, cada uno se va impregnando de su compromiso. Para ir ambientándome, recorrí ese largo túnel que une el vestidor con el campo. El estadio estaba vacío, apenas con algunos familiares en los lugares centrales y algunos palcos.

La tarde pardeaba y las luces del estadio comenzaban a encenderse, haciendo que la belleza del campo resaltara el verde de su pasto. Octavio Vial, nuestro entrenador, nos convocó para dar la alineación inicial y la acostumbrada charla técnica, esta vez salpicada con el estímulo de lucha por el triunfo en el partido más importante de la temporada. "Es hoy o nunca", dijo, y con esa frase en la cabeza salimos al terreno de juego. Cuando pisamos el campo, la sorpresa fue mayúscula: 30 mil espectadores, con el Goya retumbando, hacían vibrar nuestros corazones. Nunca antes habíamos tenido tanta concurrencia. Los estudiantes dejaron de asistir a sus clases y, como avalancha,

llegaron brincándose los muros del estadio y abriendo las puertas de los túneles de acceso.

Nosotros dominamos el partido de principio a fin. Al minuto 17 un tiro libre ejecutado por Lorenzo García en las cercanías del área rival vencía al portero Ramírez y abría el marcador. Al minuto 40 me toca cobrar un tiro de esquina y, en una jugada preparada, le cedo el balón a Manolo Rodríguez, quien a su vez le da el pase a Lorenzo García para que remate de zurda y ponga el marcador 2-0. Y así nos fuimos al vestidor al término del primer tiempo, ante el alboroto de una tribuna que no dejaba de alentarnos con el eterno Goya como grito de guerra. Sobra decir que la adrenalina nos fluía por todos lados y en el vestidor el técnico nos pidió no bajar el ritmo. Lejos de conservar la diferencia de dos goles, teníamos que ir por más, sin consentir al rival.

Salimos al segundo tiempo y, en dos minutos, al 47 y 49, cayeron dos goles más, producto de una combinación entre Jorge Gaitán y Carlos Calderón de la Barca. Seguimos atacando al rival, que se defendía como podía, y una lluvia tenue comenzó a caer sobre el terreno de juego. Ya a los 57 minutos, tomé el balón por la banda derecha y centré para que Manolo Rodríguez culminara con un certero remate a las redes y marcara la quinta anotación. A partir de ese momento perdí la noción del tiempo, ya no recuerdo cómo fue el gol del Cataluña porque la euforia del triunfo nublaba mi conciencia. El estadio enloqueció cuando el árbitro pitó el final del encuentro, el público se lanzó al campo, nos rodearon, nos levantaron en hombros y nos pasearon dando la vuelta olímpica, ésa a la que sólo los campeones tienen derecho.

Hoy en día vivo este recuerdo como si hubiera sido ayer, mi recuerdo más memorable como miembro de esta comunidad universitaria.



# Historia de un sueño cumplido

**David Patiño**

*Ser campeón del mundo  
Es mantener tu dignidad  
Y en el triunfo no perder la humildad*

*Y en la adversidad  
Saberse siempre levantar  
Y nunca dejar de soñar.*

FRAGMENTO DE LA CANCIÓN ORIGINAL DE DAVID PATIÑO  
"CAMPEÓN DEL MUNDO", 1994

"¿Qué vas a ser cuando seas grande?" me preguntó la madre Teresita, mi maestra de pre-primaria en el Centro Escolar del Lago, escuela a la que fui kínder, primaria y secundaria. Yo le contesté, convencido: "¡Futbolista!". Diez años después, en mi clase de orientación vocacional de tercero de secundaria, el profesor me hizo la misma pregunta y contesté exactamente lo mismo. Siempre lo supe, sería jugador de fútbol profesional. Y después de jugar en prácticamente todas las ligas infantiles del norte de la ciudad, llegó mi momento de ir a probarme a la Reserva de Pumas, en 1983.

Todo fue muy diferente a partir de ese momento en que me quedé en el equipo de Reserva Profesional, dirigido por el arquitecto Guillermo Vázquez. El ambiente profesional era mucho más exigente que el que yo había vivido hasta ese momento. La calidad de los jugadores, la competencia y la convivencia eran muy diferentes. Pero llegué con una gran confianza en mi capacidad y pronto logré ganarme el respeto de mis compañeros.

Empezamos la pretemporada en C.U. y luego nos fuimos a Chiapas a terminarla con un partido contra Estudiantes de Chiapas, que jugaba en Segunda División. Ése era el primer día de mi carrera en que me iba a poner de manera oficial la playera de Pumas. Estaba nervioso y emocionado. Empezó el juego y definitivamente era otro nivel que el que yo había jugado antes, era mucho más técnico y físico. Mis cualidades como jugador eran la velocidad, el regate, el desborde, el desequilibrio. Como al minuto 20 del primer tiempo tomé el balón por el centro del campo y empecé a encarar a los rivales, me quitó a uno y me enfilaba a enfrentar a los defensores cuando desde atrás un rival se barrió y me alcanzó apoyado en el césped. Sentí un dolor indescriptible, caí y vi mi rodilla izquierda completamente desfigurada, la rótula fuera de su lugar y una inflamación desconocida para mí. Entraron los asistentes y nuestro masajista, Librado Pineda, tomó una decisión: no había doctor y había que colocar la rótula en su lugar, así que redujo la luxación manualmente. Me improvisaron una férula y regresamos a Ciudad de México. Gracias a la maniobra de Librado lograron evitar la cirugía, pero tenía fractura



de tibia. Me pusieron un yeso que llevaría por los próximos tres meses. Al salir del hospital, escuché a algunas personas decir que sería muy difícil que lograra recuperarme.

Tras una rehabilitación muy dolorosa, logré recuperarme y regresar a jugar para la segunda vuelta del torneo. Poco a poco encontré mi forma deportiva y me convertí en una pieza importante en ese primer Torneo Nacional de Reservas. Nos metimos a la Liguilla y en la semifinal contra Cruz Azul íbamos empatados y con el estadio lleno, porque inmediatamente después se jugaba la semifinal del primer equipo contra Puebla. Al minuto 85 me cayó una pelota en el último tercio del campo, regateé a un defensor y, con un tiro cruzado, conseguí el gol que nos llevaba a la final del campeonato. El estadio lo gritó y el Goya retumbó.

Pumas es diferente a cualquier equipo de la Liga. El modelo del equipo era uno con el cual todos los jóvenes podíamos identificarnos, un equipo plagado de chavos con hambre de triunfo que sólo piden una oportunidad rodeados de un grupo reducido pero selecto de jugadores con experiencia y calidad. Un modelo donde los valores como el trabajo en equipo, el deseo de triunfo y el sentido competitivo se potenciaban con la calidad de todos los jugadores que tuvimos el honor de formar parte de este proceso. El equipo logró ser la base de la Selección Nacional durante toda la década de los ochenta y por lo menos la mitad de los noventa, llegando a tres finales (todas contra el América) en 84-85, 87-88 y en la histórica temporada 90-91. Esa década y esas formas le dieron el estatus de equipo grande a nuestros amados Pumas.

En esa histórica final de ida de la temporada 90-91 perdíamos 3-1 a medio tiempo, habíamos hecho una campaña histórica para terminar como superlíder: éramos el equipo más goleador y menos goleado, teníamos al campeón goleador en nuestro equipo. Nuestro director técnico, Miguel Mejía Barón, nos dijo en el medio tiempo: "Este juego es de un gol, si ellos lo hacen estaría sentenciado, pero si nosotros lo metemos seguimos en la pelea por el título". Salimos con esa idea al segundo tiempo y casi empezando tomo una pelota a 25 metros de la portería, me perfilo buscando el tiro al arco y me sale un disparo que se mete en el ángulo izquierdo de la portería de Adrián Chávez. ¡Gooooool! Se cayó el Azteca. Sin duda, fue el momento más feliz de mi carrera. Y en el partido de vuelta, ¡por fin pudimos levantar la copa de campeones!

Todo lo que sé de la vida y del fútbol lo aprendí en Pumas, donde tuve compañeros y entrenadores inolvidables. En mi segundo año, después de haber sido subcampeón del Torneo Nacional de Reservas, hice la pretemporada con el primer equipo. Tenía 16 años y a esa edad debuté en un juego amistoso contra Uruapan, equipo en el que jugaba Adolfo Ríos. En ese torneo no me quedé en el plantel ya que, en el último corte, Mario Velarde me dijo que tenía que aumentar de físico para poder competir en Primera y me pidió que jugara un año en el equipo de Segunda, Pumas ENEP. Eso me hizo sentir que

había fallado; cuando le conté a mi padre que no había quedado en el equipo y que tenía que jugar en Segunda División, me dijo algo que me dio la fuerza suficiente para seguir luchando por mi sueño:

—No importa dónde juegues, sino cómo juegues.

Y mi madre:

—En la vida tendrás muchos tropiezos, pero yo sé que siempre saldrás adelante.

Ese año fui campeón goleador y me llamaron a la Selección Sub-20 para el Mundial Juvenil de URSS 85. Regresando del Mundial, alcancé mi sueño de debutar en Primera División, en el Torneo México 86 contra Cruz Azul.

Como todos lo hacíamos eventualmente, me tocó salir de Pumas en 1993, después de diez años de aprendizaje y experiencias inolvidables. Y cuando salí, soñaba con regresar algún día para dirigir al equipo que me vio nacer. Empecé mi carrera de entrenador fuera de Pumas, invitado por José Antonio Noriega y Mauricio Peña, mis amigos de Pumas, que en ese momento eran vicepresidente y director de fuerzas básicas de Santos Laguna, para dirigir a jóvenes de ese grupo. Me fue muy bien: fuimos campeones en el primer Torneo Sub-15, tuvimos una gran participación con el Sub-20 en Viareggio y resultamos subcampeones del torneo de filiales de Segunda División, todo en diez meses. Después de eso me invitaron a dirigir un equipo de Liga de Ascenso, luego fui auxiliar en Primera División y finalmente director técnico de Primera con Monarcas Morelia.

Mi sueño seguía siendo dirigir a Pumas, sabía que tenía que hacer algo para regresar al equipo y lograrlo. La coyuntura se dio y me invitaron a trabajar en fuerzas básicas de Pumas para prepararme y tener la oportunidad en un futuro. Empecé dirigiendo el equipo Sub-20 y luchando por subir, eran tiempos de inestabilidad en nuestro equipo y dos veces subí como director técnico interino a dirigir los entrenamientos. Pasaron tres años y la oportunidad aún no me había llegado, pero yo seguía buscándola. En 2016 se dio otro cambio en la directiva y me asignaron como auxiliar del nuevo director técnico, Francisco Palencia. Trabajamos tres torneos con buenos resultados al principio y no tan buenos en el último, por lo que nos cesaron. Yo no quería renunciar a mi deseo y había mucha gente dentro de la institución que creía en mí. Y al poner de entrenador a Sergio Egea quedó vacante el puesto de director de fuerzas básicas y me lo ofrecieron, cargo que acepté con mucho gusto.

El proceso de Sergio, que había sido el auxiliar de Hugo Sánchez en los campeonatos de 2004-2005, estuvo muy accidentado y el equipo cayó en una profunda crisis. Había que tomar decisiones. La directiva no era ajena a mi deseo de dirigir el equipo, así que insistí en que consideraran la posibilidad de ponerme de director interino por lo que restaba del torneo para que tuvieran tiempo de tomar la mejor decisión posible. Grande fue mi sorpresa cuando me llamaron y me pidieron ir con urgencia a la oficina para

informarme que me quedaría como director técnico interino por el resto del torneo: mi sueño de dirigir a Pumas en un juego de Liga oficial se iba a hacer realidad. Llegaría a dirigir al equipo desde abajo, como lo hicieron los grandes de antes, y lo vi como una gran oportunidad a pesar de las circunstancias.

Sólo dirigí al equipo los últimos juegos del Torneo Apertura 2017 y, por los buenos resultados, me ratificaron como director técnico para el Clausura 2018, en el cual logramos sacar al equipo del riesgo de descenso y calificar a la Liguilla, después de varios torneos sin hacerlo, en el sexto lugar general. En el siguiente torneo, Apertura 2018, logramos calificar otra vez, pero ahora en tercer lugar general, con un récord histórico de puntos de visitante y volviendo a ganar en Guadalajara después de 35 años (lo hicimos dos veces, en Copa y en Liga), potenciando a jugadores canteranos y llegando a semifinales. Debo reconocer que nos faltó algo muy importante en esos dos torneos: ganarle al América, razón por la cual se cortó un proyecto que fue muy exitoso.

Me siento orgulloso de ser parte de la historia del equipo de nuestros amores como jugador y como entrenador. Gracias, Pumas. ¡¡¡Goya, Goya, cachún cachún ra ra, cachún cachún ra ra, Goya, Universidad!!!



# Esfuerzo y juventud

Luis Regueiro

Pumas fue mi primer equipo profesional. Y para entender mi historia, hay que recordar que soy hijo y sobrino de jugadores que fueron internacionales.

Mi primer regalo fue un balón. Y luego, más balones. Todo el fútbol de aquella época estaba en mi casa, de lo único que se hablaba era de fútbol. Empecé a estudiar con los maristas en prepa y cuando firmé con el equipo, el administrador era Manuel Mangas.

¿Y qué significaba debutar en Pumas? Para mí era la mayor ilusión, ya que mis tíos y mi padre habían sido internacionales. Yo lo único que quería era jugar y hacerlo bien. Y la Universidad me encantaba por los campos que tenía para entrenar, el estadio, el cuerpo médico, las instalaciones, todo. Era un club que te sorprendía porque realmente era de primera línea. Lo era entonces y lo es ahora.

Como entrenador, tuve al mejor que ha habido en México: Renato Cesarini. Y mis compañeros fueron inigualables: Mejía Barón, Sanabria, José Luis González, Aarón Padilla, Enrique Borja, Conejo Muñoz. Ya estoy mayor y es normal que algún nombre se me escape, así que por favor no me la vayan a mentar.

Cesarini había competido en mundiales contra Italia y España. Se conocía con mi padre. En C.U. puso un frontón de golpeo, hizo cosas que no se habían hecho en ningún equipo en México. Yo me lo pasaba practicando y lo que aprendíamos ahí había que desarrollarlo en la cancha. Portería con números, golpeo con la pierna derecha, recibías con la izquierda, golpeabas, así sin parar. Hasta que notabas el progreso. Si tuviera que elegir un momento que resumiera mis días en Pumas, sería ése. El esfuerzo, la concentración, el deseo de mejorar. No hay nada más Puma que eso. Luego llegó Ángel Papadópulos y continuó lo que había hecho Cesarini.

Y así se fue creando un espíritu que representa lo que son los Pumas. El respeto, la importancia del estudio, el valor del esfuerzo. Y no claudicar nunca. Todo eso en un ambiente de jóvenes que están dentro y fuera del club.

No hay otro club como Pumas, lo puedo asegurar.





## Mi historia en dos historias

Tuca Ferretti



Voy a contar dos historias para mostrar mi relación con esta institución en la que estuve muchos años y que me marcó mucho.

La primera es la siguiente: yo estaba en el Atlas cuando el equipo bajó a Segunda División, entonces mi promotor me empezó a buscar otro lugar para jugar. En realidad, me ofreció 18 equipos, de los 20 que eran. No me ofreció Chivas por obvias razones, ya que no contratan extranjeros, ni Pumas, porque no había espacio, con estrellas como *Cabinho*, Cuéllar, Hugo y Spencer, entre muchos otros. Entonces, un día estaba en casa y llegó *Nené*, un jugador de la UdeG, para decirme que Mejía Barón me estaba buscando. Obviamente, yo no le creí y pensé que estaba bromeando, pero como yo no estaba para bromas no le hice caso y le pedí que no me molestara. Dos días después, lo mismo: llega *Nené* otra vez y me pregunta si ya había hablado con Mejía Barón, de nuevo le pedí que no molestara, pero él insistía y al final descubrí que lo que me decía era cierto. Hablé con Miguel y me dijo "vente".

Tomé el camión a Ciudad de México y fui al estadio a ver a Miguel y a los Pumas, que jugaban un torneo entre universidades. Me senté en la tribuna y, como el equipo perdió ante la UdeG, me dio pena bajar para hablar con Mejía Barón. Pensé que no era el momento para hablar de nada y me tomé el camión de regreso a Guadalajara. El tema es que, cuando llegué, me volvió a hablar Miguel. Me explicó que en Pumas tienen otra mentalidad y que perder un partido era algo importante pero no una catástrofe, y que realmente quería hablar conmigo. Así que me tomé el camión otra vez, hablamos y me quedé a entrenar en la casa club, en la avenida Revolución. Entrené y un par de días después firmé mi contrato. Yo no creía que pudiera llegar a Pumas y en realidad arreglé todo muy fácil, porque Miguel convenció al ingeniero Aguilar Álvarez de traerme. Y me quedé 17 años.

La otra historia ocurre muchos años después. Yo estaba en Toluca, ya me había retirado. Y Miguel me vuelve a llamar, esta vez para ser su auxiliar en la dirección técnica. Pasé dos meses y medio en el cargo. Jugamos dos partidos contra un equipo colombiano, allá nos ganaron 3-0 o 3-1, ya no recuerdo, pero estábamos confiados en remontar de



local en el juego siguiente contra ellos. Bueno, llega ese partido y nos meten cuatro. Necesitábamos cambiar el ánimo y justo teníamos por delante una gira por Inglaterra, Escocia e Irlanda. Entonces, un día Miguel y yo estábamos tomando un café, yo más fumando que tomando el café, cuando él me dice: “Te voy a volver a poner a jugar”. Lo escuché y el humo del cigarrillo me salió hasta por las orejas. “¿Qué?”. Además de que yo ya fumaba, eso en Pumas estaba prohibidísimo, se lo aceptaban a los extranjeros, pero de entrenadores, no de jugadores. Lo único que atiné a hacer, además de soltar el humo, fue preguntarle a Miguel si sabía lo que estaba haciendo. Y me dijo:

—Sí, *Tuca*. Es un riesgo pero vale la pena, aunque por este riesgo nos puedan echar a los dos.

En ese momento yo tenía 36 años y para el campeonato tendría 37. Traté de no pensar en eso y entrené y entrené. El primer partido de la gira lo ganamos 3-2 y me tocó hacer un gol. El segundo partido lo ganamos 3-1 y en el siguiente hicimos cuatro goles. El equipo empezaba a jugar muy bien, nos aplaudían mucho por la posesión del balón, los cambios de frente, salíamos jugando desde atrás, éramos un espectáculo. Pero yo no sabía si iba a poder quedarme. Durante el regreso, Miguel y yo estábamos a la expectativa, hasta que la dirigencia dijo que sí. En México jugamos la Copa, quedamos eliminados y le apuntamos al campeonato. Hoy sabemos que en ese campeonato 90-91 fuimos el número uno en todos los renglones. Y, aparte, culminamos con el título. Nos distinguimos en todo. Por ejemplo, para Miguel era muy importante la disciplina y nosotros fuimos los más disciplinados en la cancha. Con esa temporada terminé mi carrera, Miguel se fue a Monterrey y convenció al ingeniero para que yo me quedara de entrenador. Y en ese puesto estuve cinco años. Después me fui y regresé en un momento complicado de la institución, en el último lugar de la tabla porcentual. En el primer torneo avanzamos mucho, luego fuimos mejorando, logramos un campeonato, perdimos otro, crecimos. Y claro que salir de la zona de descenso y lograr un campeonato fue muy importante para la estabilidad que se merece el club.

Yo resumiría mi vida en Pumas con esas dos historias. Porque la institución significa muchas cosas para mí —es mi casa, mi corazón— y nada de todo eso se puede resumir en una sola palabra.

Tal vez podría hacerlo, sí, en una frase: “Por mi raza hablará el espíritu”. Creo que siempre habría que pensar mucho en eso.



## La lucha por un legado

Dinora Garza

Pumas representa un gran reto en mi vida y mi carrera deportiva, porque es una de las mejores instituciones del país. Es un orgullo y un desafío haberme sumado a un lugar donde tanta gente dejó un legado importante. No puedes entrar a C.U. sin tratar de marcar una época. Yo no lo logré aún y me siento en deuda, pero por la manera en que me han hecho sentir lo que represento para el club, sé que vamos a hacer algo grande.

Llegué justo cuando estaba queriendo cerrar un capítulo en Rayadas. Ya me habían hablado del interés de Pumas, y cuando la entrenadora me llamó quedé sacudida porque se trataba de un reto importante. Sabía que iba a ser difícil, que me obligaba a salir de una zona de confort, abandonar la cercanía de mi familia y de mis amigas, así como cambiar de ciudad y tener que adaptarme a un mundo muy distinto al que conocía, pero era imposible decir que no. Además, me gustó mucho el proyecto que me presentaron. Respondí que lo iba a pensar, pero en realidad pensé dos minutos y decidí venir. A partir de ahí, por lo que ya he vivido y me han hecho sentir, soy una Puma más y siempre lo seré. Por eso quiero dejar un legado importante. Y por la manera en que se trabaja en el club, noto que las cosas van a ir bien.

Para quienes venimos de otros clubes, lo que más impacta son las instalaciones y la afición. El Estadio Olímpico impone mucho, es fácil ver que ha sido la casa de muchos ídolos. Jugar allí supone una responsabilidad muy grande y no sólo como deportista. En cuanto a la afición, es algo que supera el sueño de cualquiera que se dedique a esto. Para empezar, cuando cantan el himno te llevan a otro mundo, te inspiran. Y luego, es emocionante cómo van al estadio y apoyan a pesar de todo, aunque el horario sea difícil o cuando no se dan los resultados. Al terminar cada juego, la gente sale y nos espera, haya pasado lo que haya pasado, y por eso yo siempre les digo que estamos muy agradecidas por su confianza e impresionadas por su nobleza. Son las cosas que te hacen sentir orgullosamente Puma.

Algunas cosas se me dieron de una manera mágica en el club. Además de la identificación con los valores de la institución, me tocó debutar con un golazo, que yo veo como



un buen augurio. Me hubiera encantado que ese gol hubiera sido con gente en el estadio, pero lamentablemente fue en plena pandemia de covid-19. Igual me gustó porque fue en la Cancha 1, donde día a día se nos impulsa a mejorar, en nuestra casa. Yo no soy nada goleadora y por eso disfruté mucho haber anotado apenas llegué al equipo. Fue una manera de corresponder a la confianza de la entrenadora y a todo el apoyo del club.

Me han dado la capitania del equipo y cuando salgo a la cancha siento que ser líder en los Pumas exige ser un ejemplo dentro y fuera del campo. Lo intuía cuando tomé la decisión de sumarme, pero ahora lo sé en toda su dimensión. Tal vez llegue un día en el que no porte ese gafete, pero el orgullo que siento es algo que no perderé nunca.



---

## El cariño vivo

**Sobuca García**

¿Alguien se imagina todo el esfuerzo que implica llegar a las fuerzas básicas de un club y empezar desde abajo, totalmente desde abajo? Ésa es mi historia y la de muchísimos Pumas. Es la historia de esta institución.

En mi época había dos categorías nada más, la Primera Juvenil y la Primera Especial. Entrenábamos a un lado del estadio de C.U., donde eran los multifamiliares de los profesores. Y por la Alberca Olímpica, también. Así empezamos.

De ahí fui escalando a las categorías siguientes, pasé por todas hasta llegar a la Primera División. Había empezado a mis 15 años.

La trascendencia que tiene la Universidad para mí fue lo más grande. Tuve la fortuna de ir a la prepa y estudiar allí, en el fútbol me fui desarrollando hasta debutar en Primera, estuve muchos años y todavía sigo.

En el equipo fui Campeón de Copa con un gol que le metí al América y Campeón de Campeones tras un pase a gol que le di a Cuéllar. Esos fueron mis mejores momentos en Pumas.

En este club se estimula la formación personal y a mí eso me parece maravilloso, porque el deporte se convierte en una forma de acceder a la cultura. Uno puede ser jugador y estudiante, y así como crece uno yo digo que los Pumas y la Universidad también se volvieron grandes los dos.

Siempre estuve seguro de llegar a Primera porque en Pumas me dieron la confianza necesaria. Tuve entrenadores maravillosos a los que les importaba que uno aprendiera, era una época muy bonita porque todo el mundo quería estar en Pumas. Eso incluía a mis amigos del barrio; Pumas era una oportunidad para los jóvenes que le apostaban a su capacidad.

Yo me considero uno de los iniciadores de las fuerzas básicas y soy un agradecido al club porque siempre he trabajado en la institución. Y no soy el único. Somos muchos y eso hace que el cariño se mantenga vivo.

De lo que yo puedo decir, la diferencia entre Pumas y otros clubes es el trato. Los directivos son gente preparada que tiene la virtud de saber convivir. Al menos en mi época, uno era bien recibido y más para estudiar. Por eso yo pienso que el valor de Pumas se apoya en el fútbol pero va mucho más allá de la cancha.

Aquí, el éxito es que te puedas convertir en una buena persona. Que estés orgulloso de ti mismo en el campo de juego. Y que, como ha sido mi caso, nunca te alejes del club.



## De sangre azul y piel dorada

Miguel España Garcés

Dicen que la suerte es estar preparado ante la oportunidad. Siguiendo esta premisa, me siento una persona afortunada porque durante toda mi vida he realizado actividades que me gustan.

Soy uno de esos que tuvieron la fortuna de debutar profesionalmente con los Pumas, mi equipo desde pequeño. Fui “el novato del año” y alcancé mi punto más alto como deportista al ser convocado con la Selección Nacional. Pude ser capitán de ambos equipos durante varios años, superé eliminatorias, jugué el Mundial de 1986, gané títulos y me retiré en el club donde todo comenzó. Y luego fui asistente técnico en el bicampeonato, entrenador de diferentes categorías y técnico en el primer equipo que peleó por la Copa Sudamericana.

Recuerdo mi llegada a Pumas, con 13 años, gracias a la invitación de Hugo Hernández. Avancé por las siguientes categorías de manera exitosa de la mano de excelentes entrenadores como Guillermo Vázquez, Héctor Sanabria y Mario Velarde, con la orientación psicológica de Octavio Rivas y el apoyo desinteresado de Miguel Mejía Barón en diferentes etapas.

Llegar a mi primera pretemporada en Avándaro fue toda una experiencia. Pisar el vestidor del primer equipo y pedir mi uniforme de entrenamiento en la utilería a Quintín Flores, todo un personaje que sabía ubicarte y orientarte para que, con paciencia y trabajo, te pudieras ganar un lugar en el vestuario. Como si fuera una metáfora, te decía una de sus famosas frases: “¿A quién le has ganado?”. Seguir los ejemplos invaluable del *Pata Bendita* Osvaldo Castro, *Tuca* Ferretti, Pablo Luna o mi entrañable compadre, Mauricio Peña.

Me tocó ser parte de lo que califican como “la época dorada” de la cantera de Pumas. Diría que en ese periodo surgía siempre el jugador de un molde: se iba Hugo Sánchez y ya estaba Luis Flores, para luego dar paso a Luis García y así sucesivamente. Tengo el orgullo de haber logrado que mi estancia en la primera etapa tuviera lugar en un lapso más largo al plan establecido debido a que era un jugador influyente dentro y fuera de la



cancha. En ese lapso jugué tres finales contra el América, perdimos las primeras dos y parecía que tenía mi credencial de cliente frecuente. Pero esta experiencia nos sirvió para trabajar los pequeños grandes detalles, fortalecernos como grupo y llegar con mayor determinación para ganar la última. Aquel equipo de la temporada 90-91 era ejemplar, fuimos el más disciplinado, teníamos la mejor defensa y ataque, en nuestras filas estaba el campeón goleador (Luis García) y desde el principio marcamos el ritmo del torneo para quedar en el primer puesto de la fase regular.

La vida está llena de momentos buenos y malos que no dejan de ser experiencias de vida. Sin duda, éste fue un momento perfecto, y aunque sufrimos mucho, la concentración previa a los juegos ante las Águilas fue inolvidable. Otra vez contra ellos, quienes además llegaban muy motivados después de dejar fuera de la final en el clásico nacional al Guadalajara, con uno de los mejores goles en su historia, el centro de trenza de Edú y el cabezazo del bíblico Toninho.

El partido en el Coloso de Santa Úrsula fue vibrante, de ida y vuelta, en una cancha rápida debido a una fuerte lluvia. Perdimos el primer juego a pesar de unos hermosos goles de Luis García y David Patiño. Se puede decir que dejamos la obra inconclusa para terminarla con mucho drama en Ciudad Universitaria. En verdad no pudimos dormir antes del juego porque estaba en nuestros botines sacar el triunfo. Todavía veo en mi cabeza el gran detalle de Miguel Mejía Barón en su charla. No dijo mucho y, simplemente, como jugador de ajedrez, nos dio un obsequio: un pumita de plata para poner fin a cualquier especulación.

En la intimidad del vestidor fue increíble escuchar hablar a jugadores que normalmente no lo hacían. Resulta difícil no transportarte a la salida del vestidor, con la piel erizada para dejar todo en la cancha, y recordar el soberbio gol del *Tuca*. Claro que también es justo decir que el América peleó hasta la última jugada, ya que tuvo en su último ataque la oportunidad de cambiar la historia en tiempo de compensación. Un desborde, un centro, una volea y el balón llegando de forma mágica a las manos de Jorge Campos. Todo sucedió en cámara lenta, como si fuera un guion de película. No obstante, pudimos darnos y darle a la afición la satisfacción del título. No hay nada como ganar con amor a la camiseta, hay cosas que el dinero no puede comprar.

Hago un repaso y me queda claro que no todo fue fácil. Por ejemplo, cómo no recordar la situación inédita de los tres partidos de la final en la temporada 84-85. Los juegos de ida y vuelta se desarrollaron cerrados, parejos, con la desafortunada estampida humana que terminó en una tragedia de varias muertes en el túnel 29 del Estadio Olímpico Universitario. El juego final en la Corregidora estuvo empañado por situaciones arbitrales que terminaron por desestabilizar a un grupo de jóvenes que habían realizado una temporada regular de manera brillante, ocupando el primer lugar bajo el mando de Mario Velarde.

También recuerdo el mal sabor de boca en la final 87-88, cuando se practicó un fútbol sólido y equilibrado con la dirección de Héctor Sanabria. En ese tiempo contábamos con la solvencia del campeón de goleo, Luis Flores, quien volaba después de su buen paso por el fútbol de España. En esa final jugamos un gran partido en Ciudad Universitaria, pero en el Azteca las cosas cambiaron. Fue una mañana desafortunada: primero tuvimos la fractura de Alberto García Aspe, de la que increíblemente el árbitro sólo marcó la falta, y a partir de ese momento el equipo cometió errores puntuales que el América aprovechó bien. El bloque fue combativo, pero ya no tuvo la reacción suficiente sobre todo por el lado izquierdo, nuestro mejor circuito para abastecer a nuestro goleador.

Sin duda disfruté de la época de mayor rivalidad entre estas dos instituciones, duelo que se consolidó como un clásico entre dos modelos antagónicos, con transmisiones distintas, papeles sociales y proyectos diferentes. Uno, el chico malo, con poder, dinero y la capacidad de hacer contrataciones rimbombantes; el otro, en condiciones más austeras y con contrataciones muy puntuales, impulsado por la valentía de muchachos bastante cercanos a las aulas de nuestra máxima casa de estudios. En conclusión, soy hecho en C.U., de sangre azul y piel dorada. Pensar en Pumas es sinónimo de un estado de ánimo alegre y jovial, donde viví casi toda mi profesión y mi mayor número de experiencias buenas, un lugar donde tuve la suerte de convivir con diferentes generaciones de personas: futbolistas, entrenadores, aficionados, periodistas y directivos.



# Los valores, la clave

*Pata Bendita*

Pumas es todo para mí. Significa muchas cosas porque he podido estar más de 30 años en la institución, es algo único. He estado como jugador y como entrenador.

A la mente me vienen triunfos que ya ni recuerdo bien, jugadas, goles. No sé por qué, recuerdo mejor una derrota en una semifinal contra las Chivas. De esa derrota tengo imágenes; de las victorias, la sensación. Y como en el club siempre he estado feliz, sé que la mayor parte de lo vivido han sido alegrías.

De la derrota hay que aprender a asimilarla y a superarla. Del triunfo, lo más bonito es que corona todo el esfuerzo que se hace. Pero ninguno de los dos es definitivo. Lo que queda de ambos son los valores, las experiencias, las enseñanzas.

En Pumas importan mucho la formación y la educación, tanto para los niños como para los profesionales. Te tratan más como ser humano que como jugador y el comportamiento es clave, fundamental.

Yo ahora en el club trabajo con niños y les transmito esto mismo. Están muy chiquitos porque tienen diez años, pero les enseño lo que me han dado a mí. Con ellos hay que ser muy natural, no tan exigente porque están empezando a asimilar y a escuchar. Me divierto mucho, tanto como en la cancha. A los niños hay que dejarlos jugar, que se desarrollen ellos mismos, no hay que meterles muchas cosas en la cabeza; lo mejor es limitarse a guiarlos en lo bueno y lo malo. Es como cuando yo jugaba, me decían: "Entra al campo y diviértete, juega con el balón y haz las cosas bien". Con los niños es más o menos lo mismo. Nunca hay que olvidarse de que el fútbol es un juego.

Mis compañeros de ese tiempo eran muy buenos. *Tuca* Ferretti y yo éramos los más grandes y teníamos que aconsejar a los más jóvenes. Al club lo distingue la juventud y hay que estar en la cancha para ver lo que significa eso. Yo miraba la tribuna y era pura gente joven. Claro que los tiempos cambian, pero eso se mantiene, la afición apoya mucho y es noble como son nobles los jóvenes.

La juventud proporciona otro espíritu, es algo más alegre y de mucho cariño. El ambiente en la cancha es único cuando van familias y jóvenes. Hasta influyen en los



jugadores, porque como hay niños de por medio nunca teníamos mala cara, aunque hubiéramos perdido.

Si me preguntaran cuál es el secreto para jugar y mantenerse, yo diría que el orden y la disciplina. Y esos valores me los reforzaron en Pumas, como persona y como jugador. Es lo bonito que tiene el club.

Yo a los chiquitos les digo lo mismo, que no se pueden fingir faltas ni reclamarle al árbitro. ¿Para qué? Eso no mejora a nadie. Pero el respeto, a los demás y a uno mismo, sí te puede hacer mejorar y crecer.

La disciplina es la clave para salir adelante, si tienes disciplina y haces las cosas bien puedes ser un gran jugador. Eso ha quedado demostrado en Pumas muchísimas veces.

Mi momento más feliz en Pumas no es un gol, y eso que he marcado muchos. Simplemente es estar en el club. Me llevo muy bien con todos, nunca he tenido una mala palabra con nadie, siempre hay aliento.

A los niños no se les puede decir muchas cosas porque se las olvidan. Yo los escucho, dicen: "¿Qué me dijo el profe?". Con los profesionales es distinto, pero todos hemos pasado por aquí para aprender. Por eso digo que Pumas es todo para mí, porque hay que estar abierto a aprender toda la vida, como si nuestra carrera hubiera empezado ayer.



# Pumas, un sentimiento

**Bruno Marioni**

Lo primero que se me viene a la cabeza cuando me preguntan por Pumas es un sentimiento de felicidad. Viví los momentos más bonitos de mi carrera deportiva allí, conseguí por primera vez un campeonato, fui goleador por primera vez. Y ser campeón marca un antes y un después en la vida.

El club te va arrojando de tal forma que termina por enamorarte. Es inevitable que me genere mucha alegría por todo lo que viví en el club, por lo que fuimos capaces de conseguir juntos y, sobre todo, por haber logrado que la afición, los compañeros y la directiva hayamos sido una sola entidad, una sola fuerza.

Cantar el himno universitario fue una de las cosas que más me sorprendió cuando llegué. No me había tocado estar en un equipo donde hubiera un himno que se cantara antes de un juego. Cuando me lo contaron, lo tomé con la seriedad necesaria, pero no alcanzas a dimensionar qué significa hasta que comienzas a vivir todo el proceso. Sales un poco antes al campo, la gente se para y todos cantan el himno con un sentimiento y una pasión tan linda que es imposible no entrar en ese fervor. Lo recuerdo y ahora mismo se me enchina la piel. Es algo muy emocionante y lo aprendí a disfrutar mucho, causa mucha emoción.

Con toda sinceridad, quiero decir que nunca imaginé que iba a vivir lo que viví en Pumas. Cuando me dieron la posibilidad de llegar al equipo, me hablaron de la importancia del club y me dijeron que estaba Hugo Sánchez, pero no podía saber que la institución es realmente gigante. Vayas adonde vayas en el país, siempre hay un Puma por ahí. En cualquier lugar te cruzás con un universitario. Y eso es increíble porque crea una mística, algo muy difícil de lograr que es el sentido de pertenencia, el sentirte orgulloso de pertenecer a algo que es para toda la vida. No hay manera de dimensionar eso, lo tenés que vivir. Y cuando lo vivís, lo entendés.

Creo que ese sentido de pertenencia es lo que te empieza a enamorar. Sentís que todos están involucrados, vas por el Circuito Universitario, te cruzás con los estudiantes, llegás al estadio y te vas rozando con esa cultura, que es hermosa. Se crea un vínculo único. Y llega un momento en el que dices: "Yo quiero pertenecer a esto".

Mi paso por Pumas fue un antes y un después en la vida porque a partir de esa experiencia me enamoré perdidamente de México y eso modificó mi vida para mejor. En el club llegué a un grupo cuyos integrantes enseguida se hicieron mis amigos, y eso es raro porque cuando sos extranjero y llegas a un país que no es el tuyo hay un proceso de adaptación, descubris una mirada que te juzga constantemente y muchas particularidades que te toca conocer, pero en Pumas todo fue mágico. Apenas llegué, lo primero que dijo Hugo Sánchez fue "él es la pieza que faltaba para que el equipo sea campeón". Y yo me dije "¡wow, qué responsabilidad!". Pero como el clima en el grupo y el club era tan bonito, no fue una responsabilidad que viviera como un peso o una carga. Al contrario: fue un deseo de disfrutar el día a día y de coronarlo con un campeonato, que además se dio en un momento en el que el máximo exponente del fútbol mexicano estaba de entrenador y en el equipo había jugadores de cantera.

Ser campeón genera sentimientos que son difíciles de expresar con la claridad que piden las palabras. O, mejor dicho: lo puedo expresar, pero no explicar. ¿Cómo se pueden explicar sentimientos tan fuertes? Me pasa lo mismo con mi vida en Pumas. Es algo que puedo expresar porque lo viví, pero me cuesta explicarlo con palabras. Por eso lo mejor que puedo decir es que hay que animarse a vivir lo que es Pumas. A mí me cambió la vida. Estoy seguro de que a muchos otros también los marcará para siempre.



---

## Jirones de recuerdos futboleros

Alfredo Echávarri Olvera

Mi vocación en el fútbol arrancó en 1947 en Querétaro. Yo tenía siete años, ingresé al Instituto Queretano en segundo de primaria y me seleccionaron para competir entre primarias. En 1949 me fui con mi familia a vivir a la Ciudad de México y continuar mis estudios en el Cristóbal Colón, ahí me integré a la selección de la prepa, que estaba reforzada con jugadores de los Pumas como Anaya, Pacheco y los hermanos Malvido. Juntos hicimos giras para juntar fondos destinados a construir una secundaria en San Rafael, Veracruz.

Pasaron los años y en 1957 llegué a estudiar Arquitectura en la UNAM, ¡soy generación 58! Por entonces existía la Liga Interfacultades de fútbol, luego luego me seleccionaron en el equipo y felizmente, en ese torneo, fuimos campeones jugando contra Leyes en uno de los campos de práctica de C.U. Al final del partido, entre el alboroto de los estudiantes que rodeaban la cancha y la invasión total del campo de juego, el entrenador Héctor Ortiz, exintegrante de la Selección de México, se me acercó y me dijo:

—Alfredo, ¿quieres jugar con nosotros los Pumas en la Segunda División?

De la emoción, se me aflojaron las piernas. Había jugado un partidazo y el corazón estaba en su límite. ¡Arquitectura, campeón Interfacultades! Claro que sí, le contesté, y me dijo, tan fresco:

—Pues empezamos el sábado próximo. Y me tienes que traer una carta de autorización de tu papá, porque eres menor de edad.

—Ay, Héctor, hoy mismo te la llevo —le dije, eufórico.

Mi hermano Manuel había sido fundador de Pumas y jugó en la primera etapa. Era medio volante como yo; él, más defensivo pero muy fino. Ya no estuvimos juntos en Pumas, pero tiempo después jugamos en Interclubes con el Patria y el Trébol.

Antes de Héctor tuvimos a grandes entrenadores: Bush, Rafael Garza Gutiérrez *Récord*, Donato Alonso... Después de Héctor llegó Octavio Vial, con el que fuimos campeones. Y ya en Primera siguió Octavio Vial. Más tarde llegó el maestro Renato Cesarini, quien revolucionó el sistema de entrenamientos en México.



Jugar con Pumas, estudiar Arquitectura en la UNAM y trabajar en una empresa constructora fueron mis actividades durante los años que jugamos en la Segunda División, una época inolvidable de juventud.

He sido universitario toda mi vida, pues después de terminar la carrera trabajé en la Dirección de Obras de la UNAM, como representante de Banobras durante más de diez años. En ese lapso se realizó una gran cantidad de obras muy importantes para la UNAM, tales como las ENEP, clínicas odontológicas, la sala de conciertos Nezahualcóyotl, centros de investigación en diferentes estados de la República y el Observatorio Astronómico Nacional San Pedro Mártir, en Baja California, entre muchas otras. Finalmente, en el posgrado, estudié la maestría en Restauración de Monumentos.

En el equipo que en 1958 inició el campeonato profesional de Segunda División, la mayoría de los integrantes éramos estudiantes de la UNAM con un promedio de edad de 20 años. Yo tenía 17 años cuando debutamos. Los primeros partidos los jugábamos en el estadio chico, que contaba con una pequeña tribuna que se llenaba de entusiastas estudiantes de las diferentes facultades quienes nos apoyaban con las porras. Tiempo después ya lo hicimos siempre en nuestro querido Estadio Olímpico.

El primer campeonato fue muy complicado, pues los equipos contrarios tenían más experiencia. Nuestros primeros refuerzos extranjeros, también estudiantes, se integraron al equipo con gran entusiasmo. Recuerdo principalmente al austriaco Helmut Bicek, quien después formó parte de la Selección de Estados Unidos, y a un muchacho sudamericano de apellido Dávila, muy buenos los dos.

Los campeonatos eran a dos vueltas, muy largos. Duraban todo el año, viajábamos cada dos semanas y llevábamos nuestros libros y tareas para no atrasarnos en los estudios. A veces regresábamos maltrechos en las madrugadas de los lunes a prepararnos para ir a la clase de las siete de la mañana. En mi caso, tenía que ir a clase de mecánica, no podía faltar.

En los primeros torneos quedamos en los últimos lugares de la tabla de posiciones, pero poco a poco fuimos subiendo, mejorando en el juego de conjunto y aumentando cada vez más la garra y el entusiasmo por los triunfos. El cuadro base era casi el mismo: Chango Ledesma, Gutiérrez, Tito Zenteno, Sámano, *Espátula* Rodríguez y Echávarri en la media; Estrada, Gaitán, Manolo Rodríguez, Villar, *Bororo* Izquierdo, *Borrega* González Dávila, Fito Lugo, Pepe Ruiz, Villar y otros que se alternaban; *Poli* Pérez, Rafa Arsos, *Tepa* Gómez, Marín, Marianito Fernández, Jorge Diez, *Negro* Jones, Max Muro y algunos más que se me van. Al poco tiempo entró Memo Vázquez, mi compañero inseparable dentro y fuera de la cancha.

Por fin llegó el torneo 1961-1962, ya con los nuevos refuerzos: Calderón de la Barca, Lorenzo García y Raúl Chanes. El equipo se armó y jugó muy alegre y armónico. ¡Equipazo!

Como resultado, fuimos muy goleadores y Lorenzo García y Calderón de la Barca quedaron empatados en el campeonato de goleo.

Éramos un grupo con experiencia de cuatro años compitiendo que se estaba preparando para dar el salto a Primera División profesional. El equipo daba espectáculo, metía muchos goles y ganaba. Recuerdo que en el penúltimo partido contra el Pachuca, allá en su terreno y con el marcador empatado a uno, faltando unos minutos el árbitro Buergo marcó penalti en contra del Pachuca. Era vital meterlo. La gente se juntó atrás de la portería, Vial me mandó tirarlo, lo pateé como siempre, con una gran frialdad y colocación y cayó el segundo gol, el del triunfo. El árbitro pitó y sabíamos que estábamos a un paso de lograr el campeonato.

El fotógrafo del periódico *Esto* Raúl Valencia, que nos seguía a todas las giras y estaba ahí para tomar la escena del penalti, nos contó que le sudaron las manos al ver la tranquilidad con la que solía tirarlos. Por eso, me bautizó como el *Témpano*.

El 9 de enero de 1962, día del partido de la coronación, llegamos cada quien por su lado, no nos concentraban. Yo estaba en clase de Historia de la Arquitectura a las cuatro de la tarde y de ahí salía caminando rumbo al estadio con mi mochila al hombro. Eran como las siete y al acercarme me sorprendió ver la cantidad de gente que llegaba al estadio. Llenazo total. No habían previsto ni la cantidad de boletos, la gente pagaba en la puerta de entrada.

Al llegar a los vestidores, nos saludamos con el presentimiento del triunfo. Éramos como una familia, nos entendíamos de maravilla dentro y fuera de la cancha; Memo y yo bromeábamos hasta el último momento. Vial me dio la tarjeta con los nombres de los que iban a jugar y los apunté en el pizarrón: José Luis Ledesma, Carlos Gutiérrez, Raúl Chanes, Tito Zenteno, Alfredo Echávarri, *Espátula* Rodríguez, Memo Vázquez, Lorenzo García, Carlos Calderón de la Barca, Manolo Rodríguez y Jorge Gaytán.

Calentamos en el pasillo de los vestidores, entramos a la capilla a encomendar a Dios nuestra actuación (en algunas ocasiones nos daba la bendición mi hermano, el padre Carlos Echávarri, capellán del equipo), echamos un Goya que nos salió del corazón y nos dirigimos a la escalera que da a la boca de salida a la cancha. ¡Qué momento! El estadio, lleno, rugía de emoción.

Después de algunos minutos de nerviosismo, el equipo se acopló y empezó a armar el taco, fue como la cereza del pastel del campeonato: hubo un dominio total y gran fútbol por parte de los Pumas. El Cataluña, en cambio, se vio poco y el resultado final fue 5-1. ¡Ganamos!

Antes de terminar el partido, la gente se metió a la cancha y, al sonar el silbatazo final, por primera vez nos pasearon en hombros. Yo ya tenía a mi adorada novia y Memo también. Y las dos, Tere y Yoli, agitaban sus pañuelos desde la tribuna. Fue un momento

maravilloso, campeones de ascenso a Primera División profesional del fútbol. Para orgullo de la UNAM, tenemos equipo en Primera desde hace 60 años.

Más adelante, el equipo se preparó para la nueva aventura, física y tácticamente, con el mismo entrenador, Octavio Vial, casi los mismos jugadores que ascendieron y los nuevos refuerzos extranjeros, Ouraci, *Babá*, Domicio y Carlito Peters. Así, poco a poco, fue madurando el nuevo proyecto. Y el día del debut, el domingo 1 de julio de 1962, contra el América, jugamos un gran partido y perdimos 2-0, "inmerecidamente", según la crónica de don Fernando Marcos.

En ese primer campeonato, el equipo se mantuvo en Primera dando pelea y sentó las bases para que en años posteriores llegara a ser uno de los cuatro grandes de la capital; la alineación de Pumas en ese debut fue: Nacho Martínez, Carlos Gutiérrez, Raúl Chanes, Ouraci y Tito Zenteno; en la media, Alfredo Echávarri y *Espátula* Rodríguez; y en la delantera, Memo Vázquez, Lorenzo García, Calderón de la Barca y *Babá*.

Tengo el orgullo de que mis dos hijos, Alfredo y Diego, formaron parte de las fuerzas básicas de los Pumas. Y Alfredo jugó algunos partidos en el equipo titular.

Pumas de la Universidad Nacional Autónoma de México: un equipo diferente, único y maravilloso. Ojalá que las nuevas generaciones tengan la calidad, el coraje y la garra para mantener al equipo muchos años en los primeros lugares de la Primera División profesional de México.



## Un sueño cumplido

Memo Vázquez Herrera

Mi vínculo con Pumas se remonta a la historia familiar. Mi papá y mi tío formaron parte del equipo que estuvo en Segunda División y lograron el ascenso. Y mi primer contacto con la institución fue cuando mi padre era entrenador de fuerzas básicas. Yo tenía seis o siete años y él me llevaba a los entrenamientos para que lo acompañara. Me quedaba viéndolo y me pasaba horas en las canchas de alrededor de C.U. Luego me sumé a Pumitas, ahí me integré. Y más tarde pasé por todas las demás categorías hasta llegar a Primera División.

Con ese brevísimo resumen quisiera indicar que mi cariño por Pumas es grande. Empecé a los ocho años en Pumitas, debuté en Primera a los 17 y después de jugar seis años en el equipo y de pasar por otros clubes, regresé para convertirme en entrenador. Así que en Pumas me inicié como futbolista amateur, como profesional y como técnico.

Pumas siempre fue y será un equipo alegre, agresivo, de mucho ímpetu y corazón, que nunca para y no da nada por terminado. Esa lucha constante lo ha caracterizado y la he vivido en carne propia cuando me tocó integrarlo. Además, es algo que hasta los rivales reconocen.

En la institución, los valores que se estimulan son el compañerismo, la unidad dentro y fuera de la cancha, la voluntad de mejorar, el apoyo, la educación y el respeto. Dejan muy claro que no importa ganar si no tienes estos valores. Y que, con esos valores, es más fácil ganar.

Soy muy malo en asuntos de recuerdos, pero sí quisiera compartir un momento que fue importante en mi relación con Pumas. Como jugador yo nunca pude ser campeón con el equipo porque las dos finales que jugué las perdí contra el América. Y ya como entrenador, cuando estaba en fuerzas básicas me llamaron para ser parte del cuerpo técnico de Ricardo Ferretti, cuando el primer equipo estaba amenazado por el descenso. A partir de la llegada de *Tuca* al club las cosas mejoraron, dejamos atrás el riesgo del descenso y jugamos una final contra el Atlante, que perdimos. Después jugamos otra final y, ésa sí, la ganamos. Recuerdo que hicimos un recorrido de campeón en Pachuca, donde nos



consagramos, y ya de regreso, un paseo en la ciudad y otro por el Circuito Universitario, en el autobús. Los trabajadores de la Universidad y los estudiantes salían a saludar al equipo, fue algo realmente muy hermoso. Yo nunca había vivido esa situación y me llenó de tanta alegría e ilusión que me dije que quería vivir eso como entrenador. Me llegó muy profundamente, me encantó la entrega de la gente, había una comunión que se ve pocas veces en la vida. Así que me puse como objetivo repetir ese paseo ya como técnico. Y luego, en ese rol, armamos un equipo que jugó bastante bien y que, efectivamente, pudo lograr el tan ansiado campeonato. De tanto que lo deseaba, conseguí lo que me había propuesto. Fue la culminación del trabajo realizado y, por supuesto, sentí una satisfacción enorme. Y ahora puedo decir que si uno se propone algo, lo puede conseguir.



derecha.  
José Luis Calaca  
González Dávila viste  
el uniforme de la  
Selección Nacional,  
previo al Mundial  
de 1970.

abajo.  
Mario Velarde  
Velázquez en  
entrevista con  
Alberto Fabriz  
del Toro, de  
Canal 13.







arriba.  
Miguel Mejía Barón.  
Temporada 1974-75



arriba derecha.  
Manuel Negrete,  
Luis Flores y  
Raúl Servín.  
s/f



derecha.  
Miguel España  
en 1982-83,  
temporada previa  
a su debut.



arriba.  
Enrique Borja en el  
estadio de la Ciudad  
de los Deportes.  
1967



derecha.  
Ricardo Tuca Ferretti y  
Luis Flores a principios  
de los años ochenta.





izquierda.  
Cabinho.  
ca. 1978

derecha.  
Olaf Heredia, José Luis Pareja López  
y Mauricio Peña en la final contra el  
Cruz Azul en la que ganaron el título  
de Liga.  
Temporada 1980-81

abajo.  
Hugo Sánchez en el Estadio  
Olímpico Universitario  
a principios de los años ochenta.









## El encanto de los Pumas

J. I. Dineno



páginas anteriores.  
Instalaciones de la Cantera, sede oficial del Club Universidad.

arriba.  
Despedida del doctor Guillermo Soberón al finalizar su rectorado. Diciembre de 1980

izquierda.  
El Club Universidad recibe un reconocimiento tras ganar la Copa Interamericana. 1981

El 21 de enero de 2020 partí de Cali a la Ciudad de México. Tras casi un mes de negociaciones entre clubes, gracias a la insistencia de mi parte y al acompañamiento profesional de mi representante, pudimos convencer al Deportivo Cali de la opción de venderme.

Me gustaría poner en contexto mi decisión. Luego de estar en cinco clubes en un transcurso de seis años, logré que un equipo muy importante como el Deportivo Cali quisiera contar conmigo a largo plazo. Con esto también me encontraba con algo que no conocía: una sensación de estabilidad. Sensación que no duró mucho.

Luego de terminar la temporada, me comunicaron que el club Pumas tenía cierto interés en sumarme a la institución. Se me presentó una duda. ¿Me quedaba en un lugar que me ofrecía una estabilidad profesional o iba tras el deseo más auténtico de progresar y encarar un gran desafío? Para ser sincero, no lo dudé mucho. Con mis 25 años, un hijo de año y medio y mi actual esposa, decidí que era un tren al que me quería subir, con el pesar de saber lo que dejaba atrás y con la ilusión como estandarte.

El 22 de enero de 2020, en la madrugada, llegué a la Ciudad de México.

De inmediato empecé a ver el impacto de mi decisión. Al salir a buscar el transporte que me iba a llevar a mi hotel, me encontré con tres personas del club y no menos de 25 reporteros. Tras las entrevistas, en las cuales no podía dar ninguna certeza porque aún restaba la firma del contrato, me dirigí al hotel. A las pocas horas me buscaron para ir a hacer los estudios médicos de rutina, pero lo extraordinario fue que pasamos frente a C.U. Me maravillé al ver el mural. Ver arte en un estadio de fútbol me pareció al mismo tiempo hermoso e increíble.

El 23 de enero de 2020 me buscaron en el hotel para ir a la Cantera, que hasta entonces sólo conocía por fotos. Llegas a la entrada e inmediatamente ves que el acceso al club empieza a descender, y pronto te encuentras con un túnel de no menos de 300 metros. Al traspasar el túnel se presenta un cartel que lo primero que generó en mí es sentido de pertenencia, ya que dice "Territorio Puma". Luego de continuar por las calles internas del predio, el camino siguió descendiendo y la inmensidad del lugar me impactó. Ver las instalaciones me confirmó algo que yo ya sabía: estaba en un club gigante.

Miré a mi representante, a quien aprecio como un segundo padre, y le dije "esto es extraordinario, ¿no?" Y me contestó:

—No, está casi al nivel de los mejores equipos del mundo.

Y creo que el "casi" fue para que me mantuviera humilde.

Llegó el momento de la firma, de poner en papel la confirmación de que lo que estaba viviendo era real. Fue un breve acto cargado de emoción. Me abracé con mi representante, llamé a mi esposa y hablé con mis padres. Llegando al hotel me tocó hablar conmigo mismo y me dije que ese momento sólo era el comienzo. Y que la recompensa iba a ser enorme.

En mi primer entrenamiento pude notar el compromiso grupal que había. El objetivo estaba claro: trascender.

El entrenador se me acercó y me dijo:

—Mañana vas a debutar y el miércoles vas a jugar de titular.

Jugábamos contra Rayados por Liga ese domingo y el miércoles siguiente era el partido de vuelta con Santos por Copa MX.

El 26 de enero de 2020 llegué al estadio y entré por primera vez al vestuario que iba a ser mi vestidor hasta hoy. Encontré mi camiseta con el número 29 y la inscripción J.I. DINENNO. Sentí una gran alegría, pero también ansiedad y nervios. Recuerdo la entrada en calor, la gente, el sol y la emoción de vivir algo nuevo. El equipo estaba con mucha confianza y yo no era la excepción.

Entramos a la cancha y por primera vez entoné el himno universitario, obviamente no lo conocía y tuve que voltear a la pantalla para poder cantarlo. Es una experiencia única que es difícil de describir. El estadio entero, al unísono, entona un himno que habla de la Universidad, se refiere a quienes lo cantamos como "hijos" y en esto no hace diferencia entre jugadores y afición, lo cual llena el ambiente de una energía positiva y de unión. Además, habla de triunfar pero triunfar con valor. Va más allá del fútbol y habla de comunidad. Es un ritual lleno de simbolismo, valor y sentimiento.

Empezó el juego y al minuto 20 me levanté a calentar, ya que un compañero sufrió un golpe. Entre los aplausos de la afición sentía latir el corazón, parecía pronto pero estaba preparado. Por suerte para mi compañero, lo suyo sólo fue un golpe; regresé al banquillo y entré al minuto 90.

Cuando el entrenador me llamó para entrar sólo me dio pocas indicaciones y me dijo que disfrutara. El momento del debut llegó rápido pero no por eso fue menos emocionante. Jugué cuatro minutos en total y ganamos, lo cual fue muy excitante.

A los tres días nos tocaba jugar la vuelta de los octavos de final por Copa MX y debíamos ganar por dos goles para forzar la definición por penales. Fue un gran partido del equipo. Era una formación alternativa, con muchos chavos y jugadores que habitualmente no eran titulares, pero fuimos muy superiores al Santos Laguna.

Mis primeros 45 minutos de titular los viví con mucha intensidad y participación, tuve buenas sensaciones pero no pude marcar. Al minuto 40 del complemento, tras un centro del lado derecho, pude conectar un gran cabezazo que se convirtió en gol, un gol que me llenó de emoción, el primero en mi primer partido de titular.

Los dos meses y medio siguientes transcurrieron a una velocidad de vértigo. Mi familia se mudó a México y yo me fui ganando el puesto en el equipo titular con goles y buenas actuaciones cuando entraba desde la banca.

Mi primer partido como titular en la Liga fue nada más y nada menos que en el clásico contra el América, el último partido antes de la pandemia de covid-19. El estadio estaba repleto y la energía en el ambiente era extraordinaria. Fue un gran espectáculo, en el minuto 85 empatamos a 2, y al minuto 89 tuve un mano a mano que pude aprovechar para marcar el 3-2. Por desgracia, en la última jugada nos empataron y el partido terminó igualado.

Al siguiente sábado disputamos nuestro último partido del semestre, con las tribunas vacías y una pandemia ya en progreso.

Es verdad que me ha tocado enamorarme de otros clubes donde jugué, pero nunca antes había sentido tal sentido de pertenencia como siento en Pumas. Mi conexión con el club es profunda. Tal vez se deba a los valores de la institución, los mismos con los cuales mis padres y abuelos me criaron: la transparencia y la honestidad.

Mientras escribo esto, he logrado jugar más de 100 partidos en el equipo y marcar más de 50 goles, estoy cerca de entrar a los diez máximos goleadores de la institución. No sé si lo lograré ni cuántos partidos más jugaré. Lo que sí sé es que mi amor por este club va a seguir hasta el final de mis días, pase lo que pase con mi carrera profesional.

Si tuviera que decirle algo a cualquier persona que llegue a este club, le diría que deje que el encanto de Pumas se apodere de ella.





# El valor de la sabiduría

**Bora Milutinovic**

Cuando me dijeron de ir a jugar a Pumas no supe qué contestar, porque era un equipo desconocido para mí. Entonces, pregunté: “¿En qué estadio juega?”.

Y me respondieron que en el Estadio Olímpico Universitario. Como yugoslavo, el lugar me traía grandes recuerdos de los Juegos Olímpicos. Pero yo tenía mejores recuerdos aún porque en 1964 había jugado ahí un hexagonal con distintos equipos del mundo. El ambiente de aquellos partidos había sido inolvidable, me encantó. Así que no lo dudé y me sumé al club.

Lo primero, entonces, fue el amor al estadio. Y luego, a una manera de hacer las cosas. Muchas veces se dice que el éxito de un equipo depende del entrenador y los jugadores, y es cierto, pero por más que tengas los mejores jugadores del mundo no puedes lograr nada si detrás no hay un grupo de gente comprometida. Eso lo he visto, lo sé y lo puedo asegurar. Y lo que yo me encontré en Pumas fue maravilloso. Yo hice mi primera experiencia como entrenador en Pumas, así que sin un apoyo muy grande no hubiera hecho nada. Y tuve la enorme suerte de que, además de toda la gente más cercana, había un equipo de directores que tenían algo de lo que ya no se habla: sabiduría. Era gente sabia. Y ambiciosa, porque exigía resultados, pero sabia sobre todo. Por eso pudieron sostener un club de la manera que lo sostuvieron. Y yo sólo fui una parte muy pequeña de todo eso.

Un ejemplo es el siguiente. Cuando empecé como técnico del equipo, tenía todas las miradas sobre mí. Ni siquiera estaba confirmado en el puesto. En el primer partido había muchos nervios, pero ganamos. Llega el segundo partido, más sueltos, ganamos también. Y el tercero, con mejor juego aún, volvemos a ganar. Todo iba tan bien, que me confirman en el puesto. Y entonces, perdemos cuatro partidos seguidos. ¡Un desastre! Pero nada, mantuvieron la confianza. Hoy, un entrenador de un equipo importante pierde cuatro partidos seguidos y lo mandan a su casa. Pero ese Pumas no era así. Me quedé desde 1977 hasta 1983. Y los resultados a largo plazo de esa política están a la vista.

Muchas veces me preguntan cuál es el secreto de un entrenador, qué se le tiene que transmitir a los jugadores. Y la verdad es que, si hay un secreto, es ser simple. Yo no soy

nada filosófico en la cancha. Creo que lo importante es explicar lo que hay que hacer de la manera más sencilla posible y entrenar como si cada entrenamiento fuera un partido. Se entrena como se juega. Pero, aún en los entrenamientos, los ejercicios son intensos pero sencillos. No hay que complicarse. Y menos en un equipo como Pumas, donde en general hay tantos jóvenes.

Muchas veces me han preguntado si tengo la sangre azul y la piel dorada, como se dice en Pumas. Y yo contesto que tengo sangre roja, pero soy Puma de corazón.



---

# La lucha y el éxito

**Gerardo Jerry Galindo**

Pumas siempre fue un ejemplo de equipo combativo, con mucha garra, competitivo, con jugadores nacidos en cantera que podían llegar a ser seleccionados nacionales. Ésa fue mi percepción desde niño, la de un equipo triunfador, lleno de jóvenes que se entregaban al máximo.

Luego, cuando tuve la oportunidad de formar parte del club, descubrí que si bien yo tenía bases familiares sólidas, en Pumas se nos estimulaba a crecer como persona a partir de valores como el liderazgo, el compañerismo y la solidaridad. Pumas es diferente porque en realidad es una escuela que comprende la disciplina universitaria y que representa a una gran comunidad con su filosofía propia. Eso es lo que me hizo creer que, si me esforzaba y hacía las cosas bien, yo podía ser un representante de toda esa comunidad y de toda esa historia de éxito y lucha que yo veía de niño.

Claro que de niño no sabía muy bien qué eran el éxito y la lucha. Para mí el mundo de Pumas era maravilloso pero muy lejano. Mi sueño no era llegar a Primera División; yo jugaba porque me gustaba, y siendo de provincia, no tenía apoyos para convertirme en profesional. Con mi familia vivíamos en Cuernavaca, estado de Morelos, y el que me dio la posibilidad de que a los 14 años me vieran entrenadores de fuerzas básicas fue el destino. Yo lo veía muy complicado. No sólo nunca había ido a la Ciudad de México, ni siquiera había salido de mi colonia. Mi padre, que era herrero, me impulsó a buscar ese reto. Me apoyó, me dijo que no tuviera miedo y que aprovechara la oportunidad de competir y demostrar lo que hacía bien. Yo le decía que no quería nada de eso porque estaba bien con mis amigos y en mi casa, el hecho de viajar de Cuernavaca a la Ciudad de México para ir a entrenar me parecía una locura, sentía que no iba a poder. Pero mi papá no dejó de apoyarme y cuando me registraron me ayudó para que pudiera ir a los entrenamientos. Así estuve tres años, haciendo un sacrificio muy grande pero que valía la pena.

Yo ahora hablo mucho con la gente de fuerzas básicas, algunos tienen muchas carencias o problemas en casa y también tienen que trasladarse durante dos o tres horas para llegar a tiempo. En eso, la situación de muchos jóvenes no ha cambiado. A mí me



avergonzaba mucho la posibilidad de llegar tarde y empecé a viajar a través del Club del Ride. Iba hasta la carretera y me subía al vehículo que fuera: automóvil, tráiler, camioneta en la parte de atrás en plena lluvia, lo que fuera. Me pegaba a las enfermeras y me subía con ellas, tengo muchas historias de esos viajes, coches viejos que se quedaban en medio de la carretera, de todo realmente. Y gracias al Club del Ride ahorré mucho y a Pumas debo haber llegado una o dos veces tarde, nada más. Ahora miro para atrás y lo que antes eran sufrimientos ahora son anécdotas. Y como sigo viajando desde Cuernavaca a la Ciudad de México, muchas veces paso en mi coche por el Club del Ride y a quienes me paran yo los llevo.

El tema de los horarios fue muy duro pero me sirvió para valorar lo que tenía. Era buen estudiante y mi madre podía estar segura de que me iba a ir bien en el tema académico. Y en el campo de los Pumas yo era muy serio y decidido, prácticamente no me relajaba porque me daba cuenta del esfuerzo que hacían mis papás para que yo pudiera estar allí.

Ya jugando en Primera División me rompí los ligamentos cruzados. Y no estaba seguro de querer volver. Intenté estudiar Sistemas, pero no pasé el examen. Y luego, con paciencia y más esfuerzo, volví al fútbol.

En Pumas se insiste en que el esfuerzo vale la pena y yo soy un convencido de que es así. ¿Por qué vale la pena? No sólo porque uno crece y se desarrolla. También porque, en la cancha, puedes ver a la gente emocionarse. A tus propios padres, por ejemplo. Y a miles de desconocidos que de pronto se encuentran con un segundo de felicidad.

Mi lugar en la cancha siempre ha sido el mismo que tuve en la vida: el del esfuerzo y el sacrificio. En Pumas encontré gente que me valoraba y me quería por esas cualidades. Y con el tiempo, me di cuenta de que lucha y éxito, aquellas palabras que de niño yo no podía saber muy bien qué significaban, son las dos caras de una misma moneda.



## Cómo no te voy a querer

Diana Gómez, *Palito*

Cómo no te voy a querer, si fuiste la única playera que defendí, si tus colores me dieron valores, si tu filosofía mejoró la mía, si tu esencia congenió conmigo por completo.

Cómo no te voy a querer, si tus hermosas instalaciones se convirtieron en mi casa, si la defensa de tu escudo me ha dejado huellas imborrables, momentos inolvidables y emociones que todavía me roban el aliento.

Cómo no te voy a querer, si lo nuestro fue amor a primera vista, he jugado en todos tus campos y nos conocemos perfectamente. Imaginate, la primera vez que jugué con una de tus múltiples y hermosas playeras tenía seis años. Nuestro vínculo siempre ha sido incondicional, leal y único, conozco lo más profundo de ti y tú de mí. Juntos hicimos historia.

### **Pachuca vs. Pumas, 28 de julio de 2017, 10:00 am**

No sé cómo empezar. Aún recuerdo el día anterior al partido. El nerviosismo y la emoción hicieron la noche larga, quedaban menos horas para descansar y no podía dejar de visualizar ese momento. Tal vez esas emociones tomaban más fuerza al saber que sería una de las 22 mujeres afortunadas que jugarían los primeros 90 minutos del inicio de la liga profesional en México y de las 11 en defender el escudo Puma.

De camino a Pachuca, la percepción del tiempo era nula. Sólo podía ver el paisaje mientras escuchaba mi canción favorita —“Yellow”, de Coldplay— y pensaba en lo afortunada que era al vivir este momento. Al entrar a los vestidores, la indescriptible emoción de ver el 9 en mi playera azul me hizo dudar de la realidad y en el reconocimiento de cancha me di cuenta de que ya no era una espectadora. Mi rol había cambiado y podía expresarme jugando con el balón. El resultado no fue el esperado porque perdimos 0-3, pero la esencia de Pumas me ha quedado clara y se ha reforzado: somos una raza diferente, somos el último minuto, somos la Universidad, somos la cantera, somos dinámica, somos juventud, somos valentía, somos atrevimiento, somos chispa, somos garra. Somos Pumas.

### **Pumas vs. Toluca, 5 de agosto de 2017, 4:00 pm**

“Suceso extraordinario y maravilloso que no puede explicarse por las leyes regulares de la naturaleza y que se atribuye a la intervención de Dios o de un ser sobrenatural”.

Ésa es la definición de *milagro*. Y también la del milagro del gol. La alegría que genera es algo que nadie ha podido describir con palabras. Algunos bailan, otros gritan, muchos brincan, algunos más hacen saltos espectaculares, hay quienes le ponen dedicatoria, también aparecen abrazos, gestos de afecto o señas representativas. Yo sólo pude arrojarme, apuntar hacia el cielo y dedicárselo a mis angelitos.

Quisiera poder acordarme exactamente cómo y quién empezó la jugada, por qué el balón llegó adonde llegó. Sólo recuerdo el momento del partido, el sol a plomo, la desesperación de ir perdiendo, el estrés porque las cosas no salían, el aliento de la afición.

De regreso al momento, recuerdo el balón en los pies de Karime, su talento nos hacía pensar que iba a pasar algo diferente, su postura y nuestra conexión me invitaba a imaginar un posible pase. Vi el espacio y corrí, ella vio el movimiento y me filtró el balón, dio el pase que yo había visualizado. Sólo quedamos la portera, el balón y yo. Corrí al máximo para alcanzarlo, lo choqué con toda mi hambre, mi energía, mi deseo. Tirada en el piso, tuve que hacer un esfuerzo para levantar la cara y asegurarme de que el balón había entrado a la portería.

No dimensionaba lo que había hecho. Sabía que habíamos empatado, que había generado emociones en todos los que seguían el juego y que después de ese gol podíamos ganar. Sabía todo eso, pero no era consciente de que había hecho historia.

La felicidad de meter el primer gol de Pumas Femenil iba ligada a una recompensa mutua. El destino me trajo a este club hace mucho tiempo y ese día sentí que le había devuelto un poquito de todo lo que me ha dado.

Quiero que sepas que en mí has inyectado tu ADN, que estará presente en todo momento, en cada paso que dé y esté donde esté, bajo cualquier circunstancia. Nuestro vínculo es incondicional, innegociable e imborrable. Eres lo más bonito que me ha pasado.

¡Una vez Puma, siempre Puma!



# Corazón y entrega

**Darío Verón**

Pumas es mucho para mí. Significa la oportunidad de haber representado a un club único y a la universidad más importante de América Latina.

Jugué muchos años en el equipo y la gente me brindó un cariño especial desde mi llegada. Personalmente, eso es algo que me asombró y que admiré mucho, porque no es habitual. No siempre ocurre cuando vas a un club y menos si se es extranjero. Quiero decir que el cariño era mutuo y permanece. Por ese amor que sentía, yo nunca me quise ir del club.

Tuve la suerte de haber ganado el primer título obtenido después de 13 años de sequía. Hacer historia en un club es algo que no se puede describir con palabras.

Siento que la afición se identificó conmigo porque mi forma de jugar tenía que ver con lo que llaman el ADN Puma. Yo siempre di todo en la cancha. Era pura entrega y corazón. Corría y corría del primer minuto al último. En los entrenamientos te dicen que nadie tiene que correr más que tú y yo me tomaba esa orden al pie de la letra. Si el rival nos quería ganar, iba a tener que hacer un esfuerzo más grande que el nuestro.

Por esa actitud en el campo, tuve el orgullo de ser capitán del equipo durante mucho tiempo. Igual yo creo que la capitania no la da el gafete, sino lo que haces dentro y fuera de la cancha, una actitud que debe ser un ejemplo para tus compañeros. Yo me esforcé mucho por seguir los lineamientos que nos daban desde el club y en el campo me propuse dar siempre la cara por el equipo. Sobre todo, porque es una institución de donde surgen muchos jóvenes, lo que obliga a quienes jugamos a ser un ejemplo y un modelo para ellos.

Al club sólo puedo darle las gracias. Y lo mismo a la afición, que me ha dado un cariño muy grande. Tanto, que alguna vez yo le hice un tatuaje a un aficionado con el número de mi camiseta. Cuando digo esto no me creen, pero yo aún tengo amigos entre la afición. Seguimos en contacto, nos hablamos, me buscan. Es verdad que ya no juego en el equipo, pero ni ellos se olvidan de mí ni yo me olvido de ellos.

Mi historia en Pumas también tiene que ver con haber tenido en el banquillo a una leyenda como Hugo Sánchez. Es una persona a la que le debo muchísimo porque me



ayudó tanto dentro como fuera de la cancha. Me enseñó a ubicarme mejor en el campo y a jugar de una manera efectiva para el equipo, pero además me apoyó para que en mi vida personal pudiera crecer de acuerdo a mi potencial. Fue una presencia decisiva para mí. A él también le quisiera hacer llegar todo mi agradecimiento.

Pumas es muy grande y cuando uno llega cuesta entender lo grande que realmente es. Con el tiempo se termina de ver lo que significa esa camiseta. Haberla defendido es un orgullo enorme para mí y algo que nunca olvidaré.



## Pumas, modelo a seguir

Luis Flores

Pumas es una institución que representa los mejores modelos a seguir. Une la formación personal y profesional, y por eso puedo decir que fui educado en la UNAM en ambos sentidos.

Yo vengo de un estrato social que es el de abajo, el ambiente pesado de la colonia El Triunfo, en la alcaldía Iztacalco. Nací ahí, el último de siete hermanos. Y en mi entorno había gente de trabajo y mucho esfuerzo, pero poca educación y orientación. Por eso puedo decir que, en Pumas, desde mi llegada en 1979, me dieron los lineamientos que necesitaba.

En mi familia, cuatro de los cinco hermanos varones fuimos jugadores profesionales. El fútbol está en nuestra sangre. A Pumas llegué con 18 años y a los seis meses debuté. El primer equipo lo traía *Bora* y a veces bajaba a jugar a Reservas. Recuerdo que mi primer partido allí fue una gran frustración. Y es que como me entrenaba en Primera y entraba por la rampa de acceso, cuando llegó el día del partido no sabía por dónde entrar. Cuando encontré la puerta ya se me había hecho tarde, llegué tarde a la charla técnica de Sanabria y por eso no me hizo jugar. ¡La angustia que me entró! Pero fue una enseñanza para mí.

Y es que en Pumas la enseñanza es constante. Recuerdo que llegó un momento en el que en todos los equipos del fútbol mexicano había un jugador de Pumas. Algo así sólo se logra con una buena política y una apuesta invariable a pesar del paso de los años. Por eso en Pumas hay un sentido de pertenencia que no hay en otros equipos.

En mi época, Pumas estaba un paso adelante en todos los sentidos. Incluso en la parte médica. Recuerdo que yo tenía un problema de pubalgia que en México era desconocido en ese momento, fui el primer caso conocido en el deporte mexicano, y como en Pumas me operaron muy bien, venían de otros clubes a operarse con nuestros médicos. Ésas son las cosas que hacen grande a un club. Y lo que yo veo es que ese espíritu y deseo de trascender permanece intacto.



---

# Una escuela de vida

**Alberto García Aspe**

Los Pumas son mi escuela. Es el lugar donde me hice futbolista, donde aprendí las bases como deportista y persona íntegra.

Fue mi escuela y la mejor cantera del fútbol mexicano, y siempre le voy a estar agradecido porque allí tuve la fortuna de encontrar a gente muy valiosa que me guió en la vida, desde Guillermo Vázquez padre y el ingeniero Aguilar Álvarez hasta Miguel Mejía Barón, que para mí es como un segundo padre.

En el club siempre nos apoyaron para que pudiéramos estudiar, que es algo importantísimo. Puedes ser futbolista, pero también tienes que estar preparado culturalmente, y un futbolista que tiene una carrera profesional es muy distinto al que no la tiene. En todos los sentidos. Desde que sales a un terreno de juego en México o donde sea, estás mucho mejor preparado, y a mí me apoyaron mucho con eso porque el 50 % de los gastos de la escuela lo aportó la institución. A lo mejor en Pumas era donde menos te pagaban, pero sin duda era donde mejor jugador te hacían, y cuando te convertías en figura ellos ya buscaban venderte para que viniera otro de abajo. Cumplías un ciclo y a tu puesto llegaba un chavo que venía de abajo.

La apuesta por la formación integral es fundamental. Los chavos llegaban al club porque sabían que si tenías condiciones podías llegar a debutar, algo similar a lo que pasa en Holanda con el Ajax. Son escuelas de gente que sabe trabajar. La prueba es que hubo un momento en el que en la Selección Nacional llegó a haber nueve jugadores titulares que eran de Pumas.

Algo que le ha hecho daño al fútbol es que se pagan sueldos muy altos a chavos que no siempre tienen la formación que, por ejemplo, se brinda en Pumas. Si los jóvenes no tienen un buen acompañamiento terminan por perderse. En mi época, hasta el técnico de la Sub-17 acompañaba al chavo para que no tomara malas decisiones, y para mí eso es vital. Cuando una cantera trabaja bien en fuerzas básicas sabe llevar bien al futbolista en todos sus aspectos, por eso digo que para mí Mejía Barón es como mi segundo padre. En Pumas sabían hacer muy bien el acompañamiento al chavo, cuidarlo como persona y ayudarlo a desarrollar todo su potencial como deportista.



A mí, por ejemplo, no me gustaba defender. Y Mejía Barón me dijo que si no bajaba a defender, me iba a sacar del equipo. Yo era joven y no me lo tomé en serio, hasta que lo hizo. Y cuando aprendí a regresar y a defender, me convertí en mucho mejor jugador.

En Pumas viví de todo. Jugué las tres recordadas finales contra el América y, también, tuve mis peores lesiones. Y de todo salí fortalecido, gracias a la gran preparación que me dio el club.

Yo tengo claro que puedes tener el sueño de ser futbolista y de triunfar en un equipo, pero si no te animas a cumplir pequeñas metas día tras día, ese sueño puede quedar sin cumplirse. Esa cultura del esfuerzo es la que me inculcaron en Pumas. Y la que se trasladó al día a día en mi vida personal, que no sería la que es si no hubiera pasado por el club.



---

## Carta abierta al club de mis amores

Lucía Rodríguez

Estimado Club Universidad Nacional:

Hoy me dirijo a ti con un corazón lleno de gratitud, admiración y orgullo mientras celebramos juntos los primeros 60 años de tu presencia en la Primera División del fútbol mexicano. Es un logro extraordinario que merece ser reconocido y celebrado de manera especial.

Cuando me dijeron que tendría la oportunidad de plasmar mis sentimientos sobre lo que representa este club para mí, me llené de felicidad y orgullo por formar parte de tu historia.

Desde muy pequeña, visitaba el Estadio Olímpico Universitario con la misma ilusión con la que lo sigo haciendo hoy. En el horario tradicional del club fui cada 15 días sin parar durante muchos años como aficionada y hoy tengo la fortuna de portar los colores del club de mis amores y defender sus valores como institución.

Crecí con la certeza de cuál era mi mayor sueño y, sobre todo, sabiendo dónde quería cumplir ese sueño. Mi mayor ilusión desde los cuatro años —cuando tuve contacto con un balón por primera vez— fue jugar algún día en el club de mis amores: Pumas. En ese entonces, las mujeres no contábamos con una liga donde realmente pudiéramos desempeñarnos como jugadoras profesionales y fue hasta 2017 cuando el sueño de esa niña que imaginaba portar los colores de los Pumas se cumplió.

Se han abierto puertas y se han derribado estereotipos, allanando el camino para que más mujeres puedan ser parte de este deporte a nivel profesional. Hemos demostrado que el fútbol es un lenguaje universal que trasciende géneros y nos une a todos bajo la misma pasión. Gracias a nuestra valentía y determinación, las mujeres tenemos ahora la oportunidad de vivir nuestro sueño y demostrar nuestra valía en cada partido. Hemos enfrentado adversidades y dejado atrás obstáculos con trabajo y perseverancia. Hemos mostrado al mundo que los colores de los Pumas representan el coraje, la pasión y el compromiso inquebrantable. Partidos que veíamos como meras espectadoras en escenarios

alejados de las canchas a través de la televisión, hoy son una realidad para nosotras como mujeres.

Tuve el honor y el privilegio de jugar el primer partido de la Liga MX Femenil. Fue el 28 de julio de 2017 a las 10:00 horas, en el Estadio Hidalgo, contra Pachuca Femenil. Es una fecha que quedará en mi memoria y mi corazón para siempre. Recuerdo la noche anterior a ese 28 de julio. No dormí nada y quizás ni siquiera dimensionaba lo que estábamos a punto de vivir y de marcar tanto en la historia del fútbol femenino como en la del club. Aunque el resultado no fue el que esperábamos, ese día representó el comienzo de una historia que poco a poco fue tomando un camino.

Un agradecimiento profundo al apoyo que, desde el día uno, nos han dado directivos, gente de cocina y de oficina, jardineros, policías y miembros de cuerpos técnicos que han estado en este proyecto. Y también, por supuesto, al resto de las jugadoras que día a día dejamos todo por llevar a Pumas al lugar que merece.

Mientras escribo y revivo momentos que he vivido en la Cantera, no puedo no pensar en la afición. La afición de los Pumas es una de las más leales y apasionadas del mundo. Su energía y entusiasmo en cada partido nos impulsan a dar lo mejor de nosotras mismas en el campo. Su apoyo incondicional nos da fuerza cuando las cosas se ponen difíciles y nos inspira a no rendirnos nunca. Gracias a cada uno de ustedes, la experiencia de jugar en el Estadio Olímpico Universitario se convierte en un momento mágico e inolvidable cada partido. Sin ustedes no podríamos haber logrado este sueño.

Desde mi perspectiva como jugadora, sé que no hay un camino fácil hacia el éxito. Se necesita dedicación, esfuerzo, sacrificio y una determinación inquebrantable para alcanzar las metas más altas. Y durante todos estos años, ustedes, los Pumas, han demostrado exactamente eso. Han dejado una huella imborrable en la historia del fútbol mexicano y han inspirado a innumerables jugadores y aficionados. Pero más allá de los éxitos en el terreno de juego, quiero agradecerles por el impacto que han tenido fuera de él. Ustedes han sido una fuente de inspiración para las generaciones más jóvenes, especialmente para las jugadoras y jugadores de fútbol.

Como jugadora, me siento agradecida por la oportunidad de representar a los Pumas. Desde el momento en que me puse la camiseta azul y oro, supe que estaba formando parte de algo más grande que yo misma. He sentido el apoyo incondicional de una afición apasionada y de un club maravilloso, y he tenido la oportunidad de crecer y desarrollarme como jugadora —y, más importante aún, como persona—, bajo la guía de entrenadores comprometidos y compañeras entrañables. Ser jugadora de Pumas me ha convertido en una mejor persona.

Después de 60 años en Primera División, hemos dejado un legado increíble en el fútbol mexicano y estamos inspirando a generaciones de jugadores y aficionados.

Su compromiso como institución, con la excelencia y dedicación al deporte son ejemplos a seguir para todos nosotros.

Que estos 60 años marquen el comienzo de una nueva etapa de éxito y crecimiento para los Pumas. Que sigamos cosechando triunfos y campeonatos, que sigamos emocionando a la afición con juegos apasionantes.

Como jugadora, me siento honrada de formar parte de esta historia y prometo llevar los colores de los Pumas con cada vez más orgullo y determinación.





## La valentía de soñar

Jaime A. Lozano Espín



Pumas tiene mucho que ver con lo que soy, con lo que fui y con lo que seré. Pasé las épocas más importantes de mi vida ahí, de los 12 a los 19 años, y luego otras etapas. Le debo muchísimas cosas y tengo grandes recuerdos.

Yo venía del América, adonde mis padres me llevaban a entrenar. Tenía cinco años. En un momento hubo un cambio de entrenador y varios nos fuimos a Pumas. El club me encantaba porque jugaban muchos canteranos, lo que podía hacer que algún día cumpliera mi sueño. La entrega y la garra me asombraban mucho justo en una etapa de la vida en la que, como buen preadolescente, sentía que los valores podían hacer una diferencia. Además, en el club se insistía en la importancia de ganar y de ser un buen ejemplo, lo que daba a entender que a la institución le importaba sacar muy buenos jugadores y muy buenas personas. Supongo que eso para mis padres era muy importante.

Al paso del tiempo, la formación que brinda la institución hace que uno se encariñe mucho con el equipo. De hecho, todos los que hemos vivido un proceso parecido hemos pensado en retirarnos allí. Te das cuenta de que la búsqueda del club es hacerte mejor profesional y mejor persona. Además, como Puma sientes que puedes ganar en cualquier cancha, y ese instinto ganador es algo que he tratado de llevar conmigo en toda mi carrera.

A los 17 años me lastimé una rodilla y a los 18 me rompí la otra. Salí bien librado por la gente que había en el club y todo eso me sirvió para fortalecerme mentalmente. Tenía que estarlo, porque debido a todas las dificultades que enfrenté fui el último de mi generación en debutar en Primera División. Y no sólo eso: debuté, marqué un gol en mi debut, pero no me consolidé sino hasta los 24 años y tras pasar un tiempo en el Celaya. Si no hubiera sido por esa mentalidad que me forjaron en Pumas, no lo hubiera logrado. Porque a mi regreso, en 2004, ganamos todo con Hugo Sánchez. No soy de vivir de recuerdos, pero ese año es muy destacable porque a muchos nos inmortalizó. Sobre todo, a los que habíamos salido de C.U.

Me siento Puma porque me preocupa transmitir todo lo que aprendí en el club. Me apego mucho a esa filosofía y me gusta inculcarla cuando me toca dirigir.

En el equipo aprendí algo muy importante: la humildad necesaria para saber que somos buenos pero que queremos y podemos ser mejores, porque siempre hay cosas para mejorar. Un ejemplo: en el banquillo teníamos a Hugo Sánchez, que era un gran cobrador de faltas, y en el equipo le pegaba Leandro Augusto, que también era muy bueno en eso. Y yo, con tiempo y esfuerzo, me convertí en un gran cobrador porque después de cada entrenamiento me quedaba a practicar hasta que lo logré. Esa mentalidad de crecimiento es una gran virtud que me inculcaron en Pumas y que me ayudó mucho en mi carrera.

De mi trayectoria en el equipo podría hablar de momentos muy conocidos, como la final con Chivas, el Campeón de Campeones o el partido contra el Real Madrid. Pero, como digo, no soy de los que viven del pasado. Claro que recuerdo el paseo del campeón en el Turibús y los festejos con la gente. ¡Hubo un momento en el que ni podíamos pasar, de la cantidad de carros que había! Pero prefiero mirar para adelante y pensar en qué le serviría de mi experiencia a un joven que, como fue mi caso, esté a punto de ingresar a Pumas. A ese joven, yo le diría que disfrute y aprenda, porque el club es una verdadera escuela. Y que se anime a soñar, porque hasta para soñar hay que ser valientes.



## Rumbo a la Cancha 2

Joaquín Beltrán

Desde los cuatro años, mis padres me inscribieron en Pumitas. Llegué a jugar fútbol sin tener idea ni ganas de correr tras una pelota, hasta que un día por suerte y de manera totalmente fortuita hice un gol. Fue tal el festejo de mis compañeros, que a partir de ahí empezó mi pasión por este juego y por los Pumas de la UNAM.

Cada sábado, a veces domingo, mis mañanas consistían en ir a Ciudad Universitaria y jugar en las canchas que están detrás del majestuoso Estadio Olímpico Universitario: la playa (el Campo 9) o el Campo 8, empastado. Cuando a mi equipo lo programaban para jugar ahí lo considerábamos un lujo.

Conocía cada uno de los terrenos de juego que me vieron crecer disfrutando el fútbol. Y así llegó el día que me tocó jugar en la Cancha 3. A la misma hora de mi juego, tras la reja, descubrí al primer equipo de Pumas entrenando. Todos mis compañeros y yo nos quedamos pegados al alambrado, embobados. Veíamos crecer en nosotros la ilusión de estar ahí: en el Campo 2. Al terminar el juego salí volando para pedirle fotos y autógrafos a los jugadores. Los acompañé todo el camino, yo feliz con sus firmas, ellos con sus zapatos de fútbol en la mano.

Mi playera terminó llena de firmas, como las de Negrete, Flores y Luna. Cuando levanté la mirada, estaba llegando a la entrada del estadio por la puerta de maratón. Me despedí y pensé: algún día voy a hacer este recorrido con la ropa de entrenamiento del primer equipo. El tiempo pasó, crecí, terminó mi ciclo en Pumitas, jugué con el representativo de la UNAM y nunca dejó de motivarme pensar en recorrer esos dos o tres kilómetros.

Hice mi prueba, que duró alrededor de mes y medio, y el ingeniero Aguilar Álvarez fue el que me dio la noticia: "Joaquín, necesito tus papeles y que pases a firmar tu contrato", me dijo. Iba a ser registrado con el equipo de Segunda División del club, bajo las órdenes de una leyenda: Juan José Muñante. Llegué al estadio, el vestidor asignado para nosotros estaba junto al de visitante; me cambié e inicié mi primer recorrido siendo parte del club. Mismo trayecto, destino distinto: la Cancha 5, que estaba a un costado de la 2, la antesala de cumplir el sueño. Varias veces fui requerido para subir (la Cancha 5 se ubicaba en un plano más bajo que la 2) y completar los trabajos del primer equipo con



Braulio, *Chiquis*, Sancho, Almeida, Cariño y los demás jugadores. Para mí era un lujo compartir un espacio reducido o un Interescuadras con ellos.

En noviembre de 1996 llegó el gran día, cuando Luis Flores, director técnico del equipo, me dijo que ya no tenía que entrenar con Segunda División y que debía presentarme a diario con el primer equipo. Y así sucedió mi primer recorrido oficial. Llegué temprano al vestidor, me cambié, me puse la ropa de entrenamiento y tomé mis zapatos de fútbol para llevarlos en las manos. No podía creer que iba a caminar por donde habían pasado las más grandes leyendas de esta hermosa e importante institución. Es imposible mencionar a todos, pero cualquiera que venga a tu mente pasó por ahí.

Recuerdo el trayecto como si lo recorriera en este momento. La subida de las escaleras, pasar entre las bancas, la pista de tartán, la rampa y salida de maratón, el CECESD a la derecha, el estacionamiento 8 a la izquierda, un puente, la Subdirección de Medicina a la derecha, una curva y un tramo de terracería.

Después, la puerta azul con una cadena que, en el momento en que la cruzabas, te dejaba ver una cancha espectacular, una alfombra en la cual pasé muchos de los mejores momentos de mi vida. Mientras escribo estas palabras me vienen a la mente un sinfín de compañeros con los que compartí el trayecto. Valoro cada uno de los aprendizajes que tuve en ese camino. Por cierto, nunca conté los pasos.

Y es que no sólo era caminarlo todos los días. Fueron todas las cosas que pasaban durante la caminata: pláticas muy serias hablando del rival en turno, de nuestra posición en la tabla, de cómo salir de un mal momento; o haciendo sumas y restas para ver si calificábamos o no. Bromas, anécdotas, chistes, convivio con los aficionados que nos acompañaban, alguna que otra mentada cuando las cosas no iban tan bien. Silencio, meditación, análisis, autocrítica; presumir a la familia, planeación de asados.

Ese asfalto fue cómplice de mi debut contra Morelia, de mi primer gol contra América, de momentos muy complicados, como ver al equipo en zona de descenso o quedar eliminados en varios torneos cuando creíamos que podíamos llegar más lejos. Viví conmigo una ruptura de ligamento cruzado que requirió cirugía y una rehabilitación que me alejó de las canchas casi ocho meses. Disfruté un par de Copa Libertadores, un subcampeonato de Liga de Campeones de Concacaf, un subcampeonato de Copa Sudamericana, un bicampeonato, un Campeón de Campeones y un trofeo Santiago Bernabéu, pero sobre todo, lo más importante fue mi orgullo por portar el azul y oro durante más de 400 partidos en diferentes competiciones.

La vida sigue, el club ha evolucionado, la Cancha 2 no es más parte de la historia de los Pumas. En la Cantera hay unas instalaciones dignas del primer mundo, pero nadie de los que en algún momento transitaron ese camino me podrá negar que eso era a lo que aspiraba cualquier joven surgido de las fuerzas básicas del Club Universidad Nacional.

Gracias por tanto. México, Pumas, Universidad.



## Solamente, gracias

Leandro Augusto

A mí, Pumas me dio todo. Gracias al club descubrí lo que podía ser como futbolista. Y a pesar de haber iniciado en Brasil mi carrera como jugador y de haber estado antes en León, me identifiqué mucho con Pumas por su historia, sus principios y su cultura, así como por el valor que les da a los jóvenes en general y a la cantera en particular. Por eso digo que los 11 años como jugador que estuve en Pumas y los otros cuatro que estuve en el club pero fuera de la cancha me sirvieron para crecer como persona, como jugador y como hombre de familia. En resumen, me dieron las herramientas para que pudiera explotar mi máximo potencial.

Llegar a un equipo grande es el sueño de todo jugador. Y en Pumas me tocó jugar cinco finales de campeonato mexicano, de las que ganamos cuatro, además de participar en otras copas como la Sudamericana. ¡Gracias a Pumas yo pude jugar en la Selección Mexicana! Tuve un crecimiento muy grande. Llegué con Mejía Barón y luego vino Hugo Sánchez, que fue una revolución. Con él se dio el bicampeonato y jugamos la Libertadores, el equipo llevaba muchos años sin salir campeón y logramos cambiar la historia. ¡Se me enchina la piel de recordar el momento en el que salimos a abrazar a Bernal tras el fallo del último penalti de las Chivas!

Yo creo que destaqué porque en la cultura de Pumas la garra es fundamental. No se te pide tanto que ganes como que nunca dejes de luchar. Y eso era yo adentro de la cancha.

Ser parte de Pumas es un orgullo porque es un club en el que se estimula mucho la formación. Enseñan lo que es importante en la vida, como la responsabilidad. Y eso es muy importante para un jugador, porque no se trata nada más de hacer bien las cosas en la cancha. Cuando uno es niño, sueñas con ser jugador de fútbol porque ves que se esfuerzan, que luchan por lograr algo y que no hacen trampa. Y en Pumas buscan transmitir eso, que en definitiva es una forma de ser ejemplares para todos, incluidos esos niños como los que uno fue.

No puedo decir más que gracias a Pumas, porque ni en mis mejores sueños imaginé que podía ser referente de un equipo, jugar en la Selección de un país que no es en el que nací, conquistar el cariño de la afición y dejar un buen recuerdo en una institución tan

grande y con una historia ejemplar. Saber que fui alguien allí me llena de alegría. La misma alegría con la que salíamos a jugar cada partido, dispuestos a dar todo por un club que deja una huella imborrable en el corazón.



## La lección aprendida

Juan de Dios Ramírez Perales

Pumas es el club que me vio nacer deportivamente. Ahí me formé como jugador y muchos valores que hoy en día tengo los obtuve en la institución. Parte fundamental de ello fueron los entrenadores con los que trabajé desde mi iniciación y que fueron plasmando conceptos que me acompañan hasta hoy. El club merece todos mis respetos. Ser formado en Pumas es algo muy especial.

Es especial porque allí me enseñaron a ser competitivo, que es una característica fundamental de la institución. También la honestidad y el profesionalismo que debes demostrar, me refiero a que uno debe tener disposición y entrega, y ser siempre transparente en todos los ámbitos de la vida. Esos fueron valores que me inculcaron en Pumas porque ahí el respeto y el profesionalismo valen más que en cualquier otro equipo. Son cosas que poco a poco se meten dentro de uno y se traducen en una forma de actuar.

Recuerdo que todo lo que fuimos aprendiendo en Pumas lo aplicamos luego en la Selección. Hablo de una forma de conducirse que, quieras o no, termina por influir en lo que uno es como persona. Hoy parece extraño porque el fútbol ha cambiado mucho, pero a nosotros nos exigían una honestidad total. En el campo no se podía sacar ninguna ventaja de manera deshonesta. Y esto es algo que ahora valdría la pena subrayar, porque en el fútbol de hoy se pide ganar como sea. Si bien es cierto que se exigen resultados, se debe tener en cuenta que lo más importante es el trabajo, el tiempo y la dedicación. Con gente como Miguel Mejía Barón o *Tuca* Ferretti no existía eso de ganar como sea.

La Copa que levanté en C.U. en la temporada 90-91, tras la final con el América, fue el momento cumbre de toda la formación y de ese equipo. Yo tenía 21 años, pero me consideraba un jugador con bastante experiencia, ya que había debutado a los 19. Entré a fuerzas básicas en la categoría de 15 años y desde ahí subí poco a poco. Cuando alcé ese trofeo recordé aquellos inicios tan duros, de tanta dedicación. Pero si bien sentí que habían sido muy exigentes conmigo, también me di cuenta de que sin esos entrenadores o sin la filosofía del club no hubiera llegado a nada.



En Pumas te piden que nunca te des por vencido y eso es muy importante tanto en los partidos como en la vida. Sin ese ADN Puma, yo creo que ni siquiera hubiera podido debutar. Hoy me veo a la distancia, veo a ese chavo que fui y me felicito por haber logrado lo que pretendía. No es vanidad. Es haber sido fiel a lo que siempre me pidió la institución, el justo premio a una larga lección aprendida.



## Desde la cancha

López Zarza

Mi llegada a la organización de Pumas fue en 1975. Yo venía de entrenar en Reservas de América y, como era estudiante del Politécnico, ¡imagínense estar entre el antagonismo de las dos instituciones, tanto en fútbol americano como en fútbol soccer!

Fui contratado por recomendación de Edelmiro Arnauda y entrevistado por Arnoldo Levinson. Firmé un contrato para incorporarme al club en octubre y después de tres meses debuté en Primera División, don Árpád Fékete se desempeñaba como director técnico.

En aquellos tiempos se podía registrar jugadores en todo el torneo sin que hubiera una fecha límite. Yo jugaba de extremo derecho y en la semana de mi debut fue contratado Juan José Muñante, por consiguiente regresé a jugar sólo en Reserva Profesional. Me impuse el reto de que en un año debía jugar nuevamente en Primera División, de lo contrario me dedicaría a estudiar. Yo ya había hecho mi cambio a la UNAM en la Facultad de Ingeniería, por lo que empezaba a valorar a la institución como una formadora integral, tanto en lo deportivo como en lo humano.

La administración del club corría a cargo de ICA. Siendo campeón de Copa y Campeón de Campeones se trabajó para modificar el paradigma de la institución, con la nueva meta de llegar a ser campeón del fútbol mexicano. Los tiempos se adelantaron, puesto que en tres años futbolísticos el club, en cuyo plantel yo estaba pero sin participación, obtuvo su primer campeonato de Liga en la temporada 1976-77. En aquel 1977 jugué el primer Mundial Juvenil, en Túnez, consagrándome subcampeón del mundo. Y al reincorporarme al club, se cambió al responsable de la dirección técnica del equipo, a la que ahora llegaba Velibor Milutinovic.

*Bora* me preguntó si podía jugar de medio ofensivo por la salida de Spencer Coelho, a lo que le respondí "lo que quiero es jugar y de lo que sea". Tras esa respuesta, volví a participar en Primera División para convertirme en titular del equipo. Y al siguiente año fui seleccionado para representar a México en el Mundial de Argentina 1978, un momento inolvidable dentro de lo que sería una carrera de 16 años.

Entre mis anécdotas están el recuerdo de la formación del carácter a manos de don Jorge Marik, quien era muy particular en su trato con los jugadores. Y también el haber

sido de los iniciadores de la política del club en lo relacionado con producir talento de la cantera, pilar en la formación integral en todas las áreas de nuestras vidas.

La producción de jugadores fue tal, que se exportaron muchos: Félix Cruz, Hugo Sánchez, Manuel Negrete, Luis Flores, Alberto García Aspe y Luis García entre ellos, circunstancia que seguramente ayudó para que el fútbol mexicano tuviera en todos los equipos un integrante salido de la cantera de la Universidad.

En Pumas, los valores que nos inculcaban iban más allá de lo material. Y de ahí también surge alguna anécdota. Y es que en una renovación de contrato siempre existen los estira y afloja; por eso, en una de estas ocasiones Arnoldo Levinson se quejaba de que yo quería ganar demasiado, "el Estadio casi". Entonces, nos dio una maqueta de la cancha, como referencia a que Pumas era otro tipo de organización y que con lo que se ganaba se buscaba invertir correctamente esos recursos.

Para mí, las grandes figuras de la institución han sido el ingeniero Guillermo Aguilar Álvarez, Mario Velarde, Bora Milutinovic y el arquitecto Guillermo Vázquez. Por supuesto, allí he tenido grandes amigos de diferentes generaciones que han dado realce a esta institución ejemplar para el deporte mexicano.

He participado como jugador y como parte del cuerpo técnico, pero lo más significativo es que los valores que recibí siguen presentes en cada una de mis actividades. Por eso, al seguir ligado al fútbol puedo transmitir la experiencia y el orgullo de ser parte de una historia de éxito como es la de los Pumas de la Universidad Nacional Autónoma de México, que me abrió las puertas para ser reconocido en el ámbito deportivo nacional.

Tengo tantos recuerdos y anécdotas que faltaría tiempo y espacio para compartirlas todas, pero lo que vale la pena destacar es que los Pumas son los Pumas y eso tiene que ver con un ADN en el que muchos pusimos un granito de arena para conformar una institución modelo por muchos años.



# Enseñar a ganar

Hugo Sánchez Márquez

¿Qué son los Pumas para mí? Mi formación desde niño, mi cariño y mi amor.

Yo tenía seis años cuando mis hermanos Horacio y Héctor, que siempre fueron mis ídolos, jugaban en las fuerzas básicas de Pumas. Mi padre era mecánico automotriz y había sido un futbolista semiprofesional muy bueno. Un día le estaba arreglando el coche a alguien que trabajaba en Pumas y, en la plática, le preguntó cómo podía hacer para llevar a sus hijos a fuerzas básicas. De esa manera comenzó la historia de mis hermanos en el club. Horacio era portero y Héctor, medio ofensivo; uno evitaba los goles y el otro los hacía. A mí me fascinaba eso y quería ser como ellos.

Cuando ellos jugaban, el resto de la familia íbamos a verlos. Al final del partido solían entrar los padres a jugar, y ahí mi papá hacía la chilena, se divertía mucho. Para entonces yo era muy niño y también quería jugar, pero no me dejaron hasta que terminé la escuela primaria. Apenas pude, me fui a probar a los campos de entrenamiento cerca de la Alberca Olímpica y entré a la Cuarta Infantil. El señor Roca, que era una institución en el club, fue quien me aceptó. Tenía 11 años y mis padres no querían que fuera a jugar porque, como vivíamos en la Jardín Balbuena, tenía que hacer un viaje muy largo en el transporte público. En la Cuarta Infantil estuve dos o tres semanas nada más, me vieron bueno y enseguida me mandaron a la Juvenil Especial, con el señor Salas como entrenador. Mientras tanto, a mi hermano Horacio lo seleccionaron para ir a Múnich 72, y cuando vi que lo llevaban al extranjero, le pedían autógrafos y daba entrevistas, yo me dije: "¡Quiero ser como él!". Se me metió en la cabeza que yo también podía ir a unos Juegos Olímpicos. Y le empecé a tomar más cariño y amor al club.

Con el tiempo fui evolucionando y llegué a participar en varios torneos juveniles y en los Juegos Panamericanos de 1975, pero mi madre me insistía en que, aunque me veía ilusionado con el fútbol, no tenía que dejar de lado la educación y la cultura, que era lo que me iba a hacer crecer como persona. Le hice caso, por supuesto, pero el esfuerzo era grande. Me preparé para los Juegos Olímpicos de Montreal 76, a los que asistí, y de regreso a México me hice profesional en los Pumas, que era donde jugaban mis hermanos. Había recibido una beca para mis apoyos, así que entrenaba e iba a la escuela, realmente



me costó mucho esfuerzo y valió la pena. No voy a negar que me quedaba dormido en alguna clase, de lo cansado que estaba, pero finalmente pude terminar mi carrera de cirujano dentista. Y ahora puedo decir con orgullo que los estudios y el deporte representan la mejor combinación que puede tener alguien en su vida.

Ya cuando me sumé al equipo profesional de Pumas, gracias al respaldo y la orientación de mi familia y del club, me encontré con un equipo lleno de grandes estrellas y muchos de mis ídolos. Con sólo convivir con esos jugadores, yo me sentía importante. Tanto de la institución como de la Universidad me gustaba todo: las instalaciones, los maestros, los entrenadores, el espíritu, los valores. Y estoy muy agradecido de que me hayan permitido ser parte de ese mundo.

A mí no me costó identificarme con los valores de Pumas, como la garra, la lucha, la perseverancia y el deseo de hacer cosas importantes. Desde el principio me sentí en casa, a gusto, había una camaradería muy agradable y una sensación permanente de apoyo y ayuda. La Ciudad Universitaria tiene una energía especial, no sé si será por el lugar donde está ubicada o por qué, pero para mí quienes la hicieron son unos genios. Con sólo entrar se notaba que había una mística, una mentalidad especial y un sentido de confraternidad con el que te hacían notar que si eres de la UNAM ya la hiciste porque significa que eres bueno.

Mis sueños se fueron creando por la motivación permanente de mis padres. Mi madre me decía que debía vivir con la mentalidad de querer ser el mejor hijo, el mejor hermano, el mejor compañero, el mejor en todo. Me inculcaba una mentalidad de compromiso conmigo mismo que luego se reforzó en Pumas, donde también me estimulaban a crecer y desarrollarme. Además, allí tuve el respaldo de *cracks* como Leonardo Cuéllar, *Cabinho*, Juan José Muñante y Spencer Coelho, entre muchísimos otros, de quienes yo intentaba copiarles todo.

En mi primer año como profesional en Pumas salimos campeones, así que con más razón aún sentí que había llegado adonde quería estar. Creamos una época dorada de Pumas y tengo recuerdos inolvidables de esos años. Además, pasaron cosas únicas, como por ejemplo, que dos jugadores de un mismo equipo —*Cabinho* y yo— hayamos sido campeones de goleo. Yo no he vuelto a ver algo así. Hicimos 26 goles cada uno y en el campo nos divertimos mucho.

Luego, en mi etapa como entrenador me esforcé por transmitir lo que sabía y por inculcarles la constancia, la ambición y la preparación a mis jugadores. Si se tienen la capacidad y las ganas, hay que comerse el mundo. Yo les decía que podíamos ser campeones cinco veces seguidas si nos lo proponíamos. Si yo lo había hecho en el Real Madrid, ¿por qué no íbamos a hacerlo nosotros? No hay que ser conformistas. Y entre todas las cosas que se enseñan en Pumas, también se enseña a ganar.

---

# Medio Tiempo

---

# El club de fútbol de los Pumas de la UNAM

José Sarukhán Kermez

La directiva del club de fútbol de los Pumas me ha pedido un breve texto con motivo de la conmemoración de los 60 años de su ascenso a la Primera División del fútbol mexicano.

No me resulta fácil desarrollar una disertación coherente sobre lo que el equipo de fútbol ha hecho y logrado a lo largo de estas seis décadas.

Debo decir que mi relación más cercana con el equipo de los Pumas inició cuando fui electo rector por la Junta de Gobierno y, desde luego, fue acrecentándose durante los ocho años de mi rectorado. Lo primero que me viene a la mente de ese periodo es que, junto con todos los universitarios, tuve la fortuna de ser testigo de uno de los siete (el tercero, si recuerdo bien) campeonatos del equipo, cuando el *Tuca* Ferretti era jugador y el doctor Mejía Barón era un excelente entrenador del equipo; recuerdo los gritos angustiados del *Tuca*, conminando al árbitro a pitar el fin del encuentro con el América, pues su gol nos daría el triunfo y con ello, el campeonato.

En realidad, como estudiante, hasta que terminé el bachillerato, no tuve oportunidad de participar en un deporte con equipos; jugaba frontón de mano con un pequeño grupo de compañeros, y el único deporte que jugué de manera más organizada fue beisbol, en el que bateábamos con el puño cerrado durante parte de mi formación en la secundaria, y luego más tarde, con un equipamiento más adecuado, en el equipo de la Facultad de Ciencias, en la Liga Interfacultades de la Universidad. Sin embargo, siempre fui, y sigo siendo, un entusiasta seguidor de los deportes olímpicos de pista y campo.

Desde luego, no tengo duda de que la práctica de algún deporte es una parte integral de la formación de los alumnos que cursan sus estudios en la Universidad; obviamente tener las facilidades para que los estudiantes puedan dedicarse a alguno o varios deportes colectivos o individuales es un componente de su formación integral y permite que aquellos que sobresalen en alguna de estas actividades deportivas puedan tener una carrera de desarrollo en esa especialidad, e incluso llegar a competiciones nacionales o internacionales de alto nivel de manera muy exitosa.



Cuando fui electo rector de la Universidad, a fines de 1989, discutía con mis colaboradores cercanos las diferentes acciones y actividades que se desarrollaban en ella más allá de la enseñanza, la investigación y la comunicación social del conocimiento; algunos de ellos insistieron en que tener un equipo profesional no era realmente función de la Universidad. Pero me resultó claro que a la altura de esos momentos, cuando el equipo ya tenía décadas de desempeñarse en la liga profesional del fútbol mexicano, se había convertido sin duda alguna en un signo y un elemento de identidad y de cohesión social de gran importancia, así como de orgullo para toda la comunidad universitaria, y que habría que mantenerlo y apoyarlo lo más posible dentro de los medios de la Universidad, y desde luego seguir contando con la directiva del equipo constituida por exalumnos de la UNAM, y en mi periodo afortunadamente por la comprometida participación de la familia Borja y de otros personajes, entre los cuales se encontraba el inolvidable don Guillermo Aguilar. Ellos de verdad habían desempeñado un servicio extremadamente importante para la UNAM, que constituyó un periodo en el cual los Pumas vivieron una de sus varias épocas gloriosas.

A fines de 1995 o principio de 1996, la UNAM recuperó un espacio que había sido dedicado a la extracción de basalto para uso de la Ciudad de México; ese espacio se conocía como la Cantera. El ingeniero Gilberto Borja, en ese tiempo presidente de la Asociación Club Universidad Nacional, me consultó si en ese espacio se podría edificar la casa club del equipo Pumas, aclarándome que los gastos correrían a cargo de la Asociación; dado que yo no conocía ese espacio, fuimos a visitarlo. Era un sitio que no se prestaba para construir edificios con finalidad académica y pensé que podría usarse para el propósito que el ingeniero Borja me había consultado. Tiempo después, hacia finales de 1997, se inauguró un espacio realmente atractivo para la casa club de los Pumas.

Ciertamente, cuando se habla de los Pumas, se piensa en los individuos que juegan en la cancha, pero se trata de mucho más: entrenadores, masajistas, médicos y una pléyade de personajes que participan en generar un equipo exitoso en la cancha. Todos ellos, los presentes y los que ya no están en la organización, deben ser parte del festejo de estas seis décadas de gozos, angustias y frustraciones, porque eso es lo que el equipo ha vivido y vivirá por muchos años más.



## Visión, voluntad e inspiración

Gloria y Adolfo Soberón Chávez

Es bien sabido que Guillermo Soberón Acevedo fue un médico y un científico eminente, gran constructor de instituciones. Una faceta tal vez menos conocida es su gusto por los deportes, lo que lo llevó a desarrollar y consolidar una institución especial en su corazón: el Club Universidad Nacional, A.C., sus siempre queridos Pumas. Por esta afición, sus hijos lo llamábamos “el Puma Mayor”.

Tenemos el recuerdo de nuestro padre sentado frente al televisor en blanco y negro para ver las peleas del *Zurdo* Vicente Saldívar o las de Cassius Clay antes de ser conocido como Mohammad Ali. De ahí surgió la anécdota de la reunión con sus amigos para ver la segunda contienda del gran pugilista de Louisville, Kentucky, contra Sony Liston, que terminó con el famoso “golpe fantasma”, desenlace que él se perdió porque sucedió cuando apenas estaba sirviéndole a sus invitados las cubas para ver la pelea. Recordamos su gusto por el beisbol heredado de su padre, nuestro abuelo Galo Soberón, y por el futbol americano, tanto el profesional como el nacional estudiantil que él y nuestra madre, Socorro Chávez, nos llevaban a ver, sobre todo los clásicos Poli-Uni al Estadio Olímpico. Y cómo esto iba construyendo en nosotros una identidad universitaria desde nuestra más tierna infancia. Pero lo que siempre le gustó más fue el futbol. Lo jugó desde niño, y en su libro autobiográfico *El médico, el rector* da cuenta de los grandes jugadores que llegaron a México con la Selección Vasca con motivo de la Guerra Civil Española.

Desde el ascenso del equipo de la UNAM a Primera División, en 1962, para Guillermo Soberón no hubo otro equipo. Así, la familia Soberón Chávez se volvió aficionada al deporte de la patada y a los Pumas. Pasábamos los domingos de futbol viendo, ya sea a nuestro querido equipo o a otros, con las narraciones de Fernando Luengas o de Fernando Marcos y admirando a nuestros jugadores insignia: el carismático goleador Enrique Borja, el habilidoso extremo Aarón Padilla, la calidad en la media cancha con Mario Velarde, José Luis Calaca González y Luis Regueiro, y el amor por los Pumas alimentado con la ilusión que renacía cada partido, aunque en esa época no ganáramos trofeos. Era la afición de una familia universitaria; nuestro padre, investigador y director del

Instituto de Investigaciones Biomédicas; nuestra madre, maestra de la Facultad de Química, y sus hijas e hijos “Pumas desde la cuna” o como diría el Jimmy Lozano, “hechos en C.U.”.

En 1969 nos mudamos a la calle Niño Jesús 64 en Tlalpan, simultáneamente que la familia González Dávila a la Cerrada de Hidalgo. Nos separaba únicamente la barda. Ellos construyeron tres casas que compartían una fantástica canchita de fútbol y un frontón, y desde entonces surgió la amistad de nuestro padre con el gran “fraterno” y fundador del equipo: *La Borrega* Víctor Manuel González Dávila, hermano de José Luis González. Nos invitaban a jugar y la cercanía propiciaba una admiración especial para el *Calaca* que llegó a su punto culminante al disputarse los cuartos de final del Campeonato Mundial de 1970 contra Italia en la Bombonera de Toluca, cuando le anotó el gol que momentáneamente nos puso en ventaja. La cercanía de Víctor Manuel y su cariño por nuestro papá perduró para siempre.

Ya eran más de diez años de que los Pumas habían ascendido a Primera División cuando Guillermo Soberón fue nombrado rector de la UNAM. El equipo dependía del presupuesto de la institución, lo que era gravoso tanto para el equipo, que no contaba con los recursos para contender contra otros más poderosos, como para la UNAM, que requería de esos recursos para el desempeño de sus labores sustantivas. Podría haber parecido un callejón sin salida, una situación de esas de “hasta aquí llegamos”, pero para alguien con la capacidad, imaginación, cariño por su institución, por su equipo, y con las relaciones con personajes de su mismo calibre, fue vista como la oportunidad de darle un giro al timón para poder afianzar la máxima representación deportiva universitaria sin constituir una carga para la institución.

En ese entonces la Sociedad de Exalumnos de la Facultad de Ingeniería, que presidía el ilustre ingeniero Bernardo Quintana, remodelaba el Palacio de Minería. Acompañado por su querido amigo y colaborador Javier Jiménez Espriú, se acercó a don Bernardo para pedirle asumir la gerencia del equipo a través de la figura de una asociación civil que lo financiara y administrara. El ingeniero Quintana aceptó el reto y con el apoyo del ingeniero Gilberto Borja fundaron lo que hoy es nuestro querido club con los estatutos que a la fecha lo rigen: en lo fundamental, si existieran ganancias serían para la Universidad, y de haber pérdidas, éstas serían absorbidas por el club. Aunque se administraran por fuera, los Pumas nunca dejarían de pertenecer a la Universidad Nacional Autónoma de México. Don Bernardo asumió la presidencia del Consejo Directivo y el ya legendario ingeniero Guillermo Aguilar Álvarez fue invitado a fungir como el presidente del equipo.

Fue en ese entonces cuando el equipo se empezó a reforzar en posiciones clave. La llegada de los brasileños, el gran Evanivaldo Castro *Cabinho* y Spencer Coelho, en la temporada 74-75, puede señalarse como el punto de quiebre. Para la 76-77, con el húngaro

Jorge Marik como director técnico y *Bora* Milutinovic como su asistente, Pumas era un equipo espectacular, volcado a la ofensiva, goleador, propiciando la felicidad rebosante del rector que se retroalimentaba jornada a jornada y que llenaba el ambiente familiar los fines de semana. Cada triunfo de los Pumas lo estimulaba a decir con una sonrisa franca y plena su frase preferida: “Nada se compara con las mieles de la victoria”.

Cuando iniciaba su segundo periodo como rector y se acercaba el fin del Torneo de Liga, la UNAM entró en un serio conflicto sindical y tenía sus instalaciones cerradas. Por precaución, se le pidió que sacara a la familia del país, por lo que varios de sus hijos salimos a San Diego y la fecha de la final contra los Leones Negros de la Universidad de Guadalajara coincidió con el 25 aniversario de bodas de él y nuestra madre; por eso tenían programado estar con nosotros en nuestro exilio y regresar precisamente ese día, lo que le produjo bastante pesar, que se sumaba a los nervios de haber olvidado comprarle a su cónyuge su regalo de aniversario. En el vuelo de regreso todo se resolvió: el piloto anunció el triunfo de Pumas y nuestro padre, con esa capacidad de resolver que siempre tuvo, le dijo a nuestra mamá que ése era su regalo (¡regalazo!). Finalmente, los Pumas eran campeones de Liga.

Ya hacia el final de la rectoría de Guillermo Soberón, los Pumas conformaron un equipo histórico que lo despidió en una emotiva tarde de diciembre de 1980 jugando contra el América. Esa misma temporada fueron campeones interamericanos al vencer al Nacional de Montevideo con goles heroicos de Gustavo Vargas, tanto en Uruguay como en el tercer partido que se jugó en Los Ángeles, y fueron campeones de Liga de la 80-81, ya con el doctor Octavio Rivero Serrano como rector.

Y la historia no terminó ahí: década y media más tarde, nuestro padre fue invitado a hacerse cargo de la presidencia del Consejo Directivo del club, encargo que asumió con pasión y orgullo. Sólo dejó de asistir al estadio cuando sus rodillas ya no se lo permitieron, pero aun así seguía todos los partidos a través de la televisión, siempre con ese cariño inmenso, contagioso e incondicional por los colores azul y oro, ya fuera en las épocas buenas o en las malas y hasta el fin de sus días.

Guillermo Soberón Acevedo, ¡cómo no te vamos a querer!





## La voz de la emoción

Carla Medina Cuevas



arriba.  
Jesús Ramírez Ruvalcaba con Bora.  
ca. 1978-79

Los sueños comienzan su desarrollo al mismo tiempo que vemos la luz en este mundo. En ocasiones los reconocemos de inmediato, en otras tardamos o simplemente éstos no se dejan ver hasta que no tenemos la claridad para recibirlos y crecer con ellos.

Así comenzó este andar con un decreto hecho décadas atrás, “Algún día trabajaré aquí”, esto mientras miraba el portón azul con el logo de Pumas, la mítica entrada a la Cantera. Pasaron otros años y con ellos la oportunidad de mi primera etapa en Territorio Puma. Un sueño me iba empujando y con él coloqué la primera piedra, el cimiento de mi aprendizaje y camino en el vertiginoso mundo del fútbol.

Cada domingo era emocionante mirar de cerca el calentamiento de los jugadores para después verlos salir por el túnel hasta llegar a la vibrante grama y, por supuesto, escuchar la animosa voz a través de las bocinas pensando como un segundo decreto, “¿Y si fuera mi voz?”.

Corrieron varios años en los cuales fui y regresé con más experiencia que me brindó el pasar por diversos puestos con orgulloso crecimiento laboral y, mientras esto ocurría, se abrió una nueva ventana con vistas a un paisaje que tiempo atrás había visualizado: el que mi voz se transmitiera por un micrófono para ser escuchada durante un partido; la construcción seguía creciendo ahora como la voz del equipo femenino a partir de su primer torneo en 2017. Mi debut fue un 12 de agosto anunciando un marcador ganador de 3-0 contra Veracruz.

Una experiencia previa con un micrófono había sido cantando para lo que me preparé con clases que, actualmente, me ayudan para esta nueva práctica. Otra experiencia fue en mi época de estudiante de Periodismo y Comunicación Colectiva en la ENEP Acatlán, hoy FES, cuando grababa programas en el taller de radio, un verdadero entrenamiento. Estas incursiones fueron un soporte al que sumé entusiasmo, confianza y seguridad.

El tiempo seguía su marcha y llegamos al evento que me regaló el primer encuentro con el micrófono del imponente Estadio Olímpico Universitario; esto quedó registrado el 14 de marzo de 2020 con el partido de Pumas Femenil vs. Cruz Azul como parte de las

conmemoraciones por el Día de la Mujer. Lamentablemente ese fin de semana se declaró la pandemia poniendo pausa a nuestras actividades, entonces creí que tener de nuevo esa magnífica experiencia ya no sería posible; sin embargo, mi sueño fue más persistente y ahora ya no iba empujándome sino que iba enfrente, llevándome de la mano.

Se reanudaron los partidos a puerta cerrada con estrictas medidas sanitarias y fui convocada al estadio para el partido de Primera División varonil contra Querétaro. El recinto estaba vacío, no había más presencia que ambos equipos y el poco *staff* en operación; aun así, sentí que las tribunas estaban abarrotadas. El micrófono me impuso y aunque sabía que la estancia en la cabina era temporal, debía expresar toda oportunidad.

Durante este periodo aprendí, corregí, improvisé y también me equivoqué, como sucedió en un partido, afortunadamente a puerta cerrada, donde nos avisan por radio que se haría un cambio: entraba Carlos Gutiérrez por Carlos González. Hasta ese momento me sentía orgullosa de no formar parte de las personas que habían confundido los apellidos, entonces segundos antes de que el árbitro permitiera el cambio, Carlos González mandaba el balón al fondo de la red. Totalmente emocionada encendí el micrófono para gritar que el gol "...fue anotado por el jugador Carlos Gutiérrez". ¡Sucedió! Confundí los apellidos y de qué forma, una que tampoco pudo olvidar por un tiempo Carlos Gutiérrez, ya que lo bromeaban: "Metes gol sin estar en la cancha, ¿cómo le haces?". Una anécdota de error que sin duda me permitió avanzar.

Las gradas continuaban frías, sin el calor que sólo sus aficionados le pueden dar; sin embargo, aun vacías, vibraron con cada anuncio de los cuatro goles que dieron la vuelta al marcador global en aquel partido de semifinal vs. Cruz Azul. Cada anuncio estaba cargado con alegría desbordada y lágrimas emotivas. Al silbatazo final agradecí por presenciar la histórica remontada y por lo que aprendí de controlar el aire para pasarlo por las cuerdas vocales sin quedar afónica, ya que venía una final que atestiguar. Fue un año a puerta cerrada para muchos, pero aprendizaje a puertas abiertas para mí.

Llegó el torneo donde, por fin, los aficionados podían regresar a su estadio y con este regreso sabía que la suplencia como la voz de éste terminaría. Es entonces que ponen en mis manos un nuevo reto laboral como voz oficial del Estadio Olímpico Universitario para los partidos de ambas divisiones, una de las responsabilidades más hermosas en mi carrera profesional, la cual agradezco como a la persona que lo hizo posible, esto edificó otra columna a mi construcción.

El primer partido con aficionados en las gradas fue una montaña de emociones mezcladas con miedo al error, entonces recordé lo que uno de mis maestros de canto me enseñó: "Si te equivocas sólo tú te vas a dar cuenta, salvo que lo hagas evidente". Ése era el momento de dejarlo todo en la cancha.

Cada partido es una oportunidad de generar mi estilo, mi sello, como anunciar un gol sin cantar la palabra ya que ésa se escucha al unísono con las voces de todos los aficionados, yo los alcanzo gritando el nombre del jugador culpable de desatar esa euforia.

Veintitantos años después tengo la certeza de que en el medio futbolístico, tal como el balón, todo está siempre en movimiento. Cada evento que me ha tocado presenciar frente al micrófono tiene un piso significativo en la construcción de mi vida profesional, como aquél en que me tocó cantar el primer gol del equipo femenino en el estadio anotado por Fabiola Santamaría, recuerdo que egoísta y triunfalmente expresé: "El primer gol de Fabiola en el estadio lo canté yo". Cómo olvidar el domingo en que anuncié el debut de Jorge Ruvalcaba para unos segundos después repetir su nombre a causa de su gol: "¡Dos en uno, un día redondo!". Tampoco puedo olvidar aquellos partidos de Concacaf.

Otro momento memorable fue aquel partido nocturno contra Mazatlán con lleno total ante la expectativa de ver vestido de azul y oro a un futbolista histórico y multigolador. Llegó el momento de anunciar la alineación, los gritos de los aficionados eran ensordecedores, entendí que debía elevar el tono ya que aun con el apoyo de las bocinas era complicado superar la emotividad en las gradas. Tenía el micrófono en la mano derecha y en la izquierda, la alineación; involuntariamente, mi mano temblaba y perdió todo control al decir: "Debutando en la Liga MX y presentándose en el Estadio Olímpico Universitario: su nueva casa, con el número 33, Dani Alves"; justo ahí conecté y lloré de alegría.

El camino recorrido me ha dejado incontables enseñanzas e invaluable personas que han confiado en lo que puedo aportar como voz de nuestro equipo. Ahora sé que los sueños bien contruidos se pueden materializar y se deben cuidar con preparación constante.

Permitirme ser parte de Pumas es un honor del que siempre estaré agradecida.





## 24 años de pasión (y contando)

Paulette Dieterlen

Hablar de los Pumas me lleva a recordar situaciones importantes de mi vida.

Empecé a ser fanática del equipo hace 30 años, aproximadamente. Si bien soy investigadora del Instituto de Investigaciones Filosóficas, fui invitada por la doctora Juliana González a ocupar el puesto de directora de Estudios de Posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras. Esto viene al caso porque la doctora se iba los fines de semana a su casa en Tepoztlán y me regalaba los boletos para ir a ver a los Pumas (antes eso podía hacerse). Por esta razón, fui testigo del juego que quedó en la historia como el partido del *Tucazo*, el de la obtención del campeonato nada más y nada menos que contra el América. Cabe aclarar que los directores, tanto los de facultades como los de institutos *ex officio* recibían pases para asistir al palco de la rectoría.

A partir de ese día me volví fanática de los Pumas y también, por supuesto, miembro de la Asamblea del Club Universidad A.C.

Mi carrera académica ha ido a la par de mi afición por los Pumas. El 15 de mayo del 2000 tuve el honor de que la Junta de Gobierno me designara directora del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la propia UNAM. Este nombramiento me permitía asistir al palco a ver los juegos de los Pumas, lo que hago hasta la fecha. En el instante que me senté en el sillón de la dirección llamé al licenciado Daniel Barrera, quien en ese tiempo fuera secretario administrativo, durante el rectorado del doctor Juan Ramón de la Fuente. Recuerdo que me comentó que los pases no eran transferibles, a lo que inmediatamente contesté: "Ay, licenciado, no sabe con quién está hablando". A la media hora, los pases estaban en mi poder.

Llegar al palco es toda una experiencia, a tal grado que mi esposo Emilio Tazzer (QEPD), a quien no le gustaba el fútbol, la primera vez que me acompañó se fascinó con los Pumas y con el estadio. Así, él también se convirtió en un fanático de nuestro equipo.

Tengo muchos recuerdos de "mi" equipo de fútbol. Recuerdo un sábado en la tarde de 2003, un juego entre los Pumas y las Chivas. Como siempre, ahí estábamos mi esposo y yo. El rector Juan Ramón de la Fuente no se encontraba en el palco; estaban

el doctor José Narro y el licenciado Enrique del Val, secretario general y secretario administrativo respectivamente. De repente llegó el maestro Víctor Lichtinger, entonces titular de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales de México, quien asistió con algunos familiares, todos con playeras de Chivas, y se sentó en el lugar donde lo hacía el rector. El primer equipo en anotar fueron las Chivas, y el secretario de la Semarnat ondeó las banderas de su equipo gritando porras a su favor. Me levanté y busqué al licenciado Del Val para decirle que no me parecía correcto que en el centro del palco del estadio de la UNAM hubiera personas que le fueran al equipo contrario. A su vez, él me siguió para oír lo que yo decía. Cuando lo hizo, me preguntó que si en la UNAM no enseñábamos la tolerancia y la pluralidad, a lo que contesté que no estábamos en un aula sino en un estadio de fútbol. La discusión empezó a ponerse verdaderamente tensa hasta que el doctor Narro llegó para cambiar el tema. Los Pumas ganaron 7-1 y el secretario del régimen del presidente Fox prefirió retirarse. Ésta es una anécdota que recuerdo con mucho orgullo.

Con los Pumas tuve muchas alegrías y algunas tristezas. Algunas de las alegrías fueron en Ciudad Universitaria, cuando obtuvimos el campeonato contra las Chivas, que si bien empataron en el juego de ida, en el de regreso ganamos por un penal fallado por un jugador de apellido Medina. Después fuimos a Monterrey, donde volvimos a ganar un campeonato, esta vez con el gol de *Kikín* Fonseca.

En ese campeonato, el presidente era Arturo Elías Ayub y el director técnico, Hugo Sánchez; gracias a esa magnífica mancuerna logramos el bicampeonato.

Otra experiencia que recuerdo fue una agresión en Monterrey. Algunos seguidores de Pumas, muy pocos, nos encontrábamos en una zona donde había puros "rayados". Éramos un pequeño grupo, en él estaban Isabel, la encantadora esposa de Hugo Sánchez, Luis Regueiro y nosotros. Recibíamos toda clase de insultos, muchos de ellos relacionados con la palabra "chilango". Por más que traté de explicar que no éramos chilangos sino universitarios, sólo me encontré con oídos sordos. El ambiente se puso tan tenso que Arturo Elías y Hugo Sánchez consiguieron que nos bajaran a la cancha para que no fuéramos objeto de agresión, ahí la celebración fue maravillosa. Tuve en mis manos el trofeo de campeones, sentí que algo tuve que ver. Nos regresamos al aeropuerto blindados por media policía estatal de Nuevo León.

También estuve en Cancún cuando desgraciadamente los Pumas perdieron la final contra el Atlante. Llegar al aeropuerto y ver a los jugadores tan tristes es algo que tampoco olvidaré.

Ahora bien, mi experiencia como aficionada no acabó sólo en eso. En 2004 no quise reelegirme como directora del Instituto de Investigaciones Filosóficas y el doctor Juan Ramón de la Fuente me propuso ante la asamblea para formar parte del Consejo Directivo

de los Pumas. Fui aceptada, siendo la primera mujer en ocupar un puesto en este cuerpo colegiado.

Confieso que a la primera sesión llegué con mucho miedo y mucha inseguridad. Entre los miembros estaban el rector, que era el presidente, Aarón Padilla, quien lo dirigía, Hugo Sánchez, Arturo Elías Ayub, Joaquín Beltrán, Hernán Cabalceta, Enrique Borja y otras personas cuyos nombres debo confesar que no recuerdo. Nos reuníamos en un comedor de la Cantera, nos la pasábamos muy bien y aprendí mucho de fútbol. Fueron tiempos que quedaron en mi memoria como un recuerdo muy bonito.

Tras lo que acabo de narrar, vinieron otras épocas. La asamblea nombró al ingeniero Víctor Mahbub, quien dejó de consultar al Consejo Técnico del club, la verdad es que nunca supimos por qué. Fue una época buena para Pumas, pero yo estuve definitivamente alejada de la parte deportiva del equipo.

Después de esos años, llegó a la presidencia del club Rodrigo Ares de Parga, quien me propuso formar parte de la Comisión de Ética. Me he enterado de que los medios lo acusan de no haber hecho caso a una presunta falta de respeto de un jugador con una maestra, lo cual es completamente falso. La Comisión de Ética discutió el tema y sancionó al jugador.

Cuando el ingeniero Leopoldo Silva asumió la presidencia del club, el doctor Rivero Serrano ocupaba el cargo de representante de la Asamblea ante el Consejo. Más tarde me solicitaron que también le ayudara en las tareas que tenía que llevar a cabo. Desgraciadamente, el doctor Rivero falleció y me quedé con ese nombramiento.

Llevo 24 años sin faltar a los juegos dominicales de los Pumas. Mi interés y mi pasión por ellos sigue intacta y estoy segura de que nunca cambiará.







arriba.  
Luis García a principios  
de los años noventa.



izquierda.  
José Luis Pareja López,  
Juan José Muñante, Enrique Vázquez  
del Mercado y Spencer Coelho.  
Temporada 1976-77



arriba.  
Aficción de los Pumas en el Estadio Olímpico  
Universitario a principios de los años ochenta.

derecha.  
Equipo de Pumas, Campeón  
de Campeones, después de haber sido  
Campeón de Copa.  
*Arriba, de izquierda a derecha:* Árpád  
Fékete (DT), Aredes Barbosa (PF),  
Héctor Sanabria, Genaro Bermúdez,  
Carlos Sobuca García, Miguel Mejía  
Barón, Rubén Montoya, Leonardo  
Cuéllar, doctor Arturo Heredia y Simón  
Hernández (masajista).  
*Abajo, de izquierda a derecha:* Hernán  
Cabalceta, Arturo Vázquez Ayala, Bora,  
Cabinho y Spencer Coelho.  
Temporada 1974-75











izquierda.  
Kikin Fonseca en el Torneo  
de Clausura en el Estadio Azul.  
2004

páginas anteriores.  
Hugo Sánchez, Mauricio  
Peña, Rafael Amador  
y Bora, entre otros,  
festejan el campeonato  
en el Estadio Olímpico  
Universitario.  
Temporada 1980-81

arriba.  
Jorge Campos.  
ca. 1992

derecha.  
Alberto García Aspe.  
Temporada 1984-85

arriba.  
Leandro Augusto.  
2002

derecha.  
Sergio Bernal.  
1994







arriba.  
Festejo por el título  
de Campeón de Campeones,  
previo al inicio del Torneo  
de Apertura 2004.

izquierda.  
Miguel Mejía Barón  
dirigiendo un entrenamiento.  
2001



arriba.  
Ricardo *Tuca* Ferretti anota con un cabezazo que superó  
la salida del portero del Cruz Azul, Ricardo Ferrero.  
Final de la Temporada 1980-81

izquierda.  
José Luis *Parejita*  
López con Goyo.  
Temporada 2004-05

arriba derecha.  
Bruno Marioni.  
Torneo de Clausura 2004





arriba.  
Claudio Suárez, entre otros.  
Temporada 1995-96



izquierda.  
Joaquín Beltrán.  
Temporada 2001-02

abajo.  
Diego Alonso.  
2005



## Hecho en Pumas

Ariel González

Llegué a Pumas de forma casual. Venía de Suecia, donde había vivido seis años y trabajado como entrenador de atletismo. Lo primero que hice en México fue tratar de encontrar trabajo en mi profesión, que es mi pasión y mi deporte de joven. Pero la vida tiene sus propios proyectos que dependen de múltiples circunstancias y donde los frágiles hombres no siempre tenemos posibilidades de elección.

A los pocos días de estar en México, fui a la pista de atletismo de C.U. y me encontré con un viejo amigo Puma, Chucho Padilla, quien en la plática me comentó que Pumas se había quedado sin preparador físico, ya que el profesor Potrzebowski había emigrado al Club América después del Mundial de 1986. Entonces me preguntó si me interesaba la posibilidad de trabajar en el fútbol, ya que él conocía a Mario Velarde, el director técnico del primer equipo, y podía organizar una entrevista con él. Casi tímidamente le contesté que sí, entendiendo que, obviamente, el reto era enorme porque yo nunca había tenido interés en el fútbol y ni siquiera había entrado a una cancha.

Al otro día, hicimos una cita con Velarde y, después de platicar un rato, estuvo de acuerdo en proponerme al club con base en mis antecedentes. Dos o tres días más tarde recibí una invitación a hablar con el ingeniero Guillermo Aguilar Álvarez. Ya en su oficina, platicamos sobre cuáles habían sido mis pasos en el mundo del entrenamiento. Me dijo que, a pesar de mi falta de antecedentes en el fútbol, consideraba que podía ser de utilidad para el equipo, ya que éste requería un preparador físico con antecedentes en atletismo y con mi preparación teórica y práctica, y sobre todo, que no estuviera pensando en convertirse en entrenador.

Su idea fue premonitoria. Nunca se me cruzó por la cabeza convertirme en técnico, y cuando alguien me preguntó al respecto, contesté: "Prefiero ser un buen preparador físico que un mal técnico". Nos arreglamos rápidamente porque mis pretensiones económicas eran muy elementales, y pensé que lo que recibiría sería una especie de beca para aprender el oficio. Digamos que la beca se extendió por varios años, hasta 1993, cuando

Miguel Mejía Barón fue designado director técnico de la Selección Nacional y me invitó a acompañarlo.

Entonces comencé un largo periodo en selecciones nacionales, con distintos y grandes técnicos como el ya citado Miguel, *Bora* Milutinovic, Manuel Lapuente, Hugo Sánchez y, al final, *Tuca* Ferretti. Sin embargo, mi relación con Pumas continuó hasta 1995, cuando acompañé a *Tuca*.

En el tiempo que trabajé en Pumas, fui subcampeón con Héctor Sanabria (1987-88), campeón con Miguel Mejía Barón (1990-91) y bicampeón con Hugo Sánchez (2004). Y desde 2013, me desempeño como coordinador de la preparación física del Club Universidad.

Gracias, Pumas. Fuiste mi casa, mi escuela y el terreno de mi desarrollo profesional. Hoy, con orgullo, puedo decir que soy "hecho en Pumas".



## Entre tantos recuerdos, elijo éste

¡Cuántas cosas podría contar de todo lo que he vivido como la mascota del Club Universidad Nacional, A.C.!

Ha pasado de todo. ¿Por dónde empezar? Recuerdo haber estado presente en el regreso a casa, el Estadio Olímpico Universitario, después de la huelga de la UNAM que no le permitió al equipo jugar de local en su estadio. También el campeonato de 2004, cuando después de muchos años sin ganar títulos recibíamos a un entrenador que había hecho historia como jugador y que, ya como técnico, haría campeones a los Pumas con un equipo tradicional formado por jugadores hechos en casa y reforzados con extranjeros que llegaron a convertirse en ídolos de la institución. En ese día increíble, después de una sufrida tanda de penales, se ganó el campeonato en casa, con nuestra afición. Y casi el mismo equipo obtuvo el bicampeonato ese mismo año, que tocó festejar en Monterrey. Nuestra afición también estuvo presente y al regreso a la Ciudad de México se pudo festejar con ellos en el Turibús. ¿Cómo no recordar esos momentos?

Más tarde, en 2009, el título también se logró en una cancha rival, esta vez frente al Pachuca en el Estadio Hidalgo, y también estuve el día que conquistamos el último campeonato de Liga que por ahora tiene el equipo, en aquel partido en casa contra el Morelia, donde uno de nuestros canteranos marcó un extraordinario gol que sirvió para que levantáramos la séptima Copa. He tenido la fortuna de ver debutar a muchos jóvenes que después se convirtieron en ídolos, y también me han tocado muchas tristezas. Pero tengo que decir que las alegrías vividas junto al equipo han sido muchas más.

¿Y si tuviera que decidirme por una sola anécdota que considere especial? En ese caso me gustaría hablar del torneo que se jugó a puerta cerrada debido a la pandemia de covid-19. En ese momento, el fútbol fue fundamental para que muchos pudiéramos distraernos y entretenernos durante lo que fue una época terrible a escala mundial.

En ese torneo, pocos días antes de que comenzara el campeonato, el equipo enfrentó la renuncia de quien por entonces era el entrenador. Dada la situación, asumió Andrés Lillini, que en ese momento era el director de fuerzas básicas y que terminaría haciendo



una campaña extraordinaria, clasificando al equipo entre los cuatro primeros lugares. Con el pase directo a la fase final, hubo un juego en particular que recuerdo muy bien y que, creo, la afición también lo vivió desde sus casas con la misma emoción. Hablo del partido de vuelta de la semifinal contra Cruz Azul. El equipo llegaba a ese juego con un 4-0 en contra y para pasar necesitaba ganar por el mismo marcador. En el ambiente había mucha esperanza y alegría. Desde que llegué al estadio noté esa emoción en los jugadores y yo me sentía con la responsabilidad de representar a toda esa afición que no podía asistir al partido. Tenía que animar al equipo desde ahí, tenía que hacerle sentir a los jugadores que toda la afición estaba con ellos y quería estar en el estadio en ese momento. Y así fue: salimos a entonar el himno universitario y desde ese instante se sintió a la gente animando desde su casa, animando y cantando con todo el equipo; se sintió la tranquilidad y seguridad de que la hazaña de remontar el resultado se iba a lograr.

Apenas empezó el partido continuaron las emociones. Y es que al minuto 3, Juan Dineno anotó el primer gol. Y antes de terminar el primer tiempo, al minuto 38, de nueva cuenta Dineno metió el segundo, y dos minutos después, Carlos González hizo el tercero. Sólo nos faltaba un gol para la hazaña. Durante todo el segundo tiempo, el equipo estuvo cerca de marcar ese cuarto gol tan esperado, pero no llegaba. Estábamos cerca pero el gol no caía. Hasta que al minuto 89, sobre el final del partido, Juan Pablo Vigón marcó el cuarto y definitivo gol que nos ponía en la final. Por la emoción que sentíamos todos los que estábamos allí, el estadio parecía lleno, como en sus grandes jornadas. Realmente fue algo mágico representar a toda la afición, que nos seguía desde sus casas y nos transmitía su fervor y alegría a quienes estábamos dentro de un estadio que, repito, se sentía completamente lleno de gente festejando y gritando "¡Goooya!". Así se vivió ese día maravilloso.

Por supuesto, hay muchas más anécdotas para contar, pero si empiezo no terminaría nunca. He pasado momentos de tristeza, vivido eventos muy divertidos de patrocinio y participado en actividades de responsabilidad social que son muy especiales, porque me encanta ayudar a la gente. Tanto como disfrutar de triunfos y campeonatos.



## La historia detrás de un campeonato

Alejandra G. Campillo

El 13 de junio de 2004 fue un día inolvidable. Se jugaba la vuelta de la final del torneo de Clausura 2004, Pumas contra Chivas, en el Estadio Olímpico Universitario. Quiénes debíamos trabajar en ese partido tuvimos que entrar antes de las siete de la mañana para no tener dificultades de acceso, ya que había filas larguísimas para el ingreso de los aficionados. Desde la madrugada, ya estaban formados para ser de los primeros y tener el mejor lugar posible.

Todos sentíamos un gran cansancio después de una larga semana de arduo trabajo, pero teníamos una emoción e ilusión enormes de que llegara ese campeonato después de una espera de 13 años. Seguimos con el mismo ritmo de trabajo a lo largo de la semana, cuando se decidió que se vendieran los boletos para ese encuentro dentro de las instalaciones de la Cantera, concretamente en el patio que hoy funciona como estacionamiento en la parte superior.

Para realizar esa venta, tuvimos que ingresar muy temprano, entre las cinco y seis de la mañana, por la puerta que da a la Reserva Ecológica de la UNAM, a un costado del Metro C.U. El motivo eran las filas y filas de gente que deseaba adquirir un boleto, y que se habían instalado desde los días anteriores en la Avenida del Imán y en la calle Rey Papatzin, alrededor de la Cantera.

En la noche previa se colocaron estratégicamente en el patio los microbuses del transporte interno de la UNAM, y se contó con el apoyo de vigilancia de la misma Universidad al exterior de la Cantera. En los ríos de gente que se encontraban en fila desde días atrás, incluso había tiendas de campaña (pequeñas, para evitar que otras personas se metieran). Nosotros, colocados en el interior de los vehículos y frente a las ventanas, nos convertimos en vendedores y cajeros.

Los directivos, desde el techo de las oficinas superiores (ocupadas por el área de prensa y la caseta de vigilancia, las únicas dos construcciones que en aquel entonces había en la parte de arriba), trataban de tranquilizar y acomodar en filas a los ansiosos aficionados por medio de megáfonos. Así, poco a poco fueron entrando con bastante orden

para dirigirse a las ventanas de los microbuses, donde les vendíamos los boletos. También es importante recalcar que les marcábamos un dedo con tinta para sellos con la finalidad de evitar que se volvieran a formar. Al mismo tiempo, colocábamos el dinero recabado en cajas de cartón.

El buen desarrollo de la venta se debió en gran parte a que entonces se llevaban a cabo juntas con los dirigentes de las porras, que en aquel entonces sólo eran Plus, Ultra y Rebel. Mi jefe, el licenciado Felipe Jiménez, tenía a cargo dichas reuniones y a través de ellas mantenía una relación siempre cordial.

También teníamos a nuestro cargo la venta de boletos para los medios de comunicación. En esa época, todas las peticiones se hacían por teléfono. Fueron muchísimos los medios que los solicitaban, así que a todo lo anterior se sumó el manejo de la venta a los reporteros e integrantes de los medios de comunicación.

Pero todo lo que implicó la ardua labor de trabajar hasta altas horas de la noche y continuar al día siguiente muy temprano se vio recompensado con la satisfacción de alcanzar el anhelado título. Los Pumas volvieron a ser campeones. La espera de 13 años había terminado.



---

## Los Pumas del doctor Octavio Rivero Serrano

Paulina Rivero Weber

Para escándalo de muchos, un estudioso de Nietzsche llegó a decir que vivir el instante preciso en que el silbatazo final declara campeón a tu equipo es lo más cercano a lo que ese filósofo llamó “la experiencia dionisiaca del mundo”, donde se desatan las fuerzas más radicales de la naturaleza en el interior del ser humano. La verdad es que existen muy diferentes tipos de experiencias dionisiacas y Nietzsche mismo lo dijo: esa experiencia no la viven por igual un ser espiritual y un cargador de camellos. Pero sin duda que vivir ese instante en que tu equipo se convierte en campeón es algo que sólo puede sentirse con intensidad cuando se ama a un equipo.

En este escrito quiero recordar un poco de lo mucho que representaron los Pumas para el doctor Octavio Rivero Serrano, quien fue rector de la UNAM en el periodo en que se obtuvo el segundo campeonato de los Pumas y años después fue presidente del club. Lo haré como universitaria y como hija, pues en esto ambas facetas son absolutamente inseparables.

Ese campeonato, el que más de cerca me tocó vivir, corresponde al año en que mi padre llegó a la rectoría y en el que Pumas jugaba la temporada 1980-1981. Yo era estudiante de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM desde antes de que mi padre llegase a la rectoría, de modo que la coincidencia no fue más que otra de las muchas que nos unieron a lo largo de toda la vida. La gran amenaza para Pumas la encarnaba el equipo Cruz Azul, a quien Pumas derrotó con un victorioso 2-4 siendo Bora Milutinovic su entrenador.

Podré olvidar muchas cosas de mi vida, pero nunca ese instante del silbatazo final, cuando a pesar de que sé de sobra que en ese momento todo fue euforia, hoy en mis recuerdos parece haberse ralentizado, como si en esos segundos la vida hubiera transcurrido en cámara lenta. O quizá sea mi forma de alargar ese recuerdo. En ese momento, las voces dejaron de ser voces individuales para ser sonidos arrancados a cuerpos exhaustos por los nervios y la tensión; los límites entre espectadores, vendedores, policías, conocidos o desconocidos desaparecieron para dar paso al estruendo de una única voz: la de la



victoria. Abrazos, lágrimas, besos y gritos se convirtieron, durante unos segundos, en un único ente vociferante.

Quizá fue la intensidad de esa experiencia la que hizo que me llamara mucho la atención la primera declaración que hizo el rector, todavía desde el interior de los vestidores y empapado en champaña. Es una declaración que yo vi posteriormente por televisión y que ahora cito de manera seguramente inexacta, acudiendo sólo a mi memoria: “Quiero hacer un reconocimiento al impecable orden con el que se comportaron los alumnos de nuestra Universidad”. En aquel momento no comprendí la importancia de esa actitud: Pumas era campeón y él resaltaba la educación de los jóvenes espectadores. Claro que siempre será un orgullo que el equipo de una universidad tenga seguidores civilizados, y más aún cuando se trata del equipo de la Universidad de la Nación. Pero, ¿por qué justo en ese instante, entre gritos y ajetreo, emergió del estado de locura de los jugadores para dar paso a esa declaración?

Hoy, después de haber concluido mis estudios para continuarlos en posgrado y quedarme como académica en esta gran casa que es la UNAM, lo entiendo perfectamente. Mi padre vivió obsesionado por el papel de la educación en el individuo y en la sociedad. Al igual que para Platón, para él todo era resultado de la educación y todo se apoyaba en ella. Por eso siempre defendió la gratuidad de la UNAM y su autonomía: porque hacen de la Universidad el lugar de mayor movilidad social en México.

Por eso, años más tarde y ya como presidente del Club Pumas, realizó varios intentos por educar a los jugadores. Le parecía fundamental darles el tiempo para realizar al menos un diplomado que les diera algo más en qué sustentar su vida. “No es fácil la vida del futbolista. Son aún muy jóvenes cuando ya son viejos para jugar y requieren contar con una educación más cimentada que les capacite para vivir la segunda parte de su vida”, decía.

Sus intentos educativos con los jóvenes de Pumas no rindieron éxito. Sea por falta de interés o de tiempo, no estudiaron. Él comprendió y no insistió: continuó siendo Puma hasta el último momento de su vida cuando, ya cansado, consideraba que era una desgracia la importancia que había tomado el papel de la economía en el fútbol y en todos los eventos deportivos en general.

Pero, coherente con su amor al equipo, siguió de cerca a sus Pumas y no se perdía un solo partido: al lado del doctor Héctor Fernández Varela su lugar era respetado y hasta ahí llegaban quienes deseaban saludarle. Más adelante, ya impedido de caminar, se quitó de problemas adquiriendo una especie de carrito automático que hacía las veces de silla de ruedas para llegar a su lugar de siempre a ver jugar a sus Pumas.

A su muerte, cuando entre lágrimas sus hijos elegimos la ropa que llevaría para ser velado, sacamos del clóset dos de sus mejores trajes. Pero, de modo acertado, mi hermano

Enrique dijo: “No, pónganle su ropa de Pumas: él fue Puma hasta el final”. Así fue y así nos enseñó a ser: de corazón azul y piel dorada.

Ser su hija ha sido el honor más grande que la vida me ha concedido, el cual es inseparable de ser universitaria y amar a sus Pumas, a nuestros Pumas de la UNAM.



# Cantera Puma

Ramón Neme Sastré

Hace 26 años se fundó la Cantera de Pumas, a la cual se le dio oficialmente el nombre de Ing. Guillermo Aguilar Álvarez Jr., y a lo largo de estos años, estas paredes de piedra volcánica han sido testigos de distintos casos de éxito, logros, empeño, tenacidad, responsabilidad, compromiso y, sobre todo, orgullo de esta enorme institución, el Club Universidad Nacional.

A lo largo de la historia del fútbol mexicano, muchos jóvenes canteranos han logrado el tan ansiado sueño de debutar en Primera División. Y qué mejor que hacerlo en uno de los equipos con más reconocimiento y peso en el país: los Pumas de la UNAM. Esto, porque la Cantera ha sido y es el semillero de muchos jóvenes futbolistas, donde se han formado tanto como seres humanos que como grandes atletas, dignos representantes del fútbol mexicano.

He tenido la fortuna de ser testigo de varios de estos casos de éxito, así como participé de diversos proyectos. Para mí, el más importante ha sido la filial de Liga de Expansión, Pumas Tabasco, con sede en Villahermosa, proyecto cuyo principal objetivo es desarrollar, foguear y acrecentar el nivel futbolístico del joven canterano para que, en el momento en que sea llamado por el primer equipo, dé su mejor versión y pueda desenvolverse de la mejor manera en el máximo circuito del fútbol mexicano, representando a la máxima casa de estudios del país.

He visto cómo jóvenes canteranos se han desempeñado de manera satisfactoria en el primer equipo del Club Universidad Nacional, con el que han cosechado sus frutos a base de trabajo y compromiso.

Para mí, orgulloso egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México e integrante del Patronato de la Universidad, siempre ha sido un placer representarla en diversos eventos y compromisos, tanto nacionales como internacionales, y creo en la alta capacidad de desarrollo de la Universidad y de la Cantera, así que siempre será un honor portar sus colores.







## 28 años con el equipo

Guadalupe Galindo Torices

En 1995, cuando empecé mi trayectoria en el club, estábamos en la avenida Revolución y las personas que conformaban la administración éramos muy pocas. Recuerdo que estaba entusiasmada por formar parte del grupo, aunque jamás me imaginé que llegaría a estar tanto tiempo, a involucrarme tanto con esta institución y a encariñarme de semejante manera con el equipo. Siempre me ha gustado el fútbol. Creo que fue mi papá quien me transmitió su afición, aunque en ese entonces ciertamente le iba a otro equipo, dato que no es relevante porque ahora mi corazón es azul y oro como mi familia, de la que siempre he recibido todo el apoyo.

En todos estos años he tenido muchos jefes. Todos distintos entre ellos, pero con cada uno aprendí muchísimo. ¿Y qué aprendí? A amar a este club y a ver el mundo del fútbol desde diferentes perspectivas. Todos me ayudaron a crecer, en lo personal y lo profesional. Claro que una trayectoria así no se hace sin cometer errores, pero todos los cometemos, ¿no es así? Y gracias a eso aprendí que jamás me iría a casa sin haber dejado todo listo para el siguiente juego y que mi trabajo no se limita a la jornada laboral o a la asistencia de la presidencia, porque fui abarcando nuevas responsabilidades. Me asignaron la parte de registros, la cuestión de los traslados en los viajes de todos los equipos, lo que hizo imposible no comprometer el tiempo y el corazón.

Puedo decir que después de 28 años en el club, he aprendido que con dedicación y compromiso se puede lograr lo que te propongas; a no tener miedo de tomar la iniciativa, a valorar que todos necesitamos de todos, y que el trabajo en equipo es indispensable en este campo. Hoy sé que no hay nada más gratificante que saber que tu trabajo es reconocido por tu dedicación y compromiso, pues no es nada fácil en un mundo que aún se considera de varones y donde cada vez somos más las mujeres dispuestas a demostrar que sí podemos y que somos tan capaces como ellos. Un ejemplo digno de resaltar es el equipo femenino, con el que me toca convivir.

Me gusta mucho mi trabajo y disfruto todo lo que hago; me encanta estar siempre ocupada. Soy el enlace con la Federación Mexicana de Fútbol, lo que me ha permitido

hacer muchos amigos que reconocen mi trabajo y que me han ayudado a crecer profesionalmente. Puedo decir que mis mejores amigos los he hecho en el fútbol.

Para mí, trabajar en la Cantera es una bendición. Estar en contacto con la naturaleza es un privilegio y desarrollar tu trabajo en estas condiciones es un plus que no todos pueden disfrutar. Si tuviera que hablar de mi lugar favorito en las instalaciones diría que es mi oficina. Ahí me siento cómoda y siempre estoy a gusto. Tengo una colección de 116 balones firmados por expresidentes, exentrenadores, exjugadores, jefes, jugadores, jugadoras, secretarios técnicos y amigos del fútbol a los que he llegado a apreciar y que están en este mundo del fútbol conmigo. Todos y cada uno son especiales para mí; esta colección ha sido muchas veces tema de conversación, las personas me siguen preguntando qué voy a hacer con ellos el día que me vaya o a quién se los voy a heredar. Y la verdad es que no lo sé. Por ahora sólo quiero seguir sumando nuevos balones a mi colección, cada uno representa experiencias y personas queridas.

El fútbol me ha dado vivencias que no cambiaría. Disfruto mucho ir al estadio y escuchar cómo los aficionados se entregan al equipo, celebran las victorias y también, cuando sucede, aceptan las derrotas. Los campeonatos que ha conseguido el equipo han sido de los momentos favoritos que me ha regalado este club. La adrenalina de las finales, los nervios que se viven con cada minuto que transcurre, disfrutar un título en tu casa o como visitante, vivir cada juego con la afición de la que también eres parte; acompañar y estar presente es algo que sí o sí tienes que vivir. Así es el fútbol y así es Pumas.

Me siento parte de todos esos logros porque veo que mi trabajo contribuye a lograr esas metas y porque es muy bonito cuando también hay una medalla para ti. A pesar del tiempo, y aunque suene a cliché, todos los días aprendo algo nuevo, conozco gente nueva, vivo nuevas experiencias, supero nuevos retos y saco lo mejor de ellos. Me siento feliz aquí y estoy muy agradecida con la vida por el trabajo que tengo.

Quiero reconocer a la afición que asiste a los partidos y muy en especial a la que asiste al estadio de C.U., la que cada 15 días, sin importar el resultado anterior, entona con mucho orgullo el hermoso himno a la Universidad, ¡¡¡siempre esperando que nuestro equipo siga siendo el más grande de México!!!



## Tucazo, recuerdo inolvidable

Carlos Guzmán

Inolvidable fue aquel sábado 22 de junio de 1991.

Mi padre, mis hijos y yo nos levantamos con la ilusión de ir a ver a nuestros Pumas ganar en el Estadio Olímpico de la Ciudad Universitaria, donde a partir de las cuatro de la tarde se enfrentarían en el juego de vuelta al América, su acérrimo rival, por el campeonato de Liga 1990-91 del fútbol mexicano.

El jueves anterior, ambos equipos se habían enfrentado en el Azteca, en el primer juego por la final. Ese partido lo había ganado el equipo azulcrema con marcador de 2-1, razón por la que, para ser campeones, los Pumas tenían que ganar el partido de regreso cuando menos por un gol de diferencia. Era uno de esos enfrentamientos que generan todas las sensaciones, la posibilidad de levantar la Copa estaba a la vista y la victoria tocaba la puerta.

Sabíamos que el estadio se llenaría desde temprano, así que mi padre se adelantó para apartar los mejores lugares posibles. Al lado del palomar encontró tres asientos, tres oportunidades para entonar un sinfín de Goyas, esos que salen desde lo profundo del alma, porque se nace y se muere Puma. Aunque los rayos del sol no eran los de mediodía, éste brillaba en toda su intensidad e incrementaba la ansiedad que teníamos por ver el partido.

Ya en el estadio se contemplaba a miles de personas portando banderolas y camisetas con el emblema universitario. Los gritos de las porras hacían que los asientos de cemento vibraran como pocas veces, los estruendosos Goyas calaban todo el cuerpo. Veía a mi hijo, de ocho años, con cierto temor, pero poco a poco se fue contagiando de la emoción y en poco tiempo ya gritaba con igual entusiasmo. Sus ojos se engrandecían, y ante su inocente mirada se levantaba un estadio que parecía el mundo completo: su magnificencia en todos los resquicios.

Por fin, a las cuatro de la tarde, el árbitro Eduardo Brizio dio por iniciado el juego. Como un recuerdo quedaron en mi mente algunos de los nombres del equipo Puma: Jorge Campos, Luis García, Ricardo *Tuca* Ferretti, Claudio Suárez, Miguel España, Abraham



Nava, entre otros, y como entrenador, Miguel Mejía Barón. De los nombres del "otro equipo" sólo recuerdo el de *Zague*, Adrián Chávez y Eduardo Córdova.

En los primeros minutos, la bola iba y venía por toda la cancha, los jugadores peleaban la pelota pero ésta no llegaba a ninguna de las porterías. Al minuto 9, con la adrenalina en pleno apogeo, Ricardo Ferretti, el *Tuca*, recibió una falta fuera del área, por parte de Eduardo Córdova. De manera parsimoniosa, el *Tuca* tomó la pelota y la colocó en el césped, miró fijamente la portería rival y se enfiló para patear. De pronto todo el estadio quedó en un silencio sepulcral, mirando cómo el balón se enfilaba con angustia hacia la portería de Adrián Chávez, quien se estiraba acrobáticamente. Todo fue inútil: el balón besó las redes y, con ello, llegó la explosión inimaginable del estadio. Mi hijo, parado sobre su asiento para poder ver la jugada, quedó atónito, sorprendido, con la ingenuidad de quien está descubriendo un mundo de pasiones: nunca olvidaré su mirada asombrada por todo lo que ocurría.

En un instante, todos gritamos ¡¡¡Gooo!!! Fue una emoción indescriptible, ¡inolvidable! Ese momento quedó guardado en nuestra memoria de una manera indeleble, así que hasta el día de hoy mi hijo y yo seguimos recordándolo (y estoy seguro de que si mi padre viviera también se acordaría con la misma emoción). Ese gol, con su simpleza, significó todo. Convirtió un instante en un recuerdo familiar que simboliza una alianza de unión fraterna que nos acompañará toda la vida. Un mismo equipo, un mismo corazón rugiendo por un sueño, un amor incondicional a la Universidad, a los Pumas: "Al darte la victoria/ honramos tus laureles/ [...] Icemos siempre airosos/ el pendón victorioso de la Universidad".

Después de ese momento de gran pasión, comenzaron a transcurrir los más de 80 minutos restantes de juego. La alegría se fue transformando en angustia y zozobra. Cada vez que los jugadores americanistas se acercaban a nuestra portería, todos sufríamos. Nos sudaban las manos, con la mente queríamos alejar el balón, sentíamos que los minutos cada vez se hacían más largos, parecía que el final del partido nunca iba a llegar. Jamás hubo un partido más largo que éste; la llegada madrugadora de la ventaja nos hacía bebernos los minutos en cada sorbo de refresco.

Por fin, Brizio silbó el final del juego, al tiempo que todos coreábamos el nombre de nuestro goleador: un ¡¡¡*Tuca, Tuca, Tuca!!!*, que intercalábamos con los nombres de los demás jugadores, quienes junto con la tribuna enloquecida entonaban Goyas. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos viendo a los jugadores dando la vuelta de campeones sobre la pista de tartán.

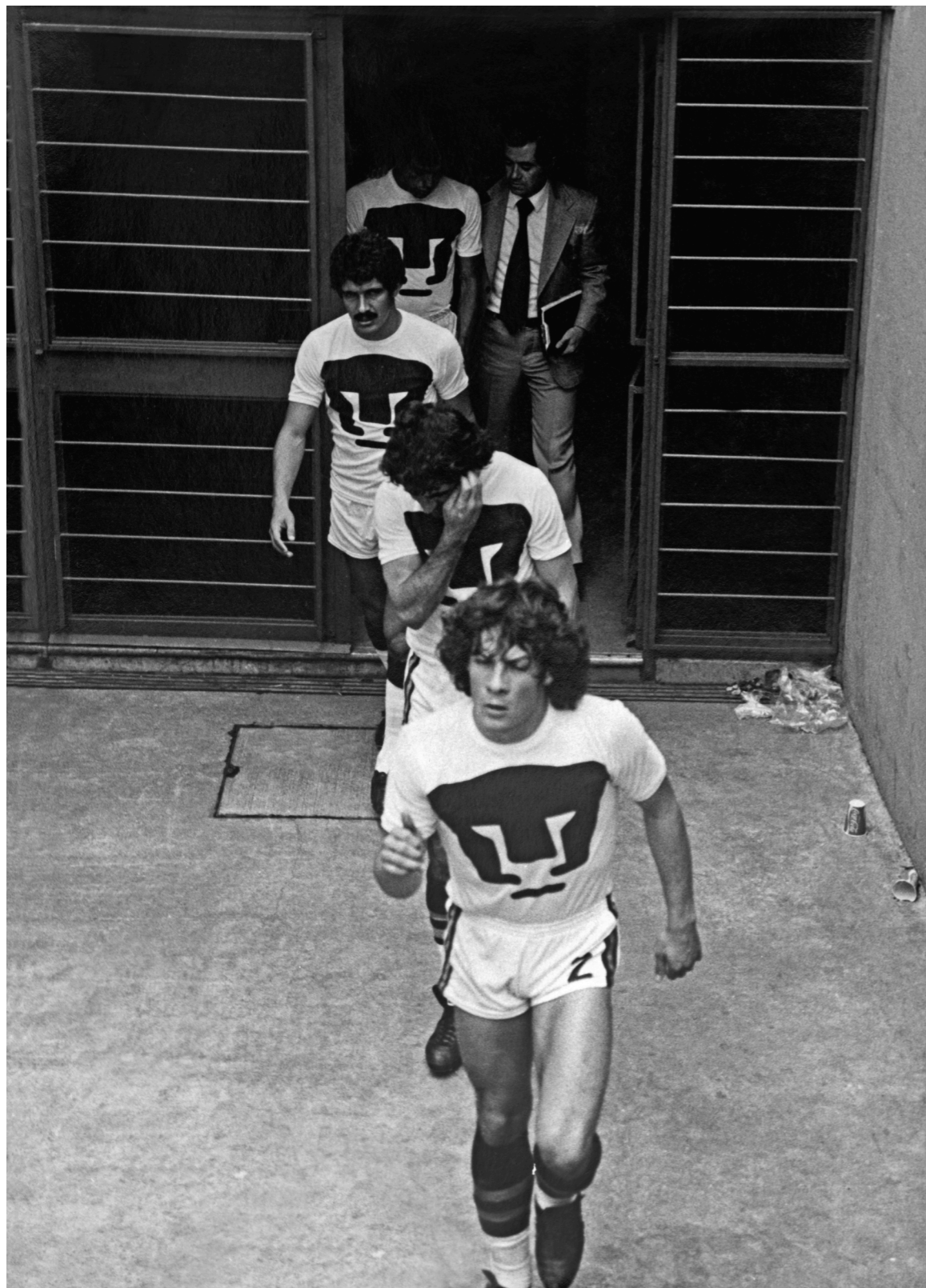
He regresado al estadio de mis amores muchas veces, tantas como temporadas desde aquella época. Ver jugar a mis Pumas es una de mis pasiones favoritas; en las buenas y en las malas, como en la vida, siempre se apoya a quien se quiere. Sigue manteniéndose

en mi mente todo lo ocurrido ese ardiente sábado. Un maremoto de emociones, la nostalgia de mi padre que ya no está, la alegría de compartir los juegos con mis hijos. 20 años después de este acontecimiento, mi hija jugó en varias ocasiones en ese maravilloso estadio y mi hijo se recibió en la Facultad de Filosofía y Letras con una espléndida tesis que tiene como fundamento las diferentes sensaciones que experimentó cuando esa pelota entró en la portería rival. El *Tuca* y sus Pumas no imaginaron el impacto que tendría ese momento y que ahora, en la mente de todos los aficionados, quedó marcada con letras de oro como "la tarde del *Tucazo*".



## La administración, pilar silencioso del Club

Raúl Salas Adame



Pablo Luna y Tuca Ferretti entre otros,  
a principios de los años ochenta.

El fútbol, como la vida misma, ha evolucionado con el paso del tiempo. Las formaciones tácticas, la preparación de los deportistas y el papel que juega en la sociedad se han ido modificando gradual o rápidamente con el correr de los años. Ése también es el caso del Club Universidad.

Surgido en condiciones austeras y con un presupuesto escaso, el equipo de fútbol de la UNAM tuvo que vivir en sus primeros años a la sombra del impacto que tenía el conjunto de fútbol americano en la comunidad universitaria. Incluso después de conseguir el ascenso al máximo circuito, tras una etapa previa de mucho sufrimiento en la Segunda División, no logró destacar en sus primeras temporadas dentro de la élite del balompié mexicano.

Finalmente, en la década de los setenta todo cambió. Llegaron los primeros campeonatos y el equipo adquirió una personalidad propia con futbolistas destacados que exhibían un puma gigante en el pecho, a raíz de la creación del nuevo escudo deportivo de la propia Universidad. Y aunque la realidad deportiva fue luminosa desde ese momento, en ese tiempo los pasos administrativos a su alrededor podrían calificarse de modestos.

Desde 1975, la Asociación Civil Club Universidad Nacional fue la encargada de manejar el equipo. Operaba en un local ubicado en la avenida Revolución No. 1378, donde se podía cumplir perfectamente con las necesidades de un primer equipo y algunos conjuntos juveniles, denominados fuerzas básicas. Allí se permitía el alojamiento de ciertos jugadores provenientes del interior del país, como Manuel Negrete, Adolfo Ríos y Jorge Campos.

Más tarde surgieron las instalaciones Ing. Guillermo Aguilar Álvarez Jr., conocidas en un primer momento como la Cantero Oriente. Inaugurada formalmente el 29 de octubre de 1997, en el marco de la IV Asamblea del Club Universidad, la nueva casa de los Pumas fue bautizada con el nombre de quien había sido su presidente deportivo desde 1975 y que, sin duda, había dado el perfil necesario a la organización para ocupar un lugar de vanguardia en el panorama futbolístico nacional.



La Cantera, como informalmente ha sido llamada desde entonces, se construyó en un terreno que había sido utilizado por la Planta de Asfalto del Distrito Federal para la extracción de roca volcánica. Al volver a la Universidad Nacional Autónoma de México, después de concluir el comodato que posibilitó su explotación, no se tenía claro para qué se utilizaría, ya que, en palabras del arquitecto Jorge Gaitán —exjugador de los Pumas y supervisor de su futura edificación—, era solamente un terreno que acumulaba basura.

Con el acuerdo de la máxima casa de estudios para que dicho escenario se convirtiera en la sede de su equipo profesional de fútbol, comenzaron las labores de construcción, de acuerdo con un proyecto elaborado por el arquitecto Juan José Díaz Infante, también exfutbolista universitario. A partir de 1998 alojó ya prácticamente toda la actividad administrativa del club, aunque no incluía aún a la totalidad del área deportiva. Hasta entonces, los terrenos para entrenar y preparar al primer equipo y a sus fuerzas básicas se encontraban en las áreas deportivas de la Ciudad Universitaria, al sur del Estadio Olímpico.

Al incluir las nuevas instalaciones terrenos de fútbol apropiados, se realizó la mudanza de las fuerzas básicas. El primer equipo se mantuvo entrenando en la Cancha 2 de C.U. hasta 2017, cuando la abandonó para tomar posesión de un campo exclusivo y nuevos vestidores, construidos específicamente para alojarlo, dentro de la Cantera.

Pero el año 2017 también marcó el inicio de una nueva etapa en el deporte de México al crearse la Liga MX Femenil, primera liga profesional de fútbol para mujeres de nuestro país.

El surgimiento de un conjunto femenino de los Pumas, y la posterior creación de sus fuerzas básicas, hizo necesario ampliar las instalaciones. Para adaptarse a este crecimiento se construyeron nuevas oficinas administrativas, así como más campos deportivos, en terrenos aledaños, también dentro de la Ciudad Universitaria. Así, la denominada Cantera 2 vio la luz en 2018.

A través de estas líneas quisiera reconocer la labor callada de todos los que han permitido el funcionamiento de la organización mediante un trabajo incansable y profesional. Ellos no meten goles, no hacen atajadas y no aparecen en los medios de comunicación, pero han sido una parte fundamental para que el club se desarrolle y se mantenga a flote aún en los tiempos más difíciles.

El personal de mantenimiento del Club Universidad merece, en mi modesta opinión, un aplauso y el más amplio reconocimiento. Cualquiera que haya visto su labor podrá atestiguar que desarrollan su trabajo con los más altos estándares de calidad y sin dejar nada al azar. Ellos también contribuyen a que la institución sea reconocida como una de las más destacadas en el balompié de México. Y, desde luego, gritan ¡Goya! con el mismo fervor y entusiasmo que cualquiera de los apasionados seguidores del equipo.



## La mariposa que trajo a un nuevo familiar a nuestra mesa

Héctor Pérez Peraza  
y Alejandro Pérez Corzo

Nunca pasa nada para nada.

Desde que la historia tiene registro, los seres humanos hemos dedicado millones de horas, ríos de tinta y, ahora, terabytes de datos para reflexionar y analizar la consecuencia presente y futura de los acontecimientos pasados.

Buscamos en la religión, el esoterismo, la ciencia, la filosofía, la estadística, la metafísica y hasta en la ficción explicaciones sobre para qué pasan las cosas. Y aunque afirmamos que “el hubiera no existe”, nos preguntamos qué habría pasado si tal o cual cosa hubiera o no sucedido.

En ese universo de conjeturas, creencias y análisis, el meteorólogo y matemático Edward Lorenz le dio, en el marco de la teoría del caos, corpus científico al proverbio oriental según el cual el aleteo de una mariposa en una parte del mundo puede provocar un huracán en la parte opuesta del planeta, bautizando esa teoría como “efecto mariposa”.

Y sí, nadie podía imaginar el efecto mariposa de un encuentro de fútbol que tuvo lugar un 9 de enero de 1962 en el hoy olímpico Estadio Universitario, en el que un grupo de jóvenes Pumas triunfó por 5-1 contra un equipo venido de la Comarca Lagunera, el Cataluña. Con esa victoria se aseguraba, a falta de una jornada, el campeonato, y con ello el ascenso a la Primera División.

Apenas en 1954, bajo la rectoría de uno de los grandes impulsores del deporte universitario, Nabor Carrillo, se formó oficialmente el equipo de fútbol Universidad y solicitó su ingreso a la Federación Mexicana de Fútbol. El 4 de septiembre de ese mismo año, el equipo fue aceptado en Segunda División. Menos de una década después, lograron la hazaña que hoy nos trae a estas líneas.

Eso fue hace poco más de 60 años. México y el mundo eran otros. La Unión Soviética —disuelta hace décadas— realizaba el primer vuelo tripulado al espacio y recién se acababa de erigir el muro de Berlín. Sí, ese que cayó hace más de 30 años tras la más fuerte tensión dialéctica entre naciones en la historia de la humanidad.

En México, por otra parte, gobernaba Adolfo López Mateos y el doctor Ignacio Chávez asumía la rectoría de la UNAM. Se acababan de celebrar los 50 años del inicio de la Revolución Mexicana y nuestros jóvenes descubrían simultáneamente tanto el carisma de John F. Kennedy como el rock and roll, el fútbol americano y el basquetbol, todo mientras asimilaban y vivían de cerca el triunfo de la Revolución Cubana.

Estudiantes, como lo fueran de Arquitectura Guillermo Vázquez Mejía (entrañable amigo de quienes esto escriben) y de Filosofía y Letras José Antonio *Espátula* Rodríguez, así como sus compañeros de gloria, viajaban por la ciudad en tranvía tarareando la nueva música que llegaba del extranjero y emulando los peinados de las estrellas del rock.

Como decíamos, el mundo era otro y México también. Para ilustrar eso, basta decir que casi el 90 % de los seres humanos que caminaban el planeta el día que “los rebeldes sin causa” lograron el ascenso a Primera División ya no están con nosotros.

El fútbol, por su parte, no era tampoco lo que es hoy como deporte hiperprofesionalizado, como espectáculo y mucho menos como negocio.

Que el tiempo pasa y el mundo cambia no es el objeto central de estas líneas, escritas al alimón por un padre y un hijo, unidos, además de por todo lo obvio, por llevar la piel dorada por años de sol en las gradas del Estadio Olímpico Universitario y por sentir la sangre azul al llenar nuestros pulmones de aire para dejar el alma en un grito de Goya.

El objeto es, en el marco de nuestras evidentes limitaciones literarias, ilustrar cómo cinco aleteos de mariposa (o acaso de un cóndor) han traído a nuestra casa, nuestra mesa, nuestras fiestas y a nuestra vida diaria, a un nuevo familiar.

El sonido de las redes de las porterías de nuestro estadio, entonces de hilo de algodón, gestaban sin saber, en nuestra familia y muy seguramente en la de millones, una presencia que nos ha dado motivo de conversación, planes en común, excusa para sentarnos en silencio unos junto a otros, temas para bromas, discusiones apasionadas, punto de convergencia entre abuelos y nietos y, en general, razones para disfrutar de la vida con lo que algunos, como Jorge Valdano, han descrito como “la cosa más importante de las cosas menos importantes”: el fútbol. La misma presencia que nos lleva a saludar, cada vez que toca, a las caras amigables, casi familiares, que se repiten con los años en las gradas bajo la convicción de que todos los seres humanos somos iguales, pero los que estamos ahí tenemos algo diferente en común y que, en secreto, nos hace sentirnos un poco mejores.

Nadie podía saber que cuando ese 9 de enero de 1962 los jugadores se calzaban los zapatos, el técnico anunciaba la alineación para el partido, la porra importaba arengas del fútbol americano y la gente viajaba hacia la entonces lejana Ciudad Universitaria, entre todos estaban trayendo al mundo a un familiar nuevo y permanente que siempre tendrá una sopa caliente en nuestra mesa: nuestros Pumas.

---

# Segundo Tiempo



# Elogio de Jorge Campos

Isabel Zapata

*¿Me contradigo?  
Muy bien, me contradigo.  
(Soy amplio, contengo multitudes.)*

WALT WHITMAN

De adolescente me emocionaban pocas cosas. Me sentía de regreso de la vida, sufriendo y sabía como nadie, y todas las personas me parecían idiotas excepto mi perra. Bueno, mi perra y alguien más: un alegre acapulqueño que desafiaba los límites de lo posible. Recuerdo su torso doblado en herradura, abrazando el espacio con la columna vertebral, con las piernas torcidas en ángulos impensables para quienes solemos andar al ras del suelo. Enfundadas en unos guantes blancos demasiado grandes que me hacían pensar en Mickey Mouse, sus manos eran un milagro que atajaba hasta los tiros más potentes. Luego extendía los dedos, y señalando algo que sólo él podía ver, salía corriendo fuera del área, lejos de su territorio natural, arriesgado y extravagante como nadie que yo hubiese conocido hasta entonces.

Aunque en mi vida actual Jorge Campos es apenas un fantasma —de vez en cuando aparece comentando partidos de la Selección, creo que vestido de traje—, llevo tatuada en la memoria esa figura multicolor suspendida en el aire, entregándose al dios de las alturas. Lo vi muchas veces en vivo, desde las gradas del estadio de Ciudad Universitaria, en la porra Plus que desde la tribuna alta del palomar se enorgullecía de mentarle la madre al equipo contrario a una sola voz.

Mi hermano mayor y yo despertábamos temprano los días de partido y, ante el disgusto de mi madre, que desconfiaba profundamente de cualquier actividad que congregara a más de tres o cuatro personas, desayunábamos con prisa para llegar al estadio a ver al galanazo de Antonio Sancho bajarse del autobús. Luego dejábamos de lado esas frivolidades y cantábamos el himno con un fervor que jamás he vuelto a sentir, el corazón temblándonos en la garganta como si se tratara de un asunto sagrado. No sé poner en palabras qué ocurría entre mi hermano y yo esas mañanas de achicharrarnos bajo el sol de mediodía, gritando “¡¿Cómo no te voy a querer?!” con los ojos entreabiertos, pero me sentía orgullosa de estar a su lado y estoy segura de que lo que se forjó entonces entre nosotros se extiende hasta el presente sin romperse.

En 1998 cumplí 14 años y pedí de regalo una playera extragrande de los Pumas. Me sentía cómoda envuelta en esa tela azul marina a rayas, que ocultaba los extraños contornos de mi cuerpo adolescente tras un puma dorado al centro del pecho. Vestida así sentía que formaba parte de un grupo de gente extraordinaria, una verdadera familia o al menos una mejor versión de la mía, porque en ella todos perseguíamos un objetivo común. En ese simulacro de pertenencia, Jorge Campos fue un ídolo para mí, el primer jugador al que admiré.

Me gustaba su manera de vestirse como se le diera la gana, su desprecio absoluto por el miedo, su afán de cuidarle la espalda al equipo aunque eso significara sacrificar su comodidad, cambiar de piel. Nunca nada volvió a despertar en mí aquello que sentía al verlo cruzar la cancha a toda velocidad, su alegría intacta. Se divertía como la niña que yo había dejado de ser demasiado pronto. Desde el primer momento quise para mí su arrojo, su agilidad felina que no se sujetaba a ninguna ley.

Llevo tantas horas pensando en los noventa que tengo la sensación de estar escribiendo este texto con una voz adolescente. Quizá no cambiamos tanto con el tiempo, después de todo: desde mi temperamento acorazado sigo admirando la seguridad vertiginosa de los que se atreven a romper las reglas. Mi hermano se mudó de país, yo regalé todas mis playeras guangas y hace años que no voy a un estadio ni me entero de qué equipo gana los campeonatos. Pero cuando me preguntan a quién le voy, contesto en automático que a los Pumas, ¿a quién más? Mi corazón es azul, mi piel dorada. Soy una aficionada melancólica, eso lo digo, porque le voy específicamente a los Pumas de mediados de los noventa. Le voy a Jorge Campos, ese fuera de serie que me hizo darme cuenta, mucho antes de que la poesía me abriera el mundo, de que es posible estar en dos lugares al mismo tiempo. De él aprendí a ser varias personas a la vez, a contener multitudes. A veces, cuando los obstáculos son muchos, sueño con volver a verlo jugar sonriente, singular y colorido, entregado sin reparos a algo que acaso constituye la felicidad más auténtica y que yo todavía estoy descifrando cómo hacer: tomarme la vida más a la ligera, despreciar a severos y cobardes, reinventarme una y mil veces de ser necesario. Y en cuanto el contrincante se distraiga, echarme a volar.



## En C.U. nadie muere de sed

Bernardo Esquinca

¿Por qué nos aficionamos a un determinado equipo? Se suele asociar esta cuestión al destino: la herencia familiar, la ciudad en la que nos criamos, la escuela en la que estudiamos. Muchos alumnos de la Universidad Nacional le van a los Pumas por una identificación natural; sin embargo, mientras estuvieron en Primera División, los Tecos de la UAG cosecharon muy pocos —por no decir nulos— aficionados. Es probable que esto se deba a que buena parte de los estudiantes de dicha institución suelen ser extranjeros que sólo se quedan en Guadalajara durante los años en que cursan la carrera. Estamos, entonces, ante una situación de arraigo: el sentimiento profundo de pertenecer a un lugar o institución —familiar o académica— proporciona una identidad que liga a un club de fútbol.

Sin embargo, los caminos del Señor, y de la vida —que no son los que yo creía— suelen ser misteriosos o caprichosos, si le queremos quitar el glamour. Nací en la Ciudad de México (de allí es mi familia materna), pero pasé mi infancia y adolescencia en Guadalajara, donde mi madre y mi padre se habían mudado junto con mis otros seis hermanos a finales de los años sesenta. Desde pequeño me gustaba el fútbol, jugarlo en la escuela y en la calle, aunque a mi papá —un poeta melancólico y ausente de la realidad, como casi todos los creadores— nunca le interesó dicho deporte ni perteneció a ningún club. Yo necesitaba una playera para jugar por las tardes en el Colegio La Paz de la colonia Providencia, así que le pedí a mi mamá que me comprara la de cualquier club local —así de huérfano de equipo me encontraba—. Cuando regresó de trabajar, mi madre me entregó una camiseta del América que, por alguna razón cósmica —¿maldad de los dioses acaso?— fue la única que pudo encontrar. Ante mi desilusión, esgrimió un argumento, una estrategia para consolarme: la familia venía de la capital, y por eso yo debía irle a las Águilas. Como siempre le hice caso a mi madre, me volví americanista, con cierto rédito: los vi coronarse cinco veces antes de que, en 1998, mientras los dirigía Carlos Reinoso por segunda ocasión, me hartara de un equipo que jugaba sucio dentro y fuera de la cancha. Eso coincidió con el resurgimiento del Atlas de la mano de Ricardo Antonio La Volpe, y con aquella final épica que se perdió un año después en penales ante el Toluca. Así que, en contra de lo



que manda aquella frase machista —“Puedes cambiar de mujer pero no de equipo”—, mi corazón se transformó en rojinegro. Una decisión temeraria para alguien que, hasta ese entonces, no tenía auténticas raíces en ningún club. Supongo que estas extrañas circunstancias que relato, más mi proverbial inclinación hacia las causas perdidas, sellaron lo que al fin me dio identidad futbolera: me volví hinchista de un club que llevaba décadas de sequía de títulos, que era la burla del mundo futbolero, y que incluso perdía cuando mejor jugaba, como sucedió contra el Toluca.

Tiempo después, un divorcio —el matrimonio, otra causa perdida— me llevó a vivir a la Ciudad de México en el 2003, situación que ha propiciado desde entonces que mi camino se cruce con el de los Pumas. He ido en diversas ocasiones al Estadio Olímpico Universitario, incluida aquella vez en que el Atlas fue eliminado en semifinales por Pumas durante el torneo en que consiguieron el bicampeonato (2004). Debo confesar que, a pesar de esa dolorosa derrota, siento simpatía por el equipo universitario. Su espíritu no es muy distinto al de los Zorros —a quienes en sus inicios se les apodaba “la Academia”—: ambos equipos saben tratar el balón con elegancia, son capaces de remar a contracorriente, tienen una importante cantera, aficionados a prueba de malas rachas y, por si fuera poco, los dos pertenecen al exclusivo club de los bicampeones. Si tuviera que elegir un segundo equipo en la liga mexicana, serían los Pumas. Tuve el privilegio de ver, en su mejor momento, a legendarios jugadores que portaron la camiseta universitaria: Evarivaldo Castro *Cabinho*, Leonardo Cuéllar, Hugo Sánchez, Ricardo *Tuca* Ferretti, Manuel Negrete, Alberto García Aspe, Luis García y Jorge Campos. Salvo los extranjeros, todos los mencionados también marcaron época con la Selección Mexicana. Además, atestigüé en transmisión directa el gol de tijera de Negrete en el Mundial del 86 y los dos goles de García contra Irlanda en el 94. ¿Cómo no identificarse con la garra de esos jugadores universitarios, que podían lo mismo firmar un poema despegando los pies del pasto, que vulnerar la portería enemiga como si se tratara de un fusilamiento? ¿Cómo no maravillarse con un anfibio como Campos, que podía jugar medio tiempo de delantero y marcar goles, para luego, durante el segundo lapso, defender la meta vestido de portero? Si el lema de la Universidad es “Por mi raza hablará el espíritu”, los jugadores de Pumas han sabido inflamar los corazones de la hinchada con iguales dosis de ingenio y valor.

Me hubiera gustado estudiar en C.U. —tal vez en Filosofía y Letras—, me hubiera gustado caminar con mi mochila por sus jardines rodeados de piedra volcánica, con la Biblioteca Central y los murales de Juan O’Gorman como faro; me hubiera gustado irle a los Pumas. Pero el destino hace lo que se le da la gana, y las mamás también, ambos jugando a nuestro favor, por supuesto, aunque eso no lo sabemos hasta mucho tiempo después, cuando entendemos la frase de aquella canción de José José: “uno no es lo que quiere, sino lo que puede ser”.

Hay rivalidades peligrosas entre algunos clubes y sus aficiones en el fútbol mexicano, pero no es el caso entre Pumas y Atlas. Nunca me he sentido en peligro en las gradas del Estadio Olímpico, ni siquiera cuando me ha tocado sentarme entre los miembros de la famosa Rebel. Recuerdo que, en una ocasión, me fue ofrecida una cerveza de coche a coche al salir de un partido entre Atlas y Pumas; no recuerdo el marcador, pero sí ese gesto que remite a la leyenda del buen samaritano: darle de beber al sediento, pues en C.U. el sol suele ser inclemente en los tradicionales juegos del domingo a mediodía.

“A mí me vale Vergara el Guadalajara, vale Vergara estoy hecho en C.U.”, canta la banda Molotov en la canción que compusieron para burlarse del entonces dueño de las Chivas. Otra cosa que me hermana con el espíritu Puma, pues como atlista, mi rival por antonomasia es el Guadalajara. La canción tiene una línea particularmente interesante, en la que se incluye a todos los involucrados en la cadena de aficionados del equipo universitario: “Desde la Rebel a la HS-9, la directiva y la que vende la cheve”. Me consta ese nivel de integración, porque mi amigo Rojo Vega, Puma de hueso colorado, le llama por su nombre a Rosi, la chica que se encarga de las cervezas en la zona donde tiene su abono.

En C.U. el sol puede achicharrarte, pero nunca morirás de sed, aunque seas del equipo rival.



## P.D. "Happy Married" en el estadio de C.U.

Ana Clavel

Si me preguntan, soy Puma de corazón —aunque mi reino no es el del fútbol—. Si bien es cierto que se han ido rompiendo fronteras de género, y cada vez más mujeres se incorporan a las huestes capaces de dejar ir la cabeza y las emociones apretadas en el cuerpo tras un balón, confieso que para mí muchas de las referencias deportivas son más bien noticias extrañas de una galaxia que me es ajena.

### Genealogía de las pelotas

En la novela *Muerte súbita*, Álvaro Enríque plantea la genealogía de la palabra "pelota" a partir del pelo que se usaba en su confección. En el partido de tenis en que, a manera de duelo, se enfrentan dos libertinos de la época, el poeta Quevedo y el pintor Caravaggio, se emplean unas codiciadas *pellas*, confeccionadas con las trenzas de la decapitada Ana Bolena. La novela de Enríque es un portentoso retablo barroco que nos sugiere que si la novela es un mundo, ese mundo puede estar contenido en un solo objeto: una pelota.

De estirpe semejante es el razonamiento de Juan Villoro cuando refiere en su estupendo libro de crónicas y ensayos *Dios es redondo* la potestad de la pelota de fútbol. Citando al filósofo neoplatónico Nicolás de Cusa, Villoro cifra en la redondez del esférico la pasión y fe de esa nueva religión de las masas, que para un fanático raya en el *summum* de la perfección.

Esférico, balón, bola, pelota... El más longevo tal vez sea el término "pelota" pues ya en *Don Quijote* se menciona la expresión popular andar "en pelota" para decir de alguien que va desnudo. Podría ser un cruce de andar "a pelo", a piel, en cueros y, tal vez, la alusión por demás gráfica a los testículos —si damos por hecho el falogocentrismo del lenguaje que de entrada establecía lo masculino como universal—. El añadido de la "s" ha sido posterior pero muy vital, quizá porque así repica mejor en nuestro sentido auditivo —pero también visual—, a la hora de imaginarnos a un hombre desnudo, con las pelotas y otros aditamentos al aire.



### Jugar en pelotas

En décadas recientes la desnudez masculina ha dejado de ser un tabú. Mientras que el desnudo femenino se nos muestra cultural y comercialmente como un espectáculo habitual, el cuerpo masculino había escapado a la exhibición frontal, sin cortapisas, mantos pudorosos, literal y gráficamente "en pelotas".

Con cada Mundial o Copa no todos nos sentimos hechizados por la magia de un espectáculo que es capaz de hacer que el mundo se detenga y se ponga de pie —o más bien de cabeza— ante el grito de tintes atávicos y tribales: ¡Gooooool! Pero hay una variante que, al menos a muchas mujeres y en general a todos aquellos capaces de disfrutar la belleza masculina, les podría resultar atractiva: ¿qué tal imaginar los partidos con futbolistas que sudan músculo y destreza completamente en pelotas, en traje de Adán, como Dios los trajo al mundo —o mejorados por el ejercicio de ese otro dios redondo y pleno llamado balón?

Llevada por la curiosidad, en un Mundial de hace unos años realicé una encuesta en mis redes sociales, con la pregunta de a cuáles jugadores preferían ver desnudos, completamente en pelotas, en un partido idílico de fútbol. La respuesta fue apabullante de mujeres, pero también de varones. Después de hacer sumas y comparar subtotaes, he aquí al equipo estrella: Zidane, Figo, Beckham, Ronaldinho, Beckenbauer, Valdano, Rafa Márquez, Pep Guardiola, Ronaldo, el ahora impresentable Piqué, Fredrik Ljungberg y una larga lista de suplentes italianos, holandeses y uruguayos. No está nada mal fantasear con tanta pelota, tanto músculo, tanta testosterona en juego. La verdad, parafraseando al poeta César Vallejo, al menos así podría declararme vencida: Hay goles en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

### Posdata

Regreso a mi estirpe pumífera. Es curioso que sin ser fan o ni siquiera levemente aficionada, me salga a la primera provocación declarar mi heráldica personal. Digamos que es parte del paquete de ser universitaria. Por eso concedo que el lema es atinado: Orgulloosamente Puma...

De hecho, el único partido que he presenciado en toda mi vida fue con compañeros de mi generación de Letras Hispánicas en el Estadio Universitario. Dos cosas curiosas: la primera, cuando había una jugada cardíaca, yo miraba perpleja esperando que en la cancha hubiera repetición...

La segunda es muy pintoresca. El partido ya había comenzado y de pronto, entre los pasillos, apareció una pareja singular: ella, con el traje de novia blanco y largo; él, con traje negro y corbatín al aire. Sudorosos, agotados, se miraba que habían bailado/bebido

toda la noche y venían de su fiesta de recién casados. Él la guiaba entre las huestes socarronas pero respetuosas. Ella, una novia rolliza, se dejaba conducir entre ese mundo de varones que la veían con gesto de aprobación. Me imaginé la escena previa: "Está bien, me caso, pero de ahí nos vamos al partido de mis Pumas". Y así empezó su luna de miel, una luna futbolera: alguien les hizo espacio en su fila y, un poco más tarde, la tímida novia gritaba a todo pulmón.





Cabinho en la final  
de la temporada 1976-77.

## Pumas vs. Leones Negros

Xitlalitl Rodríguez Mendoza

Que había sido fuera de lugar.  
Que en ese año hubo 41 desaparecidos,  
tres de ellos, menores.  
Que por eso  
por la rabia  
el Zurdo le pegó un patadón al árbitro:  
*Pomponio.*  
En las calles crecían también  
como estalagmitas  
los brotes del miedo  
de la persecución  
de la penumbra.  
Cómo debe doler la patada de un futbolista.  
Cómo debe  
doler.  
Que un partido muy disputado.

El juego de ida se celebró el 29 de junio  
en el Estadio Jalisco. El mismo día  
en que más de 100 mil personas se manifestaron  
en favor de la huelga del Sindicato de Trabajadores de la UNAM.  
Que muchas veces las fechas de detención  
fueron alteradas.

El 3 de julio de 1977  
al minuto 77  
del partido de vuelta  
contra los Leones Negros de la UdeG  
cayó el gol de los Pumas.



Un grito sordo en forma de sol  
se echó sobre el Estadio Azteca  
y se puso a lamer el rostro de los jugadores:  
Spencer y *Cabinho* los primeros.  
En la ficha de identificación de  
una mujer llamada Guadalupe,  
fechada cuatro días después de la contienda  
fútbolística  
se aclara que ésta fue detenida algún día de junio  
por actividades subversivas.  
Quizás alcanzó a ver un rato el partido  
para distraer la angustia  
escondida  
como aventándole migas de pan  
a una bandada de sombras  
perro partido  
quietas hace tiempo ya.

A Hugo le cometieron falta luego de hacer una chilena:  
aún no se convertía en su marca registrada.  
No le marcaron el penal.  
En agosto de 1977 detuvieron a Francisco Javier  
por "historia criminal".  
El 19 ejecutaron extrajudicialmente a José Manuel en Sinaloa  
y, de nuevo, en el mismo año, al Tom de Analco en Guadalajara.  
Su nombre como ese barrio  
con su atrio tan serio  
desde hace siglos  
y a la fecha  
donde por las tardes  
de alguna forma  
se puede ver entre patada y patada  
de los niños  
en el juego breve de la vida  
la esperanza que se mantiene  
un segundo en el aire.



## Pumas rutilantes (con algo de cabras)

Julia Santibáñez

"¿Por qué se me concede este honor?". Siendo niña me enseñaron que eso dijo la Virgen cuando el Ángel le anunció que sería madre del Salvador; luego supe que según el Evangelio de Lucas la frase es de Elisabet, mamá de Juan el Bautista. El asunto es que un día yo pregunté: "¿Por qué a mí?". Soy casi virgen (salvo pocas excepciones), pero no estoy embarazada y no poseo credenciales para ser madre del Redentor. Lancé la pregunta en un contexto prosaico cuando mi hija, de 12 años entonces, empezó a jugar fútbol, afición que no figuraba entre mis intereses y hasta me parecía prescindible. "¿Por qué se me concede este honor, si no tengo idea de cómo se marca un *fuera del lugar*?"

No entendí el afán puberto de la ídem por "echar goles" (decía mi madre) y salir con rodillas sangrantes de cada juego. Yo, que la soñé consagrada en ajedrez, con el físico intacto. Además, odiaba no entender ni jota de ese deporte. Ni de ningún otro. Ir a verla me dio gusto como la afirmación de mi chavita tenaz, luego me hartó, en algún caso di cabezadas en el medio tiempo. Poco a poco lo fui entendiendo, lo aluciné y vuelta a empezar.

Un día, peleando un balón, se fracturó la clavícula. Pensé que dejaría los shorts. En cuanto la dieron de alta se los puso de nuevo, hasta hoy: entrena dos horas diarias en su universidad, de lunes a viernes. Más cada partido con el equipo representativo; ha sido capitana varias veces y también campeona de goleo. Con ella aprendí las muchas competencias que demanda: concentrarse en cada encuentro, trabajar en equipo, controlar la frustración ante una derrota, divertirse. Ella y sus compañeras se quieren, se cuidan, se abrazan desde los tuétanos, lo veo. Y claro, son una feliz bola de testarudas.

Si bien la discriminación está ahí (al equipo de hombres le dan más presupuesto, se les olvida que ellas han ganado un montón de torneos), me encanta el orgullo de estas mujeres, la reivindicación de su derecho a que les guste lo que les gusta. Aunque no son Pumas, podrían serlo, por la garra y la necesidad. De modo que hoy pregunto en buena ley: "¿Por qué se me concede este honor de tener una hija futbolista?". Y lo digo demasíadamamente en serio.



Tienen piernas imposibles. De tan fuertes, poderosas, imposibles. Serían amazonas griegas pintadas sobre una vasija, portento de orgullo y fuerza *en una cancha masculina* (nunca más literal). Pero además son ágiles al meter el cuerpo. Sacan chispas tras el balón, lo pelean, no se diga cuando meten gol y celebran como si no hubiera cosa más de peso, profunda. Porque no la hay. Y si la hay, no importa.

Las Pumas eran, hasta hace poco, cabras necias. A varias les dijeron que perdían el tiempo con esas marimachadas. Alguna oyó de boca de su padre o madre o tío, mirándole el rostro, que no estaba bien que se hiciera a los encontronazos. Que cómo iría por la vida con la espinilla cubierta de moretones. Repitieron que se trataba de una actividad de hombres, que no tenían nada que hacer ahí. Les llovieron risas estúpidas. Alguna abuela señaló que ningún chico las voltearía a ver. Tuvieron que esquivar burlas por sustituir el afán de estar siempre bonitas a cambio de ganarle un punto a otras, en el su- de y el despeine. Cómo era posible que pusieran su gusto al centro, qué ovarios las llevaban a pensar "mi belleza no es cosa tuya", citando el libro de Florence Given. De veras, cómo.

Todo eso les dijeron. Lo que seguro nadie mencionó fue que su imagen podría ser convertida en juguete sexual de uno o varios machitos, como el acoso sufrido por la defensa de Pumas, Deneva Cagigas, entre otras. La mala prensa parece consustancial a ser mujer en un deporte de alto rendimiento, que mueve muchísimo dinero y por mero azar era propiedad masculina. Seguro no les advirtieron, como hace notar Dinora Garza, delantera Puma, sobre la brecha salarial con los pares hombres (ellos viven bien de su profesión; ellas, ni de broma), tampoco sobre la desigual cobertura de los medios a lo que hacen (apenas les dan 4 %). Es que no se evalúa de forma equitativa el desempeño deportivo si tienes una vulva entre las piernas. Por eso los retos diarios de las jugadoras no sólo incluyen entrenar hasta casi el derrumbe, mejorar en la cancha, pulir la estrategia, aguantar críticas; ellas suman la presión de vencer prejuicios de género, oír si son atractivas o *están buenas* (se lo dicen de forma bastante más soez).

Junto con lo anterior, las profesionales de Pumas subrayan al ser entrevistadas la sensación de logro que nadie les puede arrebatar, de saberse fregonas, peleadoras por lo que eligieron, parte de la historia de la Liga MX Femenil, inaugurada apenas al cierre de 2016. Para la creación del equipo recibieron el apoyo del rector Enrique Graue y si bien seis años después algún despistado tal vez quiera verlas como cabras dándose topes con la pared, siguen acariciando la obstinación, pero son ya en toda ley una fuerza autónoma e imparable, sólida, digna, igualita que mi propia UNAM. Ahí está su esfuerzo, el aliento

que dejan dentro y fuera de la cancha, el torneo 2022 ganado por la Sub-18. Cómo no las vamos a querer.

Hoy, ser una futbolista es transgredir la cultura patriarcal y desmontar discursos tanto en la vida real como en redes sociales, a las que por su edad pertenecen de forma natural. Aunque salen a rifarse por goles, claro, de eso se trata lo que más les importa, en cada partido estas chavas de 18, 22 o 30 años también pelean por un mejor sitio para ellas mismas, un lugar distinto como punteras en lo suyo, como amigas, novias o amantes. Demuestran que la rudeza no las hace menos mujeres. Que los choques cuerpo a cuerpo se llevan bien con la nueva condición femenina que están escribiendo en los hechos, no (tan) sometida a la familia tradicional, como sugiere la escritora argentina Tamara Tenenbaum. Y con frecuencia dicen que les interesa ser buen ejemplo para las niñas que vienen detrás, niñas que (ojalá) ya no equiparen fragilidad con su condición de género.

Estas Pumas son también, y nada me gusta más, un equipo de cabras tercas.





# Cabinho, goleador de sonrisa eterna

Aníbal Santiago

El boleto que Evanivaldo Castro, *Cabinho*, recibió en São Paulo, indicaba que llegaría a México el 19 de julio. El jugador imaginó flashes, grabadoras de reporteros, autógrafos: un marmágnum envolviéndolo aquel día de 1974.

No era para menos. Había jugado en el exitosísimo Flamengo –hasta entonces 17 veces monarca del Campeonato Carioca– y participado de una hazaña: con el humilde Portuguesa fue campeón del Campeonato Paulista de 1973 contra el Santos de *Pelé*, mejor jugador del planeta y tricampeón mundial. Luego del partido en que la escuadra de *Cabinho* logró el título tras 37 años de ayuno, *Pelé* exigió a su directiva gestionar la contratación del potente delantero rival. Lo quería como su aliado. Portuguesa pidió una fortuna que los albinegros rechazaron, pero perduró la anécdota.

Para su llegada a México, Evanivaldo abordó el avión con un espectacular traje de grecas. Parecía estrella de cine.

Aterrizó en el Aeropuerto Benito Juárez. Y, sorpresa, ¿quiénes lo esperaban? El técnico Carlito Peters y el promotor Nicola Gravina.

*Cabinho* observó un vacío paralizante. Si acaso, había un fotógrafo solitario. A nadie le importaba. El periódico *Esto* fue más allá: *Cabinho* nunca había logrado “figurar en plan grande en su país”.

Vamos, ni siquiera valía la pena averiguar cómo se escribía su nombre. La prensa nombraba “Evanivaldo” al delantero de Salvador de Bahía. “Evanivaldo dijo”. “Evanivaldo entrenó”.

A 11 días de conocer el Pedregal, Evanivaldo salió al campo por primera vez con la camiseta auriazul para un amistoso ante Werder Bremen. Noche de tormenta infame y tribunas desoladas. ¿Importaba? No. El futbolista de 26 años tardó 22 minutos en meter el primero de sus 151 goles con Pumas: una granada junto al poste.

Lo siguiente era un buen reto: recibir a Toluca, bicampeón de Liga y Copa en los últimos ocho años. Al minuto 34, el brasileño disparó. Haciendo sapitos supersónicos, la bola se le resbaló al arquero Roberto Silva.

Además de su hambre goleadora, otras virtudes saltaban a la vista: cabeceaba, le pegaba de lejos y algo esencial: era ambidiestro. Para el siguiente duelo contra Potosino, *Cabinho* marcó otra vez: “El brasileño fue una pesadilla para los potosinos”, juraba el *Esto*.

Tres goles en tres partidos para el brasileño que ganaba sólo mil 500 dólares. No era ni de lejos tiempo para pedir aumento, pero pidió otra cosa: música disco. Los empleados del Estadio Olímpico debían conseguir LP’s de las estrellas del momento, cuyo beat descargaban las mismas bocinas que en los partidos daban las alineaciones. Por *Cabinho* el equipo entrenaba mientras los vinilos hacían vibrar las tribunas. Su favorita, “On the Radio” de Donna Summer. “¿No te entristece escuchar nuestra canción?”, cantaba la Pantera de Boston mientras el delantero remataba al arco.

La música funcionó. Al término de la temporada, sumaba 16 goles.

Y la temporada siguiente, sumó y sumó tantos. ¿Su secreto? “Tranquilidad”, respondía. Pero el tranquilo goleador, sonriente, trabajaba. Al final del entrenamiento, cuando el plantel se bañaba y vestía para salir volando en sus lujosos Monte Carlo, pedía a un par de compañeros quedarse otro rato para desbordar, triangular.

Trabajo = goles. La temporada 1975-1976 los hizo a montones. El 15 de julio de 1976 cruzó un tiro: 2-1 al León. Anotación 29. Por primera vez, ya era el campeón goleador de México.

El reportero Ignacio Matus definió así su mística: “codicia insuperable”. *Cabinho* era codicioso. Sin arte, como fuera, disparaba de primera. Y no se asumía artista: “Prefiero anotar diez goles feos que dos bonitos”.

Y llegó la temporada 1976-1977, cuya novedad fue que un 23 de octubre debutó un chico de melena rizada, el adolescente Hugo Sánchez. Su talento goleador, grande como el de *Cabinho*.

Evanivaldo jura que el genial Hugo ahorra esfuerzo. “Le faltaba entrenar más”, declaró a Imevisión. Al acabar de entrenar, horas extras para ambos. “Le decía: vamos a centrar, cabecear, chutar”. Hugo aceptó el pedido del astro una década mayor, que además lo adoptó. “Mi mujer tenía celos de Hugo —reveló *Cabinho*—, estaba más con él. Comía en casa y se volvió gran amigo”.

En 1977 la dupla fue una bestialidad: 41 goles entre ambos. Pumas llegó a la final, algo inédito. El rival: Leones Negros de la Universidad de Guadalajara. El duelo de ida en el Estadio Jalisco, 0-0. De regreso al DF, el técnico Jorge Marik concentró al equipo en un Holiday Inn para que se relajara en el cercano Bosque de Aragón. Sólo pensarían en fútbol, libres del magnetismo que Hugo y Evanivaldo causaban en medios, gente y empresas: aunque no era rubio como el ideal modelo televisivo, gel Wildroot,

zapaterías La Joya y plumas Fuente de Oro se asociaban a su imagen. El moreno, además, disolvió estigmas.

La final de vuelta, en un Estadio Azteca repleto, extendió otro 0-0 opresivo hasta el minuto 76, cuando *Cabinho* cruzó con un bombazo al arquero Jorge García. Corrió con puños cerrados —como siempre— hasta las tribunas a festejar con los aficionados. En la banca todo eran saltos, abrazos. Después de 20 años de existencia como profesional, la UNAM era campeón. Seguido por niños y ondeando una bandera gigante, *Cabinho* recorrió la cancha con una sonrisa gigante.

Su fama era atronadora hacia 1977. Imposible abstraerse, pero aún le atraía lo simple. Ejemplo, la Cocina de Doña Lupita en Taxqueña, donde se echaba su comida corrida entre oficinistas, obreros.

Honra su pasado. De niño jugaba fútbol en la playa de Itapuã. Callosos como rocas de tanto pisar arena hirviendo, sus pies anhelaban unos tacos como los de los héroes de los sesenta: Tupãzinho, Canário.

Evanivaldo era parte de una humilde familia de 18 hermanos. “Ellos andaban con la conta (cinturón) para pegarme. Me encontraban en la playa y me daban en las piernas, la cabeza, por no volver a comer”.

Aquel niño no tenía para lo más importante. Sus amigos sabían que en el puerto sobraban chatarras. Eligieron una, le sacaron y vendieron las vigas: “Con eso, me compraron mis zapatos de fútbol”.

Su madre era una cocinera que guisaba en el Mercado Modelo. La ayudaba vendiendo puerta en puerta el acarajé y otros manjares: “Yo corría con las ‘marmitas’, comida empaquetada que entregaba en el cuartel militar cercano. Los militares ensayaban sus movimientos sincronizados, sus honores. Un día me aventé a imitarlos. Les hacía gracia y empezaron a llamarme *Cabinho* (Cabito): el más pequeño de los ‘soldados’. Me saludaban y yo les hacía toda esa ceremonia que vemos entre los militares”. Así nació *Cabinho*.

El Cabito mexicano cuidó sus tentaciones de superestrella.

—¿Se desvela?—, preguntó el reportero Matus.

—Voy a una discoteca. Me gusta bailar, pero a la una de la mañana estoy en cama.

—¿Bebe?

—Un par de cervezas en la comida como complemento alimenticio.

Para el periodista, *Cabinho* —devoto del Sagrado Corazón de Jesús— era demasiado bien portado.

—¿Abrazaría alguna actividad mística?

—No, soy demasiado mundano.



Su misticismo fue el gol y Hugo, su adversario. En 1977 llegaron al último partido con distancia de una nariz: *Cabinho*, 26 goles; Hugo, 25. Contra Cruz Azul en el Azteca se definiría el campeonato de goleo.

Inició el encuentro. De pronto, el arquero Miguel Marín fauleó a Hugo. ¡Penal! La foto de los diarios al día siguiente fue impactante: desde detrás del arco, Hugo cierra el puño victorioso cuando la pelota que acaba de rematar vuela camino a las redes. *Cabinho*, como depredador, entra al área para convertir él y nadie más la anotación que lo consagrará si Marín rechazaba el balón. La bola entró: *Cabinho* y Hugo compartieron el título con 26 goles.

Poco después, al llegar al aeropuerto para vacacionar en su país, el brasileño dudó de su futuro en Pumas. “Gano lo mismo que cuando llegué a México, 30 mil pesos (mil 300 dólares), cantidad baja. Ahora puedo pedir mejores condiciones”.

No hubo acuerdo. El acaudalado Atlante IMSS lo adquirió por 364 mil dólares. El ídolo se quitó la playera de Pumas, con quienes conquistó un campeonato de Liga, una Copa México, un Campeón de Campeones y cuatro títulos de goleo seguidos (aún le faltaban cuatro en los siguientes ocho años).

No alcanzó su sueño: ser técnico universitario. Pero si se lo preguntan, no hay rencor: de los diez equipos en que jugó, ninguno como la UNAM: “A Pumas le tengo un lugar muy especial en mis afectos”.

El máximo goleador de nuestra liga de todos los tiempos (312 goles) vive a sus 75 años en el mar de Salvador de Bahía, el mismo donde hace siete décadas le sacó con sus amigos las vigas a un viejo barco para comprarse sus primeros zapatos de fútbol.



# Pumas y progreso

Guillermo Fadanelli

Quiero creer que la infancia es una de las etapas de la vida que no pueden dejarse atrás puesto que, si uno ha tenido la fortuna o cometido el desaguizado de llegar a la vejez, la memoria insistirá en devolvernos a los dominios de aquellos años en que reinaban la intensa curiosidad y el auténtico entusiasmo. Este periodo de la vida posee un carácter extraordinario porque no se trata de un conjunto de historias acerca del pasado, sino también toma la silueta de un horizonte posible o un futuro mítico. Queremos ser lo que alguna vez fuimos: convertir los años finales de la vida en la eternidad de una infancia. Quizás ésta sea la razón por la que el fútbol se afianza ahora más abiertamente en mi ánimo y lo disfruto hasta el punto de que la curiosidad y el entusiasmo extraviados me devuelven a la vida, mientras que la memoria se concentra en un punto del espacio y del tiempo precisos: 11 jugadores que se enfrentan a un espejo que les devuelve siempre una imagen distinta de sí mismos.

El notable neurofisiólogo Pablo Rudomín supone que la acción humana de *pensar* posee más semejanza con un juego de fútbol que, por ejemplo, el ajedrez cuya complejidad y posibilidad de variables es menor que las propias de un partido de balompié. El temperamento del futbolista, sus infinitas maneras de organizar y ser parte de su escuadra, la pericia del director técnico, el ambiente en el estadio, el clima, el estímulo deportivo, la creatividad, la conversación en el vestidor o en el entrenamiento, la economía, la orfandad o los vicios individuales se entrelazan para ofrecernos una muestra del infinito, de la mente y la imaginación humanas. La cultura es el legado de lo que somos más el anhelo de lo que deseamos ser, es el conjunto de acciones (como el deporte), objetos, hechos mentales que le otorgan sentido y gravedad a un individuo o a una comunidad: el cuerpo simbólico que nos sostiene y representa. En mi caso, el hecho de asistir los domingos matinales a ver jugar a mi padre durante la infancia dejó huellas profundas en mi temprana afición hacia este deporte. Es verdad que las querellas, los golpes o insultos entre jugadores o los reclamos al árbitro me intimidaban tanto como el fervor que sus compañeros le demostraban cuando anotaba un gol, pese a que justamente en ello

consistía su labor como centro delantero. Yo sabía patear la pelota insuflado de la misma naturalidad con que aprendí a caminar o a encaramarme a un árbol; sin embargo, mi añeja inclinación hacia las malas decisiones me llevó a militar en el baloncesto. La vanidad desvía el río para que la corriente de agua pase a un lado de mi casa. A los 22 años me gané un puesto en la selección de los Pumas de la UNAM y desde entonces la hermandad con el equipo de fútbol de la Universidad me acompañó hasta los terrenos de la literatura, la vida cotidiana y la pasión deportiva: escritor e hincha, ensayista y fanático, anarquista y aficionado.

Dos jugadores de los Pumas se afianzaron en mi memoria y encontraron allí un lugar privilegiado: Enrique Borja y Hugo Sánchez, el primero reinando con sus milagrosos goles en mis tiempos de gárrulo y el segundo encarnando al jugador más diestro, punzador y temerario que ha nacido en estas tierras. La intuición de ambos los llevó de la mano a ese punto del área desde el que nacía el peligro antes de convertirse en júbilo o tragedia. Enrique Borja, como sabemos, anotó el único gol de México en 1966 contra la selección francesa durante el Mundial de Inglaterra, luego de un pase cortesía de Aarón Padilla. No escatimo al presumir que el *Ganso* Padilla, también jugador de los Pumas, fue amigo de mi padre y sus hermanos en las periferias de la colonia Portales. Su apodo y nombre sonaban en los adentros de mi casa colmados de admiración y mitomanía.

La desgracia, que siempre está sentada en la cabecera de la mesa, hizo que Enrique Borja pasara a formar parte del pedante y poderoso América, equipo al que mi padre veneraba hasta el mal gusto de obligarnos a presenciar su misa amarillenta los domingos a mediodía en el coloso de cemento que imaginara el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez. De Hugo Sánchez no he recibido más que buenas noticias, desde que estando yo en la plantilla de los Pumas de baloncesto llegué a saludarlo por única vez en el gimnasio donde los gladiadores se preparan, hasta muchos años después cuando siendo entrenador, niño de mil años, llevó al equipo, durante las dos gestas del torneo 2004, a obtener el bicampeonato, allende de sus anteriores e irrepetibles hazañas internacionales. El hecho de haber sido compañero del más amable depredador del área enemiga, Evanivaldo Castro *Cabinho*, sin duda el goleador más notable y efectivo de la escuadra felina, dotó a Hugo de un impulso goleador casi mitológico, contundente, efecto de una capacidad que pocos jugadores de los Pumas han llevado a tal altura: el saber matar.

La personalidad y seguridad del portero Olaf Heredia me ayudó a fortalecer mis raíces universitarias, así como el dinamismo inteligente de Leonardo Cuéllar, ambos de cabellera selvática e informal, como también en su momento los fugaces desplantes, a fuerza de cañonazos, que propinaban a los contrarios Ricardo *Tuca* Ferretti, un viejo por oficio, que había llegado del Atlas, y el chileno *Pata Bendita* quien se despidió y puso fin a su carrera en México militando en los Pumas después de haber edificado su carrera

jugando para los amarillos, canarios, *millonetas* del equipo que idolatraba mi padre. Recuerdo a Luis García, ese chico insolente y delantero arribista; a Manuel Negrete, dueño de un toque discreto y elegante; a David Patiño y su humildad astuta, a la *Cobra* Juan José Muñante, el tsunami peruano, capaz de crear sueños y peligro cuando aceleraba en las fronteras del costado derecho y su velocidad te hipnotizaba porque sabías que de sus botines nunca emergerían juegos artificiales, sino hierro y justicia. Todos estos jugadores y tantos más hilan su partido a costa de mi memoria desquebrajada. La única alineación que respeto o defiendo es aquella que se forma en los recuerdos de la hincha íntima, de la emoción repetida, del instante que jamás se marcha; las estadísticas poco tienen que ver con el fútbol, la impresión humana, el desvarío, la locura en las gradas o la soledad del televisor inclusive: el fútbol acostumbra a traicionar el determinismo estadístico.

Quisiera concluir mi breve intervención —los límites del área chica se respetan— añadiendo que ser un aficionado Puma se arrejunta o relaciona con el conocimiento y el alma, las facultades, escuelas y el campo abierto, la carencia económica y el progreso, el Estadio Olímpico Universitario y la piedra volcánica, el arte ideológico y la arquitectura de un futuro utópico y revolucionario (Diego Rivera). Cuando comencé a jugar basquetbol en la cancha del Frontón Cerrado, esa fortaleza azteca imaginada por el arquitecto Alberto T. Arañ, no imaginé que la hermandad que me ligaría a los Pumas futboleros perduraría hasta los días actuales. Nosotros, los basquetbolistas, más altos, fuertes, vanidosos y también esforzados teníamos en Ciudad Universitaria al verdadero estadio, aquel donde jugaron mis ídolos hasta que abandoné, acaso por hartazgo, ese torneo de la hazaña mañosa e inesperada que es el fútbol mexicano y su negocio. Nosotros, basquetbolistas, pobres y ególatras; ellos, los monarcas de la patada, elegidos y perdurables.







arriba.  
 Debut de Pumas Femenil en el Torneo de Copa MX Femenil, 2017.  
 Atrás: Ileana Dávila (DT), Ana Paola López, Katya Ojeda, Laura Cruz, Brissa Rangel, Diana Gómez, Karime Abud, Deneva Cagigas y Nátaly Ávila.  
 Al frente: Elizabeth Garrido, Rebeca Alvarado, Patricia Jardón, Indira Jiménez, Rícla Rajunov, Hireri Velázquez, Nancy Zaragoza, Mitzy Piedras, Lucía Rodríguez Güemes y Karla Padilla.



derecha.  
 Equipo que jugó el primer partido en la Liga MX Femenil, 2017.  
 Atrás: Ana Karen López, Karime Abud, Brissa Rangel, Diana Gómez, Nancy Zaragoza y Dania Padilla.  
 Al frente: Karen Hernández, Ana Paola López, Nátaly Ávila, Lucía Rodríguez Güemes y Deneva Cagigas.







página anterior.  
Stephanie Ribeiro.  
Torneo de Apertura 2022

arriba.  
La mediocampista Dinora Garza  
en un partido contra el Atlas  
en el Torneo de Apertura 2022.

derecha.  
El capitán Nicolás Freire  
en el Torneo de Clausura 2023.



arriba.  
Tablero del Estadio Olímpico  
Universitario en el que se  
presentaba la letra del himno  
de los Pumas en cada partido.  
s/f



izquierda.  
Hotel y Casa Club  
en construcción dentro  
de la Cantera.  
ca. 2020





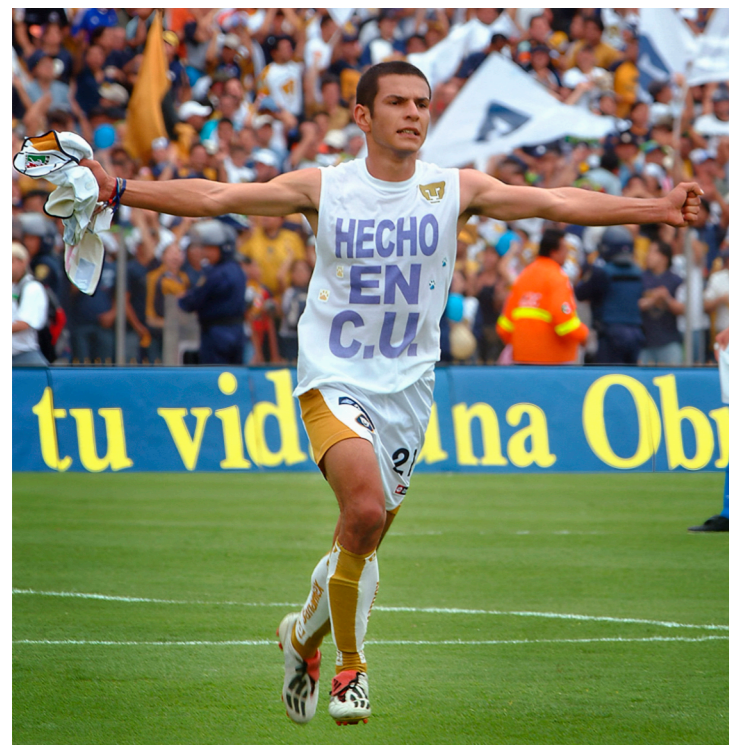
arriba.  
Equipo femenino 2023.  
*Atrás:* Alejandra Guerrero, Marylín Díaz, Amber DiOrío, Liceth Pinzón, Stephanie Ribeiro, Dania Padilla, Heidi González, Mélany Villeda y Aerial Chavarín.  
*Al frente:* Lucía Rodríguez Güemes, Selene Valera, Ana Mendoza, Paola Chavero, Ahtziri Méndez, Yaneisy Rodríguez, Desirée Monsiváis, Laura Herrera, Dirce Delgado, Citlali Hernández, Anahí Gómez y Dínora Garza.



derecha.  
Equipo entrenando en Acapulco.  
Miguel Paul, Ricardo Galindo, Brian Figueroa, Jesús Rivas, Diogo de Oliveira, Julio González, Héctor Ramírez, J. I. Dineno, Daniel González, Adrián Aldrete, Higor Meritão y Marco García, entre otros.  
2023







página anterior.  
El grito de Goya entonado por Chandra Eigenberger, Aerial Chavarin, Rebeca Zavaleta y Marylín Díaz.

arriba.  
Entrada del equipo femenino al campo para el protocolo de inicio, Liga MX Femenil. Temporada 2022-23

izquierda.  
Jaime Lozano.  
Torneo de Clausura 2004



arriba.  
Natalia Macías Valadez.  
2022

izquierda.  
Fabiola Santamaría.  
2021

página siguiente.  
Festejo de gol entre Aerial Chavarin y Gabriela Juárez.  
Torneo de Apertura 2022





## La Universidad, la familia y tanto hielo derretido

Abril Castillo Cabrera

Nunca me tocó ver a Hugo Sánchez jugar en Pumas, pero jamás olvidaré la primera vez que vi el estadio de C.U. Era 1990 y nos acabábamos de mudar de Morelia al Distrito Federal mis papás, mi hermano y yo, y vivimos un tiempo con mis abuelos maternos. Cuando me lo preguntaban, siempre respondía que sí me gustaba el fútbol pero que prefería jugarlo a verlo en la tele. De niña, los jugadores de fútbol eran pequeños muñecos moviéndose de un lado al otro en un fondo verde. Hormigas imposibles de discernir más que por un color.

Recuerdo a mi abuelo festejar los goles del pentapichichi en la tele, que ahora jugaba en el Real Madrid, y a mi papá quejarse de que por qué ahora hablaba como español. Mi abuelo amaba a Hugo Sánchez, a mi papá no le simpatizaba tanto; era una relación parecida a la que tenía con Luis Miguel: reconocía su gran talento, pero le caía fatal. Todos los niños de mi generación crecimos con Hugo Sánchez en la tele, recomendándonos lavarnos los dientes. Aunque para mí siempre fue más un dentista que un goleador, mi papá no se cansaba de decirme que seguro ni siquiera se había titulado nunca.

Pronto mis papás rentaron un departamento en Copilco y mi mamá luchaba con dar la vuelta en U en Eje 10, y llegar al otro lado para volver a nuestro departamento o ir a casa de los abuelos. Era frecuente perdernos en la zona con mi mamá al volante y así fue como un día, ella nerviosa y mi hermano y yo tranquilos, llegamos a los laberintos de Ciudad Universitaria. Para que dejáramos de preguntar que dónde estábamos, mi mamá nos señaló, emocionada ella también: “¡Miren, hijos, un estadio!”. Mi mamá, perdida al dar mal una vuelta en Insurgentes, desembocó en el estadio de C.U.

La arquitectura en torno al estadio era maravillosa, porque al ir en auto la vivimos en movimiento, cada metro revelando algo nuevo: el mural de Diego Rivera, los túneles intermitentes, los muros hechos de piedra, el oleaje de su silueta. Casi pude imaginar los gritos que sólo había escuchado en la tele, la luz artificial de noche, aunque en ese momento aún era de día. Se estaba haciendo de noche ya.



Ese estadio fue diseñado por los arquitectos Augusto Pérez Palacios, Raúl Salinas Moro y Jorge Bravo Jiménez, quienes empezaron su construcción en los años cincuenta. Al estar ubicado en el Pedregal, fue natural que encontraran una hondonada y que toda su fachada muestre roca volcánica, como el resto de la Universidad. Diego Rivera fue el responsable del mural *La Universidad, la familia y el deporte en México*, que no pudo terminar antes de morir. Si bien al principio sería principalmente un estadio de fútbol, una década más tarde albergó juegos panamericanos y olímpicos, el legendario 1968, para lo cual se hicieron modificaciones y construyeron las pistas. Se supone que, desde donde te sentaras, podías tener un buen campo de visión.

Ver la construcción y rodearla fue casi tan irreal como si hubiera visto a una caricatura salir de la televisión, una hormiga volverse gigante. Sus líneas, los árboles, las entradas. Lo recorrimos entero y luego mi mamá pasó por un bajo nivel, varios túneles y nos encaminamos al fin a casa. Un rato de tráfico más y estaríamos llegando a Copilco. Pasamos por Perisur y mi mamá dio una vuelta en Insurgentes. No íbamos mucho al DF antes de esa mudanza, o más bien, aún no conocíamos bien la ciudad. Cuando de pronto, por si la suerte fuera mucha, encontramos un estadio más. Dos en un día, ya sabíamos reconocerlos. “¡Mira mamá, otro estadio!”, le gritamos felices. “No, es el mismo; estamos perdidos”, al fin admitió.

La historia de los dos estadios se volvió un chiste clásico en casa. Y quizá fue lo que insertó la idea a mi papá de llevarnos algún día, y en mí la de querer ir. Me daba flojera ver el juego en la tele, pero me emocionaba ver a los jugadores en vivo.

En 1991 fui por primera vez a un juego, pese al miedo de mi mamá de lo peligroso que era. Apenas en 1985 había sido la tragedia del túnel 29, durante la final del clásico capitalino Pumas-América, donde ocho personas murieron aplastadas durante un portazo. Mi mamá nos vistió con ropa brillante, por si nos perdíamos, quería que pasara lo que pasara mi hermano de seis y yo de ocho años fuéramos visibles en la muchedumbre. Llegamos caminando, entramos por el túnel y un brillo de gritos y olor a chicharrón mezclado con orina me reveló una nueva dimensión de la vida. Nos sentamos en la parte de abajo porque arriba el ambiente se ponía más pesado, según nos dijeron. Mi papá no iba hacía muchos años a ver un juego. Para mi hermano y para mí era la primera vez.

Cuando un amigo te invita a su casa luego de pasar todo el año escolar hablando de su cuarto, al llegar tienes ya una imagen mental de cómo será. Yo había visto miles de veces el estadio en la tele, imaginaba su pasto, las gradas, la gente gritar. Pero en cuanto realmente entré, la imagen de mi mente se hizo polvo y no puedo recrearla. Hoy sólo puedo recordar lo que vi ese día. Los vendedores saltando de asiento en asiento, subiendo o bajando de nivel, ofreciendo cueritos con salsa, chicharrones fritos, tacos de canasta, refrescos. Y no olvido la sed del segundo tiempo, donde a ningún vendedor le

quedaba más que cerveza caliente, su olor amargo y mi asco, la boca seca, los baños dejando salir un río de orina y agua de tanto hielo derretido.

Antes de ir por primera vez al estadio mi mayor ilusión era conocerlo por dentro, ver a los jugadores, tener una playera, irle a los Pumas como mi papá. Estudiar algún día en esa universidad. Cerca de la portería, estábamos a pocos metros de la cancha, los jugadores ya no parecían hormigas. En un tiempo veríamos a Jorge Campos parar todos los goles, en el segundo veríamos a los Pumas anotar. Luis García, García Aspe, Claudio Suárez. Ferretti gritándoles enojado siempre, hasta ganar el partido. Estaban ahí, frente a nosotros, al ras del piso. A nivel de cancha. Los Pumas ya no eran hormigas, sino personas.





---

# Cuando cierra el círculo todo cuadra

L.M. Oliveira

Mis amigos argentinos saben muy bien lo que es crecer hinchando por un equipo que no gana nunca. Tuvieron que esperar 37 años para ver a los suyos levantar la Copa del Mundo: una vida de lágrimas y frustraciones. Pero claro, ¡qué tal el estallido de júbilo que sobreviene a las décadas de fracaso! La esperanza de campeón forja lealtades difíciles de quebrar, y alimenta el tamaño de la victoria. Dirán lo que quieran mis amigos del Real Madrid, pero sabe mejor ganar una copa cada diez años que ganarla invariablemente. Ésa es una ley de la naturaleza tan bien establecida como la de gravedad: el que gana siempre, se acostumbra a las mieles del triunfo. En cambio, el esforzado goza como eterno el instante de levantar la copa, que bien puede no repetirse jamás. Así crecí: testigo de la continua derrota de mi equipo.

Mi amor desmedido por los Pumas comenzó en Pumitas, liga donde entrenaba los jueves y jugaba los sábados. Vestía una camisa azul marino y pantaloncillos blancos con una franja azul y oro a los costados. Era el uniforme de las Tuzas, equipo que, si no me equivoco, participaba en la categoría de cinco y seis años. De esos partidos recuerdo las naranjas partidas que nos daban a medio tiempo para refrescarnos, y también que era muy feliz en las canchas de tierra mientras imitaba a Ricardo *Tuca* Ferretti en los tiros de media distancia y a Manuel Negrete en las tijeras. La infancia es la edad de los héroes. Aquel año llegamos a ser campeones o subcampeones de la categoría; como premio fuimos al Estadio Olímpico Universitario a echar una cáscara en medio tiempo. Era una tradición del club recibir a sus Pumitas; durante décadas vi desde la grada la emoción de los niños que saltaban a la cancha, y las prisas de los trabajadores del club para acomodar las ocho porterías en las bandas. Ya no lo he visto.

Pero la alegría que me daba patear el balón no cuadraba con los resultados de los Pumas, que era un equipo corajudo y técnico, que jugaba bien y sumaba puntos, pero sin campeón. Vivíamos de las glorias de Hugo Sánchez y *Cabinho*, que no presencié. En la temporada 1983-1984 los Pumas quedaron en segundo lugar en la tabla general, y el *Tuca* estuvo a un gol de ser campeón de goleo. Pumas venció a los Tigres en cuartos

de final y cayó en penales contra las Chivas, en semifinales. El campeonato, sin embargo, se lo llevó el gran rival: las Águilas del América.

1985 nos trajo otra derrota dolorosa: los Pumas fueron superlíderes del torneo. Era un equipo que jugaba de manera contundente: hicieron 55 puntos con una diferencia de goles a favor de 33. Eran grandes favoritos para llevarse el título y, pese a ello, el equipo perdió la final contra el América, en un tercer partido que se jugó en cancha neutral, después de que los dos primeros terminaron empatados, y el gol de visitante no desempataba nada. En el Azteca el marcador fue 1-1 y en el Olímpico, 0-0. Atestigué la final de regreso sentado en la parte baja de nuestro estadio, tenía ocho años y sólo recuerdo la angustia de mi padre por salir de ahí con bien. El ambiente era tenso después de lo que había acontecido fuera de la cancha: muertos y la decisión de jugar un tercer partido. Al día de hoy a los aficionados Pumas todavía nos duelen las ocho personas que murieron en el túnel 29. Hay una fotografía que me conmueve hasta las lágrimas: un padre lleva a su hijo exánime en brazos, buscando su alma en otro lugar.

Aquel tercer partido se jugó en la Corregidora de Querétaro, en el minuto 9 el árbitro marcó una mano contra Pumas en el área. Con ese penal las Águilas abrieron el marcador. Minutos después una jugada muy similar, pero en el área contraria, no valió la pena máxima. Los jugadores y los seguidores de Pumas sentimos que nos habían robado la final. Y así nos quedó grabado en la epidermis auriazul.

Un par de años después, en 1988, los Pumas volvieron a la final, el campeón de goleo de aquella Liga fue Luis Flores, que andaba intratable. Pero quiso la mala suerte que el equipo a vencer fuera de nueva cuenta el América. Ganamos el primer partido y eso nos dio esperanza de vencer al superlíder, pero en el Azteca nos golearon 4-1. Otra derrota triste.

En la temporada que cerró la década, Puebla eliminó a los de la Universidad en semifinales. Decepcionante, el equipo había quedado segundo en la tabla general y venía pujando con enjundia. Los ochenta le dejaron a mi infancia muchas derrotas futboleras, jugando bien. Eso forjó dos certezas en mi corazón: que los Pumas son mi equipo, pese a los dolores que me causan sus derrotas, y que el América es nuestro más aborrecido rival deportivo.

La nueva década comenzó con una final ya clásica: Pumas contra América. El partido de ida, en el Azteca, lo ganaron las Águilas 3-2. El primer gol de aquel partido lo metió Luis García, que ya jugaba como el tremendo goleador que fue en su carrera; un golazo de volea al minuto 2. Luego las Águilas voltearon el juego 3-1 antes de que llegara el medio tiempo. Pero la fuerza de Patiño acercó a los auriazules con disparo potente desde fuera del área y mantuvo viva la esperanza de remontar en C.U.

En el Olímpico los nervios atenazaban a la afición, los Pumas necesitaban ganar por un gol. Muy temprano en el juego, en el minuto 6: *Tuca* Ferretti se perfiló y lanzó un duro

disparo a la puerta que defendía Chávez. El balón entró pese a que el portero lo alcanzó a tocar con la mano. A ese gol lo llamamos el *Tucazo*. Los Pumas intentaron ampliar su ventaja pero no fue posible, y las Águilas siguieron acechando la portería, hasta que en el minuto 90, Naranjo se llevó a España por la banda izquierda, centró la bola al punto penal y, cuando apenas tocó el piso, Domínguez la golpeó con una barrida que la mandó rasa a la portería. Jorge Campos dio dos pasos a su derecha y detuvo en un abrazo el tiro que casi rompió los sueños del Olímpico Universitario, que ya sentía la Liga. Tendido en el pasto, con la bola bien segura, Campos la besó y, con él, la besamos todos. El marcador global fue otro empate, pero ahora las reglas eran distintas y los goles de visitante nos dieron la victoria. ¡Qué tal el estallido de júbilo que sobreviene a las décadas de fracaso! Al dejar la edad de los héroes, el mío, *Tuca*, se elevó a los cielos: cuando cierra el círculo, todo cuadra.





## Los Pumas y mi Edipo futbolero

Eduardo Rabasa



Festejo del Campeonato en  
el Torneo de Apertura 2004.

Si todos los recuerdos son en sentido estricto hasta cierto punto fabricados, al menos en mi caso los de esa nebulosa más conceptual que vivida como real llamada infancia temprana, lo son más. Hasta el grado de que en un tema que en este país suele tener una importancia casi mitológica en la educación masculina, como lo es aficionarse a un equipo de fútbol, la (no) elección se vive como un dato casi genético. Como algo que es así porque el padre de alguna manera lo transmitió, seguramente sin decirlo de manera explícita. Así que yo de pronto en algún momento ya le iba religiosamente —como mi papá— al Club América. Y los recuerdos incluyen la correspondiente pasión litúrgica, a veces en el mismísimo Estadio Azteca, la mayoría de las veces por televisión, con los habituales festejos, sufrimiento, gritos y mentadas de madre que tenían lugar más o menos cada ocho días.

La siguiente parada de los recuerdos consiste en lo que a la distancia interpreto como un temprano comienzo de la simbólica muerte del padre por la que según Freud todo joven debe atravesar para resolver el triángulo edípico. En este caso aterrizada en la sospecha de que el América hacía trampa de manera recurrente, siempre justificada y ensalzada por los merolicos gritones de Televisa, igualmente denunciada por ese sarcástico paladín de la justicia futbolera, José Ramón Fernández, desde la cadena de televisión pública que era Imevisión. Y las marrullerías del América se cristalizaban en ese legendario jugador que fue Efraín el *Fanny* Munguía, cuya labor principal era entrar de cambio a pocos minutos del final, cuando todo lucía perdido, para tirarse un clavado en el área, que los árbitros diligentemente cobraban como penalti a favor del América. Creo que fue aproximadamente a los 12 años cuando tuve suficiente y en un acto de tímida rebelión contra el mandato futbolero paterno, cambié de equipo, pasándome de manera un tanto inexplicable al Puebla, objeto transitorio de camino al verdadero fruto prohibido.

Ahí transité algunos años que si no recuerdo mal algún campeonato rindieron, en algún Puebla legendario liderado por el *Mortero* Aravena, el *Búfalo* Poblete y el *Chepo* de la Torre. Pero supongo que la grisura topa finalmente con sus límites, y no tenía yo



ningún tipo de arraigo ni identificación regional con el equipo (ni nunca fui a verlos jugar al entonces Estadio Cuauhtémoc). Así que en algún momento se le subió otra rayita a la traición al padre cuando me cambié de nuevo de equipo al objeto prohibido, ahora sí las odiadas Chivas, en lo que ahora entiendo no sólo como un segundo despliegue de mi carácter vacilante (los hombres de verdad son fieles a su equipo de fútbol, etcétera), sino como una entrega a todos los clichés del chauvinismo y nacionalismo más ramplones.

Durante esa etapa de la adolescencia conocí a mi amigo Alonso Cabral, quien años después se convertiría en un importante comentarista deportivo, desde siempre un fiel aficionado a los Pumas, y fue con él que comencé a asistir a los partidos Pumas-Chivas en el estadio de C.U. Recuerdo que la primera vez, de manera bastante inconsciente comencé a ondear mi bandera de Chivas en el medio de la porra de los Pumas, produciendo un silbido generalizado. Mismo que paró cuando llegó un encapuchado a pedirme la bandera y le prendió fuego ahí mismo, para júbilo de la porra Puma. Así que a la siguiente algo aposté con Alonso para determinar de qué lado de la tribuna nos situaríamos, y como gané, no le quedó más remedio que sentarnos en el lado de las Chivas. Y resultaba que era el debut con los Pumas de lo que resultó ser el efímero paso de Bernd Schuster por la institución. Hasta la fecha recordamos con perplejidad a un señor sentado delante de nosotros, que se la pasó más o menos todo el partido agitando su matraca, mientras repetía un grito que continúa enigmático a casi 20 años de distancia: “¡Schuster! ¡Schuster! ¡Schuster! ¡Puro mexicano, cabrones!”. A quién le iba o a quién apoyaba con el grito sigue siendo imposible de descifrar.

Y si de por sí ya contaba desde la preparatoria con numerosas amistades que por una especie de deber ideológico le iban a los Pumas, cuando entré a estudiar Ciencias Políticas a la UNAM no sólo se volvió un asunto mucho más abrumador numéricamente, sino que la exigencia ética de irle a los Pumas si se era estudiante de la Universidad era un cuestionamiento frecuente, como si uno fuera de otro modo un malagradecido por la educación pública y gratuita que se estaba recibiendo. Y los amigos conversos que incluso anteriormente le habían ido al odiado América eran prueba de que se podía enmendar el camino. Pero soporté quizá ya también un poco por necesidad, y si bien simpatizaba con los Pumas\* y seguido acompañaba a mis amigos al estadio, languidecí yéndole a las Chivas, hasta que el comienzo de la vida profesional y supongo que otras cosas más fueron erosionando bastante mi afición futbolera, hasta que dejé prácticamente por completo de seguir el fútbol.

\* Otro factor de simpatía fue que durante la preparatoria jugué dos años en el equipo escolar con Joaquín Beltrán, quien obviamente era de lejos el mejor jugador, además de una persona sumamente sencilla y amable. Así que cuando debutó con los Pumas, metiéndole un gol de cabeza precisamente al América, lo festejé como si fuera un gol de México en un Mundial.

Hasta que el nudo fatídico del triángulo edípico que comenzó con mi primera traición al padre América llegó a resolverse casi tres décadas después cuando me casé el año pasado con una fiel aficionada a los Pumas. Con lo cual al nivel simbólico de la libido futbolera se completa el paso del instinto parricida (matar al América) ocasionado por el deseo por la madre prohibida (las Chivas), para aterrizar en el verdadero amor y objeto libidinal socialmente aceptado, resuelto simbólicamente por el enlace matrimonial con una aficionada a los Pumas. Y fue entonces cuando luego de más de diez años de no haberlos visto jugar, durante la final contra los no sé qué de Seattle que me correspondió ver para ofrecer apoyo moral, me cayeron de golpe certezas latentes sobre el verdadero significado de la afición Puma. Pues es una institución que no sólo está por encima de los jugadores individuales que la representan, sino que parecería que también del propio paso del tiempo: ver ese partido era ver exactamente el mismo partido de siempre, con los interminables pases laterales, las imprecisiones en zona de ataque, el mismo delantero argentino que es todo fuerza y garra, el mismo primer gol en contra que se pudo haber evitado, que abre la puerta a la debacle posterior. Pero sobre todo la certeza de que en el fondo no importa, pues es una institución cuya afición está por encima de esa nimiedad llamada resultado, cristalizada en la máxima que mi esposa y sus amigos igualmente aficionados a los Pumas repiten de continuo: “Le voy a los Pumas, aunque ganen”.

Y en una época donde el fútbol global es quizá una de las más explícitas muestras de la desmesura del capital financiero, la cultura de la celebridad y el poder de las marcas y corporaciones, termina por ser un eslogan y una filosofía futbolera casi heroica. Así que no queda más que añadir: ¡Goya! ¡Goya! ¡Universidad!





---

# Apocalipsis zombi en el estadio Puma

Naief Yehya

Salí corriendo. Gritaba enloquecido, preso de un pánico y repulsión que me quemaba desde la base de la espalda hasta la nuca. Jadeaba sin aliento y me movía con desesperación entre los coches en avenida Insurgentes. El ruido del Estadio Universitario se perdía en el rumor del tráfico que avanzaba lentamente. Unos pocos peatones me miraban entre asustados y entretenidos. Yo pedía auxilio a los conductores, les suplicaba que se detuvieran, que bajaran de sus autos y me escucharan. ¡No estoy loco! ¡Estamos en peligro! ¡Vienen por nosotros! ¡Ya están aquí! ¡Ustedes son los siguientes! Detrás del mural en alto relieve inconcluso de Diego Rivera se ocultaba una monstruosidad sin nombre, una masa despojada de consciencia que devoraría a la urbe, al país y posiblemente al mundo si no era detenida.

Nadie, por supuesto, nadie se atrevió a salir de su coche o siquiera a abrir la ventana y oírme. La mayoría pensaba que era un borracho o un desquiciado, más probablemente, que era otra víctima del crimen y no querían involucrarse. Desde hace mucho tiempo en mi país nada más hay dos tipos de desgracias: las que le han sucedido a uno en carne propia y las que le van a suceder. ¿Cómo era aquello de que cuando todo mundo tiene miedo nadie tiene miedo?

Vayamos en orden, aunque la desaparición del orden es una de las primeras consecuencias de lo que estaba sucediendo. Mi memoria es un derrapón largo y doloroso que no empieza ni termina, pero tengo la certeza de que un día todo era normal y al siguiente nada lo era. Y no me refiero a que de pronto no se daban los resultados en la cancha o que la defensa no funcionaba o que no había un solo goleador competente en el equipo o que las nuevas contrataciones no podían, no sabían, no querían ocupar sus posiciones o bien terminaban en la cárcel. ¿Dónde estaban los herederos de Hugo Sánchez, Jorge Campos, Enrique Borja, *Cabinho*, Olaf Heredia, *Tuca* Ferretti y Aarón Padilla? Lo que estaba pasando era más grave, mucho más, por varios órdenes cósmicos de magnitud. No era que habíamos entrado a una interminable mala racha, al estilo del Cruz Azul o el Atlas. No se trataba solamente de que habían pasado 12 años desde que los Pumas

habían ganado un título de la Liga MX y no habían tenido una participación medianamente digna en competencias internacionales ni que eran incapaces de crear una sensación de confianza entre los seguidores o de autoridad entre los rivales.

Tal vez todo comenzó décadas atrás, en algún momento en la tortuosa recta final del siglo XX, mientras las ideologías se desintegraban, O.J. Simpson salía libre, la princesa Diana moría en un túnel, el ciberespacio se volvía una realidad y una oveja era clonada. Entonces el despertar de la ambición sin medida de los dueños de clubes y la FIFA trajeron brutales incrementos en las inversiones y expectativas delirantes de ganancias. Las viejas fórmulas futboleras no podían seguirse aplicando en un ambiente enajenado como el que se instalaba vertiginosa y ferozmente. La fórmula del éxito Puma, su canteira, pasó a ser objeto de nostalgia y una modesta fuente de ingresos para mantener los altos costos de operación de la institución. Mientras los paupérrimos fichajes eran cada vez más mediocres, se multiplicaban los extranjeros y se reducía el número de jugadores nacionales.

Luego llegó el tiempo de una pandemia viral altamente politizada, en la que la gente optaba por tomar bandos a pesar de que el virus no tenía ideología y mataba y afectaba indiscriminadamente. Era un tiempo de guerra que no era guerra, de narcos que no eran narcos y que peleaban contra policías que no eran policías. Era un tiempo de jueces plagiarios, de Donald Trump convertido en ídolo popular, de Dalái Lamas pedófilos y de ejércitos que se dedicaban a enriquecerse con una cartera empresarial amplia y variada. No era sorprendente en esas condiciones que los vivos estuvieran muertos y los muertos jugaran fútbol.

Los Pumas, que nunca han descendido a Segunda División desde su ascenso en 1962, seguían perdiendo, como afectados de un germen, una maldición satánica o, ahora lo entiendo, una mordida zombi capaz de provocar histeria abúlica masiva y la pérdida de la consciencia, la voluntad y la razón. Debo enfatizar que no soy una persona supersticiosa ni crédula pero las evidencias de que algo sobrenatural estaba sucediendo estaban a la vista y nadie parecía darse cuenta de ello.

Era una mordida zombi con alcance planetario, desde Ciudad del Cabo hasta Reikiavik y el Pedregal no se había librado. Y en esa catástrofe los Pumas estaban atrapados en un siniestro castigo de Sísifo, condenados a una eternidad de armar un equipo para deshacerlo y volver a comenzar, sin aprender nada, mostrar nada, obtener nada. No me hago ilusiones. Sé muy bien que el fútbol profesional dejó de ser un deporte décadas atrás para volverse un negocio de usura internacional y un entretenimiento de *brandings* que sólo sabía producir comerciales encapsulados dentro de otros comerciales. El apocalipsis zombi era significativamente otra cosa.

El día fatídico en que tuve la revelación miraba desde las gradas jugar a los Pumas. Una vez más carecían de ambición, se veían desorganizados, firmes en su desprecio de la táctica y perdidos en una cancha que les quedaba tan grande que no parecían interesados en visitar el pasto del otro lado de la línea de medio campo. Entendí lo que estaba pasando y los estragos del malestar zombi que se estaba comiendo al fútbol, jugador por jugador, pasando por técnicos, recogebolas, ejecutivos, guardias y personal de intendencia. Desesperado me puse a aullar, pero no para apoyar a mis zombis sino para compartir lo que había descubierto. La gente en la tribuna primero me ignoró con expresiones ausentes y actitudes maquinales. Después quisieron silenciarme. El contagio había llegado a las tribunas, a la porra, a los seguidores incondicionales, a los fanáticos apasionados, a la turba histérica y hasta a los seguidores ocasionales. Cantaban: “Cómo no te voy a querer”, con los ojos desorbitados, pero en realidad querían decir: “Cómo no te voy a querer comer el cerebro”. Corrí, choqué y reboté con la gente que trataba de sujetarme. Logré escabullirme y salí a la calle. Frenéticamente pedí ayuda entre los coches en Insurgentes. ¡Están entre nosotros! ¿No se dan cuenta? ¡Tenemos que detenerlos!

Para entonces ya íbamos perdiendo por tres goles.





# Puma con P

Anel Pérez Martínez

En mi casa, de niña, los mundiales de fútbol los marcaba una gastronomía distinta, relajada y festiva. Yo no sabía mucho del tema, ni de equipos ni mucho menos de países. Pero puedo recordar muy bien a una mamá absorbida por una pantalla, concentrada en futbolistas con nombres que me resultaban cómicos. Transformada, mi madre gritaba apasionadamente una y otra vez:

—¡Tira, tiraaaaaaa! —mientras se llevaba las manos a las sienas—. Ahí estaba, la tenías fácil, hombreeeeeee....

Me parecía una escena de lo más divertida, era ridículo que mi madre les diera instrucciones a esos señores en la tele, a miles de kilómetros de distancia.

En esos días, las tareas escolares y obligaciones domésticas pasaban a planos insospechadamente menores. La comida podía repetirse: sándwiches de paté, de jamón del diablo, de pollo; para mi sorpresa, quedaba suspendida la obligación de las verduras y de las sopas verdes. Esos días se comía frente a la tele y no había problema con las estrictas modalidades del buen comer.

Mi madre se convertía en una atleta que se paraba, se sentaba y gritaba, festejaba, aplaudía, se enojaba en partidos que yo más o menos fui entendiendo año tras año, pero que no acababan de apasionarme del todo. Mis hermanos y yo nos reíamos a carcajadas cada vez que mi madre saltaba festejando goles.

En cambio, mi papá jamás se ha interesado demasiado en el fútbol, difícilmente sabía el nombre de algún jugador, entrenador o estadios famosos. Mucho menos los puntajes en los campeonatos, aunque fueran mundiales.

Además de la casa, los mundiales eran tema fundamental en la escuela, donde niños y niñas llevaban sus álbumes con estampitas que intercambiaban como si fuera fayuca. “Ya la tengo, ya la tengo, ya la tengo”, recuerdo que así, con postura vanidosa y soberbia, algunos chicos repetían la misma frase mientras alguien, en frente, pasaba las estampitas una tras otra hasta que aparecía una figura de un corpulento en shorts que hacía gritar “ésa me falta”. Y empezaban las negociaciones.

Lo importante es que aprendí lo fundamental: uno tiene que irle a algún equipo para ver un partido y para ser alguien en la infancia. Y no solamente en la Copa Mundial sino también en los partidos mexicanos. En mi caso no fue difícil, la solución era inmediata. Mi papá era profesor de la Facultad de Derecho, donde habían estudiado mis tíos y mi abuelo y donde habían trabajado mi otro abuelo y mi madre. Así que, por identidad familiar, me apropié de los Pumas. Pero había un secreto adicional. Pumas me encantaba porque la palabra iniciaba con la P de Pérez, mi apellido, lo cual me pareció un argumento indiscutible.

En mi adolescencia, lo Puma se integró con más pasión a mi identidad P porque era casi lo mismo que ser antiamericanista. Pero fue fundamental el Mundial de México 86, que implicó toda una etapa en la vida mexicana. La inolvidable mascota *Pique*, la *Chiquitibum* como revelación y sueño erótico de la década, la famosa ola y los miles de anuncios comerciales y canciones que se escuchaban en la radio y en la tele, que representaban el límite de nuestros medios en los años ochenta. En esa época de mi vida, lo que más me gustaba del fútbol eran las piernas de los jugadores y que el ambiente del Mundial se convertía en el mejor pretexto para que mis padres me dejaran salir a “festejar” los triunfos, lo que daba pie perfecto para ligar pues era fácil empezar la conversación. Todo México era un ambiente de celebración. Yo pude ir a dos partidos y vi jugar a Pumas con Hugo Sánchez, Miguel España y Manuel Negrete, entre otros. Y así se robusteció mi pasión Puma, por su manera de jugar y de aportar a la Selección Mexicana.

Muchos, muchísimos años más tarde, mi pareja me presentó un mundo aparte: el de la verdadera y seria pasión por el fútbol y los Pumas. Yo podía llegar a su casa y testificar que alguien, o sea él, podía estar viendo un Brasil-Francia de quién sabe qué año, esperando a ver la jugada histórica y en blanco y negro que él se sabía de memoria. Un admirador profundo de *Pelé* y exjugador de fútbol de manera casi profesional (al menos eso dice).

Así que con él volví a los estadios, que no había pisado desde 1986, y volví a participar de esos gritos colectivos. Regresé al imponente Estadio Azteca y descubrí la huella de Pedro Ramírez Vázquez, que para entonces ya era un referente que me interesaba. Volví también al estadio de C.U., portando obviamente la playera Puma. Pero, para entonces, yo ya trabajaba en la UNAM y ese estadio era casi una extensión de mi casa, de mi oficina y de la facultad donde doy clases. Estar ahí era otra manera de disfrutar el ambiente universitario que sólo sucede dentro de este maravilloso estadio, hermosa obra arquitectónica donde también vi mundiales de atletismo, donde he corrido para llegar a la meta de carreras que se celebran ahí y donde nos hemos concentrado cuando se convierte en centro de acopio de víveres por terremotos, inundaciones y otros desastres.

El hecho de ser Puma en pareja repitió esos esquemas carnavalescos familiares donde todo se detiene para esperar un penal, realmente con nervios, sufrimiento y festejos tan extraños y extremos como brincos, abrazos y ahora hasta besos apasionados (todo sea por los Pumas). Claro, la gastronomía futbolera sigue indicando pausas y pautas en el marco de todo un espectro mezclado de masculinidades, feminidades, corporalidades de uno y otro lado de las pantallas, emociones, pasiones y colectividades.

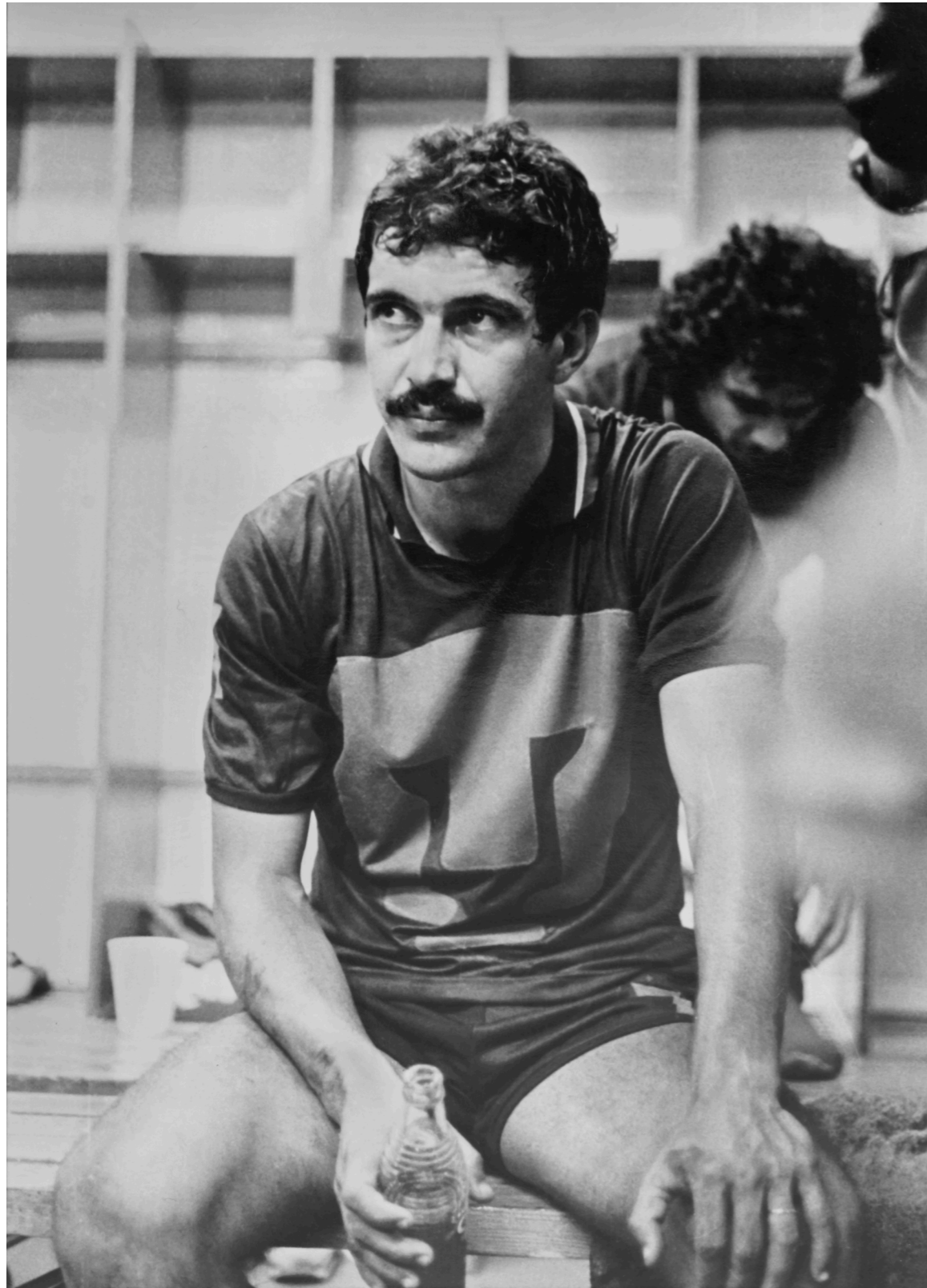
Así es como soy Puma, con P de Pérez.





## Esta locura de amarte me impide ser normal

Luis Reséndiz



Ricardo Tuca Ferretti  
a principios de los años ochenta.

Comenzó un domingo al mediodía.

El solazo nos pegaba de pleno en la cara, con todo y nuestras gorras y nuestros lentes oscuros y nuestra cara morena tras el blanco barniz del bloqueador. A nuestro alrededor, los vendedores de chela avanzaban pesadamente, cargando tambos de pintura deslavados, repletos de brillantes latas sudadas de cerveza. Las trompetas y las cornetas sonaban desafinadas, animando a la gente a corear los cánticos; los versos se nutrían de centenas de voces que se apilaban conforme el estadio se llenaba.

Allá abajo, la cancha recibía a los 11 jugadores, enfundados en sus ropajes blancos y dorados, dando saltitos como si el césped les quemara la suela de los tacos, y ahí iba nuestro director técnico, Hugo, *Hugol*, *El Macho*, con el menguante pelo chino alborotado, con el saco ondeándole como una capa al sol del mediodía de Ciudad Universitaria. Yo estaba encaramada en las bancas de concreto del estadio, agitando una bandera que mi papá me había dado y a la que todavía se le marcaban los dobleces en la tela. Ese día nos visitaban los Tiburones Rojos, eternos residentes del sótano de la tabla general.

Pero la cosa nunca es fácil con Pumas. El primer tiempo pasó sin novedades, con la tribuna concentrada en beber cerveza y cantar más alto para no perder el ánimo. El tiempo se había cumplido; en el minuto 46, un delantero de Veracruz se coló en el área para abatir a Bernal. Pinches Pumas, gruñó mi papá, ya acostumbrado a los retortijones de hígado que implica este equipo. Hugo se quitó teatralmente el saco; histriónico, le dio la vuelta para colocárselo al revés en un memorable berrinche. El árbitro pitó el final del primer tiempo. Nos fuimos al descanso; mi padre salió buscando a un vendedor de cerveza y yo me encaminé a los cuestionables baños del Estadio Olímpico.

Fue saliendo del baño que la vi. Tenía como mi edad y llevaba, también, una playera de los Pumas; en su cara redonda había una sonrisa que le reverberaba por todo el rostro. Nunca había visto algo así, pensé entonces; pienso ahora que eso solemos decir cuando nos enamoramos de un flechazo, y que casi siempre es mentira: es un rostro como tantos rostros que por alguna razón parece esculpido expresamente para nosotros.

Encontramos una correspondencia en un rostro ajeno y de inmediato la calificamos de belleza; acaso no sea bello para nadie más que para uno y sea ésta, precisamente, la clave de su hermosura. Caminé detrás suyo y descubrí que estaba a dos filas de nosotros. Justo antes de sentarse, me volteó a ver: en su mirada hallé un dulce reconocimiento.

Para el segundo tiempo, las aguas volvieron a su cauce. Cinco minutos después de arrancado el segundo tiempo, Darío Verón anotaba para nosotros. Menos de diez minutos después, Israel Castro marcaba el segundo. La Rebel se crecía: los cánticos se alababan como un conjuro por encima del estadio, dale Pumas dale dale oh, ¡la U! Los goles se dejaron venir en cascada: uno de Serrato y tres del *Kikín* solito, torpe prodigio que sacudía a la tribuna cada vez que se acercaba al área.

Pero yo ya no veía al *Kikín*.



Se llamaba Fabiola. Lo supe en el siguiente juego, contra Monterrey. Mañosamente, nos sentamos juntas en nuestra banca, la banca donde mi papá siempre se sentaba y se ha sentado. Nuestros padres se saludaron: no se conocían, pero en la Rebel todos somos amigos. No tardaron en confraternizar, anclados en la grandeza de Hugo y de *Cabinho*, los recuerdos de Jorge Campos y la infranqueabilidad de Claudio Suárez. Nosotras, por nuestro lado, aprovechamos para recorrer las tribunas en búsqueda de un vendedor de papitas, que pedíamos inundadas en Valentina y Maggi, y que compartíamos mientras disfrutábamos el picante tanto como la sensación de nuestros dedos encontrándose en la bolsita.

No sé si mi papá se daba color de lo que pasaba. Nunca se lo he preguntado. Si lo hacía, no daba señales de enterarse. Menos en el estadio, cuando su concentración estaba en las porras y en la cerveza y en el partido, probablemente en ese orden. Nunca le ha puesto demasiada importancia a la vida que no le revelo: para él, nuestra relación está fincada en lo que compartimos, no en lo que nos reservamos.

Aquella temporada le ganamos a todo el mundo. Pasamos a la Liguilla, y tras ganarle al Atlas a domicilio, los recibimos en C.U. Fue otro domingo al mediodía. El estadio estaba repleto, desbordando gente y devoción; veníamos de ganar y sabíamos que íbamos a ganar. Abrió el *Kikín*, de nuevo, y las tribunas se estaban deshaciendo de entusiasmo. La barra del pebetero, absolutamente enloquecida, hacía llover cerveza sobre nuestras cabezas; flotábamos en un océano de banderas azul y doradas.

Al descanso, nuestros padres se fueron a buscar a su vendedor de cerveza de confianza y nosotras dijimos que íbamos al baño. El estadio ebullicaba de calor y de emoción; los aficionados caminaban por los pasillos sin playeras, con la silueta del puma tatuada

en el lado izquierdo del pecho; los niños correteaban entonando porras: no me arrepiento de este amor aunque me cueste el corazón, llevo la camiseta en la piel, yo me voy a morir por irte a ver; las matracas y las trompetas construían un muro de sonido incluso durante el descanso. Y ahí, afuera del baño, al lado de las hieleras con cervezas, fue que nos besamos. Sus manos me agarraban el rostro, como en las películas, y yo le sujetaba la nuca, metiendo mis manos entre sus cabellos, y por un instante fue físicamente imposible que estuviéramos más cerca.

Su nombre sonó áspero en la voz molesta de su padre. En su mirada parcialmente ebria había una furia que luchaba por salir. Fabiola, la volvió a llamar. Ella me apretó la muñeca por un segundo —puedo señalar aún el lugar exacto, puedo dibujar la silueta de su pulgar sobre mi pulso— y corrió a su lado. El hombre me dirigió una mirada seca y caminó hacia el túnel de salida. Fabiola dudó por un segundo, pero lo siguió.

No volteó hacia atrás a verme. Yo me quedé ahí, clavada, al lado de los baños, con las porras resonándome en los oídos.



Aquel torneo fuimos campeones. Le ganamos al Azul en las semifinales y a las Chivas en la final. Aunque el título se obtuvo por la vía menos honorable —la posición en la tabla, tras dos empates—, el festejo fue extático. Sólo hay un día en que recuerdo haber visto más contento a mi padre: seis meses después, cuando ganamos el campeonato por segunda ocasión consecutiva frente al Monterrey. El bicampeonato de Pumas se convirtió en un símbolo de la grandeza de nuestro equipo; durante años lo hemos cargado como quien carga una maldición o un amuleto.

El triunfo, no obstante, tan sólo subrayaba mi pérdida. Volver a la Rebel era difícil: cada partido traía consigo la ausencia de Fabiola. Después de ser sorprendidas por su padre, no los volvimos a ver bajo el pebetero. Mi padre nunca preguntó por ellos. Es posible que diera por sentado que habían sido otra de las fugaces amistades que se entablan cuando se acude al estadio; es posible también que al menos intuyera que algo sensible había sucedido y que hubiera preferido la vía de la neutralidad. No sé qué fue mejor pero sé que hasta cierto punto agradecí que no se me pidieran explicaciones.

Lentamente, como un goteo, dejé de ir al Olímpico Universitario con mi padre. No abandoné al equipo tanto como abandoné al estadio, a la tribuna, a la banda del pebetero. Seguí los partidos por televisión; fui a ver jugar al equipo a otros estadios en otros estados. Me fui de México; trabajé varios años lejos, volviendo sólo en fechas festivas, cuando la temporada ha terminado y nadie piensa ya en el fútbol.



Hace un tiempo volví. Una nueva oficina se abría en México y me consideraron indispensable para su conformación. Regresé, pues, con un esposo y una hija de diez años. Tras varios años de acompañar mi afición a distancia, ambos insistieron en conocer el estadio. Mi padre, que sigue yendo religiosamente, cada domingo sentado en la misma banca en la que nos sentábamos hace 20 años, fue con nosotros.

El calor era despiadado, exprimiéndonos chorros de sudor que nos corrían por los cachetes. La Rebel ingresó al estadio haciendo sonar tambores con ánimo de batucadas y trompetas con acentos bélicos. Los cánticos se elevaron como una plegaria lépera: esta banda está reloca, toma alcohol y fuma mota, tiene aguante y pone huevos, es la banda del pebetero. Ya no son los mismos Pumas, pero la Rebel sigue igual de intensa, como si a fuerza de porras el equipo fuera a recuperar su antigua gloria.

Inundada de bullicio, miré dos filas hacia abajo, escudriñando la multitud con los ojos. Imaginé cómo sería verla ahora, tantos años después; casi pude ver su rostro moreno, acariciado por una edad que la dotaba de interés, acaso con una silueta de puma grabada en algún lugar de la piel, con la playera negra de la última temporada, alzando la mano, agitándola en el aire, silbando antes de entonar el cántico de Goya, con una sonrisa que le arranca destellos en toda la cara... Recorrí las filas con los ojos, una y otra vez, buscándola e imaginando que la encontraba. La multitud vitoreaba pese a que el equipo perdía desde los primeros minutos, como pasa cuando un equipo tiene una mala racha.

El solazo del domingo al mediodía se estrellaba con toda su furia sobre nosotros.



---

## De almas Puma

Daniela Tarazona

Desde que recuerdo, la inclinación ante el juego del equipo universitario significa estar en lo cierto. Las tardes de infancia eran divertidas cuando en casa mis hermanos y mi padre se sentaban a ver los juegos de fútbol. Sostenidos en la orilla del sillón, con el cuerpo en equilibrio sobre las piernas, en una posición desafiante hacia el televisor y que ponía en acción los cuádriceps, se discutía si la jugada había sido adecuada o no, si los árbitros estaban siendo injustos, como debe ser, y si los Pumas brillaban por todo lo alto de la Ciudad de México, con el rayo de luz celestial sobre Insurgentes desde el sur hasta el norte o si, en cambio, atravesaban una temporada irregular.

El primer equipo que conocí en la vida fue, precisamente, a los Pumas de la Universidad. Su emblema era el fútbol en sí: la batalla en la cancha de la forma más justa, la patada voladora más certera, el balón más endemoniado por los goles.

José y yo íbamos a comer a El Cantante al menos una vez a la semana. Está en la calle de las Flores 15, entre la avenida San Fernando e Insurgentes, en Tlalpan, a cuadra y media de la casa que habitamos los dos años anteriores a nuestra mudanza. Allí se inventó la mejor birria, joya de valor incalculable, y el taco más prodigioso que he comido en tiempos recientes: de pulpo con queso.

Al fondo del local, había un muro con el logo de los Pumas y una firma al calce. El dueño es aficionado al equipo. También sé que conoce a Manuel *Pajarito* Andrade, que diseñó el logo del puma inconfundible de la Universidad Nacional Autónoma de México, y que don Manuel ha ido a comer allí.

Y en El Cantante se come bien porque el dueño le va a los Pumas. Esta afirmación no es un disparate, si se piensa que la mejor comida está hecha por las personas más sensibles. El alma Puma es, sin duda, la más delicada de las almas, la más aguerrida pero también la más noble. Irle a los Pumas implica saber de qué lado juegan los buenos. Además, el estadio de C.U., ese plato gigantesco que se abre al cielo y calienta los corazones de los asistentes, está construido con rocas volcánicas. Las voces de la afición reverberan en las piedras resurgidas, como un grito desde el centro de la Tierra.

Mi hermano Juan era el mejor futbolista del barrio. Él estuvo en las fuerzas básicas de los Pumas al principio de los años noventa y, así como en el equipo de la escuela, los otros jugadores resolvían que había que faulearlo para detenerlo. Se transaba a siete de un jalón, con la pelota entre los pies, como si nada. Luego soltaba sus pases exactos y se regresaba corriendo con una sonrisita de canijo entre los dientes. Ahora, que el tiempo voló como cohete espacial, le digo: estoy escribiendo un texto sobre los Pumas y me responde: "Ha sido la cantera de los mejores jugadores del país". Pero en la familia no hay nadie más aficionado a los Pumas que mi primo Alejandro, que es puro corazón. Él me cuenta: "Le empecé a ir a los Pumas en 1980 cuando fueron campeones, que nos invitaron los vecinos, los Díaz, y me pareció una experiencia maravillosa con un estadio lleno; nosotros estábamos sentados en las butacas y los adultos sentados en los bordes, porque no cabía absolutamente nadie más en el estadio y el ambiente, por la impresión que nos dio en ese momento, se nos volvió una institución. De allí en adelante, pues en las buenas y en las malas con ellos." Y yo pienso, como mi primo, que el juego de los Pumas colorea el cielo con los goles azules y dorados que coronan el estadio de C.U.



# Portera

1. De niña, jugaba fútbol.
2. Mi primera escuela es espaciosa. Tiene una cancha para este deporte, cuya puerta de entrada era un bambú gigante. En el recreo, hacíamos equipo mixto. No había diferenciación alguna. Lo mismo sucedía el resto del tiempo. Las niñas podíamos jugar donde quisiéramos. Trepábamos árboles, nos ensuciábamos con el lodo. Hacíamos retas de tazos y luchitas. Estuve ahí hasta quinto de primaria.
3. Después, pasé del sistema Montessori a la educación religiosa. El choque fue brutal. No solamente me vi sujeta a una arquitectura restrictiva, donde los varones tenían control total de la única cancha que servía para fútbol, basquetbol, etcétera. Todo al mismo tiempo para ellos. Nosotras nos limitábamos a estar sentadas en las bancas de cemento, viéndolos jugar mientras comíamos nuestro lunch. Confinadas. Ahí sí había una división clara entre las chicas y los chicos. La llegada de la pubertad a nuestros cuerpos fue el pretexto para que las monjas insistieran más en que nosotras, según la Biblia, estábamos hechas para gestar, parir y amamantar. No para correr, ni para hacer fintas. Mucho menos para meter goles.
4. Antes de sustituir el balón por el Ángelus, mi posición era de portera. Disfrutaba mucho resguardar el arco con la red desgastada. Era muy buena. No me metieron tantos goles, aunque recuerdo que tenía dos compañeros llamados Pepe. Había un Pepe Bueno para el Fut y había un Pepe Malo para el Fut. Pepe Bueno para el Fut decía muchas groserías y solía presumir que veía las revistas porno de su papá. Se refería a las mujeres de una manera misógina pero mis compañeras para él eran niñas, no mujeres. Y yo, ante sus ojos castaños, no era una niña porque le paraba todos sus tiros. (Todavía tengo la cicatriz en la rodilla por aventarme al suelo sin miedo. A veces, vuelve a mí esa valentía).



5. No le podía perdonar a mi mamá el cambio escolar. Pero tenía mayores problemas que ése y mi mamá también los tenía. De hecho, las dos teníamos un problema gravísimo: mi padre alcohólico. (Mi hermano era tan pequeño que no podía expresarse con claridad pero presentía el caos. Vestido con una playera infantil del equipo favorito de mi padre). Los domingos, si él no estaba durmiendo la borrachera hasta entrada la tarde, entonces se dedicaba a ver partidos de fútbol en una Sony Trinitron. La tele y él parecían del mismo tamaño: él, disminuido ante las transmisiones del Canal 12 y la icónica voz del *Perro Bermúdez*. Algunos domingos (muy escasos) corría con suerte. Mi padre se levantaba temprano y me llevaba al Estadio Tlahuicole para ver jugar a los Lobos de Tlaxcala. El lugar se estaba cayendo a pedazos. La cancha estaba pelona y apenas estaban pintando las instalaciones. Era deprimente. Mi padre se aferraba a jugadores de bajo nivel y apenas decía palabras. Me compraba un refresco y yo lo acompañaba con ilusión. No pasaba nada. No había goles. No había ganadores. El silencio y el pasto amarillento siguen siendo de mi padre.

6. Ahora que lo recuerdo, mi padre solía cambiar de equipo constantemente: durante unos años le fue al América, después, a las Chivas. Pasó también por el Necaxa. (Una vez intentó llevarnos a la presa que lleva el mismo nombre. Fue un paseo fracasado. Hubo gritos de parte de él y llanto de la nuestra). Actualmente le va al Cruz Azul.

7. El tema que más apasiona a mi padre es el fútbol. Puede hablar horas del Real Madrid y de la Selección de España, su país. No tiene otro tema de conversación. Por eso no nos podemos entender. Si yo digo "hola", él dice "gol", "Raúl", "Copa del Rey". Uno de los pocos recuerdos agradables que tengo de él fue cuando vimos la final de la Copa Mundial de Fútbol de 2010. Mi mamá, mi hermano y yo lo acompañamos y observamos que su rango emocional era, en ese ¿único? caso, amplio. Lo descubrimos gracias al partido Países Bajos vs. España. El célebre gol de Andrés Iniesta despertó en él a un papá cálido. Incluso amoroso. Nos abrazó, nos dijo que nos quería mucho. Lloró como un niño cuando ganó la Furia Roja. Era el 11 de julio. Unos días antes había sido mi cumpleaños, en el que me felicitó con la sequedad que lo caracteriza. Fue una sorpresa: mi padre puede ser una persona extremadamente fría, aunque sus reacciones psicofisiológicas están limitadas a la ira. Ésa es su emoción básica. Pensándolo mejor, mi padre también es la furia roja. Pero ese día fue un papá.

8. Cuando mi mamá y mi padre se separaron, él se tuvo que ir de la casa. Se fue de viaje a España, para visitar a su familia. Nos dejó unas fotografías en gran formato a mi hermanito y a mí. Eran de su juventud, de cuando jugaba fútbol en Rodiezmo, su pueblo. Está

vestido con una camisa rayada, de manga larga. Atrás escribió una dedicatoria. Apenas es legible. Señala que es para sus hijos pero el resto son garabatos inentendibles hechos con alguna pluma fuente. (Él solía llevarlas en el bolsillo de la camisa y mancharse). Eso sí, siempre me ha gustado su firma: elegante e inextricable.

9. Cuando estaba en el primer semestre de la carrera en el Tecnológico de Monterrey, apliqué para entrar al equipo representativo de fútbol. Mi mamá me compró shorts, camisetas y tachones para los entrenamientos. El entrenador había sido un jugador medianón de los Pumas. No recuerdo su nombre pero sí sus cejas casi unidas y su expresión de condescendencia hacia nosotras. No me quedé. Lloré mucho.

10. Recuerdo también que una compañera mía de generación presumía que su papá había sido un goleador de los Pumas. Nos encantaba escuchar esas historias hasta que descubrimos que mentía. Un profesor le hizo ver que su progenitor no figuraba en ninguna plantilla de jugadores anteriores. ¿Cómo lo supo? Él era fanático acérrimo.

11. Mi padre me regaló una gorra de Francia 98. Todavía está en mi cajón de ropa de otras épocas. No sé por qué la sigo conservando. Tal vez sea lo poco que me queda de él: Footix sosteniendo un balón cuando yo tenía 13 años y él dejó de vivir en la casa. Pero mi padre nunca ha estado vivo realmente (a excepción de cuando mira a este objeto redondo volar por los aires y eso es lo que tiene el efecto más profundo en él).



# El grito, el no grito y el pensar

Mónica Maristain

A veces pienso en el no grito del puma. Más bien tiene un ronroneo de gigante. Como si quisiera atrapar todas las ternuras del mundo y construir otro universo, tal vez más justo, tal vez con menos calentamiento climático.

Ese no grito esconde también tragedias y cosas que a uno no le gusta contar. Como si todo fuera el puma de una marca que le encanta hablar en inglés cuando todos hablamos en español. O como ese programa de la selva virgen visto en el verano con aire acondicionado desde tu habitación con olor a pizza y a cerveza.

¿No piensas en el puma de la Universidad, el de la UNAM? ¿Qué es ese símbolo que une dos elementos contradictorios: la U y la cara del puma, creada por Manuel Pajarito Andrade Rodríguez?

Cada tanto leo a Nick Hornby, con ese monumento a las hinchadas del fútbol que es *Fiebre en las gradas* y él dice: “Yo muy rara vez me pongo a pensar. Me dedico a recordar jugadas, a fantasear; procuro visualizar todos y cada uno de los goles que ha marcado Alan Smith; saco la cuenta de los campos de fútbol de Primera División en los que he visto algún partido”.

Lo leo para saber dónde estoy y por qué ese lado salvaje, indomable, que tengo por el fútbol aparece dos por tres dando cuenta de un costado salvaje e indomable que tiene mi personalidad.

Toda la vida he estado tratando de hacer más doméstico mi carácter, mi estar en el mundo, pero no lo conseguí.

Así las cosas: en México no se usa la palabra aceptada por la Real Academia Española y en cambio se habla de fútbol, con el acento en la última sílaba... haciendo agudo un término que, como ya se sabe, es grave... gravísimo. En mi caso, es no pensar, como bien dice Nick.

Y por otro lado el fútbol es sinónimo de dos cosas: una la televisión y la otra, el grito y en este caso: el no grito.

Tal vez ese grito doloroso del entrenador Antonio Mohamed cuando recuerda Alemania, a su hijo muerto en un accidente automovilístico, sea precisamente ese costado inefable de una simpatía tierna y contagiosa.



Mohamed no da un rugido, sólo ronronea como un gigante dolorido.

O ese grito imposible de hace ya casi 40 años de la final Pumas-América, cuando fallecieron ocho personas en la tragedia del túnel 29 y todos los 26 de mayo hay un encuentro con esos a los que “el fútbol mata”.

Así reza la noticia histórica: el 26 de mayo de 1985, cinco meses antes del terremoto del 19 de septiembre, fallecieron ocho personas en el túnel 29 del Estadio Olímpico Universitario. Se trataba de la final de la temporada 1984-85, un partido de ensueño entre dos de los equipos con más tradición en México.

Cuando estoy estresada, aburrida, nostálgica o con pocas ganas de aminorar la procrastinación (o sea, muy a menudo) enciendo ese aparato que, como dice Carmen Villoro, “es una compañía” y veo fútbol. No importa de dónde sea, aunque debo decir que amo la *Premier League* y todo lo que sea inglés me puede. No está bien decir eso cuando los “piratas” nos han robado las Malvinas, pero desde la música, la literatura hacia ese balón que entra por mis ojos y me lleva al Manchester United, al Arsenal o al Chelsea, siento que soy alguien especial.

Dice Villoro, Juan, que “los escritores somos futbolistas frustrados. Es muy peligroso que el escritor trate de dar consejos de cómo debe ser el fútbol. El escritor, lo único que tiene que tratar de hacer es reflejar la pasión”.

Cuando pienso en el fútbol también pienso en el grito, como ese cuadro de Edvard Munch que descubrí una vez y es para mí sinónimo del balompié. O en ese no rugido del puma, que es una especie de ronroneo que a todos nos abraza.

Nada, de todos modos, suplanta a la fuerza del público futbolero de México. Como ese grito que a todos nos nombra y nos identifica.

“Alguna vez dije que, si hubiera un campeonato mundial de públicos, México llegaría a la final, porque hacemos mucho más esfuerzo en las tribunas que en la cancha”, dijo Juan Villoro.

Ese “dale dale” de la hinchada universitaria cumple 60 años y es reflejo de unos aficionados que son indomables, aman a la UNAM, celebran al fútbol femenino como al masculino, y es sin duda el grito de México. O el no grito. Los mexicanos no rugen, ronronean y se guardan los dolores en el fondo de su corazón.

Si llegas a un lugar desconocido, busca ese ronroneo masivo, porque abrigada por él te sentirás protegida y propia del paisaje. Cuando la vida y la muerte te condenen al silencio, recuerda ese grito de colectividad. Ahí está la esencia, la humanidad.



# ¡Pichichi!

—Tu papá jugó en un Mundial.

—¿De verdad?

—Sí, claro.

Mamá me enseña una fotografía.

—Ése es tu papá. El del centro. Ese que va corriendo ahí. No, ése no. Ése tampoco. Sí, ése, el del pelito rubio.

Es una fotografía de un partido transmitido por televisión. No distingo a mi papá. La fotografía está en sepia y no veo la diferencia en los uniformes. Tampoco en el cabello rubio de papá.

Horas después papá llega del trabajo. Prende un cigarro que huele a menta. Su periódico ocupa toda la mesa del comedor.

—Papá, ¡el partido de los Pumas!

Juegan los Pumas. Ahora todos los niños somos Pumas. Hemos aprendido una palabra nueva, ¡pichichi! Nuestro héroe es eso: un pichichi.

—Papá, ¿jugaste en un Mundial?

—Sí, en México 70.

Papá me da explicaciones. Le entiendo lo siguiente: en México se jugaba el Mundial de 1970. Al mismo tiempo organizaron un pequeño torneo de niños y adolescentes. Fueron a las escuelas de fútbol a buscar a los mejores. Y papá era estrella de Pumitas. Esa liga de niños jugaba antes de los partidos del Mundial. Partidos de exhibición, me dice. Mismas canchas, mismos estadios. Mi abuela le tomó esa foto a la televisión.

—Papá, quiero ser como tú.

Yo también soy el mejor. El goleador. En el recreo jugamos con un frutsi relleno de bolsitas de churrumais. Todos quieren que yo esté en su equipo. Por eso ahora quiero jugar en los Pumas. Ser goleador profesional. Salir en la televisión. Quiero seguir los pasos de mi papá y los de Hugo Sánchez, ¡pichichi!

—Papá, ¿me llevas a Pumitas?

—No puedo, trabajo los sábados.

Una tarde papá llena sus maletas y se va. Mamá dice que ya no llore. Yo le digo lo mismo: mamá, ya no llores. Antes de desaparecer papá me dice: me voy a Argentina. Te voy a mandar alfajores. Y fotos de Maradona.

Papá vendió el coche. Mamá no maneja. Desde que papá se fue mamá y yo andamos en pesero. En metro. Caminamos. Me canso. Mamá, ¿podemos tomar un taxi?

—No tengo dinero.

Papá me llama por teléfono a veces, pero nunca le atina: o estoy jugando, o quiero ver la tele, o Jorgito mi vecino está en casa, o mi mamá me puso a lavar los trastes, y papá me cuenta de Maradona, pero yo le cuelgo rápido porque quiero regresar a mis cosas.

—Mamá, ¿me llevas a Pumitas?

—¡Cómo crees! Trabajo todo el día, no puedo sola con la casa. Los sábados tú te vas a ir con tu abuela para que yo pueda hacer algo con mi vida.

Soy el mejor de los primos. El que mete más goles. Jugamos en el estacionamiento del departamento de la abuela. Le pego tan fuerte al balón que mis primos tienen miedo cuando disparo.

De un tiempo acá mamá tiene novio. Me cae bien. Tiene un taxi. Un vocho amarillo. Nos lleva al súper, nos lleva al cine, nos lleva a comer tacos. Ya no tenemos que andar siempre en el metro. Se llama Eduardo.

—Eduardo, ¿me llevas a Pumitas?

—Sí, yo te llevo.

¡Por fin! ¡Pichichi!

Eduardo me acompaña a sacarme la fotografía, a comprarme el uniforme (y él lo paga). Me lleva a hacer los trámites hasta que tengo mi credencial de Pumitas.

Llega el sábado. Me lleva a las canchas de Ciudad Universitaria.

Calentamos. Corremos. Vueltas a la enorme cancha. Estiramientos. Qué aburrido, ¿a qué hora vamos a jugar fútbol? Órdenes del entrenador. Sentadillas, flexiones, carreras. Nadie me había dicho que antes de jugar había que aburrirse tanto.

Por fin jugamos. Aquí todos se conocen. Les digo: soy delantero. Se ríen de mí.

—Escuínclate pendejo —dice uno.

Escupe mi camiseta nueva.

Empieza el partido. Corro. ¡Qué cancha más grande! Estoy agotado.

Pásamela, pásamela, acá estoy, grito. Nadie me da el balón. No me miran. No existo. ¡Ah sí! Pues me lo voy a robar.

Veo pasar el balón y corro detrás de éste. Ahora es mío. Van a ver a este goleador. Empiezo la carrera. Pásala, escuínclate pendejo, me grita una voz. No le voy a dar nada. Voy a hacer mi gol. Pásala, me grita el entrenador. No lo haré. Voy a hacer mi gol...

Un cuerpo me derriba. Golpea su hombro contra el mío en lo más veloz de mi carrera. Salgo volando, doy varias vueltas, quedo tendido en el campo. Me levantan y me llevan a la banca. Busco entre las gradas. Corro con Eduardo. Sólo quiero llorar. Vámonos por favor.

Unos días después papá llama por teléfono.

—Papá, ¿cómo te fue en el Mundial? —le pregunto.

—¿Al que fui de niño?

—Sí.

—Mal. Después de que tu abuela tomó esa fotografía que conoces, unos minutos después, me caí y me rompí la mano. Ya no volví a jugar. Luego entré a la prepa, tuve mucha tarea, me interesaron otras cosas, y ya nunca regresé a Pumitas.

Papá se queda callado... Por fin me pregunta.

—¿Y cómo te fue el sábado en Pumitas?

—No fui. Ya no me gusta el fútbol.





---

## Lo que dicta el corazón

Ana García Bergua

Soy Puma por afinidad familiar: mi padre y mi esposo han sido Pumas de toda la vida. Yo recuerdo que, cuando jugaba Enrique Borja, mi papá no se perdía un partido. Y en casa, a veces, la afición por los Pumas ha acarreado sacrificios. He visto a mi esposo cancelar planes muy atractivos porque siente que, aunque sea desde el televisor, si no está ahí apoyándolos pueden perder; si pierden, deja pasar el bache con resignación, pero cuando ganan los Pumas, se le ilumina el día. Los Pumas han tenido épocas buenas y malas, como muchos equipos, y he visto a esos dos hombres de mi vida continuar con su afición a pesar de todo, como un compromiso que cuando da frutos les da sentido a las épocas no tan buenas. Para mí, la afición por los Pumas surge desde luego del cariño y admiración que siento por la UNAM y no me veo apoyando a ningún otro equipo mexicano; es lo lógico, lo que dicta el corazón.



# A qué equipo le iba

Ana Negri

Nací frente a un estadio de fútbol, una locación que para la mayoría de la gente resulta muy poco conveniente en términos de accesibilidad, seguridad y, sobre todo, de acústica. Aunque no coincido, puedo entenderlo.

Los días de partido, en esa zona de la ciudad, el sonido de las cornetas se presiente desde temprano, a lo lejos. Comienza discreto y de forma esporádica. Una se oye por la derecha a varias cuadras, otra allá, por la avenida. Mientras tanto, el perímetro del estadio ocupa las calles con puestos de ropa, de banderines, figuritas y comida. El pregón repetitivo en las voces chillonas de los marchantes seduce rítmicamente al antojadizo para que compre chicharrones, cueritos y papas. Los viene-viene aseguran que *hay lugar, hay lugar, hay lugar*. Para entonces, el clangor de las cornetas ya está instalado del todo. El concierto polifónico arranca, invariablemente, desde dos o tres horas antes de que inicie el encuentro.

Nací en una de esas calles que quedaban del todo bloqueadas por la vendimia y la afición en esos días y, pese a tantas inconveniencias —aunque no sé cómo se las arreglaban mis papás cuando yo era bebé y mis siestas coincidían con los partidos, aunque mi mamá dependía de la escucha para trabajar y mi papá de la concentración para memorizar las líneas de los personajes que iba a interpretar—, no creo que la vecindad con el estadio haya sido azarosa. No lo creo porque las únicas tradiciones que se conservan en mi familia están ligadas al fútbol, y casi me atrevo a asegurar que mi papá buscó ese lugar para, aun en su exilio, sentirse cerca de algo conocido.

Cuando había partido, mi papá me hablaba de los equipos que se enfrentaban, de su trayectoria, de cómo dirigían los técnicos, de la posición en la tabla. Me relataba jugadas y encuentros anteriores como si fueran cuentos o canciones que yo escuchaba sin entender, pero atenta, contagiada de su entusiasmo. Supongo que él había aprendido a su vez de su papá, periodista deportivo, que la transferencia de la pasión deportiva era también una forma del amor. Así que, al empezar la transmisión, me hablaba de fútbol y me hacía sentar junto a él en el sillón de la sala. Según dicen, lo hizo así desde antes de



que pudiera mantenerme sentada por mí misma. Veíamos el partido por televisión, sin sonido, porque, decía, *acá no analizan los partidos, sólo los relatan y, para eso, mejor la radio*. En cambio, él hacía las veces de analista para mí y, por estar frente al estadio, nos enterábamos cuando una jugada terminaba en gol un poco antes porque los gritos de la tribuna nos lo informaban cuando la imagen en la pantalla todavía no lo mostraba.

Así fue como crecí con la idea de que el ruido de las cornetas era algo parecido a un buen augurio y, el fútbol, una faceta de mi papá. Al entrar en la primaria, sabía mucho acerca de los equipos de los que él me hablaba y entendí que el fútbol no sólo sucedía frente a mi ventana. Para cuando nos mudamos de casa, aunque se había perdido el pretexto del estadio, quedó la costumbre de ver partidos por televisión, sin sonido, y comentados por él: la alineación, los cambios, las entradas y pases en el área, el arbitraje y, por supuesto, las indicaciones que el técnico debería dar en los vestidores durante el medio tiempo. Eso, siempre y cuando no fuera un juego contra el River, porque entonces casi no había análisis y sí, en cambio, mucho nerviosismo y furia o cantos y brincos de alegría.

Durante mi adolescencia, tuve un periodo de desencanto por el fútbol. Hacía poco que había empezado la Liguilla cuando mi papá me preguntó a qué equipo le iba. Le respondí casi molesta que no sabía, que no necesitaba irle a ninguno para que me gustara seguir los torneos. *Aunque no sea necesario, te pierdes lo más lindo del juego si no te dejas llevar por la emoción con un equipo*. Eso o algo muy parecido fue lo que me dijo, y de pronto mi experiencia de años se volvió incompleta, incluso inútil.

Luego de eso, y con la necesidad de responder de alguna manera, me pareció lógico pensar que mi equipo era el del estadio aquel frente al que había nacido, pero lo cierto era que no conseguía entusiasarme ni un poco con un conjunto que, por si fuera poco, mi papá pronosticaba que bajaría a Segunda División muy pronto si las cosas seguían como estaban. Desilusionada, abandoné el tema. El tema, las charlas y los partidos frente a la televisión narrados por mi papá. Sólo ya tarde, entrados los 20 años, pude responder la pregunta.

Debe haber sido en los primeros semestres de la carrera. Estaba en el salón cuando un golpe de tambor sonó a lo lejos. Fue un golpe único y mi atención, que antes se orientaba hacia el frente, se desplazó hacia afuera, hacia las islas. Cientos de estudiantes avanzaban en un mismo sentido. En el salón de al lado empezaron a oírse voces, risas. Más allá, el chirrido de patas de mesas y de sillas contra el piso trazó la ruta sonora del abrupto cambio de posición, de su abandono. Otro golpe de tambor y otro y otro. Las puertas se abrieron, el pasillo se llenó de gente. Tomé mis cosas con apuro y las aferré mientras me sumaba a la multitud. Avanzaba a tropezones e insistía en guardar mis cuadernos y mis libros en la mochila que llevaba entreabierta colgada en un hombro. Entonces escuché los primeros Goyas. Venían de arriba, de afuera, del fondo. Venían, me

atrevería a decir, de una historia que se acumulaba en los muros y los hacía retumbar con fuerza. Sabía que esos cantos estarían ahí, también, cuando recibiera mi título; sabía que habían acompañado ya a tantas otras personas en sus logros; sabía, en pocas palabras, que en esos cánticos se concentraba una potencia de la que ahora era parte. Al callarse las voces, irrumpió la estridencia conocida de cornetas. El recuerdo de los partidos comentados por mi papá fue inevitable. *Los Pumas es el único equipo que cree en sus jóvenes, que forma jugadores*, me dijo alguna vez. Al salir de la Facultad, nubes rosas y naranjas incendiaban los costados de la Biblioteca Central. Se aceleró mi pulso. *Soy Puma, pa. Soy Puma*, le respondí en voz alta como si pudiera oírme, y me uní a las filas de estudiantes que marchaban hacia el estadio en un concierto de cornetas, remasterizado y aumentado por tambores y Goyas.



---

# Tiempo Extra



---

# Un símbolo, una pasión

Manuel Pajarito Andrade

Yo siempre he dicho que la evolución es un tiempo largo. La involución, en cambio, es un tiempo corto. Y en el medio hay cosas que permanecen.

Si algo ha sido constante en mi vida ha sido el amor por la Universidad. Podría tardarme toda una vida para explicarlo. Hay algo de misterio en cómo se da una relación, un vínculo. De tan profundo, el mío con la UNAM también es misterioso. Yo me digo que empezó cuando era niño y vivía en la Colonia San Rafael, sobre la calle Covarrubias. ¿Y por qué empezó ahí? Porque a 100 metros, del otro lado de la calle, vivían los Borja. La familia de uno de los nombres que marcaron época en los Pumas.

Ya ni recuerdo cuántos bocetos hice antes de alcanzar la versión definitiva del emblema que desde 1974 representa a los Pumas. Sé que fueron muchos, cientos. Muchísimos ensayos que comenzaron en junio de 1973. Me llevó varios meses encerrar todo en una esfera, todo lo que quería expresar. Me había propuesto reunir en una sola imagen los sentimientos que puede tener un universitario en relación al deporte. En un símbolo quería contar una pasión.

En mi caso, esa pasión tiene raíces. Porque yo también quería jugar al fútbol. Quería ser parte del equipo. Y con mi emblema, creo que lo logré. A mi manera. Estoy en la cancha y fuera de ella. En millones de personas. En emociones que se contagian y me llegan como flashes que no se pueden explicar.

En esa cancha donde también juego, yo diría que soy el jugador número 13. Hay 11 que saltan al campo. El 12 es el que está en las tribunas. Y ese otro, el último, es el que los une en un emblema que es una forma de decir corazón.









*Pasión Puma: desde la cancha*

Editado por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, se terminó de imprimir el 31 de octubre de 2023 en los talleres de Litográfica Ingramex S.A. de C.V, Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, Alcaldía Iztapalapa. C.P. 09810, CDMX, México. Se tiraron 2000 ejemplares en papel bond de 120 g., con forros en cartulina Sundance Smooth de 216 g. En su composición se utilizaron los tipos TT Fellows, Merriweather y Satoshi. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carmina Estrada, Xitlalítl Rodríguez Mendoza y Aranzazú Blázquez.

*Pasión Puma* incluye más de 70 textos que contagian emoción y recuperan la historia íntima de un club construido gracias al amor de aquellos que se sintieron parte de una vida en común. Es el día a día de una identidad forjada en la cancha, en las gradas, en las victorias, en el aliento y el desaliento, en el rugido del estadio y el silencio de las ilusiones. En estas páginas hay escritores que identifican al equipo con lo mejor de su existencia, jugadores que revelan el lado secreto de sus proezas y directivos que tratan de explicar las razones y circunstancias por las que un sueño se hizo realidad. Los consensos son raros en el fútbol, pero a veces los equipos que son especiales pueden hacer que muchos estén de acuerdo en unas cuantas cosas. Pumas es uno de esos equipos y el consenso alrededor de su importancia, significado y valor está concentrado en estas páginas escritas con el alma. Nadie que entre a este libro saldrá sin haber sentido la calidez y el amor que transmite. Con *Pasión Puma*, festejamos los 60 años del ascenso del club a Primera División y marcamos un incomparable gol de la memoria. Leerlo es, quizás, la forma más entrañable de celebrar a cada uno de estos protagonistas con un abrazo capaz de abarcar más de seis décadas.

LEONARDO TARIFEÑO



**SDI**  
Secretaría  
de Desarrollo  
Institucional



**DIRECCIÓN DE  
LITERATURA UNAM**



978-607-30-8095-8